Contemporánea

GEORGE ORWELL

Subir a respirar

DEBOLS!LLO

George Orwell

Subir a respirar

Traducción de Esther Donato

DEBOLSILLO

Está muerto, pero no quiere reposar.

(De una canción popular)

I

1

Comencé a pensar en ello el día que estrené la dentadura postiza nueva.

Recuerdo bien aquella mañana. Salté de la cama hacia las ocho menos cuarto, y me encerré en el cuarto de baño justo a tiempo de evitar que entrasen los niños detrás de mí. Era una horrible mañana de enero. El cielo estaba sucio, de un color gris amarillento. Por la pequeña ventana se veía, abajo, el denominado jardín posterior, los nueve metros por cinco de hierba rodeados de seto de ligustro, con un trozo pelado en el centro. Todas las casas de la calle Ellesmere tienen detrás el mismo jardín, los mismos ligustros y la misma hierba. La única diferencia consiste en que aquellas donde no hay niños no tienen espacio pelado en medio.

Mientras se llenaba la bañera, trataba de afeitarme con una hoja ya gastada. Al otro lado del espejo, mi cara me miraba, y abajo, en un vaso de agua, en el estante encima del lavabo, estaban los dientes que correspondían a la cara. Era la dentadura provisional que me había dado Warner, mi dentista, para que la llevase mientras me preparaban la nueva. En realidad, yo no soy feo. Tengo una de esas caras de color rojo ladrillo que suelen ir acompañadas de un cabello rubio y de unos ojos de un azul muy claro. Por fortuna, no he encanecido ni me he vuelto calvo, y cuando lleve la nueva dentadura seguramente no aparentaré mi edad, que es de cuarenta y cinco años.

Anotando mentalmente la necesidad de comprar hojas de afeitar, me metí en la bañera y empecé a enjabonarme.

Comencé por los brazos (tengo los brazos rechonchos, con arrugas hacia el codo) y después tomé el cepillo de la espalda y me enjaboné los omóplatos, que no puedo alcanzar con la mano. Es triste, pero hay varias partes de mi cuerpo a las que ya no llego con la mano. El caso es que tengo cierta propensión a la obesidad. No es que sea ninguna atracción de feria, desde luego. No peso mucho más de noventa kilos, y la última vez que me tomé la medida de la cintura era de un metro veinte o metro veintidós, no me acuerdo. Y no resulto desagradable a causa de mi gordura; no tengo una de esas barrigas que cuelgan hasta las rodillas. Simplemente, tengo el estómago desarrollado, con tendencia a adquirir forma de tonel. ¿Saben ustedes ese tipo de hombres dinámicos, enérgicos, atléticos y joviales a los que se da el apodo de «gordinflón» o «gordito» y que son siempre «el alma» de las fiestas? Pues yo soy uno de esos. «Gordito» es como me llaman generalmente. «Gordito Bowling.» Yo me llamo George Bowling.

Pero aquella mañana no me sentía, ni mucho menos, el alma de ninguna fiesta. Y caí en la cuenta de que, en los últimos tiempos, casi siempre me siento como deprimido a primera hora de la mañana, a pesar de que duermo bien y hago bien las digestiones. Sabía cuál era la razón, desde luego: era aquella condenada dentadura postiza. El artefacto en cuestión aparecía agrandado por el agua del vaso, y los dientes me sonreían como lo haría una calavera. Es una sensación muy rara la que se tiene cuando se junta una encía con otra, una especie de sensación angustiosa y deprimente, como cuando se muerde una manzana verde. Y, digan lo que digan, la dentadura postiza representa un hito en la vida de un hombre. Cuando desaparecen los dientes propios, toca claramente a su fin la época en que uno puede creerse un galán de Hollywood. Además, estaba gordo y tenía cuarenta y cinco años. Cuando me puse en pie para enjabonarme la entrepierna, miré mi

cuerpo en el espejo. No es cierto que los hombres gordos no pueden verse los pies; pero sí es verdad que yo, cuando estoy de pie, solo puedo ver la mitad delantera de los míos. Mientras me enjabonaba la barriga, pensé que ninguna mujer podría mirarme ya con interés, a menos que le pagase para ello. Pero en aquel momento tampoco me preocupaba especialmente que ninguna mujer me mirase con interés.

Sin embargo, recordé que aquella mañana también tenía razones para estar de buen humor. En primer lugar, aquel día no había de trabajar. Tenía en el taller el viejo coche con el cual «cubro» mi distrito (no les he dicho aún que soy inspector de seguros; trabajo en La Salamandra Volante, vida, incendio, robo, gemelos, naufragio... todo), y, aunque tenía que dejarme caer por las oficinas de Londres para entregar unos papeles, me tomaría el resto del día libre para ir a buscar mi nueva dentadura postiza. Además, había otra cuestión de la que me había olvidado hacía algún tiempo. Tenía en el banco diecisiete libras de cuya existencia no había informado a nadie, es decir, a nadie de la familia. Ocurrió de la siguiente manera. Un empleado de mi empresa, Mellors se llama, tenía un libro llamado *La astrología aplicada a las carreras de caballos*, en donde se afirmaba que todo depende de la influencia de los planetas en los colores que lleva el jockey. Y resultaba que en no sé qué carrera participaba una yegua llamada *Corsair's Bride*, bastante desconocida, pero cuyo jockey vestía de verde, color que parecía ser exactamente el adecuado para los planetas ascendentes en aquel momento. Mellors, que cree a pies juntillas en esto de la astrología, quería apostar unas libras por aquel caballo y se puso pesadísimo diciéndome que apostase yo también. Por fin, y con el objeto principal de hacerle callar, aposté diez chelines, en contra de mi costumbre. Y resultó que *Corsair's Bride* ganó la carrera. No recuerdo los detalles; el caso es que a mí me tocaron diecisiete libras.

Llevado por un impulso —bastante insólito y probablemente sintomático de otro hito en mi vida— deposité el dinero en el banco sin hacer nada con él ni decirle a nadie que lo tenía. Nunca había hecho una cosa así. Un buen esposo y padre se lo habría gastado en un vestido para Hilda (mi mujer) y zapatos para los niños. Pero yo llevo quince años siendo un buen marido y un buen padre, y ya empiezo a estar harto.

Cuando me hube enjabonado del todo me sentí mejor, y me sumergí tranquilamente en el agua, pensando en mis diecisiete libras y en la forma de gastarlas. La alternativa, según me parecía, estaba entre pasar un fin de semana con una mujer o ir gastándolas poco a poco en cosas pequeñas, como cigarros puros y whiskies dobles. Acababa de abrir otra vez el grifo del agua caliente y pensaba en habanos y en mujeres, cuando oí un ruido semejante al que armaría una manada de búfalos saltando los dos escalones que conducen al cuarto de baño. Eran los niños, claro. Dos niños en una casa de las dimensiones de la nuestra son muchos niños. Al otro lado de la puerta se oyó un frenético patear y un angustioso gemido.

—¡Papá! ¡Quiero entrar!

—¡No puedes entrar! ¡Vete!

—¡Pero, papá...! ¡Quiero ir a un sitio!

—Pues vete a otro sitio. Y cállate. Me estoy bañando.

—¡Pa-pá! ¡Quie-ro-ir-a-un-si-tio!

No había nada que hacer. Conocía bien la señal de alarma. El váter está en el cuarto de baño; no podía ser de otra forma en una casa como la nuestra. Destapé el desagüe de la bañera y me sequé a medias, tan deprisa como pude. Cuando abrí la puerta, el pequeño Billy —el más pequeño, de siete años— pasó como una exhalación junto a mí, esquivando el pescozón destinado a su cabeza. Solo cuando ya estaba casi vestido y buscaba una corbata, descubrí que tenía aún jabón en el cuello.

Es muy desagradable tener jabón en el cuello. Le da a uno

una molestísima sensación de estar todo pegajoso, y lo curioso es que, por más que uno se lo limpie, una vez ha descubierto que tiene jabón en el cuello, se siente pegajoso todo el día. Bajé la escalera malhumorado y dispuesto a mostrarme desagradable.

Nuestro comedor, como todos los comedores de la calle Ellesmere, es una habitación pequeña y atiborrada, de cuatro metros y medio por tres y medio, o quizá son cuatro por tres, no recuerdo. El aparador de roble con sus dos ampollas decorativas y la huevera de plata que nos regaló la madre de Hilda para la boda no deja mucho espacio libre. Hilda estaba esperándome detrás de la tetera con aspecto abatido, en su habitual estado de inquietud y desánimo porque el *News Chronicle* traía que la mantequilla había subido de precio o algo de este tipo. No había encendido la estufa de gas, y aunque las ventanas estaban cerradas hacía un frío horroroso. Me levanté de la mesa y apliqué una cerilla a la estufa, resollando ostensiblemente (siempre que me inclino me quedo sin aliento), como una especie de indirecta a Hilda. Ella me dedicó a su vez la fugaz mirada de través con la que suele obsequiarme cuando cree que malgasto algo.

Hilda tiene treinta y nueve años, y cuando la conocí tenía exactamente el aspecto de una liebre. Es el mismo que tiene ahora, pero ahora, además, está muy delgada y marchita, y tiene siempre una mirada triste e inquieta. Cuando está más preocupada que de costumbre, hace siempre el mismo gesto: encorva los hombros y cruza los brazos, como una vieja gitana junto a la hoguera. Es una de esas personas cuya principal diversión en la vida consiste en predecir catástrofes. Pero son catástrofes pequeñas; las guerras, terremotos, epidemias, hambres y revoluciones la tienen sin cuidado. La letanía de Hilda es que si la mantequilla ha subido de precio, que la factura del gas es enorme, que los niños tienen los zapatos

gastados, o que hemos de pagar otro plazo de la radio. He llegado a la conclusión de que le causa verdadero placer el hecho de balancearse con los brazos cruzados mirándome dramáticamente y diciéndome: «Pero, George, ¡esto es muy serio! Realmente, no sé lo que vamos a hacer. No sé de dónde vamos a sacar el dinero. Es que me parece que no te das cuenta de lo serio que es, George...». Etcétera, etcétera. Tiene la firme convicción de que acabaremos en el asilo. Y lo curioso es que, si alguna vez vamos a parar efectivamente al asilo, a Hilda no le importará ni mucho menos tanto como a mí: de hecho, seguramente le agradará la sensación de seguridad que debe de experimentarse allí.

Los niños habían bajado ya. Se habían lavado y vestido a una velocidad meteórica, como hacen siempre cuando no tienen ocasión de quitarle a nadie el cuarto de baño. Cuando me senté a la mesa otra vez, sostenían una discusión en los siguientes términos:

—Lo has hecho tú.

—No, señor. Yo no he sido.

—Que sí.

—Que no.

—Que sí.

La cosa llevaba trazas de durar toda la mañana, y les dije que se callasen de una vez.

Tengo solo dos hijos: Billy, de siete años, y Lorna, de once. Lo que siento por ellos es bastante especial. Durante la mayor parte del tiempo, apenas puedo resistir su simple presencia. En cuanto a su conversación, es sencillamente inaguantable. Están en esa edad tan tonta en que el pensamiento gira en torno a cosas como los lápices de colores, los compases y las notas de francés. En algunos momentos, en especial cuando están dormidos, siento algo completamente distinto. A veces, en las tardes de verano, cuando ellos están acostados y todavía hay

luz, me pongo a mirar cómo duermen, con sus caritas redondas y su pelo color de estopa, bastante más claro que el mío, y entonces me asalta aquel sentimiento del que habla la Biblia cuando dice que las entrañas de un hombre se conmueven. En tales momentos, tengo la impresión de que no soy más que una especie de vaina vacía que no sirve ya para nada, y de que lo único importante que he hecho en la vida ha sido traer al mundo a estas criaturas y alimentarlas mientras crecen. Pero esto me ocurre solo en algunos momentos. Por lo general, mi existencia autónoma me parece considerablemente importante; me siento aún lleno de vida y pienso que me quedan todavía cantidad de buenos ratos por disfrutar. Y la idea de mí mismo como una especie de mansa vaca lechera destinada al sustento de mujeres y niños no me atrae en absoluto.

Aquel día no hablamos mucho durante el desayuno. Hilda estaba con uno de sus leitmotivs, el «no sé qué vamos a hacer», refiriéndose en parte al precio de la mantequilla y en parte al hecho de que debíamos todavía cinco libras a la escuela por el curso pasado y estábamos ya a finales de las vacaciones de Navidad. Me comí mi huevo duro y unté una rebanada de pan con mermelada Golden Crown. Hilda se empeña en comprar ese producto, que cuesta cinco peniques y medio el bote de medio kilo, y cuya etiqueta dice, en el tipo de letra más pequeño que permite la ley, que «contiene cierta proporción de zumo de fruta neutro». Eso fue lo que me dio ocasión de comenzar a hablar, en la forma bastante irritante que tengo a veces, de los árboles frutales neutros, y de preguntarme cómo serían sus frutos y en qué países crecerían, hasta que Hilda se enfadó. No es que le importe mucho que la haga rabiar, sino simplemente que considera que hay algo de pecaminoso en reírse de algo que permite ahorrar dinero.

Eché una ojeada al periódico, pero no había muchas novedades. En España y en China se mataban unos a otros, algo

que se había convertido en habitual. Se habían encontrado unas piernas de mujer en la sala de espera de una estación, y la boda del rey Zog estaba pendiente de un hilo. Por fin, hacia las diez, bastante más temprano de lo que me proponía, salí para la ciudad. Los niños se habían ido a jugar al jardín público. Era una mañana tremendamente fría. Al salir a la calle, una desagradable ráfaga de viento me dio en el cuello, haciéndome recordar el jabón. Me hizo sentir súbitamente que mis ropas no me sentaban bien y que todo mi cuerpo estaba pegajoso.

2

¿Conocen ustedes mi calle, la calle Ellesmere, en West Bletchley? Pero no importa, seguro que conocen otras cincuenta iguales a ella.

Ya saben cómo abunda este tipo de calles por todas las zonas suburbiales. Son siempre las mismas. Largas, larguísimas filas de casitas semiseparadas (la calle Ellesmere tiene 212 números; el nuestro es el 191), tan parecidas entre sí como las que construye el ayuntamiento y generalmente más feas, con sus fachadas de estuco, sus puertas impregnadas de creosota, sus setos de ligustro y su puerta principal de color verde. *Los Laureles*, *Los Mirtos*, *Los Espinos*, *Mon Abri*, *Mon Repos*, *Belle Vue*... Quizá, en una de cada cincuenta, algún individuo antisocial —que seguramente acabará en el asilo— ha pintado la puerta de la calle azul en lugar de verde.

Aquella sensación pegajosa en el cuello me había dejado deprimido. Es curioso lo que le afecta a uno llevar jabón en el cuello. Parece que le arrebata toda la seguridad en sí mismo, como cuando se descubre en un lugar público que se lleva un agujero en la suela del zapato. Aquella mañana yo no me hacía ninguna ilusión acerca de mi apariencia. Era casi como si pudiese salir de mí mismo y verme desde alguna distancia bajando por la calle, con mi cara llenita y colorada, mi dentadura postiza y mi vestimenta vulgar. Un tipo como yo nunca podrá parecer un señor. A doscientos metros de distancia, se sabe inmediatamente a qué me dedico; no se nota, quizá, que trabajo concretamente en seguros, pero sí que soy algún tipo de corredor o vendedor. Mi atuendo de aquel día era

prácticamente el uniforme de la tribu: traje gris de espiga bastante gastado, abrigo azul de cincuenta chelines y sombrero hongo, y no llevaba guantes. Y tengo el aspecto característico de las personas que venden a comisión, una especie de aspecto descarado y basto. En mis mejores momentos, cuando llevo un traje nuevo o cuando fumo un puro, podría pasar por un corredor de apuestas o por un recaudador de impuestos, y cuando las cosas andan muy mal podría ser un vendedor de aspiradores, pero, en general, mi aspecto denota con exactitud lo que soy. «De cinco a diez libras a la semana», dirían ustedes inmediatamente al verme. Económica y socialmente, represento al habitante medio de la calle Ellesmere.

Aquella mañana, tenía la calle casi para mí solo. Los hombres se habían ido corriendo para atrapar el tren de las 8.21, y las mujeres estaban encendiendo las estufas de gas. Cuando uno tiene tiempo de mirar a su alrededor y además se encuentra en el estado de ánimo adecuado, puede ser divertido andar por estas calles de barrio y pensar en las vidas que transcurren en ellas. Porque, al fin y al cabo, ¿qué es una calle como la de Ellesmere sino una cárcel con las celdas dispuestas en línea recta? Una hilera de cámaras de tortura semiseparadas donde los pobres asalariados con cinco o diez libras semanales lloran y crujen de dientes. Cada uno de ellos tiene al jefe haciéndole la puñeta, a la mujer subida en sus lomos y a los niños chupándole la sangre como sanguijuelas. Se dicen muchas tonterías acerca de los sufrimientos de la clase trabajadora. Yo no siento tanta compasión por los obreros. ¿Han visto alguna vez a algún peón que no pudiese dormir pensando en la posibilidad de ser despedido? El obrero sufre físicamente, pero cuando no está en el trabajo es un hombre libre. En cambio, en cada una de estas cajitas de estuco vive un pobre desgraciado que nunca es libre excepto cuando está a punto de dormirse y sueña que ha tirado al jefe al fondo de un pozo y lo está

sepultando con piedras.

Desde luego, pensé, lo peor de nosotros es que nos imaginamos que tenemos algo que perder. Para empezar, el noventa por ciento de los vecinos de la calle Ellesmere tienen la impresión de ser propietarios de sus casas. La calle Ellesmere y toda la zona que la rodea, hasta la avenida principal, forma parte de una enorme empresa inmobiliaria llamada Urbanización Las Hespérides, propiedad de la Sociedad Constructora Cheerful Credit. Las constructoras son, probablemente, el negocio más redondo de nuestro tiempo. Los seguros son una estafa, lo reconozco, pero una estafa declarada, con las cartas boca arriba. Lo bueno de la empresa constructora es que las víctimas de la estafa creen ser objeto de un favor. La empresa las desvalija, y ellas le lamen la mano agradecidas. A veces pienso que me gustaría ver la urbanización Hespérides presidida por un enorme monumento al dios de las sociedades constructoras. Sería un dios extraño. Entre otras cosas, sería bisexual. La mitad superior de su cuerpo sería un director gerente, y la mitad inferior, una señora embarazada. En una mano mostraría una enorme llave —la llave del asilo, claro— y en la otra —¿cómo se llaman esas cosas como cuernos con regalos dentro?— una cornucopia, de la que saldrían radios portátiles, pólizas de seguro de vida, dentaduras postizas, aspirinas, preservativos y rodillos de apisonadores de jardín.

En realidad, los vecinos de la calle Ellesmere no somos propietarios de nuestras casas ni siquiera al terminar de pagarlas. No son nunca de nuestra absoluta propiedad, sino solo arrendadas. Su precio es de quinientas cincuenta libras, a pagar en un período de dieciséis años; y si las comprásemos al contado nos costarían alrededor de las trescientas ochenta. Esto representa un beneficio de ciento setenta para la Cheerful Credit, pero ni que decir tiene que la sociedad en cuestión obtiene muchos más beneficios. El precio de trescientas

ochenta libras incluiría el beneficio del constructor, pero la Cheerful Credit, bajo el nombre de Wilson & Bloom, construye las casas ella misma y se queda con la diferencia. No tiene que pagar más que los materiales. Y también se queda con los beneficios de los materiales, pues, bajo el nombre de Brookes & Scatterby, vende ella misma los ladrillos, baldosas, puertas, marcos de ventana, arena, cemento y creo que incluso los cristales. Y no me sorprendería en absoluto enterarme de que bajo otro alias vendiese incluso la madera para las puertas y los marcos de ventanas. Así pues —y esto es algo que realmente podíamos haber previsto, pero que constituyó una gran sorpresa cuando lo descubrimos—, la Cheerful Credit no cumple siempre su parte del contrato. Cuando se construyó la calle Ellesmere, esta quedaba junto a una zona de campo abierto —nada del otro jueves, pero suficiente para que jugasen los niños— llamada Platt's Meadows. No había nada escrito, pero se había dado siempre por supuesto que Platt's Meadows no sería edificado. Pero West Bletchley era un barrio que crecía; en 1928 se instaló allí la fábrica de mermelada Rothwells y en 1933 la angloamericana All-Steel Bicycle; la zona se iba poblando y los alquileres subían. Nunca he visto en persona a sir Hubert Crum ni a ningún otro de los peces gordos de la Cheerful Credit, pero puedo imaginarme cómo se les haría la boca agua. Un día llegaron las excavadoras y comenzaron a construirse casas en Platt's Meadows. De las Hespérides surgió un alarido de terror, y se constituyó una asociación para defender los intereses de los inquilinos. Pero no sirvió de nada. Los abogados de Crum nos taparon la boca en dos días, y Platt's Meadows fue edificado. Pero lo realmente fino del engaño, lo que me hace pensar que el viejo Crum tiene bien ganado su título de baronet, es el lado psicológico. Simplemente por la ilusión de ser dueños de nuestras casas, de tener lo que se llama un pie en el campo, los pobres desgraciados de las

Hespérides y de todos los lugares semejantes nos hemos convertido para toda la vida en los devotos esclavos de Crum. Somos todos respetables propietarios, es decir, gente de orden, conservadores y pelotas. Somos la gallina de los huevos de oro. Y el hecho de que en realidad no seamos propietarios, de que estemos todos a medio pagar nuestras casas y vivamos devorados por el terror de que nos ocurra algo antes de haber efectuado el último pago no hace más que aumentar esta impresión. Estamos comprados, y, lo que es más, comprados con nuestro propio dinero. Y cada uno de los pobres imbéciles oprimidos que están echando el bofe para pagar en el doble de su valor una jaulita de ladrillo llamada Belle Vue porque no tiene vista alguna, cada uno de estos pobres primos está dispuesto a morir en el campo de batalla para salvar a su país del bolchevismo.

Torcí por la calle Walpole y llegué a la avenida principal. Hay un tren para Londres a las 10.14. Al pasar por delante del Sixpenny Bazaar, recordé mi propósito de comprar hojas de afeitar. Cuando llegué al departamento de jabones, el jefe de sección o comoquiera que se llame ese empleado estaba abroncando a la dependienta. Por lo general, a esa hora de la mañana no hay mucha gente en el Sixpenny. A veces, si se entra inmediatamente después de que abran, se puede ver a las chicas en fila escuchando el sermón matinal, encaminado a ponerlas en forma para toda la jornada. Dicen que estas grandes cadenas de almacenes emplean a individuos con una especial facilidad para el insulto y el sarcasmo, para que vayan de sucursal en sucursal a animar a las chicas. El empleado en cuestión era un tipo bajo y feo, de hombros muy anchos y bigote gris y erizado. Acababa de sorprender a la chica en algún descuido, un error en el cambio, al parecer, y le estaba chillando con una voz parecida al sonido de una sierra circular.

—¡Ah, no! ¡Claro que no podía contarlo! ¡Claro que no

podía! Se habría cansado mucho...

Antes de que pudiera evitarlo, mi mirada se cruzó con la de la chica. No era agradable para ella tener a un tipo gordo, mayor y con la cara colorada mirándola mientras la estaban poniendo verde. Desvié mis pasos tan rápidamente como pude y fingí interesarme por las cosas del mostrador de al lado, anillas para cortinas o algo así. El jefecillo continuaba con la bronca. Era una de esas personas que le dejan a uno en paz y después, súbitamente, se vuelven y atacan de nuevo, como las libélulas.

—¡Claro que no podía contarlo! A usted qué le importa que falten dos chelines... No le importa un comino. Qué son dos chelines para usted... ¿Para qué molestarse en contarlos como Dios manda? ¡Ah, no! Aquí nada interesa excepto su conveniencia. Usted no piensa en los demás, ¿verdad?

La cosa continuó durante unos cinco minutos. Los gritos se oían en casi todo el establecimiento. El tipo repitió varias veces el número de dejarla, haciéndole creer que había terminado con ella, y volver al cabo de un momento como un perro furioso para soltarle otra andanada. Alejándome un poco más, los miré nuevamente. La chica no tenía más de dieciocho años, estaba bastante gordita y tenía una expresión alelada. Era el tipo de chica que nunca contaría bien los cambios. Estaba toda colorada y se retorcía literalmente de inquietud. Era exactamente como si el hombre le estuviese pegando con un látigo. Las chicas de los otros mostradores fingían no enterarse de nada. El tipo era un hombrecillo feo y engreído, de los que sacan el pecho y se ponen las manos bajo los faldones de la chaqueta, que serían sargentos si les alcanzase la talla. ¿No han observado cuán a menudo se emplea a hombres bajitos para esta clase de trabajos de dirección de personal? El individuo acercaba la cara a la de la muchacha, como para chillarle mejor. Y ella estaba toda roja y se retorcía.

Finalmente, el hombre decidió que ya había dicho bastante y se alejó, erguido y solemne como un almirante. Yo me acerqué al mostrador a por mis hojas de afeitar. El tipo sabía que yo lo había oído todo, y la chica lo sabía también, y los dos sabían que yo sabía que ellos sabían. Pero lo peor era que ella, en atención a mí, tenía que fingir que no había ocurrido nada y adoptar la actitud reservada y distante propia de una dependienta ante los clientes masculinos. Segundos después de que yo viese cómo la trataban como a una fregona, tenía que representar el papel de la señorita bien educada y dueña de sí misma. Estaba aún sonrojada y le temblaban las manos. Yo le había pedido hojas de un penique, y ella revolvía nerviosamente en el cajón de las de tres peniques. En un momento dado, el jefecillo miró hacia nosotros y por un instante ambos creímos que quería volver a empezar. La chica se encogió, como un perro al ver el látigo. Pero no dejaba de mirarme con el rabillo del ojo. Pude darme cuenta de que me odiaba intensamente porque había visto cómo la reñían. Qué extraño...

Me marché por fin con mis hojas de afeitar. ¿Por qué lo aguantan?, pensaba. Por simple miedo, desde luego. Una sola réplica y le echan a uno a la calle. En todas partes ocurre igual. Pensé en el chico que a veces me atiende en el establecimiento de comestibles, el cual forma parte también de una cadena. Es un muchachote alto y fornido de veinte años, de mejillas sonrosadas y enormes antebrazos, que debería trabajar más bien en una herrería. Y allí lo tienen ustedes, embutido en una chaqueta blanca, inclinado sobre el mostrador, frotándose las manos y diciendo: «¡Sí, señor! ¡Tiene razón, señor! Hace muy buen tiempo para esta época, ¿verdad, señor? ¿En qué puedo servirle, señor?», prácticamente pidiéndole a uno que le pegue una patada en el trasero. Pero son las órdenes que ha recibido. El cliente siempre tiene razón. Y en su cara se ve el miedo

cerval a que alguien se queje de sus modales y haga que le echen. Además, ¿cómo sabe él que el cliente que tiene delante no es uno de los espías que la empresa envía a veces? ¡El miedo! Estamos inmersos en él; es nuestro elemento. Todo aquel que no teme perder su trabajo teme a la guerra, al fascismo, al comunismo, a lo que sea. Los judíos tiemblan pensando en Hitler. Se me ocurrió que aquel gusano del bigote erizado tenía probablemente mucho más miedo de perder su empleo que la chica. Seguramente él tiene una familia que mantener. Y, quién sabe, quizá en su casa el tipo es dócil y amable, cultiva pepinos en el jardín de atrás, deja que su mujer se le siente en las rodillas y que los niños le tiren del bigote. De la misma manera, cuando se lee algo sobre un inquisidor español o sobre un jerarca de la OGPU, siempre aparece aquello de que en su vida privada era muy buena persona, el mejor de los esposos y padres, que quería mucho a su canario y cosas así.

La chica de la sección de jabones me siguió con la mirada mientras me iba. Creo que, de haber podido, me hubiese matado. ¡Cómo me odiaba por lo que había visto! Mucho más de lo que odiaba al jefecillo…

3

Un bombardero volaba a escasa altura por encima de nosotros. Durante un minuto o dos pareció llevar la misma velocidad que el tren.

Enfrente de mí estaban sentados dos hombres de aspecto vulgar, con abrigos gastados, probablemente agentes de algún periódico a la caza de suscripciones. Uno de ellos leía el *Mail*, y el otro, el *Express*. Pude ver por su expresión que me catalogaban como miembro de su grupo social. Al otro extremo del vagón, dos pasantes de abogado que llevaban carteras negras sostenían una conversación repleta de estúpida jerga legal, destinada sin duda a impresionar al resto de los pasajeros y a mostrar que no pertenecían a la plebe.

Yo miraba la parte trasera de las casas que pasaban rápidamente por la ventanilla. La línea de West Bletchley a Londres pasa, en la mayor parte de su extensión, por barrios pobres, pero no es un panorama desagradable. Al contrario, da cierta sensación de paz la visión de los pequeños patios con flores plantadas en cajones, de los tejados planos donde las mujeres ponen la ropa a secar, de las jaulas con canarios en las paredes. El gran bombardero negro se ladeó un poco y nos adelantó, de modo que dejamos de verlo. Yo estaba sentado de espaldas a la locomotora. Uno de los dos hombres que iban enfrente de mí contempló el aparato un momento. Adiviné lo que pensaba. Claro que era lo mismo que piensa todo el mundo. Hoy en día no hace falta ser un intelectual para pensar en estas cosas. Dentro de dos años, dentro de un año, ¿qué haremos cuando veamos uno de esos trastos? Correr al sótano

muertos de miedo...

Uno de los dos hombres dejó su periódico.

—Viene el ganador de Templegate —dijo.

Los pasantes seguían soltando pedanterías acerca de una herencia libre de condición y no sé qué más. El otro agente hurgó en el bolsillo de su chaleco y sacó un Woodbine torcido. Rebuscó en el otro bolsillo y se volvió hacia mí.

—¿Tiene una cerilla, gordo?

Busqué mis cerillas. Ya estábamos otra vez: me habían vuelto a llamar «gordo». Durante unos minutos, dejé de pensar en las bombas y volví a reflexionar sobre mi figura como lo había hecho por la mañana en el baño.

Es cierto que estoy gordo. Es cierto incluso que la mitad superior de mi cuerpo tiene, casi exactamente, forma de cilindro. Pero lo curioso es que, por el simple hecho de que uno esté un poco grueso, casi todo el mundo, incluso un perfecto desconocido, da por sentado que puede aplicarle a uno un calificativo insultante alusivo a su apariencia personal. Supongan ustedes que hablan con un jorobado, con un bizco o con alguien que tiene el labio partido: ¿le daría un nombre que le recordase su defecto? Pues los hombres gordos hemos de llevar la etiqueta como cosa natural y admitida por todos. Yo soy el tipo a quien la gente sistemáticamente palmea la espalda y pega puñetazos en las costillas, casi siempre con la seguridad de que ello me agrada. No puedo ir al bar Crown, de Pudley —por donde paso una vez a la semana por cuestión de negocios— sin que ese imbécil de Waters, que es viajante de los jabones Seafoam pero que se pasa la vida en ese bar, me pinche con el dedo en las costillas diciendo con un sonsonete estúpido: «Aquí está otra vez Tom Bowling, el gordito», una gracia de la que los idiotas del bar no parecen cansarse nunca. Waters tiene unos dedos como barras de hierro. Todos ellos creen que un tipo gordo carece de sensibilidad.

El hombre cogió una segunda cerilla para limpiarse los dientes y miró la caja. El tren pasaba por un puente de hierro. Debajo de nosotros vi por un momento la camioneta de un panadero y una larga fila de camiones cargados de cemento. Lo curioso, pensé, es que en cierta manera lo que se piensa de los hombres gordos es verdad. Es un hecho que un hombre gordo, en especial un hombre que ha sido gordo desde siempre, desde la infancia, no es exactamente como los demás. Su vida transcurre en un plano especial como de comedia ligera, si bien en el caso de los tipos anormalmente gordos, de todos los que superan los ciento treinta kilos, ya no es tanto comedia ligera como farsa de la más burda. Yo he sido sucesivamente delgado y gordo, y conozco la diferencia que ello crea en la manera de mirar las cosas. En cierta forma, el estar gordo le impide a uno tomar las cosas muy a pecho. Dudo que un hombre que siempre ha sido gordo, un hombre al que han llamado «gordito» desde que comenzó a andar, conozca siquiera la existencia de alguna emoción profunda. ¿Cómo podría hacerlo? No tiene experiencia alguna en tales cosas. No puede siquiera estar presente en una escena trágica, porque una escena en la que interviene un hombre gordo no es trágica, sino cómica. Imagínense ustedes, por ejemplo, a un Hamlet gordo. O a Oliver Hardy en el papel de Romeo. Precisamente, hace solo unos días estuve pensando algo parecido mientras leía una novela que había tomado en préstamo de Boots. *Pasión malograda*, se llamaba. El protagonista se entera de que su novia se ha ido con otro. Es uno de esos jóvenes de las novelas, que tienen el rostro pálido y expresivo y el cabello negro, y que viven de renta. Recuerdo más o menos aquel pasaje:

> David recorría de un extremo a otro la habitación, oprimiéndose la frente con las manos. La noticia le había dejado completamente aturdido. Durante largo rato, no pudo creerlo. ¡Sheila le era infiel! ¡No

era posible! Súbitamente, la conciencia del hecho le abrumó y lo vio en todo su horror. Era demasiado. Y se echó a llorar convulsivamente.

Era así o algo parecido. Y ya entonces me dio que pensar. Aquí lo tienen ustedes: así es como se supone que deben comportarse las personas, es decir, algunas personas. Pero ¿qué debe hacer un hombre como yo? Supongamos que Hilda se fuese un fin de semana con otro hombre. (Eso no me importaría en absoluto; más bien me agradaría descubrir que le queda aún vitalidad suficiente para ello, pero vamos a suponer que me importase.) ¿Me echaría yo a llorar convulsivamente? ¿Esperaría alguien que lo hiciese? Con una figura como la mía, eso no es posible. Sería realmente escandaloso.

El tren corría por encima de un terraplén. Por debajo de nosotros se veían los tejados de las casas que pasaban rápidamente uno tras otro, los pequeños tejados rojos donde caerán las bombas, iluminados en aquel momento por un rayo de sol que les daba de lleno. Es curioso cómo pensamos sin cesar en las bombas. Claro que la cosa no va a producirse enseguida. Se nota lo próxima que está por el grado de euforia de algunos artículos de los periódicos. El otro día leí en el *News Chronicle* un artículo en el que se decía que hoy en día los bombarderos no pueden causar ningún daño. Las baterías antiaéreas se han perfeccionado tanto que el aparato tiene que permanecer a seis mil metros de altura. El autor pensaba, fíjense ustedes bien, que, si el avión está lo suficientemente alto, las bombas no llegarán al suelo. Seguramente, lo que quería decir era que las bombas no caerán en el arsenal de Woolwich, sino solo en lugares como la calle Ellesmere.

Pero, mirado en conjunto, el estar gordo no es tan triste. Una cosa que tienen los hombres gordos es que caen siempre simpáticos. No hay ninguna compañía, desde los corredores de apuestas hasta los obispos, en la que un hombre gordo no

encaje y no se sienta a gusto. En cuanto a las mujeres, los hombres gordos tienen más suerte con ellas de lo que la gente parece creer. Es una tontería pensar, como piensan algunos, que una mujer solo mira a un hombre gordo con el objeto de burlarse de él. Lo cierto es que una mujer no se toma a ningún hombre en broma si este consigue hacerle creer que está enamorado de ella.

De todas maneras, yo no he sido siempre gordo. He estado gordo durante ocho o nueve años, y me imagino que he desarrollado la mayoría de las características del grupo. Pero también es cierto que, interior y mentalmente, yo no soy en absoluto gordo. No, no me interpreten mal. No estoy intentando presentarme como una especie de florecilla, como un corazón doliente tras una cara alegre ni nada de eso. Un hombre así no podría trabajar en seguros. Yo soy vulgar, no soy sensible, y encajo en mi ambiente. Mientras en alguna parte del mundo se vendan cosas a comisión y se ganen sueldos a fuerza de cara dura y ausencia de sentimientos delicados, los tipos como yo lo harán. En casi cualquier circunstancia, yo me las arreglaría para ganarme la vida —digo ganarme la vida, no amasar ninguna fortuna— e incluso en una guerra, en una revolución, en una epidemia o en una época de hambre, yo conseguiría sobrevivir durante más tiempo que la mayoría de la gente. Así es como soy. Pero también llevo otras cosas dentro; sobre todo, el recuerdo del pasado. Más adelante les hablaré de ello. Yo soy gordo, pero por dentro soy delgado. ¿No han observado ustedes nunca que dentro de cada hombre gordo hay un hombre delgado, de la misma manera que cuando dicen que dentro de cada bloque de piedra hay una escultura?

El hombre que me había pedido las cerillas les estaba dando un buen repaso a sus dientes detrás del *Express*.

—El caso de las piernas no se aclara mucho que digamos.

—Nunca lo resolverán —dijo el otro—. ¿Cómo se puede

identificar un par de piernas? Todas las piernas son iguales, más o menos.

—Pueden encontrar la pista del fulano a través del papel con que las envolvió.

Por debajo de nosotros pasaban incesantemente los tejados de las casas, torciendo hacia un lado y hacia otro según el trazado de las calles, pero sin interrupción, como si corriésemos por una enorme llanura. En cualquier sentido que se atraviese Londres, se encuentran casi cuarenta kilómetros de casas, una junto a otra. ¡Dios mío! ¿Cómo van a equivocarse los bombarderos? Somos como una gran diana. Y probablemente no habrá aviso. Porque ¿quién sería tan estúpido hoy para declarar la guerra? Si yo fuese Hitler, mandaría mis bombarderos en medio de una conferencia de desarme. Una mañana cualquiera, mientras la gente que va a trabajar invade como una gran corriente el puente de Londres, mientras canta el canario y la anciana tiende unos pantaloneros en la cuerda, ¡zuum, uiiizz, plonk...!, las casas saltarán por los aires, los pantaloncitos se mancharán de sangre, el canario cantará sobre los cadáveres.

Es triste, pensé. Miré otra vez el gran mar de tejados que seguían desfilando por la ventanilla. Miles y miles de calles. Puestos de pescado frito, capillas, cines, pequeñas imprentas en callejuelas, fábricas, bloques de pisos, lecherías, centrales eléctricas... Un mundo enorme, enorme y pacífico. Como una gran selva sin bestias salvajes. No había cañones disparando, nadie arrojaba granadas, nadie pegaba a otro con una porra de goma. En toda Inglaterra, en aquel momento, no debía de haber una sola ventana de dormitorio desde la cual alguien disparase una ametralladora.

Pero ¿qué pasaría dentro de cinco años? ¿O dentro de dos años? ¿O dentro de un año?

4

Pasé por la oficina y dejé los papeles. Warner es uno de esos dentistas estadounidenses baratos. Tiene la consulta —o «la sala», como le gusta decir— a media altura de un gran bloque de oficinas, entre un fotógrafo y un mayorista de artículos de goma. Faltaba aún un rato para la hora convenida, y tenía ganas de comer algo. No sé cómo se me ocurrió entrar en un snackbar. Hay ciertos lugares que suelo evitar. Pero los que ganamos entre cinco y diez libras por semana no tenemos mucho para escoger en Londres en materia de restaurantes. Si uno piensa gastar un chelín y tres peniques en una comida, están el Lyons, el Express Dairy o el ABC, o bien el horrible piscolabis que sirven en el bar de esos lugares: una jarra de cerveza y una loncha de empanada fría, tan fría o más, que la cerveza. En la calle, los chicos voceaban las primeras ediciones de los periódicos de la tarde.

Detrás del reluciente mostrador rojo, una chica que llevaba un alto gorro blanco metía y sacaba cosas de una nevera, y en algún lugar, al fondo del local, sonaba una radio, con una especie de ruido metálico, «pum-tilín-tilín-pum». ¿Por qué demonios he venido aquí?, me dije, mientras entraba. En estos lugares hay una especie de atmósfera que me deprime. Todo es lustroso, brillante y aerodinámico; espejos, esmalte y cromados por todas partes. Todo se gasta en la decoración y nada en la comida. Y lo que dan aquí no es comida de verdad. Son listas de cosas con nombres americanos, una especie de comida fantasma que no sabe a nada, en cuya existencia real parece imposible creer. Todo viene en una caja o en una lata, todo sale

de una nevera, de un grifo o de un tubo. No hay comodidad ni intimidad. Unos taburetes altos para sentarse y una especie de pupitre para poner el plato. Y espejos por todos lados. Flota en el ambiente, mezclada con el ruido de la radio, la idea de que la comida no importa, de que la comodidad no importa; nada importa excepto el lustre y el brillo y las líneas aerodinámicas. Hoy en día todo es aerodinámico, hasta la bala que Hitler tiene guardada para cada uno. Pedí una taza grande de café y un par de salchichas de Frankfurt. La chica del gorro blanco me las puso delante con el mismo entusiasmo, más o menos, con que se echa comida a los habitantes de una pecera.

Afuera, un vendedor de periódicos gritaba: «¡Últimas noticias!». Vi el letrero que llevaba: «Piernas. Nuevos descubrimientos». Solo «piernas», fíjense ustedes bien. Se había reducido a eso. Dos días antes, se habían encontrado unas piernas de mujer en la sala de espera de una estación, envueltas en un papel marrón, y con las sucesivas ediciones de los periódicos se suponía que todo el país estaba tan apasionadamente interesado en las dichosas piernas que nadie necesitaba más preámbulos. Eran las únicas piernas-noticia del momento. Es extraño, pensé, mientras comía un trozo de panecillo, lo sosos que son los crímenes hoy en día. Todo lo que saben hacer es cortar a la gente en pedazos y repartir los pedazos por aquí y por allá. No hay comparación posible con las viejas tragedias domésticas con veneno de por medio, como los casos Crippen, Seddon, señora Maybrick... Me imagino que no se puede cometer un crimen si uno no está firmemente convencido de que va a costarle el fuego eterno.

Mordí una de las salchichas y... ¡horror!

Realmente, yo no esperaba que tuviesen ningún sabor agradable; suponía que no sabrían absolutamente a nada, al igual que el panecillo. Pero lo que ocurrió fue toda una experiencia. Déjenme que intente describírsela.

La salchicha tenía una funda de plástico, naturalmente, y mis dientes provisionales no eran demasiado estables, de modo que hube de efectuar una especie de movimiento de sierra para romper aquella piel. Y entonces, de repente, pop, la cosa se abrió en mi boca como una pera podrida. Una especie de sabor tenue pero horrible se extendió por mi lengua. Por un momento no pude creerlo. Moví la lengua otra vez para averiguar qué era. ¡Era pescado! ¡Una salchicha, una cosa que se decía salchicha de Frankfurt, llena de pescado!

Me puse en pie y salí inmediatamente, sin probar siquiera el café. Sabe Dios cómo sería el café.

En la calle, el chico de los periódicos agitó el *Standard* delante de mi nariz, gritando: «¡Piernas! ¡Horribles revelaciones! ¡Todos los ganadores! ¡Piernas! ¡Piernas!». Yo tenía aún aquella cosa en la boca y buscaba algún sitio donde escupirla. Recordé algo que había leído en el periódico acerca de esas fábricas alemanas de productos alimenticios donde lo hacen todo a partir de otras cosas. *Ersatz,* lo llaman. Recordaba haber leído que ellos hacían embutidos de pescado, y el pescado, indudablemente, de alguna otra cosa. Tuve la sensación de haber mordido el mundo moderno y haber descubierto de qué estaba hecho realmente. Así van las cosas hoy en día. Todo es brillante y aerodinámico y todo está hecho de alguna otra cosa. Celuloide, goma, acero cromado por todas partes, arcos voltaicos que brillan toda la noche, techos de vidrio sobre nuestras cabezas, radios tocando todas la misma música, cemento cubriendo la tierra. Las tortugas de la falsa sopa de tortuga pacen bajo árboles frutales neutros. Y cuando se quiere ir a lo positivo, clavar los dientes en algo sólido, una salchicha por ejemplo, se encuentra uno con esto. Pescado podrido en una funda de plástico, una bomba de porquería estallando en la boca.

Cuando me colocaron los dientes nuevos, me sentí mucho

mejor. Se ajustaban suavemente a las encías, y, aunque seguramente es absurdo decir que los dientes postizos le hacen sentirse a uno más joven, es un hecho que a mí me daban esa sensación. Al pasar junto a un escaparate, me sonreí a mí mismo para verlos. No estaban nada mal. Warner, aunque barato, es un artista en este terreno, y no pretende que sus clientes parezcan anuncios de dentífrico. Tiene unos enormes armarios, que un día me enseñó, llenos de dientes artificiales, ordenados por tamaños y colores, y los escoge cada vez como los joyeros escogen piedras para un collar. Nueve personas de cada diez tomarían mis dientes por naturales.

Me miré durante un buen rato en otro escaparate, y vi que yo no era realmente un hombre feo. Un poco grueso, de acuerdo, pero no desagradable, lo que los sastres llaman «una figura llena». Y el color subido de mi cara agrada a algunas mujeres. Pensé que todavía estaba joven y lleno de energías. Pensé en las diecisiete libras y decidí, de una vez por todas, gastarlas en una mujer. Tenía tiempo de tomarme una cerveza antes de que cerrasen los bares, solo para bautizar la dentadura. Me sentía rico y me detuve en un estanco para comprar un puro de seis peniques, de una clase que me gusta. Miden un palmo y son habanos garantizados. De todas maneras, me imagino que en La Habana crecen las coles como en cualquier otro lugar.

Cuando salí del bar, me sentía otro hombre. Me había tomado dos medianas, que me infundían un agradable calorcillo. El humo del habano entre mis dientes nuevos me daba una suave sensación de frescor. Me puse pensativo y filosófico. Ello se debía, en parte, al hecho de no tener que trabajar. Mi mente reanudó la meditación sobre la guerra que había iniciado aquella mañana, cuando el bombardero volaba por encima del tren. Me sentía en una especie de estado profético, ese estado en el cual uno puede prever el fin del mundo y extraer de ello cierto placer.

Subía por el Strand hacia el oeste, y aunque hacía fresco andaba despacio, saboreando el habano. Había en esa calle la habitual multitud que casi le impide a uno abrirse paso. Todos tenían aquella expresión fija e idiotizada que tiene la gente en las calles de Londres. El tráfico era muy denso; los grandes autobuses rojos se abrían camino penosamente entre los coches; los motores rugían y los cláxones sonaban sin cesar. Una barahúnda suficiente para despertar a los muertos, pero no para despertar a esa gente, pensé. Tuve la impresión de ser la única persona despierta en una ciudad de sonámbulos. Eso es una ilusión, desde luego. Cuando se camina entre una multitud de extraños, es casi imposible no imaginar que todos ellos son estatuas de cera, pero probablemente ellos piensan lo mismo de uno. Y esa especie de estado profético en el que me siento con frecuencia, la sensación de que la guerra está a la vuelta de la esquina y de que la guerra es el fin de todas las cosas, no la tengo yo solo. Quien más, quien menos, todo el mundo la tiene. Supongo que incluso entre la gente que pasa en este momento debe de haber hombres que se imaginan ya la explosión de las bombas, el barro. Sea lo que sea lo que uno piense, siempre hay un millón de personas pensando lo mismo en el mismo instante. Pero el hecho es que yo tenía aquella impresión de ser el único. Estábamos sentados en un polvorín, y nadie lo sabía excepto yo. Miré las estúpidas caras que pasaban. Como los pavos en noviembre: no tienen ni idea de lo que se les viene encima. Era como si tuviese rayos X en los ojos y viese pasar sus esqueletos.

Miré hacia el futuro y vi cómo sería aquella misma calle dentro de cinco años, o dentro de tres (parece que la cosa está fijada para 1941), cuando hubiese comenzado la lucha.

No está todo hecho pedazos, solo un poco cambiado, como desconchado y sucio. Los escaparates están casi vacíos, y tan llenos de polvo que no se ve su contenido. Más abajo, en una

bocacalle, hay un enorme agujero hecho por una bomba y un bloque de edificios quemado, que parece un diente hueco. Las termitas. Todo está extrañamente tranquilo y todo el mundo está muy delgado. Un pelotón de soldados sube por la calle marcando el paso. Están flacos como perchas y arrastran los pies. El sargento lleva el bigote rizado y anda tieso como si se hubiese tragado una escoba, pero está flaco también y tiene una tos que parece que vaya a reventar. Entre acceso y acceso de tos, trata de chillar a los muchachos en el antiguo estilo de las revistas.

—¡Vamos, Jones! ¡Levanta la cabeza! ¿Qué demonios buscas en el suelo? Las colillas se han acabado hace tiempo...

Pero tiene un nuevo acceso de tos. Trata de contenerse, pero no puede; se dobla como un compás y tose hasta ponerse rojo, púrpura; le lloran los ojos y se le marchita el bigote.

Oigo las sirenas de la alarma aérea y los altavoces proclamando que nuestras gloriosas tropas han hecho cien mil prisioneros. Veo una buhardilla de Birmingham donde un niño de cinco años llora y llora pidiendo un trozo de pan. En un momento dado, la madre no puede resistirlo más y le grita: «¡Cállate de una vez, desgraciado!», le levanta la batita y le pega fuerte en el culo, porque no hay pan ni se sabe cuándo lo habrá. Lo veo todo. Veo los letreros por la calle y las colas para el pan, el aceite de castor, las porras de goma y las ametralladoras en las ventanas de los dormitorios.

¿Sucederá todo esto? Nadie lo sabe. Hay días en que es imposible creerlo. Algunas veces, me digo a mí mismo que es solo una falsa alarma difundida por los periódicos; otras, estoy completamente seguro de que no hay escapatoria.

Cuando llegué cerca de Charing Cross, los chicos voceaban una segunda edición de los periódicos de la tarde. Más estupideces sobre el crimen. «Piernas; declaraciones de un conocido cirujano.» Otro letrero me llamó la atención: «La boda

del rey Zog, aplazada». ¡El rey Zog! ¡Vaya un nombre! Resulta difícil creer que un individuo con ese nombre no sea un negro de una tribu caníbal.

En aquel momento, me ocurrió algo extraño. El nombre del rey Zog despertó en mí recuerdos del pasado. Aunque había visto aquel nombre varias veces aquel día, supongo que en ese momento se mezcló con algún sonido del tráfico, con el olor a estiércol de caballo o con alguna otra cosa, y produjo aquel efecto inesperado.

El pasado es una cosa curiosa. Le acompaña a uno constantemente. Me imagino que no transcurre una hora sin que uno piense en cosas que ocurrieron hace diez o veinte años. Casi siempre son recuerdos que no adquieren realidad; son como hechos que uno conoce, como páginas de un libro de historia. Pero a veces, casualmente, una imagen, un sonido, un olor, sobre todo un olor, suscitan los recuerdos de otra manera, y el pasado no se limita a volver a la mente de uno, sino que uno vuelve realmente al pasado. Fue eso lo que me ocurrió en aquel momento.

Me encontré en la iglesia parroquial de Lower Binfield, treinta y ocho años atrás. Aparentemente, desde luego, seguía andando por el Strand, con mi barriga y mis cuarenta y cinco años, con mi dentadura postiza y mi sombrero hongo, pero interiormente era Georgie Bowling, de siete años, hijo menor de Samuel Bowling, vendedor de granos y semillas, vecino del 57 de la calle Mayor, en Lower Binfield. Era domingo por la mañana y sentía el olor de la iglesia. Lo sentía perfectamente. Ustedes saben cómo es el olor a iglesia: es húmedo, polvoriento, marchito y dulzón. Hoy tiene, además, algo de sebo de vela, una pizca de incienso y una sospecha de ratón. Los domingos por la mañana está también el olor a jabón y a ropas de sarga, pero siempre predomina este olor dulce, polvoriento y mohoso que es como el olor de la muerte y de la

vida mezclados, como el olor de los cadáveres convertidos en polvo.

Por aquel entonces, yo medía un metro veinte. Estaba de pie en el cojín para las rodillas a fin de ver por encima del banco de delante, y sentía bajo mi mano el vestido de sarga negra de mi madre. Sentía también mis calcetines, estirados hasta más arriba de las rodillas —como se llevaban entonces— y sentía el inclemente cuello almidonado en el que me aprisionaban los domingos por la mañana. Escuchaba el jadear del órgano y las poderosas voces que cantaban el salmo. En nuestra iglesia, dirigían los cantos dos hombres. En realidad, ellos cantaban tan alto que a los demás no les quedaba mucho que hacer. Uno era Shooter, el pescadero, y el otro, el viejo Wetherall, el ebanista y dueño de la funeraria. Se sentaban frente a frente, uno a cada lado de la nave, en los asientos más próximos al púlpito. Shooter era un hombre bajo y grueso, de cara muy tersa y sonrosada. Tenía la nariz grande y la barbilla huidiza. Llevaba un bigote de puntas caídas. Wetherall era muy diferente. Era un anciano de unos sesenta años, flaco, alto y fuerte, con cara de calavera y pelo gris y estirado, que llevaba el pelo cortado no más largo de un centímetro. Nunca he visto a un hombre vivo tan parecido a un esqueleto. En su cara se apreciaban cada una de las líneas del cráneo; su piel era como el pergamino, y su larga mandíbula inferior, provista de dientes amarillos, se movía arriba y abajo como la mandíbula de un esqueleto en un museo anatómico. A pesar de su delgadez, se notaba al verle que era fuerte como un roble. Parecía que iba a vivir cien años y que antes de morirse haría los ataúdes de todos los que estábamos en la iglesia con él. Las voces de los dos hombres eran también muy diferentes. Shooter profería una especie de bramidos desesperados y agónicos, como los de alguien que tuviese un cuchillo clavado en la garganta y emitiese la última llamada de auxilio. Wetherall tenía un tremendo vozarrón, que

parecía nacer en lo más profundo de sus tripas, donde vibraba y retumbaba. Era como un rodar de barriles bajo tierra. Por más ruido que hiciese, siempre quedaba claro que tenía mucho más en reserva. Los niños le llamaban «el Retumba».

Los dos cantores acostumbraban a conseguir una especie de efecto de antífona, especialmente en los salmos. Era siempre Wetherall quien tenía la última palabra. Me imagino que en la vida privada se llevaban bien, pero en mis días infantiles yo creía que eran enemigos mortales y que trataban de hacerse callar a gritos el uno al otro. Shooter gritaba: «El Señor es mi pastor», y venía Wetherall y le replicaba: «Y nada me faltará», ahogándole completamente. Siempre se sabía cuál de los dos ganaba. A mí me gustaba especialmente el salmo que hablaba de Sijón, rey de los Amorreos, y de Og, rey de Basán (esto es lo que me recordó el nombre del rey Zog). Shooter comenzaba con «Sijón, rey de los Amorreos»; durante medio segundo, quizá, se oía al resto de los fieles cantando el «y», y entonces venía el impresionante bajo de Wetherall, como una enorme ola, y lo inundaba todo con su «Og, rey de Basán». Me gustaría que oyesen ustedes el tremendo resonar de barriles que había en aquel «Og». Yo me había hecho una imagen mental de Sijón y de Og. Los veía como dos de esas enormes estatuas egipcias, de las que había visto fotos en el fascículo de la enciclopedia: esas enormes figuras de piedra de diez metros de altura, sentadas en sus tronos una frente a otra, con las manos en las rodillas y una leve y misteriosa sonrisa en los labios.

¡Qué bien, lo recordaba todo! Aquella sensación especial —porque era solo una sensación, no se puede definir como una actividad— que llamamos «iglesia». El olor dulzón a muerto, el susurro de los trajes del domingo, el resollar del órgano y las poderosas voces, la mancha de luz del agujero del ventanal, que subía lentamente por la nave. De alguna manera los adultos llegaban a creer que aquella extraordinaria puesta en

escena era necesaria. Los niños la aceptaban sin más, al igual que hacían con la Biblia, que, en aquellos tiempos, les era administrada a grandes dosis. En todas las paredes había citas bíblicas, y la gente se sabía de memoria capítulos enteros del Antiguo Testamento. Aún ahora tengo la cabeza llena de fragmentos. «Y los hijos de Israel obraron mal a los ojos del Señor.» «Y Aser permaneció a la orilla del mar.» «Recorre todas las tribus de Israel, desde Dan a Berseba.» «Allí le hirió en la ingle y murió.» Eran cosas que nunca se entendían, y que tampoco interesaba entender; eran como una especie de medicina: una cosa de sabor extraño que había que tragar y que se sabía necesaria por alguna razón. Un extraordinario galimatías de gente llamada Simí, Nabucodonosor, Ajitófel y Hasbadana, gente con largas túnicas y barbas asirias que iban de aquí para allá montados en camellos, entre templos y cedros, haciendo cosas muy raras: sacrificaban ofrendas quemadas, entraban en hornos ardientes, eran clavados en cruces y comidos por ballenas. Y todo ello se mezclaba con el olor dulzón a tumba y a ropas de sarga y al sonido del órgano.

Este es el mundo al que volví cuando vi el letrero que hablaba del tal Zog. Durante unos momentos, no me limité a recordar, sino que viví de nuevo en aquel mundo. Claro que este tipo de ilusiones no duran más que unos segundos. Un momento después, fue como si abriese los ojos de nuevo, y tuve otra vez cuarenta y cinco años y me encontré en el abarrotado Strand. Pero el recuerdo me había dejado una impresión. A veces, cuando se abandona una determinada línea de pensamiento, se tiene la sensación de salir del fondo del agua. Aquella vez fue al revés, como si al volver a 1900 hubiese respirado aire de verdad. Aun ahora que estaba despierto, por así decirlo, todos aquellos imbéciles que corrían de acá para allá, los letreros, la peste a petróleo y el rugir de los motores me parecían menos reales que aquel domingo por la mañana en

Lower Binfield, treinta y ocho años atrás. Tiré el cigarro y seguí andando lentamente. Percibía aún el olor a muerto de la iglesia. En cierta forma, puedo percibirlo aún ahora. He vuelto a Lower Binfield y estamos en 1900. Junto al abrevadero de la plaza del Mercado, el caballo del carretero come de su morral. En la tienda de dulces de la esquina, la señora Wheeler pesa medio penique de bolas de licor. Pasa el carruaje de lady Ramplin, con el lacayo sentado detrás, cruzado de brazos. El tío Ezequiel está maldiciendo a Joe Chamberlain. El sargento reclutador, con su chaqueta escarlata, sus apretados pantalones azules y su gorra cilíndrica, se pasea pavoneándose. Los borrachos vomitan en el patio trasero de George. Doña Victoria está en Windsor, Dios está en el cielo, Cristo está en la cruz, Jonás en la ballena, *Sadrac*, *Mesac* y *Abed-nego* están en el horno ardiente y Sijón rey de los Amorreos y Og rey de Basán están sentados en sus tronos mirándose uno a otro, sin hacer nada concreto, simplemente existiendo, ocupando los lugares que les han sido asignados, como dos perros de porcelana o el león y el unicornio.

¿Se fue todo aquello para siempre? No estoy seguro. Pero les digo que era un mundo agradable para vivir en él. Yo pertenezco a ese mundo. Y ustedes también.

II

1

El mundo que recordé por unos momentos cuando vi el nombre del rey Zog era tan diferente de este en que vivo ahora que les resultará difícil creer que viví en él alguna vez.

Supongo que a estas alturas ya se han hecho una idea de mi persona —un tipo de mediana edad, grueso, con dentadura postiza y cara colorada— e inconscientemente piensan que he sido siempre el mismo desde que estaba en la cuna. Pero cuarenta y cinco años son mucho tiempo, y, aunque muchas personas no cambian ni evolucionan, otras sí lo hacen. Yo he cambiado mucho, y he tenido mis temporadas buenas y malas, más buenas que malas. Puede parecer extraño, pero mi padre, seguramente, estaría orgulloso de mí si pudiese verme ahora. Pensaría que es estupendo que un hijo suyo sea dueño de un coche y viva en una casa con cuarto de baño. Actualmente, vivo un poco por encima de la clase social de la que procedo, y en algunos momentos he alcanzado niveles que nunca hubiésemos soñado en aquellos lejanos días de antes de la guerra.

¡Antes de la guerra! ¿Durante cuánto tiempo seguiremos usando esta expresión? Pronto habrá que preguntar: ¿De qué guerra? En mi caso, el país de Nunca Jamás en que se piensa al decir «antes de la guerra» podría ser casi antes de la guerra de los bóeres. Yo nací en 1893, y me acuerdo del comienzo de esa guerra por la gran discusión que tuvieron mi padre y el tío Ezequiel con ese motivo. Y conservo varios recuerdos que datan de un año antes.

La primera cosa que recuerdo es el olor de la paja de

pipirigallo. Al avanzar por el pasadizo de piedra que llevaba de la cocina a la tienda, el olor del pipirigallo se hacía cada vez más intenso. Mi madre había colocado una puerta de madera entre el pasillo y la tienda, para evitar que Joe y yo —Joe era mi hermano mayor— entrásemos en la tienda. Me acuerdo aún de cuando estaba junto a aquella puerta y el olor del pipirigallo se mezclaba con el húmedo olor a yeso del pasillo. Un día, al cabo de unos años, conseguí, no sé cómo, abrir la puerta y entrar en la tienda en un momento en que no había nadie en ella. Un ratón que estaba en uno de los arcones de harina saltó rápidamente al suelo y se escurrió entre mis piernas; estaba todo blanco de harina. Esto debió de ser cuando tenía seis años.

Cuando se es muy pequeño, parece que se adquiere conciencia súbitamente de cosas que se han tenido delante desde siempre. Las cosas que le rodean a uno se presentan en la mente de una en una, de manera parecida a como lo hacen cuando se está saliendo del sueño. Por ejemplo, hasta que tuve casi cuatro años no me di cuenta de manera clara de que teníamos un perro. Se llamaba Nailer. Era un viejo terrier inglés, blanco, de una variedad que hoy ya no es frecuente. Le vi bajo la mesa de la cocina y me pareció comprender por primera vez y de manera súbita que era nuestro y que se llamaba Nailer. De la misma manera, había descubierto poco tiempo antes que detrás de la puerta que había al final del pasillo había un lugar de donde procedía el olor a pipirigallo. Y las cosas de la tienda, las enormes escaleras, las medidas de madera y la pala de hojalata, las letras blancas del escaparate y el pinzón en su jaula —que no se veía muy bien ni siquiera desde la acera, porque el cristal estaba siempre polvoriento— se fueron ordenando en mi mente una tras otra como las piezas de un rompecabezas.

Pasó el tiempo, aprendí a dar cada vez pasos más largos y adquirí poco a poco algunos conocimientos geográficos. Me

imagino que Lower Binfield era como cualquier otro pueblo de mercado de unos dos mil habitantes. Estaba en Oxfordshire —fíjense que digo «estaba», a pesar de que el pueblo existe aún —, a unos ocho kilómetros del Támesis, en un pequeño valle, separado del río por unas colinas, y tenía otras colinas más altas al otro lado. En las cumbres de estas había bosques que parecían borrosas masas azules, y en uno de aquellos bosques se veía una gran casa blanca con una columnata, Binfield House («El palacio», la llamaban todos). La cima de la colina se llamaba Upper Binfield, aunque allí no había ningún pueblo ni lo había habido durante cien años o más. Yo debía de tener casi siete años cuando advertí la existencia de Binfield House. Cuando se es muy pequeño no se mira a lo lejos. Pero en aquella época ya conocía cada rincón del pueblo, que tenía más o menos forma de cruz, con la plaza del Mercado en el centro. Nuestra tienda estaba en la calle Mayor, un poco antes de llegar a la plaza, y en la esquina estaba la tienda de golosinas de la señora Wheeler, donde los niños se gastaban su medio penique cuando lo tenían. La vieja Wheeler era sucia y parecía una bruja, y se decía que chupaba los confites y los volvía a poner en el bote, pero aquello nunca se comprobó. Más allá estaba la barbería, con el anuncio de los cigarrillos Abdulla —ese en el que aparecen soldados egipcios, y, cosa curiosa, es el mismo de ahora— y el olor penetrante y embriagador del ron de laurel y del tabaco de Latakia. Detrás de las casas se veían las chimeneas de la fábrica de cerveza. En medio de la plaza estaba el abrevadero de piedra; en la superficie del agua había siempre una fina capa de polvo y paja.

Antes de la guerra, y especialmente antes de la guerra de los bóeres, era verano durante todo el año. Ya sé que esto es una ilusión. Estoy intentando explicarles la manera en que recuerdo aquellos tiempos. Si cierro los ojos y pienso en Lower Binfield como era antes de que yo tuviese, pongamos, ocho años,

siempre lo recuerdo en verano. A veces veo la plaza al mediodía, sumida en un silencio soñoliento, y el caballo del carretero con el hocico hundido en el morral, comiendo tranquilamente; otras veces, veo una cálida tarde en los grandes prados, verdes y húmedos, que rodeaban el pueblo, o recuerdo el crepúsculo en la callejuela, detrás de los huertos, con el olor a tabaco de pipa y a alhelíes flotando por encima del seto. Pero, en otro sentido, sí que recuerdo las diferentes estaciones, porque todos mis recuerdos están relacionados con cosas de comer, que variaban según las épocas del año. Son sobre todo las cosas que crecían en los arbustos. En julio había zarzamoras —aunque eran muy raras— y las moras eran casi lo bastante maduras para comerlas. En septiembre había endrinas y avellanas. Las mejores avellanas estaban siempre demasiado altas. Después venían los hayucos y las manzanas silvestres. Había también todas las cosas de menor interés que se comían cuando no había nada mejor. Bayas —aunque no son muy buenas— y escaramujos, que tienen un sabor agradable y fuerte si se les quitan los pelitos. La angélica es buena a principios de verano, especialmente cuando se tiene sed, al igual que los tallos de varias hierbas. Está también la acedera, que es buena con pan y mantequilla, y las pacanas, y una especie de trébol que tiene un sabor ácido. Incluso las semillas de llantén son un recurso cuando se tiene hambre y se está lejos de casa.

Joe era dos años mayor que yo. Cuando éramos muy pequeños, mi madre pagaba a Katie Simmons dieciocho peniques por semana para que nos llevase de paseo por las tardes. El padre de Katie trabajaba en la fábrica de cerveza y tenía catorce hijos, de modo que todos los miembros de la familia estaban siempre buscando trabajo. Katie tenía solo doce años cuando Joe tenía siete y yo cinco, pero su nivel mental no era muy superior al nuestro. Acostumbraba a tirar de mí cogiéndome por el brazo, y me llamaba «niño». Tenía la

suficiente autoridad sobre nosotros para evitar que fuésemos atropellados por un carro o embestidos por un toro, pero en cuanto a conversación estábamos casi en igualdad de condiciones. Dábamos largos y lentos paseos, cogiendo y comiendo cositas todo el rato. Bajábamos por la callejuela de detrás de los huertos, seguíamos por los prados e íbamos hasta el molino, donde había un estanque con tritones y carpas pequeñas —al que Joe y yo fuimos a pescar unos años después — y volvíamos por la carretera de Upper Binfield para pasar por una tienda de golosinas que estaba a la salida del pueblo. Aquella tienda estaba tan mal situada que todos los que instalaban su negocio en ella se arruinaban. Que yo recuerde, fue tres veces tienda de golosinas, una vez de comestibles, y otra, taller de reparación de bicicletas. Pero para los niños tenía una fascinación especial. Incluso cuando no teníamos dinero pasábamos por allí y pegábamos la nariz al escaparate. A veces nos partíamos con Katie un cuarto de penique de golosinas y nos peleábamos por el reparto. En aquellos tiempos, con un cuarto de penique se podían comprar muchas cosas. La mayor parte de las golosinas valían un penique las cuatro onzas, y había una cosa llamada «mezcla del paraíso», compuesta principalmente por golosinas rotas de otros botes, que valía un penique las seis onzas. Había también los «caramelos eternos», que valían un cuarto de penique, medían un metro y duraban media hora. Los gatitos y cerditos de azúcar costaban un penique los ocho, al igual que las pistolas de regaliz. Las palomitas de maíz costaban medio penique una bolsa grande. Las bolas con regalo, que contenían varias clases de dulces, un anillo dorado y a veces un pito, valían un penique. Ahora ya no se ven bolsas con regalo. Una gran mayoría de las golosinas que había entonces no se fabrican ya. Había unos caramelos blancos, planos, con fresas grabadas encima, y una cosa rosada y pegajosa que venía en cajitas

ovaladas con una minúscula cucharilla de hojalata, que costaba medio penique. Las dos han desaparecido. Tampoco hay ya confites de alcaravea ni pipas de chocolate ni cerillas de azúcar, y ni siquiera se ven casi «cientos y miles». Los «cientos y miles» eran un gran recurso cuando se tenía solo un cuarto de penique. ¿Y los Penny Monsters? ¿Qué se habrá hecho de los Penny Monsters? Era una enorme botella que contenía más de un litro de limonada gaseosa y costaba un penique. Esta es otra de las cosas que murieron con la guerra.

Cuando recuerdo aquellos tiempos, siempre me parece que era verano. Siento a mi alrededor la hierba, tan alta como yo, y el calor de la tierra. Veo el polvo de la callejuela y la luz cálida y verdosa que se filtraba por las ramas de los avellanos. Puedo vernos a nosotros tres paseando, comiendo frutos de los arbustos, y a Katie tirando de mi brazo y diciendo «venga, niño». Y a voces gritando a Joe, cuando este se alejaba: «¡Joe, ven aquí ahora mismo! ¡Te voy a dar!». Joe era un muchacho fornido de cabezota grande y enormes pantorrillas; era uno de esos chicos que están siempre haciendo algo peligroso. A los siete años llevaba ya pantalones, con los gruesos calcetines negros hasta más arriba de la rodilla y las recias botas que usaban entonces los muchachos. Yo llevaba aún una bata de lino confeccionada por mi madre. Katie vestía unas deshilachadas parodias de ropa de chica mayor que habían pasado de una hermana a otra. Llevaba un sombrero grande y ridículo, con las trenzas colgándole por detrás, y una falda larga, sucia de arrastrarla por el suelo, y botines con los tacones destrozados. Era bajita, no mucho más alta que Joe. Servía para cuidar niños. En una familia como la suya, las niñas cuidan a sus hermanos desde que pueden tenerse en pie. A veces se hacía la mayor y trataba de portarse como una señorita, y nos sermoneaba a base de proverbios, que le parecían inapelables. Por ejemplo, si le decíamos «es igual»,

replicaba inmediatamente:

> «Es igual» ya no es igual;
> a «es igual» lo han ahorcado,
> lo han freído en la sartén
> y en el horno le han asado.

Si la insultábamos, nos decía «a palabras necias, oídos sordos»; cuando presumíamos de algo, declaraba «al gallo que canta, le aprietan la garganta». Un día que me lo advirtió a mí cuando jugaba a andar como un soldado, pavoneándome mucho, me caí en una cagada de vaca. La familia de Katie vivía en una especie de sucia ratonera en la calle miserable que había detrás de la fábrica. El lugar hormigueaba de niños. Todos sus hermanos habían conseguido zafarse de ir a la escuela, lo cual, en aquella época, era bastante fácil, y desde que tenían uso de razón se dedicaban a hacer recados o pequeños trabajos. Uno de los mayores fue condenado a un mes por robar nabos. Katie dejó de llevarnos de paseo al cabo de un año, cuando Joe tenía ocho y era ya demasiado fuerte para ella. Además, había descubierto que en casa de Katie dormían cinco en una cama, y acostumbraba a mortificarla con este tema.

¡Pobre Katie! Tuvo su primer hijo a los quince años. Nadie supo quién era el padre, y probablemente ella misma tampoco estaba muy segura. La mayoría de la gente pensó que era alguno de sus hermanos. El niño fue internado en el asilo y Katie se fue a servir a Walton. Algún tiempo después, se casó con un calderero remendón, lo cual, incluso para una familia como la suya, representaba un descenso en la escala social. La última vez que la vi fue en 1913. Yo iba en bicicleta por Walton y pasaba por delante de unas horribles barracas de madera que había junto a la vía del tren, rodeadas por vallas hechas de duelas de barril, donde se instalaban los gitanos en

algunas épocas del año, cuando la policía les dejaba. Una mujeruca arrugada, con el pelo caído sobre una cara cenicienta, que aparentaba al menos cincuenta años, salió de una de las casuchas y se puso a sacudir una estera andrajosa. Era Katie, que debía de tener por entonces veintisiete años.

2

El jueves era día de mercado. Desde primera hora de la mañana, hombres de caras coloreadas y redondas como calabazas, con camisas sucias y enormes botas cubiertas de estiércol seco, que llevaban largas varas de avellano, conducían sus animales a la plaza. Durante algunas horas, reinaba allí una terrible algarabía: ladraban los perros y gruñían los cerdos; los comerciantes que querían atravesar la plaza en sus carruajes hacían restallar los látigos y maldecían, y todo aquel que tenía algo que ver con el ganado gritaba y gesticulaba. El jaleo más grande se armaba siempre cuando traían algún toro para vender. Incluso a la edad que yo tenía entonces, me daba cuenta de que la mayoría de los toros eran animales inofensivos y mansos, que solo querían volver a sus establos en paz. Pero un toro no sería considerado toro si no saliese la mitad del pueblo a fastidiarle. A veces, algún animal aterrorizado, generalmente una vaquilla muy joven, se escapaba y se iba por alguna calle. Entonces, todos los que estaban por allí le salían al paso y se ponían a agitar los brazos hacia atrás, como las aspas de un molino, gritando «¡buuu, buuu!». Se suponía que aquello tenía una especie de efecto hipnótico sobre el animal, y ciertamente este se asustaba.

A media mañana, alguno de los granjeros entraba en la tienda y se ponía a examinar muestras de grano haciéndolas pasar entre los dedos. En realidad, mi padre no hacía mucho negocio con los granjeros, porque no tenía carretón para repartir y no podía conceder créditos a largo plazo. La mayoría de sus transacciones eran de muy pequeña envergadura; vendía

comida para las aves de corral, forraje para los caballos de los comerciantes y cosas de este tipo. El viejo Brewer, el del molino, que era un viejo avaro con una barbita de chivo, acostumbraba a quedarse en la tienda durante media hora, manoseando muestras de grano y dejándolas caer en el bolsillo haciéndose el despistado, después de lo cual, naturalmente, se iba sin comprar nada. Por las noches, los bares estaban llenos de hombres borrachos. En aquel tiempo, una mediana de cerveza costaba dos peniques, y, a diferencia de la cerveza de ahora, era muy buena. Durante la guerra de los bóeres, el sargento reclutador iba al bar de George todos los jueves y sábados por la noche, vestido de veintiún botones y muy generoso en las invitaciones. A veces, a la mañana siguiente, se le veía llevando consigo algún peón de granja de cara colorada y expresión estúpida, que había mordido el anzuelo cuando estaba demasiado borracho para darse cuenta de lo que hacía, y que descubría después que le costaría veinte libras salir del atolladero. Al verlos pasar, la gente salía a la puerta de la calle y meneaba la cabeza tristemente, casi como si se tratase de un cortejo fúnebre.

—¡Vaya, hombre! ¡Otro que se ha dejado pescar! ¡Parece mentira! ¡Un buen mozo como este!

Estaban escandalizados. En su opinión, alistarse en el ejército era el equivalente de echarse a la calle en el caso de una chica. Su actitud hacia la guerra y hacia el ejército era muy curiosa. Tenían esa vieja idea de los ingleses según la cual el soldado es la escoria de la sociedad, y todo el que se alista morirá alcoholizado e irá derecho al infierno, pero al mismo tiempo eran buenos patriotas, ponían banderas en las ventanas y creían como artículo de fe que los ingleses nunca habían sido derrotados en una batalla y nunca lo serían. En aquella época, todo el mundo, incluso los no conformistas, cantaban canciones sentimentales sobre la patria y el joven soldado caído lejos de

ella en el campo de batalla. Recuerdo que aquellos soldados siempre morían «en medio de una lluvia de plomo y metralla». De niño la frase me desconcertaba. Imaginaba la lluvia, pero me costaba entender que el plomo pudiera caer del cielo. Cuando Makefing fue liberado, la gente se puso como loca de alegría. A veces, hasta se creían las historias según las cuales los bóeres tiraban a los niños al aire y los ensartaban en las bayonetas. Hacia el fin de la guerra, el viejo Brewer, harto de que los niños le gritasen «¡Krooger!» por la calle, se afeitó la barba. La actitud del pueblo hacia el Gobierno era siempre la misma: todos eran leales ciudadanos ingleses y juraban que Vicky era la mejor reina que había existido nunca y que los extranjeros eran una mierda, pero al mismo tiempo a nadie se le ocurría jamás pagar un impuesto, ni siquiera por la tenencia de un perro, si había forma de evitarlo.

Antes y después de la guerra, Lower Binfield fue un distrito liberal. Durante la guerra, hubo una elección especial, para cubrir una vacante, que ganaron los conservadores. Yo era demasiado pequeño para comprender todo aquello, y solo sabía que era conservador porque me gustaban más las cintas azules que las rojas. Recuerdo aquellos días sobre todo porque vi a un hombre borracho que se había caído de narices en la acera delante del George, y se había quedado allí sin sentido. Con la agitación general, nadie le hizo caso, y estuvo allí tirado durante varias horas bajo el cálido sol, mientras la sangre de la nariz se secaba en el suelo y se volvía de un color púrpura. Para las elecciones de 1906, yo tenía ya edad suficiente para entender más o menos de qué se trataba, y aquella vez fui liberal porque todo el mundo lo era. La gente persiguió al candidato conservador durante medio kilómetro y cuando lo atraparon lo echaron a un estanque. En aquellos tiempos, la gente se tomaba la política en serio. Semanas antes de comenzar unas elecciones, ya empezaban a almacenar huevos

podridos.

Cuando era muy pequeño aún, al comenzar la guerra de los bóeres, tuvo lugar la gran discusión entre mi padre y el tío Ezequiel. Este tenía una pequeña zapatería en una de las travesías de la calle Mayor, y hacía también de remendón. Era un negocio pequeño que se reducía cada vez más, pero eso no importaba demasiado, porque el tío Ezequiel era soltero. Era solo hermanastro de mi padre, y mucho mayor que él, veinte años por lo menos. Durante los quince años, más o menos, que yo le conocí, conservó el mismo aspecto. Era un hombre de apariencia agradable, bastante alto, con el pelo canoso y las patillas más blancas que he visto nunca, blancas como la nieve. Tenía un gesto característico consistente en dar unas palmadas en su delantal de cuero y erguirse mucho —por reacción a las horas que pasaba inclinado sobre la horma, me imagino— y después comenzaba a lanzar sus opiniones a la cara de quien quería escucharlo, para terminar con una especie de careo. Era un auténtico liberal al estilo del siglo pasado, uno de aquellos hombres que no solo acostumbraban a preguntar «¿Qué decía Gladstone en el 68?», sino que además lo sabían, y una de las pocas personas de Lower Binfield que mantuvo las mismas opiniones durante toda la guerra. Siempre estaba denunciando a Joe Chamberlain y a cierto grupo de gente a los que llamaba «la fauna de Park Lane». Puedo oírle aún hoy en una de sus discusiones con mi padre. «¡Ellos y su vasto imperio! ¡Por mí, que lo extiendan mucho más y se vayan a vivir a la otra punta, je, je!» Y recuerdo la voz de mi padre, una voz tranquila y grave, que le hablaba de la responsabilidad del hombre blanco y de nuestro deber hacia los pobrecitos negros a los que aquellos bóeres trataban de manera vergonzosa. Durante una semana o así después de que el tío Ezequiel se declarase probóer y anticolonialista, casi no se dirigieron la palabra. Se pelearon otra vez cuando comenzaron a circular las narraciones

de las atrocidades cometidas por ambos bandos. Mi padre estaba muy preocupado por las cosas que había oído y se las contó al tío Ezequiel. Anticolonialista o no, le dijo, no podía parecerle bien que aquellos bóeres tirasen niños al aire y los ensartasen en las bayonetas, por más que fuesen solo niños negros. Pero el tío Ezequiel se rio en sus barbas. Dijo que mi padre lo había entendido al revés, que no eran los bóeres los que tiraban niños al aire, sino los soldados británicos... Y estuvo un rato agarrándose a mí, que tendría por aquel entonces unos cinco años, para ilustrar la cosa.

—¡Los tiran al aire y los ensartan como ranas! ¡Te digo que es verdad! ¡Como si yo tirase ahora a este muchacho!

Y me levantaba por encima de su cabeza, balanceándome y casi dejándome ir. Yo me hacía una vívida idea de mí mismo volando por los aires y cayendo en la punta de una bayoneta.

Mi padre era muy diferente del tío Ezequiel. De mis abuelos, sé poca cosa, porque murieron antes de que yo naciese. Solo sé que mi abuelo era zapatero remendón y que se casó, ya mayor, con la viuda de un vendedor de granos, y que fue así como mi padre heredó la tienda. Pero él no era hombre para aquel trabajo, aunque lo conocía muy bien y trabajaba incansablemente. Aparte de los domingos y de algún día laborable por la noche, no recuerdo haberle visto nunca sin harina en el dorso de las manos, en las arrugas de la cara y en lo que le quedaba de cabello. Se había casado cuando pasaba de los treinta, y debía de tener casi cuarenta años cuando comenzó a grabarse su imagen en mi recuerdo. Era un hombre de baja estatura, reposado y gris, siempre en mangas de camisa y delantal blanco, siempre polvoriento de harina. Tenía la cabeza redonda, la nariz chata, el bigote poblado y el cabello rubio claro, del mismo color que yo, aunque le quedaba ya poco y lo llevaba siempre lleno de harina. Usaba gafas. Mi abuelo había mejorado mucho de posición al casarse con la

viuda de un comerciante, y mi padre se educó en la Walton Grammar School, donde enviaban a sus hijos los propietarios de granjas y los comerciantes de buena posición, mientras el tío Ezequiel se jactaba de no haber ido a la escuela en su vida y de haber aprendido a leer él solo a la luz de una vela de sebo después de la jornada de trabajo. Era un hombre de mente mucho más ágil que mi padre; podía discutir con cualquiera que se pusiese por delante, y acostumbraba a hacer largas citas de Carlyle y de Spencer. Mi padre era lento en asimilar las cosas y nunca había sido aficionado a «leer libros», como él lo llamaba, y no hablaba correctamente. Las tardes de domingo, las únicas horas en que realmente descansaba, se sentaba junto a la chimenea de la sala y se leía el periódico de cabo a rabo. Su periódico predilecto era *The People*. Mi madre prefería el *News of the World*, porque traía más crímenes. Puedo verlos aún ahora, en una tarde de domingo —en verano, siempre en verano—, con el olor del cerdo asado con verduras flotando aún en el aire, mi madre a un lado de la chimenea comenzando a leer el último crimen y quedándose después dormida con la boca abierta, y mi padre al otro lado, en zapatillas y con las gafas puestas, tragando lentamente metros y metros de la minúscula letrita. Y el dulce ambiente del verano envolviéndolo todo, los geranios de la ventana, un estornino arrullando en algún lugar y yo debajo de la mesa leyendo el *BOP* e imaginando que el mantel era una tienda de campaña. Después, a la hora del té, mientras comía rábanos y cebollas tiernas, mi padre hablaba, meditativo, de lo que había leído, de los incendios y naufragios, de los escándalos en la alta sociedad, de aquellas nuevas máquinas para volar y de aquel tipo —que, según he observado, ha venido apareciendo en los periódicos dominicales como una vez cada tres años— que fue devorado por una ballena en el mar Rojo y sacado de ella al cabo de tres días, vivo, pero todo blanco a causa de los jugos

gástricos de la ballena. Mi padre se mostró siempre algo escéptico respecto a este hecho y respecto a las nuevas máquinas para volar, pero, aparte de esto, se creía todo lo que leía. Hasta 1909, nadie en Lower Binfield admitió que los seres humanos pudiesen llegar a volar. La teoría oficial era que si Dios hubiese querido que volásemos nos habría dado alas. El tío Ezequiel replicaba a esto que si Dios hubiese querido que fuésemos en coche nos habría dado ruedas, pero él tampoco creía en las nuevas máquinas para volar.

Pero mi padre solo pensaba en estas cosas los domingos por la tarde y, quizá, la única noche de la semana en que entraba en el George a tomarse un quinto de cerveza. Durante el resto del tiempo, estaba siempre más o menos absorbido en el negocio. No es que hubiese realmente mucho que hacer, pero él estaba siempre ocupado, bien en el desván del otro lado del patio, transportando sacos y fardos, o bien en el polvoriento cuartito que había detrás del mostrador de la tienda, haciendo números en una libreta con un cabo de lápiz. Era un hombre muy honrado y servicial, muy interesado en vender buena mercancía y no engañar a nadie, lo cual, ni en aquellos tiempos, no era la mejor forma de prosperar en los negocios. Habría sido el hombre ideal para algún pequeño puesto oficial, administrador de correos, por ejemplo, o jefe de estación en una localidad pequeña. No tenía ni la cara dura ni el empuje necesarios para pedir dinero prestado y ampliar el negocio, ni la imaginación suficiente para pensar en vender cosas nuevas. El único rasgo de iniciativa que tuvo nunca (inventar un nuevo alimento para pájaros enjaulados, la «mezcla Bowling», que tuvo gran aceptación en un radio de casi ochenta kilómetros) se debió en realidad al tío Ezequiel. Al tío le gustaban mucho los pájaros y tenía muchos jilgueros en su oscura tiendecita. Sostenía la teoría de que los pájaros enjaulados pierden el color a causa de la poca variedad de su alimentación. En el patio de

detrás de la tienda, mi padre tenía un trocito de tierra en el que cultivaba, bajo una tela metálica, unas veinte clases de hierbas. Secaba aquellas plantas y mezclaba sus semillas con el alimento habitual de los canarios. Jackie, el pinzón que teníamos en el escaparate, era un anuncio de la mezcla Bowling. Y ciertamente, a diferencia de la mayoría de los pinzones enjaulados, Jackie nunca se volvió negro.

Mi madre, durante el tiempo en que yo la recuerdo, estuvo siempre gruesa. No hay duda de que he heredado de ella la deficiencia pituitaria o lo que sea que le predispone a uno a la obesidad. Era una mujer alta, un poco más que mi padre, con el pelo mucho más rubio que el de él y una preferencia por los vestidos negros. Pero, excepto los domingos, no recuerdo haberla visto nunca sin su delantal. Sería exagerado, pero no mucho, decir que no la recuerdo sino cocinando. Cuando se vuelve la vista atrás y se evoca un largo período de tiempo, siempre se ve a las personas en el mismo lugar y en la misma actitud característica. Se tiene la impresión de que estaban siempre haciendo exactamente lo mismo. De la misma manera que siempre que pienso en mi padre lo veo detrás del mostrador, con el pelo enharinado, haciendo cuentas con un cabo de lápiz chupado, y de la misma manera que recuerdo a tío Ezequiel con sus blanquísimas patillas, poniéndose muy derecho y dándose palmadas en el delantal de cuero, cuando pienso en mi madre la veo junto a la mesa de la cocina, con los antebrazos cubiertos de harina, amasando un pedazo de masa.

Ya saben ustedes el tipo de cocina que tenía la gente en aquellos tiempos. Una sala enorme, bastante oscura, con una gran viga atravesando el techo bajo, suelo de losas de piedra y con una bodega debajo. Todo era enorme, o al menos así me lo parecía cuando era niño. Había un gran fregadero de piedra que tenía, en lugar de grifo, una bomba de hierro, un aparador que cubría toda una pared y llegaba hasta el techo, una cocina

gigantesca que consumía media tonelada de carbón al mes y que había que limpiar trabajosamente con plombagina. Veo a mi madre amasando una torta. Y me veo a mí gateando, jugando con los tacos de leña, con los trozos de carbón y con las trampas para escarabajos (las teníamos en todos los rincones oscuros; eran de hojalata y se cebaban con cerveza), y acercándome a la mesa de vez en cuando para ver de conseguir algo de comer. Mi madre «no era partidaria» de darme nada fuera de horas. Su respuesta era casi siempre la misma:

—¡Vete de aquí ahora mismo! No quiero que te estropees el apetito. Comes más con los ojos que con la boca...

Algunas veces, sin embargo, me daba un poquito de confitura.

Me gustaba mirar a mi madre amasando pasta. Tiene siempre algo de fascinante contemplar a alguien que hace un trabajo en el que es experto. Observen a una mujer que realmente sabe cocinar cuando está amasando pasta. Tiene una expresión especial, solemne y abstraída, un aire satisfecho, como el de una sacerdotisa celebrando un rito. Y para ella, desde luego, la cosa no es menos seria. Mi madre tenía unos antebrazos anchos, fuertes y sonrosados, y los tenía casi siempre salpicados de harina. Cuando cocinaba, todos sus movimientos eran admirablemente precisos y seguros. En sus manos, los batidores de huevos, las maquinillas de picar carne y los rodillos de amasar hacían exactamente lo que debían hacer. Al verla cocinar, se notaba que estaba en un mundo que era el suyo, entre objetos que realmente comprendía. Aparte de los periódicos dominicales y de algún ratito de cotilleo, el mundo exterior no tenía una existencia real para ella. Aunque leía mejor que mi padre y, a diferencia de él, compraba alguna novelita además de los periódicos, era increíblemente ignorante. Es algo de lo que yo me daba cuenta cuando no tenía más que diez años. Mi madre no sabía si Irlanda estaba al

este o al oeste de Inglaterra, y dudo que, antes de estallar la Gran Guerra, supiese quién era el primer ministro. Ni sentía tampoco el menor deseo de saber tales cosas. Más adelante, cuando leía libros sobre los países de Oriente en los que se practica la poligamia y sobre los harenes ocultos donde las mujeres están encerradas bajo la vigilancia de eunucos negros, pensaba en lo escandalizada que habría estado (aunque no supiese, desde luego, lo que era un eunuco) mi madre al oír aquello. Me la imagino exclamando:

—¡Madre mía! ¡Encerrar a sus mujeres así! ¡Qué bárbaros!

Pero su propia vida se desenvolvía en un espacio que debía de ser tan pequeño y casi tan aislado como el de la mayoría de aquellas mujeres. Incluso en nuestra casa, había lugares donde ella nunca ponía los pies. Por ejemplo, nunca iba al desván, y muy raramente a la tienda. No recuerdo haberla visto nunca atendiendo a un cliente. No hubiese sabido dónde estaban las cosas, y probablemente no sabía distinguir el trigo de la avena hasta verlos convertidos en harina. ¿Y por qué tenía que saberlo? La tienda era cosa de mi padre, era «el trabajo del hombre», y ella no mostraba mucha curiosidad ni siquiera por el aspecto monetario del negocio. Su trabajo, el «trabajo de la mujer», consistía en cuidar de la casa, de las comidas, de la ropa y de los niños. Si hubiese visto algún día a mi padre o a cualquier miembro del sexo masculino intentando coserse un botón, le habría dado un ataque.

En lo referente a comidas y cosas de este tipo, la nuestra era una de esas casas en las que todo marcha según el reloj. Pero no quiero decir «según el reloj» porque ello da idea de cosa mecánica. Era más bien como un proceso natural. Se sabía que por la mañana el desayuno estaría en la mesa de la misma forma que se sabía que saldría el sol. Durante toda su vida, mi madre se acostó a las nueve y se levantó a las cinco. Cualquier retraso en este horario le hubiese parecido algo vagamente

perverso, como decadente, extranjero y aristocrático. Aunque no tenía inconveniente en pagar a Katie Simmons para que nos llevase a Joe y a mí de paseo, nunca habría consentido tener a una mujer que la ayudase en el trabajo de la casa. Tenía la firme convicción de que las criadas siempre echaban el polvo debajo del armario cuando barrían. Nuestras comidas estaban siempre listas a su hora. Eran comidas abundantes —ternera hervida con pasta, ternera asada y bizcocho de Yorkshire, cordero hervido con alcaparras, cabeza de cerdo, tarta de manzana, tarta de pasas y rollos de jamón— y muy bien guisadas. Las viejas ideas sobre la educación de los niños, aunque perdían terreno rápidamente, estaban aún en vigor. En teoría, aún se pegaba a los niños y se les mandaba a la cama castigados a pan y agua, y a nosotros nos echaban de la mesa si hacíamos demasiado ruido al comer, si nos reíamos, si nos negábamos a comer alguna cosa considerada «buena», o cuando «contestábamos». Pero, en la práctica, nuestros padres no eran excesivamente severos. De los dos, mi madre era la más intransigente. Mi padre, aunque repetía siempre aquello de que «quien bien te quiere te hará llorar», era en realidad demasiado blando con nosotros, especialmente con Joe, que fue un chico difícil ya desde pequeño. Mi padre decía siempre que «un día de estos» le daría a Joe una buena paliza, y nos hacía terribles relatos —que ahora creo que eran falsos— de las grandes zurras que le daba su padre con la correa, pero de aquí no pasaba. Por entonces, Joe tenía doce años, y era demasiado fuerte para que mi madre le pusiese encima de sus rodillas para pegarle; a partir de entonces, ya no hubo nada que hacer con él.

En aquella época, todavía se consideraba que los padres debían pasarse el día diciendo a sus hijos «no hagas esto, no hagas aquello». Era frecuente oír a un hombre amenazando con «matar a palos» a su hijo si le pillaba fumando, robando

manzanas o cogiendo nidos. En algunas familias, aquellos palos se hacían realidad. El viejo Lovegrove, el talabartero, atrapó a sus hijos, dos muchachotes de quince y dieciséis años, fumando en el cobertizo del jardín, y les dio una azotaina tal que se oían los gritos en todo el pueblo, y él mismo era un fumador empedernido. Las palizas nunca parecían dar ningún resultado, pues todos los chicos robaban manzanas, cogían nidos y se ponían a fumar más tarde o más temprano, pero todavía imperaba la idea de que con los niños había que tener mano dura. Casi todas las cosas agradables estaban prohibidas, al menos en teoría. Según mi madre, todo lo que un muchacho tenía ganas de hacer era «peligroso». Era peligroso nadar, subirse a los árboles, deslizarse por el hielo, tirarse bolas de nieve, colgarse de los carros, usar hondas, cazar ardillas con bastones e incluso pescar. Todos los animales eran peligrosos, excepto Nailer, los dos gatos y Jackie, el pinzón. A cada animal se le atribuía una forma de ataque propia: los caballos mordían, los murciélagos se te metían en el pelo y las tijeretas en las orejas, los cisnes te rompían una pierna con un golpe de ala, los toros embestían y las serpientes «picaban». Mi madre sostenía que todas las serpientes picaban, y cuando le dije que, de acuerdo con la enciclopedia, no picaban sino que mordían, me respondió que hiciese el favor de no replicar. Los lagartos, luciones, sapos, ranas y tritones también picaban. Todos los insectos picaban, excepto las moscas y las cucarachas. Prácticamente, todas las cosas comestibles, excepto las que se servían en la mesa, eran o bien venenosas o bien «malas». Las patatas crudas eran un veneno mortal, al igual que las setas, a no ser que se comprasen en la tienda. Las grosellas silvestres producían cólicos, y las frambuesas, sarpullido. Si te bañabas después de comer, morías de un calambre; si te cortabas entre el pulgar y el índice, se te trababa la mandíbula, y si te mojabas las manos en el agua de cocer huevos te salían

verrugas. Casi todas las cosas de la tienda eran venenosas, y por ello mi madre había colocado aquella puerta. Muchas semillas eran venenosas, al igual que los granos de mostaza y el pienso avícola Karswood. Los dulces eran malos, y comer fuera de horas era malo.

En cambio, había algunas cosas que mi madre siempre nos dejaba comer, aunque fuese entre comidas. Cuando hacía mermelada de ciruela, nos dejaba comer la jalea que quedaba en la superficie, de la que nos atiborrábamos hasta ponernos malos. Aunque casi todas las cosas eran o peligrosas o venenosas, había algunas que poseían misteriosas virtudes. La cebolla cruda era remedio para casi todos los males. El dolor de garganta se quitaba liándose una media al cuello. El azufre en el agua de los perros actuaba como tónico, y la taza del viejo Nailer, detrás de la puerta del patio, siempre tenía dentro un trozo de azufre, que se quedaba allí año tras año sin disolverse nunca.

Tomábamos el té a las seis. Mi madre terminaba el trabajo de la casa hacia las cuatro. En el intervalo, se tomaba tranquilamente una taza de té y «leía el periódico», como ella lo llamaba. En realidad, casi nunca leía el periódico excepto los domingos. Los periódicos de los días laborables solo traían las noticias del día, y muy pocas veces había entre ellas ningún asesinato. Pero los directores de los periódicos dominicales se habían dado cuenta de que a la gente no le importaba mucho que los crímenes fuesen recientes o no, y, cuando no había un crimen nuevo a mano, hacían un refrito de uno antiguo, remontándose a veces hasta los casos del doctor Palmer y de la señora Manning. Creo que mi madre pensaba que el mundo de fuera de Lower Binfield era, fundamentalmente, un lugar donde se cometían asesinatos. Los asesinatos ejercían una gran fascinación sobre ella, porque, como declaraba a menudo, no le cabía en la cabeza cómo alguna gente podía ser tan malvada.

Maridos que degollaban a sus mujeres, personas que enterraban a sus padres bajo una capa de cemento, padres que tiraban a sus hijos a un pozo... ¿Cómo podían hacer cosas así? Cuando mi padre y mi madre se casaron, era la época del terror colectivo de Jack el Destripador y de entonces databan las grandes persianas de madera colocadas delante de los escaparates de las tiendas, que se cerraban cada noche sin falta. Años después, aquellas persianas fueron desapareciendo, y la mayoría de las tiendas de la calle Mayor no las tenían ya, pero mi madre se sentía más segura con ellas. Durante todo aquel tiempo, explicaba, había tenido el horrible presentimiento de que Jack el Destripador estaba escondido en Lower Binfield. El caso Crippen —que se produjo años después, cuando yo ya era mayorcito—, la impresionó muchísimo. Puedo oírla aún diciendo:

—¡Despedazar a su pobre mujer y enterrarla en la carbonera! ¡Qué bárbaro! Si yo le pusiese la mano encima a ese hombre...

Y lo más curioso es que, cuando pensaba en la tremenda maldad de aquel médico estadounidense que había descuartizado a su mujer (y hecho un trabajo muy limpio, extrayendo todos los huesos y tirando la cabeza al mar, si no recuerdo mal), se le llenaban los ojos de lágrimas.

Lo que leía con mayor frecuencia durante la semana era el *Hilda's Home Companion*. En aquel tiempo, ese semanario formaba parte de las cosas habituales en todos los hogares como el nuestro. Y por cierto que aún existe, aunque ha sido algo desplazado por las revistas femeninas más modernas que han aparecido después de la guerra. Hace pocos días tuve ocasión de hojear un ejemplar. Ha cambiado, pero no tanto como otras cosas. Aparece aún en sus páginas el inacabable serial de seis meses de duración (que termina felizmente con la marcha nupcial), y los mismos consejos para el hogar, los mismos anuncios de máquinas de coser y de remedios para

piernas fatigadas. Lo que ha cambiado es sobre todo la compaginación y las ilustraciones. En tiempos de mi madre, las heroínas tenían que parecerse a un reloj de arena, y ahora deben evocar más bien un cilindro. Mi madre leía despacio, amortizando bien los tres peniques que le costaba el *Home Companion*. Sentada en el viejo sillón amarillo junto a la chimenea, con los pies apoyados en el guardafuego de hierro y la pequeña tetera llena de té fuerte y humeante sobre la repisa, se tragaba lentamente toda la revista, incluyendo el serial, los dos cuentos, los consejos para el hogar, los anuncios de Zam-Buk y las respuestas del consultorio. El *Hilda's Home Companion* solía durarle toda la semana, y a veces no lo terminaba. En ocasiones, el calor del fuego o el zumbido de los moscardones en las tardes de verano hacían que se quedase dormida, y, hacia las cinco y cuarto, se despertaba con gran sobresalto, miraba el reloj de la chimenea y se ponía muy nerviosa pensando que se retrasaría el té. Pero el té nunca se retrasaba.

Por aquel entonces —hasta 1909, para ser exactos—, mi padre podía aún pagar a un aprendiz, y a la hora del té lo dejaba a él en la tienda y venía a reunirse con nosotros. Cuando llegaba, con el dorso de las manos salpicado de harina, mi madre interrumpía su tarea de cortar el pan y le decía:

—Bendice la mesa, padre.

Y mi padre, mientras nosotros inclinábamos la cabeza sobre el pecho, murmuraba reverentemente:

—Haznos seor dignos dio quacabamos de recibir amén.

Más adelante, cuando Joe fue un poco mayor, mi madre le decía:

—Bendice la mesa tú, Joe.

Y Joe canturreaba la bendición. Mi madre nunca bendecía la mesa; tenía que ser un hombre.

En las tardes de verano, se oía incesantemente el zumbido de los moscardones. Nuestra casa no tenía cuarto de baño, al igual

que la inmensa mayoría de las de Lower Binfield. Me imagino que en el pueblo había unas quinientas casas, y seguro que no había más que diez con cuarto de baño y no más de cincuenta con lo que ahora llamamos váter. En verano, nuestro patio siempre olía a basura. Y todas las casas tenían insectos. En la nuestra, había cucarachas en los frisos de madera y detrás del horno, además, naturalmente, de los gorgojos que se criaban en la harina de la tienda. En aquella época, ni siquiera una buena ama de casa como mi madre tenía nada que objetar a las cucarachas. Estas formaban parte de la cocina lo mismo que el armario o los rodillos de amasar. Pero había insectos e insectos. Las casas pobres de detrás de la cervecería, donde vivía Katie Simmons, estaban invadidas por las chinches. Mi madre, como cualquier otra esposa de tendero, se habría muerto de vergüenza si hubiese tenido chinches en casa. Y quedaba bien decir que no se sabía siquiera cómo eran las chinches.

Las grandes moscas azules entraban en la despensa y se posaban, ansiosas, en la tela metálica que protegía la carne. «¡Dichosas moscas!», decía todo el mundo, pero aquellos insectos eran un hecho fatal, y, aparte de las telas metálicas y de los papeles insecticidas, no se podía hacer gran cosa contra ellas. He dicho antes que mi primer recuerdo es el olor a pipirigallo, pero el olor a basura es otro que conservo casi desde la misma época. Cuando pienso en la cocina de mi madre, con el suelo de piedra, las trampas para escarabajos, el guardafuego de hierro y la gran cocina, me parece oír de nuevo el zumbar de los moscardones y percibir el olor a basura, y también el olor a perro del viejo Nailer. Y les juro que hay olores y sonidos peores. ¿Ustedes qué prefieren: el zumbido de un moscardón o el de un bombardero?

3

Joe comenzó a ir a la Grammar School de Walton dos años antes que yo. No ingresamos en ella hasta los nueve años, pues ello representaba recorrer ocho kilómetros en bicicleta, entre la ida y la vuelta, y mi madre tenía miedo de que nos ocurriese algo, a pesar de que por entonces el tráfico era insignificante.

Durante algunos años, los dos habíamos ido a la escuela primaria de la vieja señora Howlett. Allí enviaban a sus hijos casi todos los tenderos, para no pasar por la humillación de recurrir a la escuela del Estado, aunque era bien sabido que la Howlett era una vieja cuentista y menos que inútil como profesora. Tenía más de setenta años, era muy gorda y apenas veía a través de sus gafas. Todo lo que poseía en materia de equipo escolar era un bastón, una pizarra, unos cuantos libros de gramática muy sobados, con las esquinas de las hojas dobladas, y dos docenas de malolientes pizarrines. Tenía la suficiente autoridad para dominar a las chicas, pero los chicos jamás se la tomaban en serio y hacían novillos tantas veces como querían. Una vez, hubo un escándalo terrible porque un chico le puso la mano a una niña debajo del vestido, cosa que entonces yo no comprendí, y la señora Howlett consiguió que no trascendiese. Cuando hacíamos algo especialmente malo, nos amenazaba con el «se lo diré a tu padre», pero muy raramente lo hacía. Incluso cuando nos pegaba con el bastón, era tan torpe que no resultaba difícil esquivar los golpes.

Joe tenía ocho años cuando entró a formar parte de una banda de pilletes que se llamaba a sí misma la Mano Negra. El jefe era Sid Lovegrove, el hijo menor del talabartero, que tenía

unos trece años. Había otros dos hijos de tenderos y dos mozos de granja que conseguían a veces dejar el trabajo e irse con la banda durante unas horas. Aquellos muchachos eran muy fuertes, llevaban pantalones de pana y hablaban un *cockney* muy cerrado.[1] Los demás los miraban un poco por encima del hombro, pero les aceptaban en su compañía porque sabían de animales más que todos los demás juntos. Uno de ellos, apodado Ginger, era capaz incluso de atrapar un conejo con las manos. Cuando veía uno en la hierba, se le echaba encima como un águila con las alas abiertas. Había una gran diferencia social entre los hijos de los tenderos y los de los jornaleros y peones, pero los chicos menores de dieciséis años, más o menos, no prestaban mucha atención a ella. La banda tenía un santo y seña secreto y tenía establecida una «prueba» de ingreso que consistía en hacerse un corte en un dedo y comerse un gusano. Se jactaban de ser terribles bandidos. Y ciertamente se ponían muy pesados, pues rompían ventanas, perseguían a las vacas, arrancaban los picaportes y robaban quintales de fruta. A veces, en invierno, conseguían que alguien les prestase un par de hurones e iban a cazar ratas, cuando los granjeros les dejaban. Todos tenían hondas y palos para cazar ardillas, y siempre estaban ahorrando para comprarse una pistola de corto alcance, que en aquel tiempo costaba cinco chelines, pero aquellos ahorros nunca ascendían a más de unos tres peniques. En verano, iban a pescar y a coger nidos. Cuando Joe iba a la escuela de la señora Howlett, hacía novillos al menos una vez a la semana, e incluso en la Grammar School se las arreglaba para faltar una vez cada quince días, aproximadamente. Había un chico en la Grammar School, hijo de un subastador, que sabía imitar la letra de la gente, y que por un penique hacía una carta de la madre respectiva en la que esta explicaba que el muchacho se había encontrado mal. Como es lógico, yo me moría de ganas de ingresar en la Mano Negra, pero Joe siempre

se negaba rotundamente, diciendo que no querían críos.

Lo que me atraía por encima de todo era la idea de ir a pescar. A mis ocho años, no había ido nunca, aparte de atrapar alguna vez un espinoso con una pequeña red que costaba un penique. A nuestra madre le aterrorizaba la idea de que nos acercásemos al agua. Nos había «prohibido» ir de pesca, de la forma en que los padres de entonces lo prohibían todo, y yo no me había dado cuenta aún de que los adultos no ven más allá de sus narices. La idea de ir a pescar me fascinaba irresistiblemente. Muchas veces iba al estanque del molino y miraba las pequeñas carpas tomando el sol en la superficie, y a veces, bajo el sauce que había en un ángulo, veía cómo una gran carpa de forma de diamante —que a mí me parecía enorme, como de tres centímetros de largo— subía rápidamente a la superficie, se zampaba algún bicho y volvía a sumergirse. Me pasaba horas con la nariz pegada al escaparate de la tienda de Wallace, en la calle Mayor, donde vendían aparejos de pesca, escopetas y bicicletas. Las mañanas de verano, me quedaba en la cama despierto y pensaba en las cosas que Joe me había explicado: la manera de hacer la pasta de pan, la sacudida que daba el flotador antes de hundirse en el agua, el movimiento de la caña y el forcejeo del pez al extremo del sedal. Pero ¿para qué hablar del extraordinario encanto que tiene para un niño la pesca y todo lo referente a ella? Algunos chicos sienten lo mismo por las escopetas y la caza, otros por las motos, los aviones o los caballos. No es algo que se pueda explicar ni racionalizar; es algo mágico. Una mañana —era en junio y yo debía de tener ocho años— me enteré de que Joe tenía intención de hacer novillos para ir de pesca, y decidí ir con él. No sé cómo, adivinó lo que estaba pensando, y, mientras nos vestíamos, me advirtió:

—Mira, George, no te hagas ilusiones de ir con nosotros. Tú te quedas en casa.

—No quería ir con vosotros.

—¡Sí que querías! ¡Querías ir a pescar con la banda!

—¡No, señor!

—¡Sí, señor!

—¡No, señor!

—¡Sí, señor! ¡Y te quedarás en casa! No queremos a ningún jodido niño con nosotros.

Joe acababa de aprender la palabra «jodido» y la usaba a cada momento. Mi padre lo oyó un día y juró que lo mataría a palos, pero, como de costumbre, no lo hizo. Después del desayuno, Joe se fue en la bicicleta, con su cartera y su gorra de la Grammar School, cinco minutos antes de la hora acostumbrada, como hacía siempre cuando pensaba faltar a clase. Cuando llegó la hora de salir yo para mi escuela, me desvié de mi camino y me escondí en la callejuela de detrás de los huertos. Sabía que los chicos irían al estanque del molino, y estaba dispuesto a ir con ellos aunque me matasen. Probablemente me darían una paliza, y probablemente también no llegaría a casa a la hora de comer, mi madre se enteraría de todo y me daría otra paliza. Pero no me importaba; sentía un deseo desesperado de ir a pescar con la banda. Utilicé la astucia. Dejé a Joe tiempo suficiente para llegar al molino por la carretera, y fui por la callejuela y a través de los prados, para llegar al estanque antes de que me viesen. Era una hermosa mañana de junio. Los ranúnculos me llegaban hasta las rodillas. Soplaba un poco de aire, que movía levemente las copas de los olmos, y las grandes nubes verdes que formaban las hojas eran suaves y brillantes como la seda. Eran las nueve de la mañana, yo tenía ocho años y estábamos a principios de verano. Entre los grandes setos enmarañados, las rosas silvestres estaban aún en flor, corrían por el cielo unas nubecillas blancas y en la distancia se veían las pequeñas colinas y las borrosas masas azules de los bosques que rodeaban Upper Binfield. Pero todo

aquello no me importaba. Absorbían mi pensamiento el estanque verde, las carpas y los anzuelos, las cañas y la pasta de pan que llevarían los chicos. Era como si estuviesen en el paraíso y yo fuese a reunirme con ellos. Por fin, me dejé ver y me uní a la banda. Eran cuatro: Joe, Sid Lovegrove, el aprendiz y otro muchacho hijo de un tendero, Harry Barnes creo que se llamaba.

Joe dio media vuelta y me vio.

—¡Vaya! —dijo—. ¡Es el nene!

Echó a andar hacia mí como un gato que busca pelea.

—Vamos a ver. ¿Qué te he dicho yo hace un rato? Vete a casa volando.

Yo retrocedí para evitarle, pero declaré:

—No quiero volver a casa.

—Pues vas a volver.

—Dale un buen tirón de orejas, Joe —dijo Sid—. No queremos críos.

—¿Te vas o no te vas? —me conminó Joe.

—No.

—¡Muy bien, muchacho! Como quieras...

Echó a correr tras de mí. Al cabo de un momento lo tenía muy cerca, atizándome un golpe tras otro. Pero no corrí alejándome del estanque, sino en círculos. Después, Joe me atrapó y me tiró al suelo. Se arrodilló sobre mis brazos y comenzó a retorcerme las orejas, su tortura favorita y la que yo peor resistía. Comencé a llorar a voz en grito, pero no quería ceder prometiendo irme a casa. Quería quedarme e ir a pescar con la banda. Inesperadamente, los otros se acercaron e intervinieron en mi favor. Dijeron a Joe que me dejase tranquilo y que me permitiese venir si tanto me empeñaba. De modo que, finalmente, lo conseguí.

Los muchachos tenían anzuelos, sedales y flotadores, y un pedazo de pasta de pan en un trapo. Cortamos ramas finas del

sauce que estaba en el ángulo del estanque. La casa estaba solo a unos doscientos metros, y teníamos que permanecer ocultos, porque al viejo Brewer no le gustaba que viniese gente a pescar allí, a pesar de que a él no le perjudicaba en nada, pues solo usaba el estanque para abrevar el ganado, pero odiaba a los chicos. Los otros tenían aún celos de mí y me decían constantemente que yo era solo un crío y no sabía nada de pesca. Decían que hacía tanto ruido que espantaría a todos los peces, pero en realidad hacía mucho menos ruido que cualquiera de ellos. No quisieron que me sentara con ellos, y me mandaron a otro punto de la orilla donde el agua era menos profunda y no había tanta sombra. Decían que un crío como yo se pasaría el rato moviendo el agua y espantaría la pesca. Era un lugar muy malo, donde habitualmente no había peces. Yo lo sabía. Sabía siempre, por una especie de instinto, dónde los había y dónde no. Pero, fuera como fuese, había conseguido por fin ir de pesca. Estaba sentado en la hierba, con la caña entre las manos. A mi alrededor, zumbaban las moscas y flotaba el intenso perfume de la menta silvestre. Miraba el flotador rojo sobre el agua verde, feliz como un rey, con las lágrimas marcadas aún en la cara sucia de polvo.

Sabe Dios cuánto rato estuvimos allí sentados. La mañana avanzaba plácidamente, el sol iba ascendiendo y los peces no picaban. Era un día cálido y sin apenas viento, demasiado claro para la pesca. Los flotadores estaban totalmente inmóviles. Se podía mirar dentro del agua como si esta fuese un cristal verde oscuro. Hacia el centro del estanque, se veían los peces que tomaban el sol. Alguna vez, un tritón subía hasta las hierbas y descansaba allí un momento con la nariz fuera del agua. Pero los peces no picaban. Los otros chicos gritaban una y otra vez que estaban mordiendo su cebo, pero nunca era verdad. La mañana se alargaba. Hacía cada vez más calor. Las moscas nos comían vivos, y la menta silvestre olía como la tienda de dulces

de la señora Wheeler. Yo tenía hambre, tanto más cuanto que no sabía cuándo comería. Pero estaba allí sentado, quieto como un muerto, sin apartar la vista del flotador. Los chicos me habían dado un trozo de cebo del tamaño de una canica, diciéndome que tendría que conformarme con aquello, pero durante largo rato no me atreví siquiera a cambiar el cebo del anzuelo, porque cada vez que movía la caña ellos juraban que hacía ruido suficiente para espantar a todos los peces en un radio de diez kilómetros.

Supongo que llevábamos allí unas dos horas cuando, de pronto, mi flotador se movió. Supe que era un pez. Debía de ser un pez que pasaba por casualidad y vio mi cebo. El movimiento del flotador cuando pican es inconfundible. Es muy diferente de la manera en que se mueve cuando uno menea la caña. Inmediatamente, dio una sacudida y casi se hundió. No pude contenerme más y grité:

—¡Pican!

—¡Una mierda! —replicó Sid Lovegrove.

Pero al cabo de un momento ya no había duda posible. El flotador se hundió. Yo lo veía bajo el agua, de un color rojo desvaído, y sentía la presión de la caña en las manos. Dios mío, qué sensación... El sedal tensándose y agitándose, con un pez en su extremo. Los chicos vieron cómo mi caña se curvaba y dejaron las suyas para venir a mi lado. Di un tirón terrible y el pez —un enorme pez plateado— salió del agua y voló por los aires. En el mismo momento, todos emitimos un gemido de angustia: el animal se había desprendido del anzuelo y había caído junto a la menta salvaje, inmediatamente debajo de donde yo me encontraba. Pero había caído en un punto donde el agua era muy poco profunda y no podía darse la vuelta, y se quedó allí tumbado, quieto e indefenso. Joe se tiró al agua, salpicándonos a todos, y lo cogió con las dos manos.

—¡Ya lo tengo! —gritó.

Subió y tiró el pez sobre la hierba. Todos nos arrodillamos a su alrededor. ¡Qué contentos estábamos! El pobre animal moribundo saltaba y se retorcía, y sus escamas brillaban con todos los colores del arco iris. Era una enorme carpa, de un palmo de longitud más o menos, que debía de pesar más de cien gramos. ¡Cómo gritamos de alegría al ver que era nuestra! Pero, al cabo de unos instantes, una sombra cayó sobre nosotros. Levantamos la mirada y vimos al viejo Brewer allí plantado, con su sombrero alto, uno de aquellos sombreros que eran un híbrido entre la chistera y el sombrero hongo; sus polainas de cuero y un grueso bastón de avellano en la mano.

Todos nos agachamos como perdices cuando se acerca el halcón. El viejo nos fue mirando a todos uno a uno. En su boca desdentada había una expresión maligna, y su barbilla, desnuda de la barbita que llevaba antes, parecía querer tocar la punta de su nariz.

—¿Qué hacéis aquí, muchachos?

No cabía mucha duda acerca de lo que estábamos haciendo. Nadie le respondió.

—¡Ya os enseñaré yo a pescar en mi estanque! —rugió súbitamente.

Y se lanzó sobre nosotros, repartiendo sonoros golpes en todas direcciones.

La Mano Negra se disolvió en cuestión de segundos. Abandonamos las cañas y también el pez. El viejo Brewer nos persiguió por el prado hasta que conseguimos dejarle atrás. Sus piernas no podían competir con las nuestras. Pero ya nos había colocado unos cuantos garrotazos. Lo dejamos en medio del campo, gritándonos que sabía cómo nos llamábamos todos y que se lo diría a nuestros padres. Yo había corrido detrás de los demás, y la mayoría de los golpes me habían alcanzado a mí. Cuando llegamos al otro lado del seto, tenía unas señales rojas en las pantorrillas.

Pasé el resto del día con la banda. Todavía no habían decidido si yo era uno de los suyos o no, pero por el momento toleraban mi presencia. El aprendiz, que había dejado el trabajo aquella mañana con algún pretexto, tuvo que volver a la cervecería. Los demás fuimos a dar un paseo. Fue un paseo largo, sin objetivo concreto, lleno de pequeñas rapiñas, el paseo que dan los muchachos cuando están lejos de casa todo un día, especialmente cuando no tienen permiso para ello. Fue el primer paseo de chico mayor que di en mi vida, muy diferente de los que dábamos con Katie Simmons. Nos detuvimos para comer en una zanja que había al extremo del pueblo, llena de latas oxidadas y de hinojo silvestre. Los chicos me dieron trocitos de su comida. Sid Lovegrove tenía un penique, y uno fue a buscar un Penny Monster, que repartimos entre todos. Hacía mucho calor, el hinojo olía intensamente y el gas del Penny Monster nos hacía eructar. Después, fuimos por el blanco y polvoriento camino hasta Upper Binfield —creo que era la primera vez que yo ponía los pies por allí— y penetramos en los hayales. Había una alfombra de hojas secas, y los grandes y lisos troncos subían hasta el cielo, de modo que los pájaros de las ramas más altas se veían tan pequeños como puntitos. En aquellos tiempos, se podía circular libremente por los bosques. Binfield House estaba cerrado, y no había ya veda de faisanes; como máximo, se encontraba por allí a algún carretero con una carga de leña. Había un árbol que había sido aserrado y derribado, y los círculos del tronco parecían una diana. Jugamos a tirar al blanco con piedras. Después, los otros chicos tiraron a los pájaros con sus hondas, y Sid Lovegrove juró que le había dado a un pinzón, pero que este se había quedado colgado en una rama del árbol. Joe dijo que aquello era mentira; discutieron y casi se pelearon. Después, bajamos a un vallecito lleno de hojas secas y gritamos para oír el eco. Uno de los chicos gritó una palabrota, y todos le imitamos, diciendo

todas las que sabíamos, y todos se burlaron de mí porque solo sabía tres. Sid Lovegrove dijo que sabía cómo nacían los niños; explicó que era igual que los conejos, solo que salían por el ombligo de la mujer. Harry Barnes se puso a grabar esa palabra en el tronco de una haya, pero después de las dos primeras letras se cansó. Después nos acercamos a la casa del guarda de Binfield House. Se decía que en alguna parte de la finca había un estanque con peces enormes, pero nadie se atrevía a entrar, porque el viejo Hodges, el guarda, les tenía inquina a los muchachos. Cuando pasamos, estaba trabajando el huerto que tenía junto a la casita. Le sacamos la lengua y le hicimos muecas por encima de la valla, hasta que se acercó para echarnos, y entonces bajamos por la carretera de Walton y les hicimos burla a los carreteros, manteniéndonos al otro lado del seto para que no pudiesen alcanzarnos con el látigo. Junto a la carretera había un lugar que había sido una cantera y después un basurero, y que había sido invadido por los morales. Había allí grandes montones de viejas latas oxidadas, armazones de bicicletas, cacharros de cocina agujereados y botellas rotas, todo mezclado con las hierbas. Nos pasamos casi una hora buscando trozos de hierro —y ensuciándonos de pies a cabeza —, pues Harry Barnes aseguró que el herrero nos pagaría seis peniques por cada quintal de hierro viejo. Luego, Joe encontró en uno de los morales un nido de tordos con polluelos a medio emplumar. Después de muchas discusiones sobre lo que haríamos con ellos, los sacamos del nido, los apedreamos y finalmente los pisoteamos. Eran cuatro, y nos tocó uno por cabeza. Era casi la hora del té. Sabíamos que el viejo Brewer cumpliría su amenaza y que nos esperaba a todos una paliza, pero empezábamos a tener demasiada hambre para quedarnos mucho rato más. Nos dirigimos lentamente hacia el pueblo. Por el camino se produjo otro incidente, porque, cuando pasábamos por los huertos, vimos una rata y la espantamos con bastones, y

el viejo Bennet, el jefe de la estación, que trabajaba en su huerto todas las tardes y estaba muy orgulloso de él, nos persiguió, enfurecido, porque le habíamos pisado el cuadro de cebollas.

Yo había caminado casi veinte kilómetros y no estaba cansado. Todo el día había andado detrás de la banda, haciendo todo lo que ellos hacían. Ellos me llamaban «el nene» y me hacían todos los desaires que podían, pero yo me había salido con la mía. Tenía una sensación maravillosa, una sensación que no se puede conocer si no se ha vivido. Pero todos los hombres la han vivido, más tarde o más temprano. Sabía que ya no era un niño, que por fin era un chico, y es una cosa fantástica ser un chico, poder vagabundear donde los mayores no pueden cogerle a uno, perseguir ratas, matar pájaros, tirar piedras, sacar la lengua a los carreteros y vocear palabrotas. Es una sensación intensa, lujuriosa, una sensación de conocerlo todo y no tener miedo de nada, que se extrae, de alguna manera, de infringir normas y de matar cosas. Formaban parte de ella la imagen de los blancos y polvorientos caminos, la cálida sensación de las ropas sudadas, el perfume del hinojo y de la menta silvestre, las palabrotas, el ácido olor de las basuras, el sabor de la limonada efervescente, los eructos, las patadas a los pajarillos, los tirones del pez en el anzuelo... Doy gracias a Dios por ser un hombre, porque las mujeres no conocen esa sensación.

Como era de esperar, el viejo Brewer se había dado una vuelta por el pueblo y nos había delatado. Nuestro padre tenía una expresión sombría. Fue a la tienda a buscar una correa y se dispuso a «despellejar» a Joe. Pero este se resistió, gritó y dio patadas, y salió del paso con solo un par de golpes, aunque al día siguiente no pudiese eludir la tanda de bastonazos del maestro. Yo también traté de defenderme, pero era aún lo bastante pequeño para que mi madre me atrapase en su regazo

y me diese lo mío con la correa. Así que en un día recibí tres palizas: una de Joe, otra del viejo Brewer y la otra de mi madre. Al día siguiente, la banda resolvió que yo todavía no era miembro con plenos derechos, y que tenía que pasar la «prueba» (palabra que habían sacado de las historias de pieles rojas). Insistieron mucho en que había que masticar el gusano antes de tragárselo. Además, como yo era el más joven y me tenían envidia por ser el único que había pescado algo, fueron contando que el pez que había cogido no era grande. Al contrario de lo que ocurre con la mayoría de los peces que se han pescado, que tienen tendencia a crecer cada vez que se habla de ellos, aquel fue disminuyendo de tamaño hasta el punto de no abultar más que un ciprino. Pero no importaba. Yo había ido de pesca. Había visto el flotador hundirse en el agua y había sentido el pez agitándose al extremo del sedal, y, por muchas mentiras que contasen, aquello no podrían quitármelo.

4

Durante los siete años siguientes, desde mis ocho años hasta los quince, lo que mejor recuerdo es la pesca.

No crean que no hice otra cosa que pescar. Es que, cuando se piensa en un período de tiempo largo, algunas cosas parecen aumentar en importancia hasta oscurecer las demás. Dejé la escuela de la señora Howlett e ingresé en la Grammar School, llevé mi cartera de cuero y mi gorra negra con rayas amarillas, tuve mi primera bicicleta y, mucho tiempo después, mis primeros pantalones largos. Mi primera bicicleta era de piñón fijo, porque las de piñón libre eran muy caras en aquella época. Al bajar las cuestas se echaban los pies hacia delante y se dejaban girar vertiginosamente los pedales. Esta era una de las imágenes características de los primeros años del siglo: un muchacho bajando una pendiente en su bicicleta, con el cuerpo hacia atrás y los pies en el aire. Entré en la Grammar School aterrorizado por las descripciones que Joe me había hecho del viejo Whiskers (que se llamaba en realidad Wicksey), el maestro, que era ciertamente un hombrecillo de aspecto temible, con una cara exactamente igual a la de un lobo, y tenía a un extremo de la gran aula un paragüero lleno de bastones, que a veces cogía y hacía girar en el aire produciendo un zumbido estremecedor. Pero, para mi sorpresa, me fue bastante bien en la escuela. Nunca se me había ocurrido que yo pudiera ser más listo que Joe, que me llevaba dos años y me había apabullado siempre. En realidad, Joe era un perfecto zopenco, que recibía bastonazos como una vez a la semana y era siempre de los últimos de la clase. En mi segundo año,

recibí un premio por mis conocimientos de aritmética y otro por otra asignatura rara, para la que nos hacían aplastar flores en papel secante, que se llamaba Ciencias. Cuando tenía catorce años, Wicksey me sugería a veces que pidiera una beca para la Universidad de Reading. Mi padre, que en aquellos tiempos tenía ambiciones para Joe y para mí, quería que fuese a una buena escuela superior. Estaba en el aire la idea de que yo sería maestro, y Joe, subastador.

Pero no recuerdo muchas cosas de la escuela. Siempre que me he encontrado con individuos de las clases altas, como me ocurrió en la guerra, por ejemplo, me ha impresionado el hecho de que nunca consiguen superar del todo la terrible disciplina que impera en las escuelas superiores. O bien son aplastados por ella hasta convertirse en imbéciles, o bien se pasan toda la vida luchando contra ella. A los chicos como nosotros, hijos de tenderos o de granjeros, no nos sucedía eso. Nosotros íbamos a la Grammar School hasta los dieciséis años, simplemente para mostrar que no éramos obreros, y la escuela era, antes que nada, un lugar del que se deseaba salir. Ningún apego nos unía a ella, y no abrigábamos sentimentalismo alguno por las antiguas piedras grises (y antiguas lo eran, pues la escuela había sido fundada por el cardenal Wolsey). No había corbatas de antiguo alumno, ni siquiera un himno de la escuela. Durante las horas libres, hacíamos lo que queríamos, porque los deportes no eran obligatorios, y muchas veces los eludíamos. Jugábamos al fútbol y al críquet con nuestra vestimenta habitual. El único deporte que me gustaba era el críquet que jugábamos en el patio durante el recreo, con un palo hecho de una tabla de cajón y una pelota de estuco.

Me acuerdo del olor de la amplia clase, un olor de tinta, polvo y zapatos. Y de la piedra del patio, que había sido un montador, y que se usaba para afilar cuchillos. Y de la pequeña panadería de enfrente, donde vendían una especie de bollos de

Chelsea dos veces mayores que los de ahora, y costaban medio penique. Hice todas las cosas que se hacen en la escuela. Grabé mi nombre en el pupitre, lo cual me costó unos bastonazos, pero formaba parte de la etiqueta y había que hacerlo. Me ensucié los dedos de tinta, me mordí las uñas, fabriqué dardos con mangos y plumillas, conté chistes verdes, aprendí a masturbarme, le saqué la lengua al viejo Blowers, el profesor de lengua, y le tomé el pelo de mala manera al pequeño Willy Simeon, el hijo del dueño de la funeraria, que era retrasado mental y se creía todo lo que le decían. Nuestro número preferido era enviarlo a las tiendas a comprar cosas inexistentes. El pobre Willy se lo tragaba todo: el medio penique de sellos de a penique, el martillo de goma, el destornillador para zurdos, el bote de pintura a rayas. Una tarde, nos divertimos como locos metiéndole en una tina y diciéndole que la levantase tirando de las asas. Acabó en un asilo, pobre Willy. Pero lo bueno de verdad eran las vacaciones.

En aquellos tiempos, había muchas cosas divertidas que hacer. En invierno, pedíamos prestados un par de hurones —mi madre nunca nos dejaba tener en casa a aquellos «bichos apestosos»— e íbamos por las granjas pidiendo que nos dejasen cazar unas cuantas ratas. A veces nos dejaban, y a veces nos decían que nos largásemos, que éramos mucho más molestos que las ratas. Más adelante, en pleno invierno, íbamos detrás de las trilladoras y ayudábamos a matar las ratas. Un invierno, en 1908 debió de ser, el Támesis se desbordó y se heló, y pudimos ir a patinar durante varias semanas seguidas; Harry Barnes se rompió la clavícula. A principios de la primavera, íbamos a cazar ardillas con palos, y más adelante a coger nidos. Se decía que los pájaros no sabían contar, y que si se dejaba un huevo en el nido no se daban cuenta de que faltaban los demás, pero nosotros éramos crueles y a veces tirábamos el nido al suelo y pisoteábamos los huevos o los polluelos. Y había otro

juego para la época en que los sapos ponían sus huevos: les encajábamos la boca de una bomba de bicicleta en el culo y los hinchábamos hasta que reventaban. Los chicos son así, no sé por qué. En verano, íbamos en bicicleta a la presa de Burford y nos bañábamos. Wally Lovegrove, el primo de Sid, se ahogó en 1906. Se enredó con las hierbas del fondo, y, cuando la draga sacó su cuerpo a la superficie, tenía la cara negra como el carbón.

Pero lo mejor de todo era la pesca. Íbamos con frecuencia al estanque del viejo Brewer y cogíamos pequeñas carpas y tencas, y una vez sacamos incluso una enorme anguila. Había otros estanques con peces a los que se podía ir a pie, e íbamos allí los sábados por la tarde. Cuando tuvimos bicicletas, fuimos al Támesis, más allá de la presa. Pescar en el Támesis hacía más hombre que pescar en los estanques. Además, allí no había nadie que viniese a echarnos. En el Támesis hay peces muy grandes, aunque nunca nadie ha pescado ninguno, que yo sepa.

Es curioso lo que yo sentía con respecto a la pesca, lo que sigo sintiendo, en el fondo. No puedo decir que yo sea un pescador. En mi vida he pescado un pez de tres palmos, y hace treinta años que no cojo una caña. Sin embargo, cuando recuerdo mis años jóvenes entre los ocho y los quince, tengo la impresión de que todo gira en torno a los días de pesca. Cada detalle se grabó claramente en mi memoria. Recuerdo cada día de pesca y cada pez, y no hay estanque ni remanso cuya imagen no pueda evocar exactamente al cerrar los ojos. Podría escribir un libro sobre técnicas de la pesca. Cuando éramos niños, no teníamos gran cosa en cuanto a aparejos, pues costaban demasiado. La mayor parte de nuestros tres peniques semanales (la asignación paterna habitual en aquellos tiempos) se iban en dulces y bollos. Los chicos más pequeños pescaban con un alfiler doblado, que pincha demasiado poco, pero se puede hacer un anzuelo bastante bueno (aunque no tenga

lengüeta, claro) curvando una aguja de coser con unos alicates en la llama de una vela. Los chicos de las granjas sabían trenzar las crines de caballo de modo que fuesen casi tan resistentes como la tripa. Y con una sola crin de caballo se puede coger un pez pequeño. Más adelante tuvimos cañas de dos chelines e incluso carretes baratos. ¡Las horas que he pasado mirando el escaparate de la tienda de Wallace! Ni las escopetas del 410 ni las pistolas de corto alcance me fascinaban tanto como los aparejos de pesca. Y aquel ejemplar del catálogo de Gamage's que encontré no sé dónde, en un montón de basura, creo, y que estudié como si fuese la Biblia... Aún ahora podría darles todos los detalles sobre cómo sustituir la tripa, sobre sedales, anzuelos Limerick, martillos, tenazas, carretes Nottingham y Dios sabe cuántos pormenores técnicos.

Y los cebos. En nuestra tienda había siempre muchas larvas de gorgojo, que iban bien pero no demasiado. Las larvas de moscarda eran mejores. Pero había que ir a pedírselas por favor al viejo Gravitt, el carnicero, y los de la banda teníamos que echar una y otra vez a pito pito colorito quién iría, porque Gravitt siempre se enfadaba. Era un hombrón de cara tosca, con una voz como la de un mastín, y cuando ladraba, como generalmente hacía cuando hablaba con los chicos, todos los cuchillos que colgaban de su delantal azul chocaban unos con otros produciendo un tintineo metálico. El emisario de la banda entraba en la tienda con un bote de melaza vacío en la mano, despistaba un rato hasta que se iban todos los clientes y decía muy humildemente:

—Por favor, señor Gravitt, ¿tiene unas moscardas?

Generalmente Gravitt rugía:

—¿Qué? ¿Moscardas? ¿En mi tienda? Hace años que no veo ninguna... ¿Os creéis que voy a tener moscardas en mi tienda?

Ya lo creo que las tenía. Estaban por todas partes. Luchaba contra ellas con un palo provisto de una tira de cuero en su

extremo, con el cual podía llegar a distancias enormes y hacer papilla a la que atrapaba. A veces, el muchacho tenía que irse con las manos vacías, pero habitualmente, cuando estaba a punto de marcharse, el carnicero le gritaba:

—¡Oye! Vete a mirar al patio. Quizá encontrarás una o dos, mirando bien.

Las había por todas partes, formando pequeños grupos. El patio de Gravitt olía como un campo de batalla, pues en aquellos tiempos las carnicerías no tenían refrigerador. Las moscardas viven más tiempo si se las pone en serrín.

Las larvas de avispa eran un buen cebo, pero era difícil clavarlas en el anzuelo, a no ser que se las pasara antes por el horno. Cuando alguno de nosotros encontraba un nido de avispas, íbamos por la noche, echábamos en él trementina y lo tapábamos con barro. Al día siguiente, todas las avispas estaban muertas y se podía deshacer el nido para sacar las larvas. Pero una vez algo falló; la trementina no cayó en el nido o algo así, y cuando quitamos el barro, las avispas, que habían estado encerradas toda la noche, salieron todas a la vez, zumbando. No nos picaron demasiado, pero fue una lástima que no hubiese por allí nadie con un cronómetro. Los saltamontes son de los mejores cebos que hay, especialmente para las carpas. Se los coloca en el anzuelo sin plomo y se los hace saltar de aquí para allá en la superficie del agua. Pero nunca se pueden coger más de dos o tres saltamontes a la vez. Las moscas verdes, que son también muy difíciles de coger, son el mejor cebo para los albures, especialmente en los días claros. Lo mejor es ponerlas en el anzuelo vivas, para que se muevan. Los cachos pican con avispas, pero es un trabajo de chinos poner una avispa viva en el anzuelo.

Había cantidades de cebos además de estos. La pasta de pan se hacía mezclando en un trapo miga de pan blanco con agua. Estaban también la pasta de queso, la pasta de miel y la pasta

con granos de anís. El trigo hervido es bastante bueno para el leucisco. Las lombrices rojas van bien para el gobio. Se las encuentra en los montones de estiércol muy viejos. Se encuentran allí también otra clase de gusanos llamados gusanos tigre, que son rayados y huelen como las tijeretas, que son un cebo muy bueno para las percas. Las lombrices de tierra corrientes son también buenas para las percas. Para conservarlas vivas, hay que ponerlas en musgo; si se intenta tenerlas en tierra, se mueren. Esas moscas marrones que se encuentran en el estiércol de vaca son muy buenas para el leucisco. Dicen que se puede atrapar un cacho con una cereza, y yo he visto pescar un leucisco con una pasa sacada de un bollo.

En aquella época, desde el 16 de junio (en que comienza la temporada de pesca) hasta mediados de invierno, yo llevaba casi siempre en el bolsillo una lata de gusanos o de larvas. Ello me valió varias regañinas de madre, la cual, finalmente, tuvo que ceder. La pesca desapareció de la lista de cosas prohibidas y, para la Navidad de 1903, mi padre me compró una caña de dos chelines. Por entonces, Joe tenía casi quince años, empezaba a ir con chicas y venía a pescar con mucha menor frecuencia, alegando que era cosa de niños. Pero había cinco o seis muchachos que estaban tan locos por la pesca como yo. Dios mío, aquellos días de pesca... He pasado innumerables tardes en aquella gran aula de la escuela apoyado en el pupitre, soportando el calor, con la voz cascada del viejo Blower hablando de predicados, subjuntivos y oraciones de relativo, y las únicas tardes que recuerdo son las de pesca, el remanso de la presa, el estanque verde bajo los sauces, los albures nadando en el agua... El afanoso pedalear por la colina de Chamford y río abajo para ganarnos una hora de pesca antes de que anocheciese. Las tranquilas tardes de verano, el débil chapoteo del agua en la presa, los círculos que se formaban en la

superficie al subir los peces, las moscas que se le comían a uno vivo, los bancos de albures que se congregaban en torno al anzuelo y que no picaban nunca... Y aquella pasión con que mirábamos los negros lomos de los peces, esperando y rezando —sí, rezando— para que uno de ellos cambiase de opinión y mordiese el cebo antes de que oscureciese. Y cómo decíamos siempre «cinco minutos más», «solo cinco minutos», hasta que por fin teníamos que volver al pueblo arrastrando la bicicleta, porque Towler, el poli, rondaba por allí y podía «cogernos» por circular sin luces. Y los días festivos de verano, cuando salíamos para todo el día, provistos de huevos duros, pan con mantequilla y una botella de limonada, y pescábamos, nos bañábamos y volvíamos a pescar, y a veces cogíamos algo. Por la noche, volvíamos a casa con las manos llenas de mugre y tan hambrientos que nos habríamos comido los restos de la pasta de pan, llevando tres o cuatro olorosos albures envueltos en el pañuelo. Mi madre siempre se negaba a guisar el pescado que traíamos. Nunca admitió que el pescado de río fuese comestible, aparte de las truchas y los salmones. Los demás eran «bichos asquerosos criados en el fango». Los peces que mejor recuerdo son aquellos que no cogí, especialmente los enormes peces que veía siempre mientras paseaba por el camino de sirga los domingos por la tarde y no llevaba la caña. El domingo no se podía pescar, ni siquiera en el río; el Comité de Conservación del Támesis lo prohibía. Los domingos había que recurrir a lo que se daba en llamar «un paseo tranquilo», con el traje negro y grueso y el cuello duro que lo estrangulaba a uno. Uno de aquellos domingos vi un lucio de un metro de largo dormido en el agua poco profunda de la orilla, y casi le alcancé con una piedra. A veces, en los verdes estanques, junto a las cañas, se veía pasar una enorme trucha del Támesis, donde alcanzaban dimensiones enormes, pero no picaban prácticamente nunca. Dicen que los auténticos pescadores del

Támesis, esos tipos de nariz colorada a los que se ve en todas las épocas del año, arropados en sus abrigos, sentados en sillas de tijera, con sus pértigas para leuciscos de siete metros de largo, darían gustosos un año de su vida por atrapar una trucha. Y no lo encuentro nada extraño; les comprendo perfectamente. Y entonces los comprendía aún mejor.

Naturalmente, yo hacía otras cosas además de pescar. Crecí ocho centímetros en un año, estrené pantalones largos, obtuve varios premios en la escuela, fui a prepararme para la confirmación, conté chistes verdes, me aficioné a la lectura y tuve chifladuras pasajeras por los hámsteres, la decoración de madera y los sellos de correos. Pero de lo que me acuerdo es de la pesca. De los días de verano, de los prados junto al río, de las colinas azules en la lejanía, de los sauces, de los remansos y de los estanques que parecían de cristal verde profundo. De los atardeceres de verano, de los peces rompiendo la superficie del agua, de los chotacabras que nos asediaban, del perfume de los alhelíes y del tabaco de Latakia. Pero no interpreten mal lo que les estoy contando. No intento colocarles ninguna poesía barata sobre la niñez. Sé que eso sería falso. El viejo Porteous (un amigo mío, profesor jubilado, del que les hablaré más adelante) conoce muchos poemas sobre la infancia. A veces me lee pasajes de libros sobre el tema. Wordsworth, y *Lucy Gray*, sobre todo, «Hubo un tiempo en que el prado, el huerto»... y todo eso. Inútil decir que mi amigo no tiene hijos. La verdad es que los niños no tienen nada que ver con la poesía; no son más que animalitos salvajes, con la diferencia de que ningún animal es tan egoísta, ni con mucho. A los chicos no les interesan los prados, los huertos ni nada de esto. Nunca miran un paisaje; les importan un comino las flores y, a menos que les interesen por alguna razón —que sean comestibles, por ejemplo—, no saben distinguir una planta de otra. Matar cosas es toda la poesía que entienden los niños. No obstante, lo que sí tienen es esa

peculiar vitalidad, esa capacidad de desear cosas de una forma en que ya no es posible desearlas cuando se es mayor, y esa sensación de tener todo el tiempo por delante y de que lo que se está haciendo podría seguirse haciendo siempre.

Yo era un niño bastante feo, con el pelo rubio siempre muy corto, excepto un mechón en la frente. No idealizo mi infancia y, a diferencia de mucha gente, no tengo ningún deseo de volver a ser niño. La mayoría de las cosas que me gustaban me dejan ahora bastante frío. No me preocupa la idea de no ver nunca más una pelota de críquet, y no daría un penique por un quintal de dulces. Lo que sí conservo es esa peculiar atracción por la pesca. Ustedes pensarán que es absurdo, ya me lo imagino, pero aún ahora siento cierto deseo de ir a pescar algún día, aun cuando estoy gordo y tengo cuarenta y cinco años, dos hijos y una casa en un barrio. ¿Por qué? Porque, en cierta manera, yo amo mi infancia; no mi propia infancia, sino la cultura en la que me eduqué y que ahora, me imagino, está dando las últimas boqueadas. Y la pesca es, en cierto sentido, algo típico de esa cultura. Representa una serie de cosas que no pertenecen al mundo moderno. La simple idea de pasarse todo un día sentado bajo un sauce junto a un estanque solitario, la posibilidad misma de encontrar un estanque solitario, corresponden a la época anterior a la guerra, anterior a la radio, a los aviones, anterior a Hitler. Hasta de los nombres de los peces ingleses se desprende como una sensación de paz. Leucisco, rudd, albur, bleak, barbo, brema, gobio, lucio, cacho, carpa, tenca... Son nombres sólidos. La gente que los inventó no había oído hablar de ametralladoras, no vivían aterrorizados por el despido ni se pasaban la vida tomando aspirinas, yendo al cine y pensando la manera de eludir el campo de concentración.

¿Va alguien a pescar hoy en día? En un radio de un kilómetro y medio en torno a Londres, ya no quedan peces. Los

miembros de algunos raquíticos clubes de pesca se alinean en los canales, y los millonarios van a pescar truchas a Escocia, en lagos de propiedad de los hoteles, y practican esa especie de juego de sociedad consistente en coger, con moscas artificiales, peces cebados a mano para ellos. Pero ¿quién pesca en las aguas de los molinos, en los fosos, en las charcas? ¿Dónde están hoy los peces de Inglaterra? Cuando yo era niño había peces en cada charca y en cada corriente de agua. Ahora, todas las charcas han sido drenadas, y las corrientes han sido envenenadas por productos químicos procedentes de las fábricas o bien están llenas de latas oxidadas y de llantas de moto.

Mi mejor recuerdo referente a la pesca es el de unos peces que nunca cogí. Me imagino que esto es bastante habitual.

Cuando tenía catorce años, mi padre le hizo no sé qué favor al viejo Hodges, el guarda de Binfield House. Le dio una medicina que curó a sus gallinas de las lombrices, o algo así. Hodges era un hombre de humor avinagrado, pero no olvidaba un favor. Poco después, un día que bajó a la tienda a comprar grano, me encontró a la puerta y me llamó, de aquella manera brusca que tenía. Su cara parecía tallada en un pedazo de raíz, y le quedaban solo dos dientes, que eran de color marrón oscuro y muy largos.

—¡Eh, chico! Tú pescas, ¿no?

—Sí.

—Me lo imaginaba. Mira, escucha... Un día que tengas ganas, coge la caña y vete a probar al estanque de allá, detrás de la casa. Hay muchas bremas y lucios pequeños. Pero no se lo digas a nadie. Y no lleves allí a ninguno de esos bribones con los que andas. Si los veo a ellos por allá, los desollaré vivos.

Dicho esto, dio media vuelta y se fue cojeando, con su saco de grano a la espalda, como pensando que había hablado ya demasiado. El sábado siguiente por la tarde fui en bicicleta a

Binfield House con los bolsillos llenos de gusanos, y busqué al viejo Hodges en su casa. Por entonces, Binfield House llevaba unos diez o veinte años deshabitado. El señor Farrel, el propietario, no podía sostenerlo como vivienda, y no podía o no quería alquilarlo. Vivía en Londres de la renta de sus granjas y tenía abandonada la casa y las tierras. Todas las vallas estaban verdes y podridas. El parque era una masa de ortigas, las plantas se habían convertido en una jungla, e incluso los jardines habían vuelto a su primitivo estado de prados. Quedaban solo unos pocos y retorcidos rosales que mostraban dónde habían estado los parterres. Pero la casa era muy hermosa, especialmente vista desde cierta distancia. Era un gran edificio blanco con columnatas y ventanas alargadas, que había sido construido, supongo, en tiempos de la reina Ana por alguien que había visitado Italia. Si fuese por allí ahora, probablemente me haría gracia pasear por las desoladas estancias y pensar en la vida que había transcurrido en ellas, en la gente que construyó casas como aquella imaginándose que los buenos tiempos durarían siempre. Pero, como un niño que era, ni la casa ni los jardines despertaron en mí el menor interés. Encontré al viejo Hodges, que acababa de comer y estaba algo malhumorado, y le pedí que me enseñase el camino del estanque. Este estaba a varios cientos de metros detrás de la casa y quedaba completamente oculto entre los hayales. Era un estanque de dimensiones considerables, casi un lago, de unos ciento cincuenta metros de orilla a orilla. Era sorprendente, e incluso a la edad que yo tenía me sorprendió, que en aquel lugar, a unos veinte kilómetros de Reading y a menos de noventa de Londres, pudiera reinar una soledad tan grande. Uno se sentía tan aislado como en las orillas del Amazonas. El estanque estaba completamente rodeado por las enormes hayas, y en un punto estas llegaban hasta la misma orilla y se reflejaban en el agua. Al otro lado, había una extensión de

hierba y dos hoyos donde crecía la menta silvestre, y a un extremo del estanque, entre los juncos, había una vieja casilla de botes abandonada a la putrefacción.

El estanque estaba lleno de bremas pequeñas, de cuatro a seis pulgadas de largo. De cuando en cuando, se veía a una de ellas darse la vuelta, y su cuerpo adquiría un brillo marrón rojizo bajo el agua. Había también lucios, que debían de ser grandes. Nunca se les veía, pero a veces alguno que tomaba el sol entre las hierbas se daba la vuelta y se sumergía, haciendo un ruido semejante al que haría un ladrillo al caer al agua. Era inútil tratar de cogerlos, aunque, desde luego, yo lo intenté cada vez que fui allí. Probé a cebar con albures y ciprinos que había cogido en el Támesis y que había guardado vivos en un bote de mermelada, e incluso con un gusano hecho con un trocito de lata. Pero los lucios estaban saciados de pescado y no querían picar, y, en cualquier caso, habrían roto cualquiera de las cañas que yo poseía. Nunca volví de aquel estanque sin una docena de bremas pequeñas, por lo menos. A veces, durante las vacaciones de verano, pasaba allí un día entero, con mi caña y un ejemplar de *Chums o* del *Union Jack*, o alguna otra cosa para leer, y un enorme bocadillo de queso que me preparaba mi madre. Me pasaba horas pescando y después me echaba en la hierba y leía el *Union Jack*, hasta que, al cabo de un rato, el olor de la pasta de pan o el ruido de un pez al saltar me ponían otra vez en pie y volvía a pescar. Así transcurría todo un día. Y lo mejor de todo era aquella absoluta soledad, a pesar de que la carretera estaba a poco más de doscientos metros. Yo era ya lo bastante mayor para saber que es bueno estar solo algunas veces. En aquel lugar rodeado totalmente por los árboles, tenía la impresión de que el estanque me pertenecía. Los únicos movimientos que se producían eran los anillos que hacían los peces en el agua y el batir de las alas de las palomas que pasaban sobre mi cabeza. Sin embargo, en los dos años que fui

a pescar allí, ¿cuántas veces fui en realidad? No más de una docena. El lugar estaba a tres kilómetros de casa, y el pescar allá me llevaba, por lo menos, una tarde entera. A veces tenía otras cosas que hacer, y otras veces, cuando quería ir, llovía. Ya saben lo que son las cosas.

Una tarde que no picaban, me dediqué a explorar los alrededores del estanque en la zona más alejada de Binfield House. Allí el agua se desbordaba y el suelo estaba encharcado. Había que abrirse paso por una especie de jungla de morales y de ramas podridas que habían caído de los árboles. Avancé así unos cincuenta metros. Llegué a un claro y descubrí otro estanque cuya existencia ignoraba. No tenía más de veinte metros de ancho, y era bastante oscuro a causa de las ramas que lo rodeaban. Pero el agua era muy clara y extraordinariamente profunda. Se veía el interior hasta una profundidad de diez o quince pies. Estuve por allí un rato, gozando de aquel olor a húmedo y a ramas podridas, como hacen los muchachos. Y entonces vi algo que me hizo casi desmayarme.

Un pez enorme. No exagero al decir que era enorme. Tenía casi la longitud de mi brazo. Se deslizaba por el estanque, a cierta profundidad. Después se convirtió en una sombra y desapareció en el agua más oscura del otro lado. Sentí como si me hubiesen atravesado con una espada. Era, con mucho, el pez más grande que había visto nunca, vivo o muerto. Me quedé allí clavado, conteniendo la respiración y, al cabo de un momento, vi deslizarse bajo el agua otra gran sombra. Y otra. Y dos más, juntas. El estanque estaba lleno de ellas. Eran carpas. Era posible que fuesen bremas o tencas, pero lo más seguro era que fuesen carpas. Las bremas y las tencas no se hubiesen hecho tan grandes. Adiviné lo que había ocurrido. En alguna época, aquel estanque había estado unido al otro, y después el punto de unión se había secado, los árboles se habían cerrado

en torno al estanque y este había sido olvidado. Es algo que ocurre algunas veces. Se olvida la existencia de un estanque; nadie pesca en él durante años, durante décadas, y los peces crecen hasta hacerse enormes. Aquellos que yo estaba viendo podían muy bien tener cien años, y nadie en el mundo sabía de su existencia excepto yo. Posiblemente, hacía veinte años que nadie se acercaba siquiera a aquel estanque, e incluso el viejo Hodges y el administrador del señor Farrel habían olvidado su existencia.

No pueden imaginarse lo que sentía. Al poco rato, no pude soportar aquel suplicio de Tántalo y corrí al otro estanque para ir a buscar los aparejos. Pero era inútil intentar coger uno de aquellos colosales peces con la caña que yo tenía; la habrían roto como un cabello. Y ya no podía seguir pescando aquellas pequeñas bremas. La vista de las grandes carpas me tenía casi mareado. Monté en la bicicleta y volví a casa. Era un maravilloso secreto para un muchacho: un estanque sombrío oculto en el bosque, con unos enormes peces que nadie había ido a pescar nunca y que morderían el primer cebo que se les ofreciese. Era solo cuestión de procurarse una caña lo suficientemente fuerte para sujetarlos. Ya lo tenía decidido: compraría los aparejos necesarios aunque tuviese que robar el dinero del cajón de la tienda. De la forma que fuese, Dios sabía cómo, me haría con media corona y compraría un sedal de seda para salmones, algo de tripa gruesa o sedal de seda y alambre y anzuelos del número 5, y volvería al estanque provisto de queso, gusanos, pasta de pan, gorgojos, gusanos tigre, saltamontes y cualquier cebo del mundo que pudiese tentar a una carpa. Y volvería el sábado siguiente, no más tarde.

Pero no volví nunca. Uno nunca vuelve a estos lugares. No robé el dinero del cajón ni compré el sedal para salmones. Casi inmediatamente surgió algo que me lo impidió, pero si no hubiese sido aquello habría sido alguna otra cosa. La vida es

así.

Sé que ustedes piensan que he exagerado al hablar de las dimensiones de aquellos peces. Piensan, seguramente, que eran peces de tamaño mediano —de palmo y medio, digamos— y que mi recuerdo los ha hecho crecer gradualmente. Pero no es así. La gente miente cuando habla de los peces que ha pescado, y aún más cuando habla de los que han mordido su anzuelo y se han escapado, pero yo nunca pesqué ninguno de aquellos, ni siquiera lo intenté, y no tengo ningún motivo para mentir. Les aseguro que eran enormes.

5

¡La pesca!

Aquí, voy a confesarles una cosa, o mejor, dos cosas. La primera es que, cuando vuelvo la vista atrás y echo una ojeada a mi vida, tengo que decir, honestamente, que nada me ha proporcionado tanta satisfacción como la pesca. Todo lo demás ha resultado bastante aburrido, incluso las mujeres. No quiero presentarme como uno de esos hombres a los que no les interesan las mujeres. He andado mucho tras ellas, y seguiría haciéndolo si pudiese. Pero, si me dieran a escoger entre conseguir a cualquier mujer que se les ocurriera, y me refiero realmente a cualquier mujer, o pescar una carpa de cinco kilos, me quedaría siempre con la carpa. Y la otra confesión es que, desde los dieciséis años, nunca he vuelto a ir de pesca.

¿Por qué? Porque las cosas son así. Porque en esta vida que llevamos —no quiero decir la vida humana en general, sino la vida de esta época en este país concreto— no hacemos las cosas que queremos hacer. Y no es porque estemos siempre trabajando. Nadie trabaja siempre, ni siquiera los peones de granja o los sastres judíos. Es porque llevamos dentro un demonio que nos hace ir de aquí para allá haciendo estupideces sin parar. Hay tiempo para todo, excepto para lo que vale la pena. Piensen ustedes en las cosas que realmente les gustan, y calculen en horas el tiempo de su vida que han pasado haciéndolas. Y después calculen el tiempo que han invertido en actividades como afeitarse, ir en autobús, esperar en la estación para hacer transbordo, contar chistes verdes y leer el periódico.

Después de los dieciséis años, no volví a ir de pesca. Parecía

que nunca había tiempo. Trabajaba, iba detrás de las chicas, llevaba mis primeros botines y mis primeros cuellos altos —aquellos cuellos de 1909 para los que se habría necesitado un cuello de jirafa—, seguía cursos por correspondencia de venta y contabilidad y «me formaba». Y, entretanto, los grandes peces nadaban en el estanque de Binfield House. Nadie sabía de su existencia excepto yo. Estaban guardados en un rincón de mi mente; algún día, un día festivo entre semana, quizá, volvería allí y los pescaría. Pero nunca volví. Encontré tiempo para todo excepto para aquello. Y, cosa curiosa, la única vez que estuve a punto de ir a pescar otra vez fue durante la guerra.

Fue en otoño de 1916, poco antes de que me hiriesen. Habíamos salido de las trincheras y estábamos en un pueblo alejado de la línea de fuego, y aunque era solo septiembre estábamos cubiertos de barro de los pies a la cabeza. Como de costumbre, no sabíamos con seguridad el tiempo que pasaríamos allí ni adónde iríamos después. Afortunadamente, el comandante estaba un poco en baja forma, tenía bronquitis o algo así, y no nos fastidiaba con las habituales revistas, partidos de fútbol y otras cosas por el estilo, que tienen la supuesta función de mantener la moral de las tropas no combatientes. El primer día lo pasamos echados en la paja en los graneros donde nos alojábamos, limpiándonos el barro de las polainas, y por la noche algunos se pusieron a hacer cola donde unas putas viejas y fastidiadas, en las afueras del pueblo. Por la mañana, aunque teníamos orden de no abandonar el pueblo, me escabullí y fui a dar una vuelta por lo que antes eran campos, sumidos ahora en una tremenda desolación. Era una mañana húmeda y ventosa. Por todas partes reinaba la suciedad y el desorden que trae la guerra, esa confusión que es quizá peor que un campo de batalla cubierto de cadáveres. Árboles con ramas arrancadas, agujeros de bombas a medio llenar, latas, cagadas, barro, trozos de alambre de espino oxidado enredados con las

hierbas... Ya deben de conocer ustedes la sensación que se tiene cuando se vuelve del frente: una rigidez en las articulaciones, y por dentro una especie de vacío, la sensación de que nunca se volverá a sentir interés por nada. Era en parte el miedo y el cansancio, pero sobre todo el aburrimiento. En aquellos momentos, no había razón para pensar que la guerra fuese a acabarse nunca. Hoy, mañana o pasado, uno iba a volver a las trincheras, y quizá la semana próxima le haría picadillo una bomba. Pero aquello no era peor que el espantoso aburrimiento de aquella guerra que no terminaba nunca. Paseaba junto a un seto cuando me encontré con un tipo de nuestra compañía, cuyo nombre no recuerdo, al que apodaban Nobby. Era un chico moreno, de andar desgarbado y aspecto agitanado, un tipo que, incluso de uniforme, daba siempre la impresión de llevar escondidos dos conejos robados. Era vendedor ambulante de oficio y un auténtico *cockney*, pero uno de esos *cockneys* que viven en parte de recoger lúpulo, cazar pájaros, pescar en vedado y robar fruta en Kent y en Essex. Era muy entendido en perros, hurones, pájaros domésticos, gallos de pelea, y cosas así. Cuando me vio, me hizo una seña con la cabeza. Y me dijo, con aquella forma de hablar suya, brusca y furtiva:

—¡Oye, George; mira! ¿Ves aquellos álamos, al otro lado del prado?

(La gente me llamaba aún George; por aquella época todavía no estaba gordo.)

—Sí.

—Pues al otro lado hay un estanque con unos peces acojonantes.

—¿Peces? No fastidies...

—Te digo que hay unos peces de coña. Percas. Las más gordas que me he echado nunca a la cara. Ven a verlas, si quieres.

Marchando por el barro, nos dirigimos allá. Nobby tenía

razón. Junto a los álamos había un estanque de aguas turbias, con orillas arenosas. Era una antigua cantera llena de agua. Y había en ella cantidades de percas. Por todas partes, a poca profundidad, se veían brillar sus lomos, a rayas azul oscuro. Algunas de ellas debían de pesar medio kilo. Me imagino que, en los dos años que llevábamos de guerra, nadie las habría molestado, y habían tenido tiempo de multiplicarse. No creo que puedan imaginarse el efecto que me causó la vista de aquellos peces. Fue como si, inesperadamente, volviese a la vida. Nobby y yo teníamos una misma y única idea en la cabeza: hacernos con una caña y un sedal.

—¡Madre mía! —exclamé—. Hemos de venir a cogerlas.

—¡Joder, si vendremos! Ahora, al pueblo, a buscar un par de cañas.

—De acuerdo. Pero habrá que andarse con ojo. Si se entera el sargento, nos caerá una buena.

—¡A la mierda con él! Que me arresten y que me cuelguen si quieren, pero yo tengo que venir a pescar aquí.

No pueden imaginar el deseo inmenso que sentíamos de coger aquellos peces. O quizá sí pueden, si han estado en la guerra. Quizá conocen el desesperado aburrimiento de la guerra, y la manera en que uno se agarra a casi cualquier tipo de distracción. He visto a dos tipos en un refugio pegarse como locos por la mitad de una revista. Y en lo que nosotros sentíamos entonces había algo más: la esperanza de escapar, quizá por un día entero, de la atmósfera de la guerra; la idea de estar sentados bajo los álamos pescando percas, lejos de la compañía, del ruido, de la peste de los uniformes, lejos de los oficiales, de los saludos y de la voz del sargento. La pesca es lo contrario de la guerra.

Pero no estábamos nada seguros de conseguirlo. Este era el temor que nos ponía en un estado febril. Si el sargento, o cualquier oficial, nos descubría, nos arrestarían. Y lo peor de

todo era que no sabíamos cuánto tiempo íbamos a quedarnos en el pueblo. Podía ser que nos quedásemos una semana o que nos marchásemos al cabo de un par de horas. Y, entretanto, no teníamos aparejos de ninguna clase, ni siquiera un alfiler o un trozo de cordel. Teníamos que partir de cero. Y mientras, ¡el estanque lleno de peces!

Lo primero era fabricar una caña. Una vara de sauce sería lo mejor, pero allí no había un sauce en todo lo que alcanzaba la vista. Nobby se subió a un álamo y cortó una rama fina, que no era lo ideal pero era mejor que nada. La pulió con su navaja hasta convertirla en algo parecido a una caña de pescar, y después la escondimos cerca de la orilla, entre las hierbas, y conseguimos volver al pueblo sin ser vistos.

El paso siguiente era encontrar un alfiler para hacer el anzuelo. Nadie tenía un alfiler. Un muchacho tenía agujas de zurcir, pero eran demasiado gruesas y tenían la punta roma. No nos atrevíamos a decir a nadie para qué lo queríamos, por temor a que el sargento se enterase. Por fin, se nos ocurrió pedírsela a las prostitutas del pueblo. Era seguro que ellas tendrían una aguja de coser. Cuando llegamos a la casa, después de dar la vuelta hasta la puerta trasera por un patio lleno de barro, nos encontramos con que estaba cerrada, pues las mujeres estaban gozando de un bien ganado descanso. Gritamos y llamamos a la puerta a patadas y puñetazos, hasta que, al cabo de diez minutos, una mujer gorda y fea envuelta en una bata bajó y nos chilló algo en francés. Nobby le gritó:

—¡Aguja! ¡Aguja! ¿Tienes una aguja?

Naturalmente, ella no le entendió. Entonces Nobby trató de explicárselo en el inglés macarrónico de uso colonial, que consideraba que ella, como extranjera, tenía que entender:

—¡Querer aguja! ¡Coser ropa! ¡Así! ¡Así!

Y se puso a hacer gestos que querían representar la acción de coser. La prostituta lo entendió mal, y entreabrió la puerta para

que pasásemos. Finalmente, nos hicimos entender y conseguimos que nos diese una aguja. Por entonces, ya era hora de comer.

Después de comer, el sargento vino por el granero buscando hombres para una faena. Conseguimos esquivarle por poco, escondiéndonos bajo un montón de heno. Cuando se fue, encendimos una vela, pusimos la aguja al rojo vivo y conseguimos doblarla en forma de anzuelo. No teníamos otra herramienta que nuestras navajas, y nos quemamos varias veces. Faltaba el sedal. Nadie tenía ningún cordel lo bastante fino, pero al final dimos con un tipo que tenía un carrete de hilo de coser. No quería desprenderse de él, y tuvimos que darle a cambio un paquete entero de cigarrillos.

El hilo era demasiado fino, pero Nobby lo dividió en tres partes, las ató a un clavo de la pared y las trenzó cuidadosamente. Entretanto, después de buscar por todo el pueblo, yo conseguí encontrar un tapón de corcho; lo corté por la mitad y lo atravesé con una cerilla para convertirlo en un flotador. Por entonces, ya estaba avanzada la tarde y estaba a punto de oscurecer.

Ya teníamos lo esencial, pero no nos habría ido mal un poco de tripa. No teníamos idea de cómo conseguirla, hasta que pensamos en el asistente del hospital. El catgut no formaba parte de su equipo, pero era posible que tuviese un poco por casualidad. Cuando se lo preguntamos, resultó que tenía una madeja entera en la mochila; se había encaprichado de ella en no sé qué hospital y la había cogido. Cambiamos otro paquete de cigarrillos por diez trozos de catgut. Era muy quebradizo, y cada trozo medía quince centímetros. Por la noche, Nobby los puso en remojo hasta que se volvieron flexibles y los ató uno a otro. Ya lo teníamos todo: anzuelo, caña, sedal, flotador y tripa. Los gusanos podíamos encontrarlos en cualquier parte. ¡Y el estanque estaba lleno de peces! ¡Enormes peces rayados que

pedían a gritos que fuese alguien a pescarlos! Nos acostamos tan excitados que ni siquiera nos quitamos las botas. ¡Mañana! ¡Si fuese ya mañana! ¡Si la guerra se olvidase de nosotros solo por un día! Habíamos decidido largarnos inmediatamente después de pasar lista y pasarnos todo el día pescando, aunque al volver nos cayesen trabajos forzados.

Supongo que ya se imaginan el resto. Al pasar lista, se dio la orden de empaquetar y prepararse para marchar dentro de veinte minutos. Anduvimos nueve kilómetros carretera abajo y después subimos a camiones que nos llevaron a otro punto del frente. Nunca volví a ver ni a saber nada del estanque bajo los álamos. Debieron de envenenarlo con gas mostaza.

Desde entonces, nunca he vuelto a pescar. Nunca parecía presentarse la ocasión. Vino el resto de la guerra, y después, como todo el mundo, hube de luchar para encontrar un trabajo. Después cogí un empleo y el empleo me cogió a mí. Yo era un joven ambicioso que trabajaba en una agencia de seguros, uno de esos prometedores hombres de negocios de mandíbula enérgica y grandes esperanzas que aparecían en los anuncios de la Academia Clark. Y después fui uno de los muchos infelices retribuidos con cinco o diez libras a la semana, habitantes de una casita semirreparada en un barrio. La gente como yo no va a pescar, de la misma manera que los corredores de bolsa no van al campo a coger margaritas. No es lo adecuado. Para ellos están previstas otras diversiones.

Claro que tengo quince días de vacaciones cada verano. Ya saben ustedes. Margate, Yarmouth, Eastbourne, Hastings, Bournemouth, Brighton. La cosa varía ligeramente según andemos de dinero cada año. Con una mujer como Hilda, la principal actividad de las vacaciones es una incesante contabilidad mental encaminada a averiguar cuánto nos están robando en la pensión. Esto y decirles a los niños que no, que no tenemos dinero para comprarles otro cubo para la arena.

Hace unos años estuvimos en Bournemouth. Una hermosa tarde fuimos a pasear por el rompeolas, que debe de tener medio kilómetro de longitud. A todo lo largo había tipos pescando con gruesas cañas, con sus pequeños cascabeles al extremo y sus sedales que se adentraban cincuenta metros en el mar. Esta es siempre una pesca aburrida, y además los peces no picaban, pero el caso era que aquellos hombres estaban pescando. Los niños se aburrieron pronto y pidieron volver a la playa. Hilda vio a uno de los pescadores clavar una lombriz en el anzuelo, y dijo que le daba un asco tremendo. Pero yo quería pasear un rato más. En un momento dado, sonó fuertemente uno de los cascabeles, y uno de los hombres comenzó a recoger el sedal. Todo el mundo se puso a mirarle. Fueron saliendo del agua el sedal mojado, el plomo, y, por fin, un gran pez —una platija, creo—, balanceándose y agitándose. El hombre la tiró en las tablas del suelo, y allí se quedó, volviéndose de un lado y de otro, toda mojada y brillante, con su espalda gris y rugosa y su vientre blanco, desprendiendo un fresco y salado olor a mar. Sentí que algo se removía en mi interior.

Cuando nos íbamos, dije sin darle importancia, solo para ver la reacción de Hilda:

—Un día de estos voy a venir a pescar yo también...

—¿Qué? ¿Que tú vas a venir a pescar, George? Pero si tú no sabes...

—Oh, yo había sido un gran pescador —le dije.

Ella se mostró vagamente en contra, como de costumbre, pero no pudo argumentar nada, excepto que si yo iba a pescar no iría conmigo, para no ver aquellos bichos fofos y asquerosos que se ponían en el anzuelo. Y, de pronto, se dio cuenta de que, si yo iba de pesca, el equipo que necesitaría, caña, carrete y todo lo demás, costaría aproximadamente una libra. La caña sola ya costaría diez chelines. Inmediatamente se enfadó. Ustedes no saben cómo se pone Hilda cuando ve que se van a

malgastar diez chelines.

—¡Vaya una ocurrencia! —me espetó—. Gastar tanto dinero en una cosa así. Es absurdo. ¡Y que se atrevan a cobrar diez chelines por una cañita como estas! ¡Es vergonzoso! ¿Y cómo vas a ir a pescar a tu edad? Un hombrón como tú... No seas niño, George.

Entonces intervinieron los niños. Lorna se me arrimó y me preguntó con ese estúpido descaro suyo:

—¿Tú eres un niño, papá?

Y el pequeño Billy, que en aquella época todavía hablaba mal, anunció al mundo en general:

—Papá jun niño.

Y se pusieron los dos a bailar en torno a mí haciendo sonar sus cubos y palas y cantando:

—¡Papá jun niño! ¡Papá jun niño!

¡Criaturas repelentes!

6

Además de la pesca, estaba la lectura.

He exagerado al dar a entender que la pesca era la única cosa que me gustaba. Era, desde luego, lo primero, pero la lectura también me atraía mucho. Debía de tener unos diez u once años cuando comencé a leer, a leer voluntariamente quiero decir. A esa edad, leer es como descubrir un mundo nuevo. Aún ahora leo bastante; casi todas las semanas me trago un par de novelas. Soy lo que podríamos llamar el típico suscriptor de la Biblioteca Boots: siempre me quedo con el best seller del momento (*Los buenos camaradas*, *El lancero de Bengala*, *El castillo del odio*... los he leído todos), y, durante un año o más, he sido miembro del Club de Préstamo de Libros. Y en 1918, a los veinticinco años, me pegué una especie de orgía de lecturas que cambió considerablemente mi visión de las cosas. Pero no hay nada como esos primeros años en los que uno descubre de pronto que, abriendo un semanario de a penique, puede encontrarse metido de lleno en las guaridas de los bandidos, en los fumaderos de opio de China, en las islas polinesias o en los bosques de Brasil.

La época en que más placer me causó la lectura fue entre los once y los dieciséis años, más o menos. Al principio, leía siempre los semanarios infantiles de a penique —pequeños y finos, muy mal impresos y con una ilustración a tres tintas en la portada—, y algún tiempo después, libros. *Sherlock Holmes*, *El doctor Nikola*, *El pirata de hierro*, *Drácula*, *Raffles*...

Nat Gould, Ranger Gull, y aquel otro, cuyo nombre no recuerdo, que escribía historias de boxeo casi tan rápidamente

como Nat Gould escribía narraciones de carreras. Supongo que, si mis padres hubiesen sido un poco más cultos, me habrían hecho tragar libros «buenos», Dickens, Thackeray y demás, y ya en la escuela nos obligaban a leer *Quentin Durward*, y el tío Ezequiel me exhortaba a veces a leer a Ruskin y a Carlyle. Pero en casa no había prácticamente ningún libro. Mi padre no había leído un libro en su vida, excepto la Biblia y el *Ayúdate* de Smiles, y yo no leí ningún libro «bueno» por propia decisión hasta mucho más tarde. Y no lo lamento. Leí las cosas que tenía ganas de leer, y aprendí más con ellas que con todos los rollos que me soltaron en la escuela.

Los antiguos tebeos de terror estaban ya en vías de desaparición cuando yo era pequeño y casi no los recuerdo, pero había toda una serie de semanarios infantiles, algunos de los cuales aún existen. Las historias de Buffalo Bill ya no se publican, creo, y probablemente ya nadie lee a Nat Gould, pero Nick Carter y Sexton Blake parecen mantenerse igual que siempre. El *Gem* y el *Magnet*, si mal no recuerdo, comenzaron a aparecer hacia 1905. El *BOP* salía aún bastante empastelado en aquella época, pero *Chums*, que debió de nacer hacia 1903, era fantástico. Había además la enciclopedia —no recuerdo cómo se llamaba exactamente— que aparecía en fascículos de a penique. Yo no quería gastarme un penique en ella, pero un chico de la escuela me daba a veces números atrasados. Si ahora conozco la longitud del Mississippi, la diferencia entre un pulpo y una jibia y la composición exacta del metal de campana, es gracias a aquella enciclopedia.

Joe no leía nunca. Era uno de esos muchachos capaces de ir a la escuela durante años y salir sin poder leer diez líneas seguidas. La simple visión de la letra impresa lo ponía malo. Un día le vi coger uno de mis ejemplares de *Chums*, leer un párrafo o dos y dejarlo después con el mismo gesto de repugnancia que hace un caballo al oler heno rancio. Joe trató de quitarme el

gusto por la lectura, pero mi madre y mi padre, que habían decidido que yo era el «listo» de la familia, me apoyaron. Estaban muy orgullosos de que yo mostrase afición a «leer libros», como ellos lo llamaban. Pero, cosa característica también de los dos, estaban vagamente disconformes con que leyera cosas como *Chums* y *Union Jack*, y consideraban que debía leer obras «de provecho». Pero no entendían lo bastante de libros para saber cuáles eran «de provecho». Finalmente, mi madre compró un ejemplar de segunda mano del *El libro de los mártires*, de Foxe. No lo leí, pero las ilustraciones no estaban mal.

Durante todo el invierno de 1905, me gasté un penique cada semana para comprar *Chums*. Seguía el serial *Donovan el Intrépido*. Donovan era un explorador a quien contrataba un millonario americano para que le fuese a buscar cosas extraordinarias a distintos rincones de la Tierra. A veces eran diamantes del tamaño de puños en los cráteres de los volcanes de África; otras, colmillos fosilizados de mamut en los helados bosques de Siberia, y otras, tesoros enterrados de los incas en las ciudades perdidas del Perú. Donovan hacía un viaje diferente cada semana, y siempre tenía éxito en su empresa. Mi lugar de lectura predilecto era el desván. Excepto en los ratos en que mi padre sacaba de allí sacos de grano, era el lugar más tranquilo de la casa. Había allí enormes montones de sacos sobre los que tumbarse, y manojos de telarañas en todos los rincones. El olor a yeso se mezclaba con el del pipirigallo. Exactamente encima del lugar donde yo acostumbraba a echarme, había un agujero en el techo y un pedazo de madera que asomaba por el yeso. Aún ahora puedo imaginarme perfectamente que estoy allí. Es un día de invierno en que el frío moderado permite permanecer inmóvil. Yo estoy echado boca abajo con el *Chums* abierto delante de mí. Un ratón sube por el costado de un saco, como un juguete mecánico, y se para

en seco, mirándome con sus ojillos negros y brillantes como cuentas. Tengo doce años, y soy Donovan el intrépido. Acabo de plantar mi tienda a dos mil kilómetros de la boca del Amazonas, y las raíces de la misteriosa orquídea que florece una vez cada cien años están a buen recaudo en una caja de lata, debajo de mi litera. En los bosques que me rodean, los indios Hopi Hopi, que se pintan los dientes de escarlata y desuellan vivos a los blancos, tocan sus tambores de guerra. Yo miro al ratón, y el ratón me mira a mí; huelo el polvo, el pipirigallo y el frescor del yeso; estoy a orillas del Amazonas. Es fabuloso, sencillamente fabuloso...

7

Pues creo que esto es todo.

He intentado contarles algo del mundo de antes de la guerra, el mundo que me vino a la memoria cuando vi el nombre del rey Zog en aquel letrero. Pero me parece que no les he dicho nada nuevo. O bien ustedes se acuerdan de antes de la guerra y no necesitan que yo se lo cuente, o no se acuerdan, y en ese caso es inútil que lo haga. Hasta ahora solo he hablado de las cosas que me pasaron hasta los dieciséis años. Hasta ese momento, los asuntos familiares habían marchado bastante bien. Fue poco antes de cumplir los dieciséis cuando comencé a vislumbrar lo que la gente llama «la vida», entendiendo por ello las cosas desagradables de esta.

Unos tres días después de haber visto las grandes carpas de Binfield House, mi padre vino a tomar el té todo abstraído, aún más gris y enharinado que de costumbre. Comió y bebió muy serio y no habló gran cosa. Por aquellos tiempos, solía comer con expresión preocupada, y su bigote se movía arriba y abajo con un movimiento horizontal, porque no le quedaban muchas muelas. Cuando iba a levantarme de la mesa, me llamó.

—Espera un momento, George, muchacho. Tengo que decirte una cosa. Siéntate un momento. Madre, a ti ya te dije ayer lo que hay.

Detrás de la gran tetera marrón, mi madre cruzó las manos en el regazo y adoptó un aire solemne. Mi padre continuó hablando en tono grave, aunque estropeando un poco el efecto al intentar librarse de una miga de pan que permanecía en algún rincón de lo que quedaba de sus muelas.

—George, muchacho, tengo que decirte una cosa. He estado pensando mucho, y ha llegado la hora de que dejes la escuela. Tendrás que ponerte a trabajar para poder ayudar en casa. Ayer escribí al señor Wicksey y le dije que tenía que sacarte de la escuela.

El procedimiento era perfectamente habitual. Quiero decir el escribir al señor Wicksey antes de decirme nada a mí. En aquellos tiempos, se daba por supuesto que los padres decidían todo lo referente a su hijo sin contar con su opinión.

Mi padre balbució entonces, en tono preocupado, una serie de explicaciones. Últimamente, estaba pasando «una mala temporada». Las cosas «se habían puesto algo difíciles», y la consecuencia era que Joe y yo tendríamos que empezar a ganarnos la vida. En aquel momento, yo no sabía, ni me importaba demasiado, si el negocio iba bien o mal. Ni siquiera tenía la suficiente visión comercial para ver la razón por la que las cosas se habían puesto «difíciles». El hecho era que mi padre tenía que hacer frente a una competencia muy fuerte. Sarazins, la importante cadena de tiendas de grano, que tenía sucursales por todo el país, había establecido un nuevo tentáculo en Lower Binfield. Seis meses atrás, habían alquilado una tienda en la plaza y la habían decorado profusamente con pintura verde brillante, letras doradas, herramientas de jardinería pintadas de rojo y de verde y enormes anuncios de guisantes de olor, de modo que le llamaba a uno la atención a cien metros de distancia. Sarazins, además de vender semillas de flores, se presentaban a sí mismos como «proveedores de todo tipo de aves de corral y animales domésticos», y además de trigo, avena y cosas de este tipo, vendían piensos especiales para aves de corral, grano para pájaros en llamativos paquetes, galletas de todos los tamaños y colores para perros, medicinas, ungüentos y polvos para condicionar, y también objetos como ratoneras, correas para perro, incubadoras, huevos artificiales,

tela metálica para sembrados, bombillas, herbicidas e insecticidas, e incluso tenían en algunas sucursales un departamento de venta de conejos y pollitos. Mi padre, con su vieja y polvorienta tienda y su negativa a vender artículos nuevos, no podía competir con aquello, y tampoco se lo propuso nunca. Los comerciantes propietarios de caballos y los granjeros que habrían podido comprar allí no se pasaron a Sarazins, pero sí lo hicieron, al cabo de unos meses, todos los señores de quiero y no puedo de la vecindad, que en aquella época tenían carruajes, y por lo tanto caballos. Aquello significó una gran merma en el volumen de negocio de mi padre y del otro vendedor de granos, Winkle. Pero, por aquel entonces, yo no me daba cuenta de nada de esto. Tenía una actitud infantil con respecto a ello. Nunca me había interesado por el negocio. Nunca o casi nunca había ayudado en la tienda, y las pocas veces que mi padre me mandaba a hacer un recado o me pedía que echase una mano en algo, como transportar sacos de grano al desván o bajarlos de allí, yo me zafaba tan pronto como podía. Los chicos de nuestra clase no son tan absolutamente infantiles como los que van a los internados; saben lo que es el trabajo y lo que significa el dinero, pero también consideran natural mirar el negocio del padre como una cosa aburrida. A mí, hasta aquel momento, las cañas de pescar, las bicicletas, las limonadas gaseosas y las cosas de este tipo me habían parecido mucho más reales que todo cuanto ocurría en el mundo de los adultos.

Mi padre había hablado ya con el viejo Grimmett, el dueño de la tienda de comestibles, que buscaba un muchacho despabilado y estaba dispuesto a admitirme inmediatamente. Mi padre despediría al aprendiz y Joe se quedaría a ayudar en la tienda hasta que encontrase un trabajo fijo. Joe había dejado la escuela hacía algún tiempo, y desde entonces había hecho poco más que holgazanear. Mi padre había pensado alguna vez

en «colocarlo» en el departamento de contabilidad de la fábrica de cerveza, y anteriormente había tenido incluso la ilusión de que se hiciese subastador. Pero las dos cosas eran completamente imposibles, porque Joe, a sus diecisiete años, escribía como un colegial y no se sabía la tabla de multiplicar. Por entonces, trabajaba en la importante tienda de bicicletas de las afueras de Walton, se suponía que «aprendiendo el oficio». Andar entre bicicletas era algo que le iba a Joe, quien, como la mayoría de los idiotas, tenía cierta afición a la mecánica, pero era incapaz de trabajar regularmente y se pasaba el tiempo paseando con su mono sucio, fumando Woodbines, buscando pelea con todo el mundo, bebiendo —comenzó ya entonces—, saliendo con una chica después de otra y pegándole sablazos a padre.

Este estaba preocupado, desconcertado y vagamente resentido. Me parece aún verle, con la calva enharinada, los dos mechones de cabello canoso encima de las orejas, las gafas y el bigote gris. No comprendía lo que pasaba con el negocio. Durante años, sus beneficios habían aumentado lenta y regularmente, diez libras un año y veinte el siguiente, y ahora, de pronto, descendían bruscamente. No lo entendía. Había heredado la tienda de su padre y había pasado muchos años trabajando duro, comerciando honradamente, vendiendo buena mercancía, sin engañar nunca a nadie. Y, sin embargo, sus beneficios bajaban. Repetía una y otra vez, mientras sorbía entre las muelas para extraer de ellas alguna miga de pan, que los tiempos eran malos, que el negocio estaba muy flojo y que no sabía qué demonios le pasaba a la gente, que parecía que los caballos ya no comían. Finalmente, decidió que debían de ser los efectos de aquellos condenados motores, de aquellos «trastos pestilentes».

También mi madre estaba algo preocupada y sabía que debería haberlo estado más. Alguna vez, mientras mi padre

hablaba, ella tenía una expresión ausente y movía los labios. Estaba tratando de decidir si mañana prepararía un asado de ternera con zanahorias o bien una pata de cordero otra vez. Excepto en las ocasiones en que alguna de sus actividades requería previsión, como cuando tenía que comprar ropa blanca o cacharros para la cocina, no era capaz de pensar más allá de las comidas del día siguiente. La tienda no marchaba bien y mi padre estaba preocupado; ella no veía más que esto. En realidad, ninguno de nosotros tenía idea de lo que estaba ocurriendo. Mi padre había tenido un año malo y había perdido dinero, pero ¿estaba realmente asustado por el futuro? No lo creo. No hay que olvidar que aquello tenía lugar en el año 1909. Él no sabía lo que iba a ocurrirle, no era capaz de prever que los de Sarazins venderían siempre más barato que él, lo arruinarían y se lo comerían. ¿Cómo podía preverlo? Cuando él era joven, las cosas no iban de aquella manera. Todo lo que él veía era que los tiempos eran malos, que el negocio estaba muy «flojo», muy «muerto» (expresiones que repetía constantemente), pero pensaba que las cosas «se arreglarían pronto».

Sería bonito que pudiese contarles ahora cómo yo fui una gran ayuda para él en aquellos momentos de apuro, cómo de pronto comencé a portarme como un hombrecito y mostré cualidades que nadie había sospechado en mí, etcétera, como ocurría en las novelas edificantes de hace treinta años. O también estaría bien decirles que me dolió amargamente tener que dejar la escuela, y que mi joven y despierta mente, ávida de cultura y de refinamiento, veía con repugnancia el insulso y mecánico trabajo al que se me obligaba, etcétera, como ocurre en las novelas edificantes de ahora. Pero tanto una cosa como otra serían cuento. Lo cierto es que la idea de ir a trabajar me resultó agradable y atractiva, sobre todo cuando me enteré de que el viejo Grimmett me pagaría un sueldo de verdad, doce

chelines a la semana, de los que podría quedarme cuatro para mí. Las grandes carpas de Binfield House, que habían ocupado mi pensamiento durante los últimos tres días, se esfumaron. No vi ningún inconveniente en dejar la escuela unos años antes de tiempo. La cosa era habitual para los chicos de nuestro medio. Todos «iban a ir» a la Universidad de Reading, estudiar para ingenieros, «dedicarse a los negocios» en Londres o alistarse en la marina, y después, avisando dos días antes, desaparecían de la escuela, y al cabo de quince días uno se los encontraba repartiendo verduras con una bicicleta. Al cabo de cinco minutos de haberme comunicado mi padre que tenía que ir a trabajar, ya estaba pensando en el traje nuevo que necesitaría con aquel motivo. Inmediatamente, comencé a reclamar «un traje de chico mayor», con la chaqueta de moda en aquel momento, ceñida a la cintura y de faldones amplios. Naturalmente, tanto mi madre como mi padre se escandalizaron y dijeron que ni hablar del asunto. En aquella época, por alguna razón que nunca he acabado de comprender, los padres se esforzaban en impedir que sus hijos vistiesen como las personas mayores durante tanto tiempo como podían. En todas las casas se producía una larga lucha antes de que el chico llevase su primer cuello alto y de que la chica se recogiese el pelo. Así pues, la conversación se apartó de los problemas económicos de mi padre y degeneró en una larga y fastidiosa discusión, en el curso de la cual mi padre se enfadó cada vez más y repitió una y otra vez:

—¡Pues no puede ser! ¡Quítatelo de la cabeza, que no puede ser!

De modo que no me compraron el traje de moda, pero fui a trabajar por primera vez con un traje azul de confección y un cuello ancho que no me quitaban mi aspecto de patán. Toda la preocupación que sentí por el acontecimiento no tuvo otro origen que este. Y Joe se mostró aún más egoísta. Se puso

furioso por tener que dejar la tienda de bicicletas, y durante el poco tiempo que se quedó en la tienda se limitó a holgazanear, y más que ayudar a nuestro padre de cualquier forma se convirtió en un estorbo.

Trabajé en la tienda del viejo Grimmett durante casi seis años. Grimmett era un anciano de aspecto agradable, que caminaba muy erguido y tenía las patillas blancas. Era una versión corpulenta del tío Ezequiel, y, al igual que este, un buen liberal. Pero era menos exaltado y más respetado en el pueblo. Había tomado posición durante la guerra de los bóeres, era enemigo acérrimo de los sindicatos —hasta el punto de que una vez despidió a un dependiente por tener una fotografía de Keir Hardie— y era una autoridad en la Capilla Bautista, disidente de la Iglesia Baja a la que pertenecía mi familia. Además, era concejal y uno de los jefes locales del Partido Liberal. Con sus patillas blancas, sus altisonantes parrafadas sobre la libertad de conciencia y sobre el gran Gladstone, con su enorme cuenta en el banco y las improvisadas plegarias que a veces yo acertaba a oír al pasar junto a la capilla, se parecía un poco al tendero no conformista del cuento. Me imagino que ya lo saben.

«—¡James!

»—¡Sí, señor!

»—¿Has puesto arena en el azúcar?

»—¡Sí, señor!

»—¿Has aguado la melaza?

»—¡Sí, señor!

»—Pues ven a rezar.»

Dios sabe cuántas veces he oído susurrar este chiste en la tienda. Y, ciertamente, comenzábamos la jornada con una oración, antes de abrir las puertas. Pero el viejo Grimmett no echaba arena en el azúcar. Sabía que eso no compensaba. Era hábil en el negocio; era el vendedor de comestibles más

importante de Lower Binfield y de la comarca, y tenía tres dependientes además del aprendiz, el repartidor y su hija que estaba en la caja, pues su mujer había muerto. Durante los primeros seis meses que trabajé allí, hice de repartidor; después, uno de los dependientes se fue para «establecerse» en Reading, y yo pasé a la tienda y me puse el delantal blanco. Aprendí a atar un paquete, a envolver una caja de pasas, a moler café, a cortar jamón con la máquina, a afilar un cuchillo, a barrer, a quitar el polvo a los huevos sin romperlos, a hacer pasar por bueno un artículo de mala calidad, a limpiar el cristal del escaparate, a cortar a ojo una libra de queso, a abrir un cajón de madera, a dar forma a un trozo de mantequilla, y —lo que era, con mucho, lo más difícil— a recordar dónde estaba cada cosa. No tengo un recuerdo tan detallado de aquel trabajo como de la pesca, pero me acuerdo de muchas cosas. Todavía sé romper un cordel con los dedos, y, si me ponen delante de una máquina de cortar jamón, la manejaré mejor que una máquina de escribir. Y puedo soltarles unos bonitos tecnicismos sobre las variedades del té chino, la composición de la margarina, el peso medio de los huevos y el precio por millar de las bolsas de papel.

Pues durante más de cinco años ese fui yo: un muchacho despabilado de cara redonda y sonrosada, de nariz respingona y pelo rubio (que ya no llevaba corto, sino cuidadosamente peinado hacia atrás y pegado al cráneo con fijapelo) que se afanaba tras el mostrador, con su delantal blanco y su lápiz tras la oreja, cerrando bolsas de café a velocidades meteóricas y soltando sus «¡Sí, señora! ¡Claro que sí, señora! ¿Y qué más va a ser, señora?» con pocos rastros de *cockney*. El viejo Grimmett nos hacía trabajar de firme. Las jornadas eran de once horas, excepto los jueves y domingos, y la semana de Navidad era una pesadilla. Pero, en conjunto, fueron unos años buenos. No crean tampoco que yo no tenía ambiciones. No pensaba

pasarme la vida vendiendo comestibles; estaba simplemente «aprendiendo el oficio». Algún día, de una forma u otra, tendría dinero suficiente para «establecerme» por mi cuenta. Así es como pensaba la gente en aquellos tiempos. Recuerden que les hablo de antes de la guerra, antes de las crisis y antes del paro. En el mundo había sitio bastante para todos. Todo el mundo podía «poner un negocio», y siempre había lugar para una tienda nueva.

Fue pasando el tiempo. Mil novecientos nueve, mil novecientos diez, mil novecientos once. Murió el rey Eduardo y los periódicos salieron con una orla negra. En Walton se abrieron dos cines. Las carreteras se fueron llenando de coches y comenzaron a circular autobuses de línea entre los pueblos. Un día pasó un avión por encima de Lower Binfield —era un trasto de aspecto frágil y destartalado, y el piloto iba sentado en el centro en una especie de silla—, y todo el pueblo salió de sus casas, gritando, para verle. La gente empezó a comentar que al emperador de Alemania se le estaban subiendo demasiado los humos, y que al final «pasaría lo que tenía que pasar», refiriéndose a una guerra con Alemania. Mi salario fue aumentando poco a poco, hasta llegar, inmediatamente antes de la guerra, a los veintiocho chelines semanales. Le daba a mi madre diez para mi mantenimiento, y más tarde, cuando los tiempos empeoraron, quince, y aun así me sentía mucho más rico de lo que me he sentido nunca. Crecí dos dedos más, comenzó a salirme bigote, y llevé botines y cuellos de ocho centímetros de alto. Los domingos, en la iglesia, con mi elegante traje gris oscuro, mi sombrero hongo y los guantes negros de piel de perro que descansaban en el banco junto a mí, parecía un señor, y mi madre apenas podía contener su orgullo. Además del trabajo, del «salir» los jueves y de pensar en trajes y chicas, tenía accesos de ambición, y me veía a mí mismo convertido en un Gran Hombre de Negocios, como

Lever o William Whiteley. Entre los dieciséis y los dieciocho años, hice esfuerzos serios para «formarme» y prepararme para emprender negocios. Aprendí a hablar correctamente y me quité casi del todo el acento *cockney*. (En el valle del Támesis, los dialectos del campo perdían terreno; excepto los peones de las granjas, casi toda la gente nacida después de 1890 hablaba *cockney*.) Seguí un curso por correspondencia de la Academia Comercial Littleburn, y aprendí teneduría de libros y redacción comercial. Me tragué estoicamente un libro lleno de tremendas estupideces llamado *El arte de la venta*, y perfeccioné mi aritmética e incluso mi letra. A los diecisiete años, velaba por la noche para hacer prácticas de escritura a la luz de la lamparilla de aceite de mi habitación. Al mismo tiempo, leía mucho, generalmente novelas policíacas y de aventuras, y a veces libros baratos, definidos como «verdes», que los chicos de la tienda nos pasábamos furtivamente. (Eran traducciones de Maupassant y Paul de Kock.) Pero a los dieciocho años me volví más exigente, me hice socio de la biblioteca del condado y comencé a engullir obras de Marie Corelli, Hall Caine y Anthony Hope. Fue por entonces cuando ingresé en el Círculo de Lecturas de Lower Binfield, que estaba dirigido por el vicario y se reunía una noche a la semana durante todo el invierno para lo que se denominaba «discusión literaria». Presionado por el vicario, leí trozos de *Sésamo y lirios* e incluso algo de Browning.

Iba pasando el tiempo. Mil novecientos diez, mil novecientos once, mil novecientos doce. El negocio de mi padre se iba hundiendo; no era que se extinguiese rápidamente, pero se iba hundiendo. Ni mi padre ni mi madre fueron nunca los mismos después de que Joe se marchó de casa. Eso ocurrió poco después de que yo empezase a trabajar con Grimmett.

A los dieciocho años, Joe se había convertido en una mala pieza. Era un chico robusto, mucho más alto que el resto de la

familia, de espaldas enormes, cabeza grande y expresión hosca y enfurruñada. Llevaba ya un respetable bigote. Cuando no estaba en el bar de George, se quedaba sin hacer nada en el umbral de la tienda, con las manos hundidas en los bolsillos, mirando retadoramente a la gente que pasaba, como si quisiera tumbarlos a puñetazos, excepto cuando se trataba de chicas. Si alguien iba a la tienda, se apartaba lo imprescindible para dejarle pasar y, sin sacar las manos de los bolsillos, volvía la cabeza y gritaba: «¡Papá, a la tienda!». De aquí no pasaba su ayuda. Además, gastaba un dineral en cigarrillos y bebidas; mi padre y mi madre, desesperados, decían que «no sabían qué hacer con él». Una noche se fue de casa y nunca volvimos a saber de él. Forzó el cajón de la tienda y se llevó todo el dinero que había, que por suerte no era mucho, unas ocho libras. Suficiente para un pasaje de cubierta para América. Joe siempre había querido ir a América, y creo que eso fue lo que hizo, aunque nunca lo supimos con seguridad. En el pueblo, la cosa constituyó un pequeño escándalo. La versión oficial fue que Joe se había largado porque había dejado embarazada a una chica. Había una tal Sally Chivers, que vivía en la misma calle que los Simmons, que iba a tener un niño. Joe había estado con ella, ciertamente, pero además de él había una docena, y nadie sabía de quién era el niño. Mis padres aceptaron aquella explicación, e incluso, en privado, la utilizaron para excusar a «su pobre muchacho» por haber robado las ocho libras y haberse ido de casa. No llegaron a comprender que Joe se había largado porque era incapaz de llevar una vida decente y respetable en un pueblo pequeño y quería una vida de vagancia, peleas y mujeres. Nunca tuvimos noticias suyas. Quizá murió en la guerra o quizá, sencillamente, no quiso molestarse en escribir. Quizá se echó a perder por completo. Por fortuna, el niño de Sally Chivers nació muerto, y no hubo complicaciones por aquel lado. Con respecto al hecho

de que Joe hubiese robado las ocho libras, mi madre y mi padre consiguieron mantenerlo secreto hasta su muerte. A sus ojos, era una vergüenza mucho mayor que el niño de Sally Chivers.

Lo de Joe avejentó mucho a padre. Con su marcha no perdía nada que no hubiese perdido ya, pero la cosa le dolió y le avergonzó mucho. A partir de aquel momento, pareció encogerse, y su bigote encaneció mucho más. Quizá mi recuerdo de él como un hombrecillo gris de cara redonda, arrugada y ansiosa, con las gafas polvorientas, data en realidad de aquel tiempo. Muy lentamente, se sentía más y más agobiado por las preocupaciones económicas y se iba desinteresando de todo lo demás. Hablaba menos de política y de lo que decía el periódico del domingo, y cada vez más de los problemas del negocio. Mi madre también pareció encogerse un poco. En mi niñez, yo la había conocido como algo vasto y desbordante, con su cabello rubio, su cara risueña y su enorme pecho. Era una criatura grande y opulenta, como el mascarón de proa de un barco de batalla. Ahora se había vuelto más pequeña y más inquieta y vieja de lo normal para su edad. Era menos altiva en la cocina; preparaba con mayor frecuencia espalda de cordero, y se quejaba del precio del jabón. Y comenzó a usar margarina, producto que antes nunca habría tolerado en casa. Cuando Joe se fue, mi padre tuvo que tomar otra vez un aprendiz. Eran chicos muy jóvenes que solo se quedaban un año o dos, y que no podían levantar grandes pesos. Yo le ayudaba a veces, cuando estaba en casa, pero era demasiado egoísta para hacerlo regularmente. Todavía puedo verle, doblado y casi oculto por un enorme saco, avanzando trabajosamente por el patio, como un caracol bajo su concha. El saco, que debía de pesar unos setenta kilos, oprimía su cuello y sus hombros casi hasta el suelo, y su cara con gafas miraba ansiosamente hacia arriba. En 1911 tuvo una hernia, y

hubo de pasar varias semanas en el hospital y contratar temporalmente a un encargado para la tienda, lo cual constituyó otra mengua en su capital. La ruina de un pequeño comerciante es algo dramático, pero no es brusco y evidente, como el problema de un trabajador que es despedido y se encuentra de golpe en la calle. Es una disminución gradual de los negocios, con pequeños altibajos, perdiendo aquí unos cuantos chelines y ganando allá otros pocos. Un cliente antiguo deserta inesperadamente y se pasa a Sarazins. Otro compra una docena de gallinas y hace un pedido semanal de grano; ello permite resistir un poco más. El hombre es aún «independiente», pero cada día está un poco más abatido y se encoge un poco más su capital. Pero puede seguir así durante años, durante toda la vida con un poco de suerte. El tío Ezequiel murió en 1911, dejando ciento veinte libras, que debieron de ser una gran ayuda para mi padre. Pero en 1913 hubo de hipotecar su póliza de seguro de vida. Yo no me enteré de eso entonces; de haberlo sabido habría comprendido lo que significaba. Creo que yo solo me daba cuenta de que mi padre «no iba bien de dinero», de que el negocio estaba «flojo» y de que habría de esperar un poco más para tener dinero para «establecerme». Al igual que mi padre, yo veía la tienda como algo permanente, y tendía un poco a enojarme con él por no llevar mejor las cosas. Yo no podía ver, como no podía verlo él ni nadie, que se estaba arruinando lentamente, que el negocio nunca volvería a animarse y que, si vivía hasta los setenta años, acabaría con toda seguridad en el asilo. Muchas veces yo pasaba por delante de Sarazins, en la plaza, y pensaba simplemente que me gustaba más su reluciente escaparate que el de nuestra polvorienta y vieja tienda, con el «S. Bowling» apenas legible, las desconchadas letras blancas y los descoloridos paquetes de grano para pájaros. No se me ocurría entonces que Sarazins era como un pulpo que iba a devorarlo.

A veces, yo le repetía algunas de las cosas que había leído en mis libros del curso de correspondencia sobre los modernos métodos de venta. Él no me hacía mucho caso. Él había heredado un negocio antiguo, había trabajado de firme, no había engañado a nadie y había vendido buena mercancía; ya se arreglarían las cosas. El hecho es que muy pocos tenderos de aquellos años acabaron efectivamente en el asilo. Con un poco de suerte, morían dueños aún de unas pocas libras. Era una carrera entre la muerte y la bancarrota y, gracias a Dios, la muerte se llevó antes a mi padre, y también a mi madre.

Mil novecientos once, mil novecientos doce, mil novecientos trece. Les digo que era una época agradable de vivir. A fines de 1912, a través del Círculo de Lecturas del vicario, conocí a Elsie Waters. Hasta entonces, como todos los chicos del pueblo, yo había ido detrás de las chicas, y alguna vez había conseguido hablar con alguna y «salir» con ella algún domingo por la tarde, pero nunca había tenido una chica para mí solo. Es una cosa curiosa esta caza de las chicas cuando se tienen unos dieciséis años. En un lugar establecido del pueblo, los chicos pasean arriba y abajo de dos en dos, mirando a las chicas, y las chicas pasean arriba y abajo de dos en dos, fingiendo no ver a los chicos. Después, se establece algún tipo de contacto, y en lugar de por parejas se pasea en grupos de cuatro, los cuatro en absoluto silencio. La principal característica de aquellos paseos —y era peor la segunda vez, cuando uno salía solo con la chica— era la horrible imposibilidad de entablar cualquier tipo de conversación. Pero con Elsie Waters fue diferente. Quizá porque yo me iba haciendo mayor.

No quiero contar la historia de mi relación con Elsie Waters, aun suponiendo que hubiese alguna historia que contar. Hablo de ella simplemente porque ella formó parte del ambiente, parte del «antes de la guerra». Antes de la guerra era siempre

verano; una ilusión, como he señalado antes, pero así es como yo lo recuerdo: la blanca y polvorienta carretera entre los castaños, el olor de los alhelíes, los estanques verdes bajo los sauces, el rumor del agua en la presa... Esto es lo que yo veo cuando cierro los ojos y pienso en «antes de la guerra». Y, hacia el final de esa época, Elsie Waters forma parte de mis recuerdos.

No sé si hoy en día Elsie sería considerada bonita. Entonces lo era. Era alta para ser chica, tan alta como yo. Su cabello era de color dorado pálido, pesado, y lo llevaba trenzado y recogido en un moño. Tenía un rostro amable, delicado. Era una de esas chicas a las que sienta mejor el negro que cualquier otro color, especialmente los vestidos de forma muy sencilla, como los que les hacían llevar en la tienda de ropa donde trabajaba, Lilywhite's. Elsie era de Londres. Creo que tenía dos años más que yo.

Siento gratitud hacia Elsie, porque gracias a ella aprendí a sentir interés por una mujer. No quiero decir por las mujeres en general, sino por una mujer concreta. Yo la conocía del Círculo de Lecturas, pero apenas me había fijado en ella. Un día fui a Lilywhite's en horas de trabajo, cosa que no habría podido hacer en circunstancias normales, pero en la tienda se había acabado la gasa de envolver mantequilla y el viejo Grimmett me envió a mí a comprar. Ya saben cómo es la atmósfera de una tienda de tejidos. Es algo peculiarmente femenino. Hay un ambiente de sonidos apagados, una luz tamizada y un fresco aroma de ropa. Elsie estaba inclinada sobre el mostrador, cortando una pieza de tejido con las grandes tijeras. Había algo en su vestido negro y en la curva de su pecho contra el mostrador, algo que no puedo describir, extrañamente suave, extrañamente femenino. Al verla, uno notaba que podía tomarla en sus brazos y hacer lo que quisiera con ella. Era profundamente femenina, muy dulce, muy sumisa, el tipo de

muchacha que haría siempre lo que un hombre le dijese, aunque no era ni pequeña ni débil. Era muy callada, pero nada tonta. En ocasiones, era terriblemente fina, pero en aquellos tiempos yo también lo era.

Fuimos amantes durante un año, más o menos. Naturalmente, en un pueblo como Lower Binfield, solo se podía ser amantes de manera clandestina. Oficialmente, «salíamos», que era una forma de relación aceptada y no exactamente la misma que «estar prometidos». Había un camino que salía de la carretera de Upper Binfield y seguía la base de las colinas. Había un trozo largo, de kilómetro y medio, que era completamente recto y estaba flanqueado por enormes castaños. Bajo las ramas de estos había un sendero llamado «el camino de los amantes». Íbamos allá las tardes de mayo, cuando los castaños estaban en flor. Después, las noches se hicieron cortas, y había luz durante muchas horas después de salir de la tienda. Ya saben cómo son las tardes de junio, los largos crepúsculos azules y el aire que le acaricia a uno la cara como seda. Algún domingo por la tarde íbamos a la colina de Chamford y bajábamos a los prados que hay junto al Támesis. ¡Mil novecientos trece! ¡Dios mío! ¡Mil novecientos trece! Aquella paz, aquella agua verde, el chapoteo de la presa... Ya no volverá más. No quiero decir que no volverá mil novecientos trece, sino aquella sensación que se tenía de no tener prisa y de no tener miedo, esa sensación que, o bien ustedes ya la han tenido y no necesitan que se la describa, o no la han conocido, y si es así ya no la conocerán nunca.

Elsie y yo fuimos amantes hasta finales de verano. Al principio, yo me mostré demasiado tímido y torpe para tomar la iniciativa, y demasiado inexperto para darme cuenta de que había habido otros antes que yo. Un domingo por la tarde fuimos a los hayales de Upper Binfield. Allá arriba siempre se estaba solo. Yo la deseaba mucho, y sabía bien que ella solo

esperaba que yo diese el primer paso. No sé por qué, se me ocurrió que podíamos entrar en las tierras de Binfield House. El viejo Hodges, que tenía más de setenta años y se había vuelto muy arisco, era capaz de echarnos, pero, siendo domingo por la tarde, probablemente estaría haciendo la siesta. Nos colamos por un agujero de la valla y seguimos el sendero que discurría entre las hayas y llevaba al estanque grande. Hacía cuatro años o más que no iba por allí. Nada había cambiado. La misma gran soledad, la sensación de aislamiento que daban los grandes árboles que nos rodeaban, la vieja casilla de botes pudriéndose entre los juncos. Nos tumbamos en la hierba, junto a la menta silvestre, sintiéndonos tan solos como si estuviésemos en el centro de África. La besé no sé cuántas veces, pero siempre me levantaba y me ponía a pasear otra vez. La deseaba mucho y quería tomar la iniciativa, pero tenía un poco de miedo. Y, cosa curiosa, al mismo tiempo tenía otra idea en la cabeza. Se me ocurrió de repente que durante años había tenido intención de volver allí y no había vuelto. Ahora que estaba tan cerca, era una lástima no acercarme al otro estanque y echar una mirada a las grandes carpas. Pensaba que, si desperdiciaba la ocasión, me daría de bofetadas después; en realidad, no comprendía cómo no había vuelto antes. Las carpas estaban guardadas en mi mente; nadie sabía de su existencia excepto yo, y vendría a pescarlas algún día. Prácticamente eran mías. Incluso comencé a pasear a lo largo de la orilla en aquella dirección, pero, cuando hube caminado unos diez metros, di media vuelta. Para llegar al estanque había que abrirse paso por una pequeña jungla de zarzas y de broza podrida, y yo iba vestido de domingo. Traje gris oscuro, sombrero hongo, botines y un cuello que casi me cortaba las orejas, que es como la gente se vestía en aquellos tiempos para ir a pasear el domingo. Y, por otra parte, deseaba terriblemente a Elsie. Volví, pues, donde ella estaba y la miré un momento.

Estaba echada en la hierba, tapándose los ojos con el brazo. No se movió cuando me oyó acercarme. Con su vestido negro, parecía, no sé, como suave, como entregada, como si su cuerpo fuese de alguna materia maleable con la que yo pudiera hacer lo que quisiese. Era mía y podía hacerla mía en aquel mismo momento si lo deseaba. Súbitamente, dejé de tener miedo, tiré el sombrero a la hierba (recuerdo que rodó unos instantes), me arrodillé a su lado y la tomé en mis brazos. Todavía ahora puedo sentir el olor de la menta silvestre. Para mí era la primera vez; para ella no, pero no le dimos demasiada importancia. Así ocurrió. Las grandes carpas volvieron a difuminarse en mi mente y, de hecho, durante varios años después de aquel día, apenas pensé en ellas.

Mil novecientos trece. Mil novecientos catorce. La primavera de mil novecientos catorce. El endrino y los espinos en flor, y después los castaños. Los domingos por la tarde en el camino de sirga y el viento ondulando los juncos. Se movían todos juntos en grandes y densas masas, un poco como la cabellera de una mujer. Las interminables tardes de junio, el sendero bajo los castaños, un búho ululando en alguna parte y el cuerpo de Elsie junto a mí. Aquel junio fue muy caluroso. ¡Cómo sudábamos en la tienda y cómo olían el queso y el café molido! Y después, fuera, el frescor de la tarde, el aroma de los alhelíes y del tabaco de pipa en la callejuela de detrás de los huertos, el fino polvo de los caminos y los chotacabras persiguiendo a los abejorros.

¡Qué demonios! ¿Por qué dicen que no hay que ponerse sentimental al pensar en «antes de la guerra»? Pues yo me pongo sentimental, y ustedes también, estoy seguro.

Es cierto que cuando se evoca un período de tiempo pasado, se tiende a recordar los episodios más agradables. Esto ocurre incluso con la guerra. Pero también es cierto que en aquellos años la gente tenía algo que no tenemos ahora. ¿Qué era?

Simplemente que no veían el futuro como motivo de temor. No es que la vida fuera más fácil que ahora. Era mucho más dura. En conjunto, la gente trabajaba más, vivía con menos comodidades y moría con más sufrimiento. Los peones de granja trabajaban de sol a sol por catorce chelines a la semana, y acababan agotados, deshechos, con un retiro de cinco chelines, y, de cuando en cuando, media corona de la parroquia. Y lo que se denominaba «pobreza respetable» era aún peor. Cuando el viejo Watson, que tenía una pequeña tienda de tejidos al final de la calle Mayor, «quebró» después de años de lucha, sus posesiones personales ascendían a dos libras, nueve chelines y seis peniques, y murió casi inmediatamente después de lo que se definió como «afección gástrica», pero que el médico dejó entender que era hambre. Pero el pobre hombre se aferró a su levita hasta el final. El viejo Crimp, el ayudante del relojero, un hombre hábil en su oficio, que había trabajado en él desde niño durante cincuenta años, tuvo cataratas y hubo de ingresar en el asilo. Cuando se lo llevaron, sus nietos lloraban en la calle. Su mujer se puso a hacer faenas, y haciendo grandes esfuerzos conseguía enviarle un chelín semanal para que tuviese algo de dinero. Se veían cosas horribles. Pequeños negocios que se hundían lentamente, prósperos comerciantes que se convertían gradualmente en hombres arruinados y desesperados, gente que moría poco a poco de cáncer y del hígado, maridos que se comprometían cada lunes a la abstinencia y rompían su promesa cada sábado, chicas arruinadas para toda la vida por un hijo ilegítimo... Las casas no tenían cuarto de baño, y en las mañanas de invierno, para lavarse, había que romper el hielo de la palangana. Cuando hacía calor, las calles pequeñas olían como el demonio, y el cementerio estaba en el mismísimo centro del pueblo, de modo que no pasaba un día sin que uno recordase cómo había de acabar. Y, sin embargo, ¿qué era lo que tenía la gente en

aquellos tiempos? Una sensación de seguridad, aun cuando no estuviesen seguros. Era, más exactamente, una sensación de continuidad. Todos sabían que tenían que morir, y me imagino que unos pocos sabían que iban a arruinarse, pero lo que no sabían era que el orden de cosas vigente fuese a cambiar en su totalidad. Les pasara a ellos lo que les pasase, las cosas seguirían tal como ellos las habían conocido. No creo que influyese mucho en esto el hecho de que lo que se llama creencia religiosa fuese aún general en aquellos días. Es cierto que casi todo el mundo iba a la iglesia, por lo menos en el campo —Elsie y yo seguimos yendo como cosa natural, aun cuando vivíamos en lo que el vicario hubiese llamado «pecado»—, y, si se preguntaba a la gente si creían en una vida después de la muerte, generalmente respondían que sí. Pero nunca he visto a nadie que diese la impresión de creer realmente en una vida futura. Creo que, como máximo, la gente cree en estas cosas de la misma manera que los niños creen en Papá Noel. Pero es precisamente en los períodos de estabilidad, en los momentos en que una cultura parece firmemente asentada sobre sus bases, cuando las cosas como la vida futura no importan. Ya es bastante fácil morir si se sabe que las cosas a las que uno tiene apego van a sobrevivirle. Uno ha vivido su vida, está cansado y le llega la hora de dormir bajo tierra. Así es como la gente lo veía antes. Individualmente, ellos se acababan, pero su forma de vida continuaba. Lo que ellos consideraban el bien y el mal seguirían siendo el bien y el mal. No sentían moverse el suelo bajo sus pies.

Mi padre se estaba arruinando, pero no lo sabía. Decía simplemente que los tiempos eran muy malos, que se vendía cada vez menos y que las facturas eran cada vez más difíciles de pagar. Gracias a Dios, no llegó a saber que estaba arruinado, porque no tuvo tiempo de ver el final del proceso. Murió inesperadamente —de una gripe que se transformó en

neumonía— a principios de 1915. Hasta el fin creyó que con economía, trabajo duro y honradez un hombre podía salir adelante. Debió de haber cantidad de pequeños comerciantes que se llevaron esta convicción no ya a la tumba, sino al asilo. Hasta Lovegrove, el talabartero, que durante varios años vio pasar coches y camionetas por delante de sus narices, no se dio cuenta de que se había quedado fuera de juego. Y tampoco mi madre vivió para saber que la vida que le habían enseñado a llevar, la vida de una honrada hija de tendero y esposa de tendero en el reino de Victoria, se había terminado para siempre. Los tiempos eran difíciles y los negocios iban mal, mi padre estaba preocupado, y esto y aquello «iban de mal en peor», pero, en conjunto, se seguía como de costumbre. La antigua forma de vida inglesa no podía cambiar. Por los siglos de los siglos, las mujeres honradas y temerosas de Dios harían bizcocho de Yorkshire y pastelillos de manzana en enormes cocinas de carbón, llevarían ropa interior de lana y dormirían en colchones de pluma, harían mermelada de ciruela en julio y escabeche en octubre, y leerían el *Hilda's Home Companion* por las tardes, con las moscas zumbando a su alrededor, en una especie de tranquilo mundo aparte hecho de té hirviente, piernas fatigadas y finales felices. No digo que ninguno de los dos, ni mi padre ni mi madre, fueran exactamente los mismos hasta el final. Estaban desconcertados, y a veces algo desanimados. Pero al menos no vivieron para saber que todo aquello en lo que habían creído no valía nada. Vivieron el final de una época, cuando todo se disolvía en una especie de extraña corriente, y no lo supieron. Creyeron que duraría eternamente. Y es comprensible que lo creyeran así. Eso fue.

Vinieron los últimos días de julio, e incluso Lower Binfield se dio cuenta de que estaban pasando cosas. Durante algunos días hubo una grande e inconcreta excitación, y aparecieron interminables artículos de fondo en los periódicos, que mi

padre traía de la tienda para leérselos en voz alta a madre. Y de pronto aparecieron los grandes titulares:

ULTIMÁTUM ALEMÁN. MOVILIZACIÓN EN FRANCIA

Durante unos días (creo que fueron cuatro, pero no estoy seguro) reinó una extraña quietud, una especie de silencio expectante, como el momento que precede a la tormenta, como si toda Inglaterra estuviese pendiente de algo. Recuerdo que hacía mucho calor. En la tienda, teníamos la impresión de ser incapaces de trabajar, aunque ya todo vecino que disponía de cinco chelines corría a comprar cantidades de comida enlatada, harina de trigo y de avena. Era como si estuviésemos demasiado enfebrecidos para trabajar, solo podíamos sudar y esperar. Por las tardes, la gente bajaba a la estación y se peleaban como demonios por los periódicos que llegaban en el tren de Londres. Y, una tarde, un vendedor vino corriendo por la calle Mayor con un montón de periódicos bajo el brazo, y la gente salió a la puerta de las casas llamándose unos a otros. Todo el mundo gritaba «¡Entramos en la guerra! ¡Entramos en la guerra!». El chico cogió un letrero de los que llevaba y lo colocó en el escaparate de enfrente.

INGLATERRA DECLARA LA GUERRA A ALEMANIA

Los tres dependientes salimos a la calle y nos pusimos a saltar de alegría. Todo el mundo estaba contento. Sí, contento. Solo el viejo Grimmett, aunque ya se había beneficiado del temor a la guerra, siguió firme en sus principios liberales y se declaró en contra de la guerra, diciendo que sería un mal negocio.

Dos meses después, yo estaba en el ejército. Siete meses después, me mandaban a Francia.

8

Cuando me hirieron, estábamos ya a finales de 1916.

Acabábamos de salir de las trincheras y marchábamos por un trecho de carretera que estaba a dos kilómetros de distancia de estas y se suponía que estaba a cubierto, pero que los alemanes debían de haber enfilado poco antes. Y de pronto comenzaron a bombardearla. Era explosivo rompedor, y solo tiraban una bomba por minuto. Se produjo el acostumbrado silbido y después el ¡buuum! en un campo a nuestra derecha. Creo que fue la tercera la que me alcanzó a mí. Tan pronto como la oí supe que llevaba escrito mi nombre. Dicen que uno siempre lo sabe. Aquella no decía lo que decían las bombas corrientes. Decía: «Vengo a por ti, cabrón... vengo a por ti, cabrón, A POR TI», todo en el espacio de tres segundos, y el último «TI» fue la explosión.

Sentí como si me levantase una gran mano de aire. Después caí, sintiéndome como reventado y roto, en la zanja junto a la carretera, entre un montón de latas viejas, astillas de madera, alambre de espino oxidado, cagadas, cajas de cartuchos vacíos y otras porquerías. Cuando me sacaron y me limpiaron un poco, resultó que la herida no era de mucha gravedad. Tenía pequeños trozos de metralla en una nalga y en la parte posterior de las piernas. Pero tuve la fortuna de romperme una costilla al caer, lo cual hizo la cosa lo bastante grave para que me enviasen de nuevo a Inglaterra. Pasé aquel invierno en un hospital de campaña, en las dunas de Eastbourne.

¿Se acuerdan de aquellos hospitales de campaña de cuando la guerra? Aquellas largas filas de barracas de madera

parecidas a gallineros estaban en lo alto de las dunas heladas de la «costa sur», como la llamaba la gente —y yo me preguntaba cómo sería la costa norte—, donde el viento parece soplarle a uno en todas las direcciones a la vez. Y los grupos de hombres vestidos de franela azul claro y con corbatas rojas paseando de aquí para allá en busca de algún lugar resguardado del viento, sin encontrarlo nunca. A veces, traían al hospital a los niños de las escuelas buenas de Eastbourne, en fila de dos en fondo, a regalar cigarrillos y dulces de menta a los «soldaditos heridos», como nos llamaban. Un niño de cara sonrosada, de unos ocho años, se acercaba a un grupo de heridos sentados en la hierba, abría un paquete de Woodbines y, muy serio, entregaba un pitillo a cada uno, como si diese de comer a los monos del parque. Todos los que estaban lo bastante fuertes paseaban varios kilómetros por las dunas con la esperanza de encontrar a alguna chica. Nunca había bastantes chicas. En el valle, cerca del hospital, había un bosquecillo, y mucho antes del crepúsculo se veía a una pareja pegada a cada tronco, y a veces, si el tronco era grueso, a una pareja pegada a cada lado. Cuando pienso en aquella temporada me veo casi siempre a mí mismo sentado junto al tronco de una aulaga, en medio del viento helado, con los dedos tan fríos que no podía doblarlos y el sabor de un dulce de menta en la boca. Es un típico recuerdo de soldado. Pero la vida de soldado se acabó pronto para mí. Poco antes de ser herido, el comandante me había propuesto para un ascenso. En aquellos momentos, andaban muy cortos de oficiales, y cualquiera que no fuese un analfabeto total podía ser ascendido si lo deseaba. Cuando salí del hospital fui directamente a un centro de capacitación de oficiales, cerca de Colchester.

Es curioso cómo la guerra cambia a la gente. Hacía menos de tres años, yo era un joven y activo dependiente que se inclinaba sobre el mostrador con su delantal blanco diciendo:

«¡Sí, señora! ¡Claro que sí, señora! ¿Y qué más será, señora?», con una vida de tendero por delante y tantas ganas de convertirse en oficial del ejército como de ser nombrado caballero. Y ahora me encontraba allí, muy satisfecho de mi gorra y de mi cuello amarillo, desenvolviéndome bastante bien entre una serie de tipos que, como yo, eran señores por una temporada, y otros que ni a esto llegaban. Y —esto es lo realmente curioso— no considerándolo en absoluto extraño. En aquellos días, nada parecía extraño.

Era como si uno fuese manejado por una enorme máquina. No se tenía la impresión de actuar por propia voluntad, pero al mismo tiempo tampoco se le ocurría a uno resistir. Si la gente no tuviera esta sensación, ninguna guerra duraría tres meses. Los ejércitos recogerían sus cosas y se irían a casa. ¿Por qué me había alistado yo? ¿Por qué se habían alistado el otro millón de idiotas que lo hicieron antes de ser movilizados? En parte por aburrimiento, y en parte por defender la amada Inglaterra y todo eso. Pero ¿cuánto tiempo nos duró el entusiasmo? La mayoría de los muchachos que yo conocí lo habían perdido ya mucho antes de llegar a Francia. Los hombres de las trincheras no se sentían patriotas, no odiaban al káiser, les importaba un comino la pequeña y noble Bélgica y el hecho de que los alemanes violasen a monjas encima de las mesas (siempre se decía «encima de las mesas», como si ello agravase la cosa) en las calles de Bruselas. Pero a nadie se le ocurría tratar de escapar. La máquina ya le había atrapado a uno y podía hacer con él lo que quisiese. Lo cogía a uno y lo dejaba en lugares y situaciones que nunca había imaginado, y, si alguien se hubiese visto transportado a la superficie de la Luna, no le habría parecido extraño. El día que me enrolé en el ejército, se terminó para mí la vida de antes. Era como si ya no tuviese ninguna relación conmigo. No sé si se creerán que, desde aquel día, solo he vuelto una vez a Lower Binfield, para asistir al

entierro de mi madre. Parece increíble contado así, pero en aquellos momentos resultaba bastante natural. En parte, lo reconozco, fue a causa de Elsie, a quien, como era de suponer, había dejado de escribir al cabo de dos o tres meses. Sin duda, ella debía de haber encontrado a otro, pero yo no quería verla. De no ser por esto, quizá habría aprovechado algún permiso para ir a ver a mi madre, la cual, si bien se puso como loca cuando me alisté, habría estado orgullosa de ver a su hijo en uniforme.

Mi padre murió en 1915, cuando yo estaba en Francia. No exagero al decir que su muerte me duele más ahora de lo que me dolió entonces. En aquel momento fue una mala noticia que recibí casi con indiferencia, con aquella especie de apatía ausente con la que uno lo aceptaba todo en las trincheras. Recuerdo que fui a la entrada del refugio en busca de un poco de luz para leer la carta, y recuerdo las huellas que dejaron en ella las lágrimas de mi madre, el dolor de mis rodillas y el olor del barro. La póliza del seguro de vida de mi padre había sido hipotecada por más de su valor, pero quedaba algo de dinero en el banco, y los de Sarazins iban a comprar la tienda e incluso pagarían una pequeña cantidad por la cesión. El caso es que mi madre tenía algo más de doscientas libras, además de los muebles. Provisionalmente, se fue a vivir con su prima, cuyo marido poseía una pequeña granja y se ganaba bien la vida con la guerra. Era en Doxley, algunos kilómetros después de Walton. El traslado era solo «a título provisional». Todo se hacía entonces con una sensación de provisionalidad. En los viejos tiempos, que, por cierto, tenían solo un año de vejez, la muerte de mi padre habría sido un gran desastre. Sin su trabajo, sin la tienda y con doscientas libras por todo capital, habríamos visto nuestro porvenir como una especie de tragedia en quince actos acabada en un entierro de tercera. Pero en aquellos momentos la guerra y la sensación de no ser dueño de

sí mismo le quitaba importancia a todo. La gente no pensaba ya casi nunca en cosas como la ruina y el asilo, incluyendo a mi madre, la cual sabe Dios que tenía una idea bien vaga de la guerra. Además, estaba ya muy enferma, aunque ni ella misma lo sabía.

Vino a verme al hospital de Eastbourne. Hacía más de dos años que no la veía, y su aspecto me impresionó. Parecía haberse marchitado y encogido. En parte, me producía aquel efecto porque yo me había hecho mayor y había viajado, y todo me parecía más pequeño. Pero era indiscutible que mi madre estaba más delgada y también más pálida. Me habló, divagando constantemente como hacía siempre, de la tía Martha (la prima con quien vivía), de los cambios que se habían producido en Lower Binfield desde el comienzo de la guerra, de todos los chicos que «se habían ido» (es decir, que se habían alistado), de sus dolores de estómago que «empeoraban», de la lápida del pobre padre y de lo bien que había quedado de muerto. Era la vieja charla de siempre, la que había oído durante años, pero en cierta manera era como oír hablar a un fantasma. Todo aquello ya no me interesaba. Yo la había conocido a ella como una figura protectora, grande y espléndida, un poco como el mascarón de proa de un barco y un poco como una gallina clueca, y ahora veía solo una anciana vestida de negro. Todo cambiaba y se desfiguraba. Aquella fue la última vez que la vi viva. Cuando estaba en la escuela de oficiales de Colchester recibí un telegrama en el que se me anunciaba que estaba gravemente enferma, y solicité inmediatamente una semana de permiso. Pero llegué tarde. Cuando llegué a Doxley, ya había muerto. Lo que ella y todo el mundo habían considerado una simple dispepsia era un tumor interno, y un inesperado enfriamiento en el estómago le dio el golpe de gracia. El médico trató de consolarme diciéndome que el tumor era «benigno», lo cual me pareció una extraña manera

de denominarlo, puesto que la había matado.

La enterramos al lado de mi padre. Aquella fue mi última visita a Lower Binfield. En solo tres años, el pueblo había cambiado mucho. Algunas de las tiendas habían cerrado, otras tenían nombres diferentes. Casi todos los jóvenes que yo había conocido de niños se habían ido, y algunos habían muerto. Sid Lovegrove había muerto, en el Somme. Ginger Watson, el mozo de granja que había pertenecido a la Mano Negra años atrás, el que sabía coger conejos con las manos, había muerto en Egipto. Uno de los muchachos que habían trabajado conmigo en la tienda de Grimmett había perdido las dos piernas. El viejo Lovegrove había cerrado la tienda y vivía en una casita de campo, cerca de Walton, de una pequeña pensión. Al viejo Grimmett, en cambio, le iban muy bien las cosas con la guerra. Se había vuelto patriota y era miembro del comité local que juzgaba a los objetores de conciencia. Pero lo que contribuía más que nada a dar al pueblo un aspecto vacío y abandonado era el hecho de que prácticamente no quedaban caballos. Todos los que valían algo habían sido requisados hacía tiempo. La calesa de la estación existía aún, pero el jamelgo que tiraba de ella no habría podido ni tenerse en pie de no ser por las limoneras. Antes del entierro, paseé por el pueblo durante una hora, saludando a la gente y exhibiendo mi uniforme. Afortunadamente, no me encontré con Elsie. Vi todos los cambios que se habían producido, pero fue como si no los viese. Mi pensamiento estaba ocupado en otras cosas, sobre todo en la satisfacción de que me viesen con mi uniforme de segunda mano, con el brazalete negro (que quedaba muy bien sobre el caqui) y mis pantalones nuevos de gabardina. Me acuerdo claramente de que pensaba aún en los pantalones junto a la sepultura de mi madre. Cuando los asistentes echaron tierra sobre el ataúd, pensé súbitamente lo que significaría para ella estar metida allí con dos metros de tierra

encima, y sentí que algo me temblaba entre los ojos y la nariz, pero incluso en aquel momento los pantalones de gabardina no estaban del todo fuera de mi pensamiento.

No crean que no sentí la muerte de mi madre. Sí que la sentí. Ya no estaba en las trincheras y podía sentir dolor por una muerte. Pero lo que no me preocupó en absoluto, lo que ni siquiera percibí, fue la extinción de la antigua vida que yo conocía. Después del entierro, la tía Martha, que estaba muy orgullosa de tener a «un oficial de verdad» por sobrino y que habría convertido el entierro en una recepción si yo la hubiese dejado, se volvió a Doxley en el autobús, y yo alquilé el coche otra vez para ir a la estación, donde tomaría el tren hasta Londres y después hasta Colchester. Pasamos por delante de la tienda. Desde que mi padre murió, nadie la había comprado. Estaba cerrada y el escaparate se veía negro de polvo. Habían borrado el «S. Bowling» del rótulo con un soplete. Allí estaba la casa donde había vivido siendo niño y siendo muchacho, donde jugué en el suelo de la cocina y aspiré el olor del pipirigallo, donde leí *Donovan el Intrépido* e hice los deberes para la Grammar School, donde amasé pasta de pan y reparé los pinchazos de la bicicleta, donde me probé el primer cuello alto. Había sido para mí algo tan permanente como las pirámides, y ahora sabía que si volvía a poner los pies en ella sería por alguna casualidad. Mi padre, mi madre, Joe, los aprendices; el viejo Nailer, el terrier; Spot, su sucesor; Jackie, el pinzón; los gatos, los ratones del desván... todos se habían ido y no quedaba más que polvo. Y a mí me importaba un comino. Sentía que mi madre hubiese muerto, sentía también la muerte de padre, pero mi pensamiento giraba todo el rato en torno a otras cosas. Estaba orgulloso de que me viesen en un coche de alquiler, cosa desacostumbrada para mí, pensaba en lo bien que me sentaban los pantalones nuevos y las hermosas y brillantes polainas de oficial, tan diferentes de aquellas tan bastas que

llevaban los soldados, en los otros tipos de Colchester, en las sesenta libras que mi madre me había dejado y en los buenos ratos que podría pasar con ellas. Y también daba gracias al cielo por no haberme encontrado con Elsie.

La guerra hacía cosas extraordinarias con la gente. Y más extraordinaria aún que la forma en que mataba a los hombres era a veces la forma en que no los mataba. Era como una gran oleada que lo arrastraba a uno hacia la muerte pero que a veces lo dejaba en algún remanso, donde se encontraba haciendo cosas absurdas e increíbles y cobrando por ello una paga superior a la normal. Había batallones de zapadores que hacían carreteras en el desierto, carreteras que no llevaban a ninguna parte; había tipos destacados en islas del Atlántico para acechar el paso de cruceros alemanes que habían sido hundidos hacía años; había ministerios de esto y de lo otro que tenían ejércitos de oficinistas y mecanógrafas, y que seguían existiendo durante varios años después de que su misión hubiese terminado, por simple inercia. Había hombres a quien las autoridades encargaban trabajos sin sentido, para olvidarles después durante años. Esto es lo que me ocurrió a mí, y probablemente gracias a ello estoy vivo para contarlo. El desarrollo de los hechos es bastante interesante.

Poco después de que me ascendiesen, hubo una demanda de oficiales para Intendencia. Tan pronto como el comandante del centro se enteró de que yo sabía algo de comestibles (claro que yo no le dije que incluso había estado detrás de un mostrador), me ordenó que me presentase. La cosa dio resultado, y estaba a punto de ir a otra escuela de oficiales, en algún lugar del interior, cuando hubo una solicitud de un oficial joven que tuviese alguna idea del comercio de la alimentación, para ser una especie de secretario de sir Joseph Cheam, uno de los jefazos de Intendencia. Sabe Dios por qué me escogieron a mí. Siempre he creído que debieron de confundir mi nombre con el

de alguien. Tres días después, me presentaba en el despacho de sir Joseph. Este era un hombre de edad madura, de aspecto agradable, delgado, de espalda erguida, con el pelo canoso y una interesante nariz que le daba un aire grave. Me impresionó nada más verlo. Su aspecto era el del perfecto soldado profesional, el del comandante de la Orden de San Miguel y San Jorge y miembro de la Orden de Servicios Distinguidos con distintivo de plata, y parecía hermano gemelo del tipo del anuncio de De Reszke, aunque en la vida privada era presidente de una gran cadena de tiendas de productos alimenticios y famoso por una cosa llamada el sistema Cheam de reducción de salarios. Cuando yo entré, dejó de escribir y me miró.

—¿Es usted un señor? —me preguntó.

—No, señor.

—Bien. En ese caso, quizá haremos algo con usted.

Me hizo un breve interrogatorio, en el curso del cual se informó de que yo no tenía experiencia alguna en el trabajo de oficina, de que no sabía mecanografía ni taquigrafía, y de que había trabajado en una tienda de comestibles por veintiocho chelines a la semana. No obstante, me dijo que yo serviría, que ya había bastantes señores en aquel maldito ejército y que él buscaba a alguien que supiese contar más allá de diez. El tipo me gustó y pensé que me agradaría trabajar con él, pero los misteriosos poderes que dirigían la guerra nos separaron nuevamente. Se estaba formando, o, mejor dicho, se hablaba de formar un organismo llamado «Ejército de Defensa de la Costa Oeste», y existía la vaga intención de establecer depósitos de víveres y otros aprovisionamientos en varios puntos de la costa. Sir Joseph fue nombrado responsable de los depósitos de la zona sudoeste del país. Al día siguiente de haberme incorporado a su oficina, me envió a supervisar los aprovisionamientos de un lugar llamado Twelve Mile Dump, en

la costa norte de Cornualles. Mejor dicho, mi misión era la de comprobar si allí existía realmente algún depósito, hecho del cual nadie parecía estar seguro. Apenas había llegado y constatado que los aprovisionamientos en cuestión consistían en once latas de carne de ternera, llegó un telegrama del Ministerio de la Guerra en el que se me ordenaba que me hiciese cargo del depósito de Twelve Mile Dump y que me quedase allí hasta nueva orden. Yo telegrafié: «No existe depósito en Twelve Mile Dump», pero era demasiado tarde. Al día siguiente, me llegó la carta oficial en la que me notificaban mi nombramiento de comandante en jefe de Twelve Mile Dump. Y allí acaba realmente la historia. Fui comandante de Twelve Mile Dump hasta que terminó la guerra.

Dios sabe lo que pasó con aquello. No me pregunten qué era ni qué tenía que ser el Ejército de Defensa de la Costa Oeste. Incluso en aquel primer momento, nadie fingía saberlo. Fue solo un plan que se le pasó por la cabeza a alguien —a consecuencia de algún vago rumor de invasión alemana por Irlanda, supongo—, y los depósitos de comida que se suponía que existían a todo lo largo de la costa eran también imaginarios. La cosa había existido durante tres días, como una especie de burbuja, y había sido olvidada. Y yo con ella. Mis once latas de carne de ternera las habían dejado unos oficiales que habían estado allí en alguna otra misteriosa misión. También habían dejado allí a un anciano muy sordo llamado Private Lidgebird. Nunca descubrí cuál era la misión de Lidgebird. ¿Querrán ustedes creer que estuve custodiando aquellas once latas de carne desde mediados de 1917 hasta principios de 1919? Seguramente no lo creerán, pero es la verdad. Y en aquel momento no parecía especialmente extraño. Para 1918, ya se había perdido la costumbre de esperar que las cosas se produjesen de manera lógica.

Una vez al mes, me mandaban un enorme formulario oficial

pidiéndome que diese cuenta del número y estado de las piquetas, herramientas para atrincheramiento, carretes de alambre de espino, mantas, botiquines, tablas de hierro ondulado y latas de mermelada de ciruela y de manzana que estaban bajo mi custodia. Yo ponía un cero después de cada pregunta y devolvía el formulario. Nunca pasaba nada. Allá en Londres, alguien archivaba tranquilamente los formularios, enviaba otros y los archivaba cuando se recibían, y así sucesivamente. Las cosas funcionaban así. Las misteriosas autoridades que dirigían la guerra habían olvidado mi existencia. Yo no les refresqué la memoria. Me encontraba en uno de aquellos remansos que les decía antes, y, después de dos años en Francia, no me sentía tan lleno de patriotismo para querer salir de él.

Aquella era una parte solitaria de la costa, donde nunca se veía un alma, excepto unos cuantos campesinos que apenas se habían enterado de que había una guerra. Durante nueve meses del año, llovía, y durante los otros tres soplaba un furioso viento del Atlántico. En el lugar no había nada ni nadie excepto Private Lidgebird, yo, dos barracas del ejército —una de ellas bastante pasable, de dos habitaciones, que yo utilizaba— y las once latas de carne. Lidgebird era un tipo arisco; no pude sacarle gran cosa acerca de su persona, excepto el hecho de que antes de alistarse en el ejército había tenido un huerto, cuyos productos iba a vender al mercado. Y era interesante ver la rapidez con que volvió a su forma de vida anterior. Ya antes de que yo llegase a Twelve Mile Dump, había roturado y sembrado un cuadro de patatas junto a una de las barracas, y en otoño sembró otro cuadro hasta llegar a las siete áreas de tierra cultivada. A principios de 1918, comenzó a criar gallinas, que para verano se habían reproducido abundantemente, y a finales de año consiguió incluso hacerse con un cerdo, sabe Dios cómo. No creo que se le ocurriese nunca preguntarse qué

demonios estábamos haciendo allí o qué era el Ejército de Defensa de la Costa Oeste, caso de que admitiese su existencia. No me sorprendería enterarme de que está todavía allí, criando cerdos y patatas en el antiguo emplazamiento de Twelve Mile Dump. Me imagino que sigue allá. Deseo que le vaya bien.

Durante aquellos meses, hice algo que nunca había tenido ocasión de hacer como actividad única: leer.

Los oficiales que habían estado allí habían dejado unos cuantos libros, la mayoría ediciones de siete peniques y casi todos el tipo de tontería que estaba de moda entonces: Ian Hay, Sapper, las narraciones de Craig Kennedy y cosas de este tipo. Pero en algún momento había estado allí alguien que sabía qué libros valían la pena. Yo, en aquel momento, no tenía la menor idea. Los únicos libros que había leído voluntariamente eran novelas policíacas y, muy de tarde en tarde, algún libro de contenido verde. Dios sabe que ahora no soy ningún intelectual, pero entonces, si me hubiesen preguntado por un «buen» libro, habría citado *La esposa que Vos me disteis*, o (en recuerdo del vicario) *Sésamo y lirios*. Para mí, «un libro bueno» quería decir un libro que no se tenía ninguna intención de leer. Pero me encontré en aquel lugar, con un trabajo para el que no había que mover un dedo, con el mar rugiendo en la playa y la lluvia golpeando las ventanas, y toda una hilera de libros ante mis narices, en el estante provisional que alguien había improvisado en la pared de la barraca. Y, naturalmente, me puse a leerlos de cabo a rabo, al principio con tanto criterio selectivo como el que usa un cerdo al revolver en un montón de bazofia.

Entre aquellos libros, había tres o cuatro que eran diferentes de los demás. No, no me han entendido. No se imaginen que descubrí inesperadamente alguna obra de Marcel Proust, Henry James o de alguien por el estilo. Aunque hubiese sido así, no la habría leído. Estos libros a los que me refiero no eran grandes

obras. Pero de vez en cuando ocurre que uno da con un libro que corresponde exactamente al nivel cultural que ha alcanzado en aquel momento, hasta el punto de que parece haber sido escrito especialmente para él. Eso fue lo que me ocurrió a mí. Uno de aquellos libros era *La historia del señor Polly*, de H. G. Wells, en una edición barata de un chelín, que se caía a trozos. No sé si pueden imaginarse el efecto que me produjo a mí, hijo de un tendero de pueblo, educado como había sido educado, el encontrarme con un libro como aquel. Otro era *La calle siniestra*, de Compton Mackenzie. Hacía unos años, había sido el escándalo de la temporada, y a Lower Binfield llegó un eco lejano del asunto. Otro fue *Victoria*, de Conrad, algunos trozos del cual me aburrieron. Pero libros como aquellos le hacían a uno pensar. Y había un número atrasado de una revista de cubierta azul que publicaba un cuento de D.H. Lawrence. No recuerdo el título. Trataba de un soldado alemán que tira a su sargento desde lo alto de una fortificación y después se escapa, y lo cogen en el dormitorio de su novia. Me interesó mucho. No acabé de entenderlo, pero me quedé con ganas de leer otras cosas parecidas.

Durante varios meses, sentí una necesidad de leer que era casi como la sed física. Era la primera vez que me ponía a leer seriamente desde mis días de Dick Donovan. Al principio, no tenía idea de cómo conseguir los libros. Pensaba que la única manera era comprarlos. Esto es interesante, creo. Demuestra la importancia que tiene la educación. Me imagino que los niños de las clases medias, de las clases de quinientas libras al año, conocen perfectamente la Biblioteca Mudie y el Club del Libro Times desde que están en la cuna. Yo no me enteré hasta entonces de la existencia de las bibliotecas de préstamo. Me suscribí a Mudie y a una biblioteca de Bristol. ¡La cantidad de cosas que leí en aquel año! Wells, Conrad, Kipling, Galsworthy, Barry Pain, W. W. Jacobs, Pett Ridge, Oliver Onions, Compton

Mackenzie, H. Seton Merriman, Maurice Baring, Stephen McKenna, May Sinclair, Arnold Bennett, Anthony Hope, Elinor Glyn, O. Henry, Stephen Leacock, e incluso Silas Hocking y Gene Stratton Porter. ¿Cuántos de estos nombres son conocidos ahora? Supongo que no muchos. La mayoría de los libros considerados importantes en aquellos años están hoy olvidados. Yo me los tragué todos como haría una ballena en medio de un banco de gambas. Gozaba de ellos sin preocuparme de seleccionar. Al cabo de algún tiempo, como es lógico, me volví un poco más crítico y comencé a distinguir la calidad. Leí *Hijos y amantes*, de Lawrence, y no lo pasé del todo mal. Y disfruté mucho con *El retrato de Dorian Gray*, de Oscar Wilde, y con *Las nuevas mil y una noches*, de Stevenson. El autor que me causó mayor impresión fue Wells. Leí *Esther Waters*, de George Moore, y me gustó, y comencé varias de las novelas de Hardy, aunque todas las dejé a la mitad. Incluso leí algo de Ibsen, que me dejó con la vaga impresión de que en Noruega está siempre lloviendo.

Era extraño realmente. Incluso entonces, la cosa me parecía extraña. Era un oficial del ejército, no me quedaba casi ningún resto de acento de *cockney* y sabía distinguir a Arnold Bennett de Elinor Glyn. Y solo hacía cuatro años estaba cortando queso detrás de un mostrador, metido en mi delantal blanco, deseoso de llegar a conocer el oficio. Haciendo un balance general, he de reconocer que la guerra me hizo tanto bien como daño. En cualquier caso, aquel año de leer novelas constituye la única educación real que he adquirido nunca, en lo que a lecturas se refiere. Modificó bastante mi manera de ver las cosas y me dio una actitud crítica que probablemente no habría adquirido de haber seguido por la vida de una manera normal y sensata. Pero —no sé si entenderán esto— lo que realmente me hizo cambiar, lo que realmente me causó una gran impresión no fueron tanto los libros que leí como el espantoso absurdo de la

vida que llevaba.

Fue increíblemente absurdo aquel año de 1918. Allí estaba yo, sentado junto a la estufa en una barraca del ejército, leyendo novelas, y a unos cuantos centenares de kilómetros, en Francia, disparaban los fusiles, y miles de infelices muchachos, muertos de miedo, eran llevados al frente como quien echa carbón en el horno. Yo era uno de los privilegiados. Los peces gordos se habían olvidado de mí, y allí estaba yo, en un agujerito abrigado, cobrando por un trabajo que no existía. A veces era presa del pánico y estaba seguro de que acabarían por acordarse de mí y me sacarían de allí, pero eso nunca ocurrió. Los formularios oficiales, de áspero papel gris, fueron llegando uno cada mes, y yo los fui llenando y los fui devolviendo. La cosa tenía tanto sentido como el sueño de un loco. El efecto de todo aquello, además de los libros que leía, me dejó con una sensación de escepticismo total. Y no era yo el único. La guerra estaba llena de cabos sueltos y rincones olvidados. En aquel momento, millones de personas estaban en remansos parecidos al mío. Ejércitos enteros se pudrían en frentes cuyo nombre la gente había olvidado ya. Había enormes ministerios, con legiones de oficinistas y mecanógrafas que ganaban a partir de dos libras a la semana por amontonar papeles. Y ellos sabían perfectamente que no hacían otra cosa que amontonar papeles. Nadie se creía las historias acerca de las atrocidades del enemigo y los cuentos sobre la noble y pequeña Bélgica. Los soldados opinaban que los alemanes eran buenos tipos, y no podían ver a los franceses. Todos los oficiales jóvenes consideraban a los miembros del Estado Mayor retrasados mentales. Una especie de oleada de escepticismo invadía Inglaterra, alcanzando incluso Twelve Mile Dump. Sería una exageración decir que la guerra convirtió a la gente en intelectuales, pero sí los convirtió en nihilistas para una buena temporada. Gente que en circunstancias

normales mostraban tanta tendencia a pensar por sí mismos como una hogaza de pan se hicieron comunistas por efecto de la guerra. ¿Qué sería yo ahora si no se hubiese producido la guerra? No lo sé, pero habría sido diferente de lo que soy. A los que no mataba, la guerra los hacía ponerse a pensar. Después de aquel indescriptible y estúpido fregado, no se podía seguir considerando la sociedad como algo eterno e incuestionable, como una pirámide. Todo el mundo sabía que estaba prendida con alfileres.

9

La guerra me había arrancado bruscamente de la antigua vida a la que estaba acostumbrado, y en la extraña época que siguió la olvidé completamente.

Ya sé que, en cierto sentido, uno nunca olvida nada. Se recuerda la piel de naranja que se vio en el suelo hace tres años y aquel cartel en color de Torquay al que una vez se echó una mirada fugaz en la sala de espera de una estación. Pero yo me refiero a otro tipo de recuerdo. En cierta manera, sí que recordaba los viejos tiempos de Lower Binfield. Recordaba mi caña de pescar, el olor del pipirigallo, la imagen de mi madre detrás de la tetera marrón, a Jackie el pinzón y el abrevadero de la plaza. Pero nada de ello estaba ya vivo en mi mente. Eran cosas lejanas, cosas con las que había terminado. Nunca se me habría ocurrido que algún día podía desear volver a ellas.

Fueron extraños aquellos años de después de la guerra. Casi más extraños que la propia guerra, aunque la gente no los recuerda de manera tan viva. En una forma bastante diferente, la sensación de escepticismo general era más fuerte que nunca. Millones de hombres habían sido licenciados del ejército y descubrían que el país por el que habían luchado no quería saber nada de ellos, y que Lloyd George y sus muchachos estaban liquidando rápidamente cualquier ilusión que pudiera existir aún. Cantidad de excombatientes andaban por las calles pidiendo limosna. Mujeres con la cara cubierta cantaban en las esquinas y tipos con chaquetas de oficial tocaban organillos. Toda Inglaterra parecía estar buscando trabajo, incluyéndome a mí. Aunque yo tuve más suerte que la mayoría. Me dieron una

pequeña pensión como herido de guerra, y con ella y el poco dinero que había ahorrado durante el último año de la guerra (pues no había tenido muchas ocasiones de gastarlo), me licencié con no menos de trescientas cincuenta libras en el bolsillo. Creo interesante observar la manera en que reaccioné. Allí estaba yo con suficiente dinero para hacer aquello para lo cual había sido educado, y en lo que había estado soñando durante años, es decir, poner una tienda. Tenía un buen capital. Con un poco de paciencia y estando atento a la ocasión, se podían encontrar tiendas muy buenas por trescientas cincuenta libras. Pues, me crean o no, la idea ni se me pasó por la cabeza. No solo no di ningún paso para poner una tienda, sino que hasta algunos años más tarde, hacia 1925 concretamente, no se me ocurrió que podía haberlo hecho. Estaba fuera de aquella órbita. Eso era lo que el ejército le hacía a uno. Lo convertía en un señorito y le metía en la cabeza la idea de que siempre caería algo de dinero de alguna parte. Si alguien me hubiese sugerido entonces, en 1919, que podía poner una tienda, una tienda de tabaco y dulces, pongamos, o una tienda de artículos variados en un pueblo perdido, me habría echado a reír. Yo había llevado estrellas en el hombro y tenía otras ambiciones. Al mismo tiempo, no compartía la ilusión, bastante corriente entre los oficiales, de que podría pasarme el resto de la vida sin hacer nada. Sabía que tenía que buscarme un trabajo. «Cosa de negocios», claro; no sabía exactamente qué, pero tenía que ser algo importante y de categoría, algo con coche, teléfono y, a ser posible, una secretaria con la permanente. Durante el último año de la guerra, muchos teníamos sueños de este tipo. El que había sido portero en una tienda ya se veía viajante, y el que había sido viajante se veía director gerente. Era el efecto de la vida del ejército, el efecto de llevar estrellas y de tener un talonario de cheques. Tanto entre los oficiales como entre los soldados, siempre había estado en el aire la idea de que cuando

nos licenciásemos encontraríamos trabajos esperándonos, trabajos con los que ganaríamos por lo menos tanto como nos daban en el ejército. Naturalmente, si no circulasen ideas de este tipo, nunca se haría ninguna guerra.

Pero el trabajo en cuestión no salía. Parecía que nadie me esperaba para pagarme dos mil libras anuales por sentarme en un despacho de muebles aerodinámicos y dictarle cartas a una rubia platino. Descubrí lo mismo que descubrieron las tres cuartas partes de los exoficiales: que, desde el punto de vista económico, habíamos estado mejor en el ejército de lo que seguramente estaríamos nunca. De caballeros al servicio de Su Majestad nos habíamos transformado súbitamente en pobres parados a quien nadie quería. Mis aspiraciones bajaron pronto de las dos mil libras anuales a las tres o cuatro semanales. Pero incluso estas parecían imposibles de conseguir. Todos los puestos de trabajo estaban ya ocupados, bien por hombres que eran unos años demasiado mayores para ir al frente o bien por muchachos con unos cuantos meses demasiado jóvenes. Los pobres infelices nacidos entre 1890 y 1900 nos quedamos en la cuneta. Aun así, nunca se me ocurrió volver al negocio de los comestibles. Probablemente, habría podido encontrar trabajo como ayudante de tendero; el viejo Grimmett, si estaba aún vivo y seguía trabajando (cosa que no sabía, porque había perdido el contacto con Lower Binfield), me habría dado buenas referencias, pero, como ya he dicho, yo había pasado a una órbita diferente, aun cuando mis aspiraciones del primer momento se hubiesen moderado. Después de todo lo que había visto y aprendido, no habría podido hacerme a la idea de volver a la antigua y tranquila existencia tras el mostrador. Yo quería viajar y hacer dinero. Quería ser viajante, trabajo en el que sabía que me desenvolvería bien.

Pero no había puestos de viajantes, mejor dicho, puestos con sueldo. Lo que se encontraba eran trabajos de venta a comisión.

Este tipo de venta estaba empezando a generalizarse. Es una forma sencilla y segura de aumentar las ventas y anunciar el producto sin correr ningún riesgo, y crece como la espuma en las épocas malas. Las empresas le tienen a uno en vilo insinuándole que quizá dentro de tres meses le darán un sueldo, y cuando uno se harta siempre hay algún infeliz dispuesto a tomar el relevo. Yo no tardé en encontrar un trabajo de esos. Tuve toda una serie en rápida sucesión. A Dios gracias, nunca caí tan bajo para vender de puerta en puerta aspiradores o diccionarios, pero vendí artículos de cuchillería, jabón en polvo, unos sacacorchos patentados, abrelatas y objetos de este tipo, y finalmente material de oficina —clips, papel carbón, cintas de máquina, etcétera—. Y no me fue mal. Yo soy de los tipos que saben vender a comisión. Tengo el carácter que hace falta y los modales adecuados. Pero nunca llegué a ganarme bien la vida con ello. En los trabajos de este tipo, ni es posible ni interesa que uno gane dinero.

Trabajé en aquello cosa de un año. Fue una temporada extraña. Los viajes por el campo, los lugares dejados de la mano de Dios en los que uno caía, suburbios o pueblos del interior de los que uno nunca habría oído hablar en la vida, las siniestras pensiones de viajeros donde las sábanas huelen siempre a agua sucia y el huevo frito del desayuno tiene la yema más pálida que un limón. Y los otros infelices vendedores que uno se encuentra constantemente, padres de familia de mediana edad con abrigos apolillados y sombrero hongo, convencidos de que más pronto o más tarde las cosas se arreglarán y sus ingresos alcanzarán las cinco libras semanales. Y el ir de tienda en tienda, las discusiones con los tenderos que no quieren escuchar, el apartarse y hacerse pequeño cuando entra un cliente. Pero no crean que aquello me afectaba especialmente. Para algunos hombres, este tipo de trabajo es un martirio. Hay tipos que no pueden siquiera entrar en una

tienda y abrir la cartera de muestras sin echar mano antes de todo a su valor, como si fuesen a pasar una prueba. Pero yo no soy así. Yo soy duro; sé convencer a la gente de que compre cosas que no le interesan, e incluso si me dan con la puerta en las narices no me preocupo. Vender cosas a comisión es el trabajo que me gusta, a condición de que vea la posibilidad de hacer algo de dinero con ello. No sé si aprendí mucho en aquel año; lo que es seguro es que desaprendí muchas cosas. Se me fueron de la cabeza todos los pajaritos que tenía en ella al dejar el ejército y pasaron a segundo plano las ideas que había adquirido en aquel año de ocio y de lecturas. Durante todo el tiempo que viajé vendiendo cosas, creo que no leí ningún libro, aparte de las novelas policíacas. Estaba metido hasta el cuello en las realidades de la vida moderna. ¿Y cuáles son las realidades de la vida moderna? Pues la principal es una perpetua y frenética lucha por vender cosas. En el caso de la mayoría de la gente, se trata de venderse a sí mismos, es decir, de conseguir un trabajo y conservarlo. Yo diría que no ha pasado un mes desde la guerra, en cualquier empresa o trabajo, para el que no hubiese más hombres que puestos. Ello le ha dado a la vida una extraña y angustiosa sensación; como cuando se hunde un barco y hay catorce salvavidas para diecinueve supervivientes. Pero ¿hay en esto algo de particularmente moderno?, se preguntarán ustedes. ¿Tiene algo que ver con la guerra? Pues parece que sí. Esa sensación que uno tiene de estar constantemente luchando y afanándose, de que nunca conseguirá nada a menos que se lo quite a otro, de que siempre hay alguien conspirando para quitarle el puesto, de que el mes que viene o el siguiente van a reducir personal y le va a tocar la china a uno no existía en la vida de antes de la guerra, se lo aseguro.

Pero, independientemente de esto, yo andaba bien de dinero. Ganaba un poco y tenía aún una buena cantidad en el banco,

casi doscientas libras, y no estaba preocupado por el futuro. Sabía que más pronto o más tarde conseguiría un trabajo fijo. Y efectivamente, al cabo de un año, por una afortunada casualidad, lo encontré. Digo por casualidad, pero lo cierto es que lo habría encontrado igualmente. Yo soy de los que siempre caen de pie. Tengo tantas probabilidades de acabar en el asilo como de acabar en la Cámara de los Lores. Pertenezco al grupo de los mediocres, al grupo que tiende siempre, por una especie de ley natural, a las cinco libras por semana. Mientras haya trabajos de algún tipo, yo me las arreglaré para conseguir uno.

La cosa ocurrió cuando iba vendiendo clips y cintas de máquina. Me había colado en un enorme bloque de oficinas en la calle Fleet, un edificio en que no se permitía la entrada a los vendedores, pero había conseguido darle al portero la impresión de que mi cartera de muestras era simplemente una cartera de documentos. Iba por uno de los pasillos buscando las oficinas de una pequeña fábrica de dentífricos que me habían recomendado, cuando vi venir en dirección contraria a un tipo importante. Me di cuenta inmediatamente de que era un tipo importante. Ya saben la impresión que dan esos grandes hombres de negocios, que parecen ocupar más espacio y andar más ruidosamente que las personas normales, y que irradian una especie de halo de dinero perceptible a una distancia de cincuenta metros. Cuando lo tuve más cerca, vi que era sir Joseph Cheam. Iba de paisano, naturalmente, pero lo reconocí enseguida. Me imagino que vendría de alguna reunión de negocios. Un par de empleados, secretarios o lo que fuesen, iban tras él, no diré llevándole el manto porque no llevaba manto, pero se veía que era eso lo que hacían. Naturalmente, me aparté para dejarle paso. Pero, cosa curiosa, él me reconoció, aunque hacía años que no me había visto. Para sorpresa mía, se detuvo a hablarme.

—¡Eh, muchacho! Yo le he visto a usted en alguna parte. ¿Cómo se llama? Lo tengo en la punta de la lengua...

—Bowling, señor. Estuve en Intendencia.

—Claro... El que dijo que no era un señor. ¿Qué hace aquí?

Podría haberle dicho que estaba vendiendo cintas de máquina, y en eso, quizá, habría acabado todo. Pero tuve una de esas súbitas inspiraciones que le vienen a uno de cuando en cuando, la sensación de que si llevaba la cosa hábilmente sacaría algún provecho. Y dije:

—Pues, el caso es que estoy buscando trabajo...

—¿Trabajo? Mmm. La cosa está un poco difícil.

Me miró de arriba abajo durante un segundo. Los dos miembros de su séquito se habían apartado discretamente a cierta distancia. Mientras me miraba, me fijé en la agradable cara de sir Joseph, con sus pobladas cejas grises y su inteligente nariz, y vi que había decidido ayudarme. Es curioso el poder que tienen estos hombres ricos. Él podría haber pasado sin saludarme, envuelto en su poder y majestad, con sus subordinados tras él, pero, por algún capricho, se había detenido a llamarme, como un emperador que inesperadamente le arroja una moneda a un mendigo.

—Así que busca trabajo. ¿Qué sabe usted hacer?

De nuevo la inspiración. Con un hombre como aquel, era inútil exagerar los propios méritos. Decidí atenerme a la verdad.

—Nada, señor. Busco un empleo como viajante.

—¿Viajante? Mmm. No sé si tengo nada para usted en este momento. Vamos a ver.

Apretó los labios. Durante un momento, medio minuto quizá, estuvo reflexionando intensamente. Era curioso. Incluso entonces me di cuenta de que era curioso. Aquel importante empresario, que debía de valer medio millón por lo menos, estaba pensando para hacerme un favor a mí. Yo había hecho

que se desviase de su camino y me dedicase al menos tres minutos de su tiempo, y todo por una frase que había pronunciado casualmente años atrás. Aquella frase se le había quedado en la memoria y por ella estaba dispuesto a tomarse la pequeña molestia de encontrarme un trabajo. No me extrañaría que aquel mismo día hubiese despedido a veinte oficinistas. Finalmente dijo:

—¿Qué le parecería entrar en una compañía de seguros? Es una cosa bastante estable, sabe. La gente ha de estar asegurada, de la misma manera que ha de comer.

Naturalmente, me gustó la idea de trabajar en seguros. Sir Joseph «participaba» en La Salamandra Volante. Sabe Dios en cuántas compañías «participaba». Uno de los subordinados se adelantó con un bloc de notas, y en aquel mismo lugar y momento, con la pluma de oro que extrajo del bolsillo del chaleco, sir Joseph me escribió una nota para uno de los mandamases de La Salamandra Volante. Le di las gracias, él siguió su camino y yo me escabullí en la otra dirección. Nunca hemos vuelto a encontrarnos.

Bien, pues conseguí el trabajo y, como he dicho antes, el trabajo me consiguió a mí. He trabajado en La Salamandra Volante cerca de dieciocho años. Comencé en las oficinas, y ahora soy lo que se denomina inspector o bien, cuando hay alguna razón para hacer la cosa un poco más impresionante, delegado. Dos días por semana trabajo en la oficina del distrito, y el resto del tiempo viajo, me entrevisto con clientes cuyos nombres han sido enviados por los agentes locales, hago peritajes de tiendas y otras propiedades, y de vez en cuando hago uno o dos seguros por mi cuenta. Y, hablando en propiedad, este es el final de mi historia.

Cuando miro hacia atrás, me doy cuenta de que mi vida activa, en el caso de que alguna vez la haya tenido, acabó a los dieciséis años. Todo lo que realmente me importa terminó

antes de ese momento. Pero, en cierto sentido de la expresión, continuaron ocurriéndome cosas —la guerra, por ejemplo— hasta el momento en que conseguí el puesto en La Salamandra Volante. Después... Bien, dicen que la gente feliz no tiene historia. Pues los tipos que trabajan en seguros tampoco. Desde aquel día, no hubo nada en mi vida que se pueda definir propiamente como un acontecimiento, excepto el hecho de que, unos dos años y medio después, a principios del 23, me casé.

10

Vivía en Ealing, en una pensión. Los años iban pasando, o más bien arrastrándome. Lower Binfield se había borrado de mi memoria. Yo era el típico joven que trabaja en Londres, corre cada mañana a por el tren de las 8.15 e intriga para conseguir el puesto de otro. Estaba bien considerado en la casa y bastante satisfecho de la vida. La prosperidad de aquellos años me había embriagado a mí también, en alguna medida. Se acordarán ustedes de la fraseología del momento. Dinamismo, empuje, tesón, valor... Siga adelante o abandone la pista. Hay mucho sitio en la cumbre. Un hombre que vale no fracasará. Y los anuncios de las revistas en los que aparecía el muchacho a quien el jefe da palmadas en el hombro y el ejecutivo de mandíbula enérgica que gana mucho dinero y atribuye su éxito a tal o cual curso por correspondencia. Es curioso cómo todos nos lo tragábamos, incluso tipos como yo, a quienes aquello no podía aplicarse en absoluto. Porque yo no soy ni un genio ni un fracasado; soy por naturaleza incapaz de encontrarme en uno de estos dos extremos. Pero era el espíritu del momento. ¡Avance! ¡Sitúese! Si ve a un hombre caído, póngale el pie en el cuello antes de que vuelva a levantarse. Claro que esto era a principios de los veinte, cuando habían desaparecido algunos efectos de la guerra y todavía no había venido la crisis a quitarnos los pajaritos de la cabeza.

Yo era suscriptor de Boots con carnet «A», iba a los bailes de media corona y era socio de un club de tenis del barrio. Ya saben ustedes cómo son esos clubes de tenis de los barrios residenciales: pequeños pabellones de madera y campos

rodeados de altas telas metálicas, donde una serie de jóvenes en pantalones de franela blanca bastante mal cortados hacen cabriolas y gritan «¡Quince cuarenta!» y «¡Ventaja al resto!» en tonos y acentos que constituyen una pasable imitación de la aristocracia. Yo había aprendido a jugar al tenis, no bailaba demasiado mal y me iba bastante bien con las chicas. A mis casi treinta años, con mi cara colorada y mi pelo claro, no era un tipo feo, y en aquellos años era un punto a favor el haber luchado en la guerra. Ni entonces ni nunca he conseguido parecer un señor, pero tampoco nadie me habría tomado por el hijo de un pequeño tendero de pueblo. Me defendía bien en aquella sociedad variada de Ealing, donde los empleados de oficina se codean con los profesionales medios. Fue en el club de tenis donde conocí a Hilda.

Ella tenía entonces veinticuatro años. Era una chica bajita, delgada, bastante tímida, de pelo oscuro, gestos agradables y —por sus enormes ojos— un claro parecido con una liebre. Era una de esas personas que nunca hablan mucho, que asisten a las conversaciones sin intervenir y dando la impresión de que escuchan. Cuando abría la boca, era habitualmente para decir «Ah, sí, yo también lo creo», expresando su acuerdo con el último que había hablado. En el tenis evolucionaba muy graciosamente y no jugaba mal, pero tenía como un aire infantil y desvalido. Se llamaba Vincent de apellido.

Si usted está casado, se habrá preguntado a veces: «¿Por qué diablos lo hice?», y sabe Dios que yo me lo he preguntado con frecuencia pensando en Hilda. Y me lo pregunto ahora, después de quince años: ¿Por qué me casé con Hilda?

En parte, claro, porque ella era joven y en cierta manera muy bonita. Además de esto, solo puedo decir que, como sus orígenes eran totalmente distintos de los míos, me era muy difícil hacerme una idea de cómo era realmente. Tenía que casarme con ella primero para averiguarlo. Mientras que, si me

hubiese casado, pongamos, con Elsie Waters, habría sabido con quién me casaba. Hilda pertenecía a una clase que yo solo conocía de oídas, la de los funcionarios, militares y curas empobrecidos. Durante generaciones, sus antepasados habían sido soldados, marinos, sacerdotes, oficiales angloindios y cosas por el estilo. Nunca habían tenido dinero, pero tampoco habían hecho nunca nada de lo que yo podría definir como trabajo. Y, dígase lo que se quiera, esta gente tiene cierto atractivo para el esnobismo de la honrada clase de los tenderos, la clase de la Iglesia Baja y de los tés abundantes. Ahora no me impresionaría en absoluto, pero entonces sí. No interpreten mal lo que les digo. No me casé con Hilda porque pertenecía a la clase a la que yo había servido un día tras el mostrador, con la conciencia de subir un peldaño en la escala social. Fue simplemente que yo era incapaz de entenderla, y, por tanto, era capaz de enamorarme de ella. Y una cosa que desde luego no vi entonces es que las chicas de estas familias arruinadas de la clase media están decididas a casarse con cualquier cosa que lleve pantalones con tal de salir de sus casas.

No pasó mucho tiempo antes de que Hilda me llevase a conocer a su familia. Yo no me enteré hasta entonces de que en Ealing vivía una numerosa colonia angloindia. Lo menos que puedo decir es que descubrí un mundo nuevo. Constituyó toda una revelación para mí.

¿Conocen ustedes a estas familias angloindias? Al entrar en sus casas, uno puede olvidar completamente que afuera, en la calle, está la Inglaterra del siglo xx. Apenas se traspasa el umbral, se encuentra uno en la India de los años ochenta. Ya conocen ustedes la atmósfera. Los muebles de teca tallada, las bandejas de bronce, las polvorientas cabezas de tigre en la pared, los cigarros de Triquinópolis, las fotos amarillentas de hombres con salacots, las palabras indostaníes incorporadas a la conversación normal, las inacabables anécdotas de la caza

del tigre y de lo que le dijo Smith a Jones en Poona en el 87. Es una especie de pequeño mundo propio que se han creado, como una especie de quiste. Para mí, naturalmente, todo aquello era nuevo, y en algunos aspectos muy interesante. El viejo Vincent, el padre de Hilda, había estado no solo en la India sino en algún país aún más lejano, Borneo o Sarawak, no recuerdo. Era el tipo habitual, completamente calvo, casi invisible detrás del bigote y fuente inagotable de historias de cobras, fajines y de lo que el gobernador del distrito había dicho en el 93. La madre de Hilda era una persona tan gris que era como una fotografía más. Tenían otro hijo, Harold, que ocupaba un cargo oficial en Ceilán y estaba en casa de vacaciones cuando yo conocí a Hilda. Su casa era pequeña y oscura, y estaba en una de esas calles secundarias de Ealing. Olía eternamente a cigarros de Triquinópolis, y estaba tan llena de espadas, cerbatanas, ornamentos de bronce y cabezas de animales salvajes que uno apenas podía moverse por ella.

El viejo Vincent se había retirado en 1910, y desde entonces su mujer y él habían desplegado tanta actividad, mental y física, como un par de moluscos. Pero en aquella época yo estaba vagamente impresionado por aquella familia que contaba entre sus miembros a comandantes, coroneles e incluso a un almirante. Mi actitud hacia los Vincent y la de ellos hacia mí constituye una interesante ilustración de lo tontas que pueden ser las personas cuando se salen de su ambiente. Si me ponen a mí entre comerciantes, sean directores de empresa o viajantes, sabré juzgarlos bastante bien. Pero con la clase de los oficiales y curas rentistas yo no tenía experiencia alguna, y tendía a reverenciar a aquellos fósiles. Los miraba como a mis superiores, social e intelectualmente, mientras que ellos, por su parte, me tomaban a mí por un prometedor hombre de negocios que no tardaría en hacer dinero. Para la gente como ellos, los «negocios», ya se trate de seguros marítimos o de

venta de cacahuetes, son algo oscuro y misterioso. Todo lo que saben es que son una cosa vulgar con la cual se puede hacer dinero. El viejo Vincent explicaba enfáticamente que yo me dedicaba «a los negocios» —una vez, recuerdo que tuvo un lapsus y dijo «al comercio»—, y era evidente que no conocía la diferencia entre dedicarse a los negocios en calidad de subordinado y hacerlo por cuenta propia. Tenía la vaga idea de que, como yo estaba «en» La Salamandra Volante, más pronto o más tarde llegaría a ocupar alguno de los altos cargos de la compañía, por un proceso de promoción. Creo posible que se imaginase también a sí mismo sableándome billetes de cinco libras en alguna fecha futura. Harold, desde luego, tenía esa intención. Se notaba en su manera de mirarme. De hecho, aun con los modestos ingresos que tengo ahora, es probable que todavía estuviese prestándole dinero a Harold. Afortunadamente, murió unos años después de nuestra boda, de fiebre entérica o algo de este tipo, y los padres murieron también.

Así que Hilda y yo nos casamos, y ya desde el principio fue un fracaso. ¿Por qué se casó con ella?, dirán ustedes. Pero ¿por qué se casaron ustedes? Son cosas que pasan. No sé si querrán creer que durante los dos o tres primeros años pensé seriamente en matar a Hilda. Claro que, en la práctica, estas cosas nunca se hacen; son solo una fantasía que uno se complace en acariciar. Además, los tipos que matan a sus mujeres siempre son descubiertos. Por más hábilmente que uno prepare su coartada, saben perfectamente que ha sido él, y lo cogen de una manera o de otra. Cuando una mujer es asesinada, el marido es siempre el primer sospechoso. Esto da una idea de lo que la gente realmente piensa del matrimonio.

Pero con el tiempo uno se acostumbra a todo. Al cabo de un año o dos, dejé de desear matarla y comencé a reflexionar sobre ella. Simplemente reflexionar. He pasado horas, a veces,

los domingos por la tarde o al volver del trabajo, echado en la cama sin zapatos, reflexionando sobre las mujeres. Por qué son como son, cómo se vuelven así, si lo hacen o no a propósito. Es algo espantoso la rapidez con que algunas mujeres se echan a perder después de casarse. Es como si hubiesen vivido únicamente con este fin, y, una vez lo han cumplido, se marchitan como una flor que ha echado su semilla. Lo que me impresiona es la triste actitud hacia la vida que eso implica. Si el matrimonio fuese un engaño abierto, si después de la boda la mujer lo cogiese a uno y le dijese abruptamente: «Bueno, cabrón, ya te he atrapado, y ahora trabajarás para mí mientras yo me doy la gran vida», la cosa no sería tan grave. Pero nada de esto. Ellas no quieren darse la gran vida, sino solo hundirse en la madurez lo más pronto posible. Después de la esforzada batalla para llevar a su hombre al altar, la mujer se relaja, y toda su juventud, belleza, energía y alegría de vivir se esfuman de la noche a la mañana. Así ocurrió con Hilda. La que me había parecido una muchacha bonita y delicada —y cuando la conocí lo era realmente—, un animal de raza más fina que yo, se había convertido al cabo de tres años en una mujer madura y desaliñada, deprimida y sin vitalidad. No negaré que yo he tenido parte de culpa, pero lo mismo habría ocurrido si se hubiese casado con cualquier otro.

Lo que le falta a Hilda —según descubrí a los pocos días de casarnos— es la más mínima alegría de vivir, el más mínimo interés personal en las cosas. La idea de hacer algo por gusto es algo que apenas le cabe en la cabeza. A través de Hilda supe por primera vez cómo son realmente esas familias empobrecidas de la clase media. Su característica esencial es la ausencia total de vitalidad debido a la falta de dinero. En familias como aquella, que viven de pequeñas pensiones y rentas —es decir, de unos ingresos que nunca aumentan y que generalmente disminuyen—, hay más sensación de pobreza,

más frugalidad y más mirar dos veces cada penique que en cualquier familia trabajadora del campo, por no hablar de una familia como la mía. Hilda me ha contado muchas veces que uno de sus primeros recuerdos es la horrible sensación de que nunca había bastante dinero para nada. Como es lógico, en este tipo de familias la falta de dinero se hace sentir al máximo cuando los hijos están en edad escolar. En consecuencia, los niños, y más aún las niñas, crecen con la idea de que siempre escasea el dinero y, sobre todo, de que uno está obligado a sentirse desgraciado por ello.

Al principio, vivíamos en una casita muy sencilla y teníamos dificultades para pasar con mi sueldo. Más adelante, cuando me trasladaron al departamento de West Bletchley, las cosas mejoraron, pero la actitud de Hilda no cambió. Siempre aquellas lamentaciones por el dinero. ¡La cuenta de la leche! ¡La cuenta del carbón! ¡El alquiler! ¡La factura de la escuela! Toda nuestra vida de casados ha transcurrido al son del «la semana que viene estaremos en el asilo». No es que Hilda sea avara en el sentido corriente de la palabra, y menos aún que sea egoísta, pues, incluso cuando tenemos algo de dinero ahorrado, me cuesta trabajo convencerla de que se compre alguna ropa decente. Lo que tiene es esa sensación de que uno debería vivir en constante zozobra por la falta de dinero. O sea, crear por deber una atmósfera de inquietud. Yo no soy así. Mi actitud hacia el dinero se aproxima más a la del obrero. La vida se ha hecho para ser vivida, y, si la semana que viene estamos sin blanca, pues ya veremos lo que hacemos. Y lo que realmente le choca a Hilda es el hecho de que me niegue a preocuparme. Siempre me riñe por este motivo.

—¡Pero George! ¿Es que no te das cuenta? ¡Ya no nos queda nada de dinero! ¡Es muy serio!

Le gusta desesperarse porque esto o aquello es «serio». Y últimamente ha cogido esa costumbre de encorvar los hombros

y plegar los brazos sobre el pecho cuando está preocupada por algo. Si hiciésemos una lista de las frases que Hilda pronuncia durante el día, las tres más repetidas serían: «no podemos», «es un gran ahorro» y «no sé de dónde vamos a sacar el dinero». Todo lo hace por razones de tipo negativo. Cuando hace un pastel, no piensa en el pastel, sino en la manera de ahorrar mantequilla y huevos. Cuando estamos en la cama, en lo único que piensa es en no quedarse embarazada. Cuando vamos al cine, se pasa el rato haciendo comentarios indignados sobre el precio de las entradas. Su forma de llevar la casa, con su insistencia en «aprovechar las cosas» y «hacerlas rendir», habría puesto enferma a mi madre. Hay que decir, por otro lado, que Hilda no es en absoluto esnob. Nunca me ha mirado por encima del hombro porque no soy un señor. Al contrario, en su opinión tengo costumbres demasiado refinadas. No podemos comer algo en una cafetería sin sostener una terrible pelea en voz baja porque le doy demasiada propina a la camarera. Y, cosa curiosa, en los últimos años ella se ha vuelto mucho más claramente baja clase media, en su manera de pensar y en su apariencia, que yo. Naturalmente, toda esta historia del ahorro nunca ha conducido a nada. Vivimos más o menos tan bien o tan mal como la demás gente de la calle Ellesmere. Pero la incesante preocupación por la cuenta del gas, la cuenta de la leche, el increíble precio de la mantequilla, los zapatos de los chicos y la factura de la escuela continúa. Yo he llegado a la conclusión de que, en cierta manera, eso la divierte.

Nos trasladamos a West Bletchley en 1929, y empezamos a comprar la casa de la calle Ellesmere al año siguiente, poco antes de que naciese Billy. Cuando me nombraron inspector, estaba más tiempo fuera de casa, y tuve más oportunidades de conocer a otras mujeres. Naturalmente, le fui infiel a Hilda, no diré constantemente, pero sí tantas veces como tuve ocasión. Ella se puso celosa lo cual, hasta cierto punto, era inesperado,

considerando lo poco que estas cosas significan para ella. Y, como todas las mujeres celosas, muestra en ocasiones una astucia de la que difícilmente se la creería capaz. A veces, la manera en que me ha descubierto me habría hecho creer en la telepatía, de no ser porque a menudo se ha mostrado igualmente suspicaz cuando yo no era culpable. Estoy bajo sospecha de manera más o menos permanente, aunque Dios sabe que en los últimos años —en los últimos cinco años, en todo caso— mi conducta ha sido bien inocente. Con lo gordo que estoy, a la fuerza.

Mirado en conjunto, supongo que Hilda y yo no nos llevamos peor que la mayoría de los matrimonios de la calle Ellesmere. Ha habido veces que he pensado en la separación o el divorcio, pero en nuestro ambiente estas cosas no se hacen. Cuestan demasiado dinero. Además, a medida que pasa el tiempo, uno deja de preocuparse. Cuando se ha vivido con una mujer durante quince años, es difícil prescindir de ella. Ha pasado a formar parte del orden de las cosas. Suponga que todo el mundo tiene reparos que ponerles al Sol y a la Luna; sin embargo, nadie desea realmente cambiarlos. Además, estaban los niños. Los hijos, como dicen, son un «vínculo». O un «lazo». Por no decir una cadena y unos grilletes.

Últimamente, Hilda ha hecho dos grandes amigas: la señora Wheeler y la señorita Minns. La señora Wheeler es viuda, y me parece que tiene una idea muy pobre del sexo masculino. Tan pronto como entro en la habitación donde ella está, noto cómo se estremece de pura repulsa. Es una mujer pequeña y marchita, que da la curiosa impresión de ser toda del mismo color, una especie de color gris de polvo, pero que rebosa energía. Ejerce una mala influencia sobre Hilda, porque tiene la misma manía por el ahorro y por el «aprovechar las cosas», aunque en una forma un poco diferente. A ella le da por mantener la teoría de que se puede pasar un buen rato sin

pagar nada. Y se pasa la vida buscando gangas y distracciones gratuitas. Este tipo de personas no piensan nunca si les interesa o no una cosa; lo único que les importa es si pueden conseguirla barata. Cuando las grandes tiendas hacen liquidaciones, la señora Wheeler está siempre en el primer puesto de la cola, y su mayor orgullo consiste en salir sin haber comprado nada después de un día de lucha junto al mostrador. La señorita Minns es muy diferente. En realidad, es un caso triste la pobre señorita Minns. Es una mujer alta y delgada de unos treinta y ocho años, de pelo negro y brillante y una cara de expresión bondadosa y confiada. Vive de una pequeña renta fija, pensión o algo parecido, y me imagino que es una superviviente de la antigua sociedad de West Bletchley, de cuando este era un pueblecito, antes de ser englobado en el suburbio. De toda su apariencia se deduce que su padre era sacerdote y que se aprovechó de ella todo lo que pudo mientras vivió. Estas mujeres que se marchitan antes de conseguir escapar de su casa son un subproducto característico de las clases medias. ¡Pobre señorita Minns, que con todas sus arrugas tiene aún el aspecto de una niña! Para ella todavía es una gran aventura el no ir a la iglesia. Siempre balbucea cosas sobre «el progreso moderno» y «el movimiento feminista», y tiene una vaga aspiración a lo que ella llama «cultivarse», solo que no sabe muy bien cómo empezar. Creo que al principio se juntó con Hilda y con la señora Wheeler de puro sola que estaba, pero ahora la llevan con ellas a todas partes.

¡Los buenos ratos que han pasado las tres! A veces, casi las envidio. La señora Wheeler es la dirigente. No hay ningún tipo de estupidez a la que ella no las haya arrastrado en una ocasión u otra. Cualquier cosa, desde la teosofía hasta los juegos de manos con cuerdecitas, con tal de que salga barata. Durante meses, se apasionaron por la dietética. La señora Wheeler se había hecho con un ejemplar de segunda mano de un libro

llamado *Energía radiante*, donde se demostraba que se puede vivir de lechuga y de otras cosas baratas. Naturalmente, esto le interesó a Hilda, que inmediatamente comenzó a seguir una dieta de hambre. Y lo habría experimentado también conmigo y con los niños, si yo no me hubiese opuesto. Después les dio por la curación por la fe. Más tarde pensaron en el pelmanismo, pero, después de mucha correspondencia, resultó que no podían obtener los folletos gratuitamente, como creía la señora Wheeler. Después fue la cocina en cajas aislantes de heno. Y, después, una porquería llamada «vino de abejas», que se suponía que no costaba nada porque se hacía con agua. Lo dejaron cuando leyeron un artículo en el periódico en el que se decía que el vino de abejas produce cáncer. Más tarde, estuvieron a punto de ingresar en uno de esos clubes femeninos que hacen visitas dirigidas a las fábricas, pero, después de mucho contar, la señora Wheeler llegó a la conclusión de que los tés gratuitos que ofrecían las fábricas no equivalían al precio de la suscripción. Después, la señora Wheeler consiguió hacerse amiga de alguien que regalaba entradas para las representaciones de no sé qué compañía teatral. Yo las he visto a las tres atender durante horas a alguna obra muy intelectual de la que ni siquiera fingían comprender una sola palabra, hasta el punto de que al salir ni siquiera recordaban el título. Pero, eso sí, tenían la satisfacción de obtener algo a cambio de nada. Una vez, hasta les dio por el espiritismo. La señora Wheeler había descubierto a un médium arruinado, que estaba tan desesperado que daba sesiones por dieciocho peniques, y les dejaba a las tres mirar un momento detrás del velo por seis peniques cada vez. Yo vi al tipo un día cuando vino a dar una sesión a nuestra casa. Era un individuo entrado en años, vestido con ropas raídas y con un evidente terror a los *delirium tremens*. Temblaba tanto todo él que cuando se quitaba el abrigo en el vestíbulo tuvo una especie de espasmo y se le cayó

un ovillo de gasa de la vuelta del pantalón. Conseguí devolvérselo sin que ellas lo viesen. Según parece, la gasa es la materia prima con la que hacen el ectoplasma. Supongo que el hombre tendría otra sesión después, porque por dieciocho peniques no se producen manifestaciones. Pero el mayor descubrimiento de la señora Wheeler en estos últimos años ha sido el Club de Préstamo de Libros. Creo que fue en 1936 cuando comenzó a hablarse del Club en West Bletchley. Yo me hice socio poco después, y creo que es una de las pocas ocasiones en que he gastado dinero sin que Hilda protestase. A ella no le parece mal comprar un libro cuando se puede conseguir por un tercio de su precio normal. Es realmente curiosa esta actitud de las mujeres. La señorita Minns empezó uno o dos de aquellos libros, pero a las otras dos ni siquiera se les pasó por la cabeza la idea de leerlos. Nunca han tenido relación directa con el Club, ni ninguna idea concreta de lo que es; hasta creo que al principio la señora Wheeler pensaba que vendían a bajo precio libros de segunda mano. Les basta saber que pueden conseguir libros de siete chelines y seis peniques por dos chelines y medio, y están siempre diciendo que es «una ganga». De vez en cuando, la delegación local del Club organiza reuniones y trae a gente para que den conferencias, y la señora Wheeler siempre arrastra a las otras dos. Es una gran aficionada a las reuniones de todo tipo, siempre y cuando no se celebren al aire libre y la entrada sea gratuita. Y allá se sientan las tres, muy satisfechas, sin saber de qué se habla y sin preocuparse por averiguarlo, pero con la vaga sensación, especialmente la señorita Minns, de estar haciéndose una culturita sin gastar un céntimo.

Pues esta es Hilda. Ya se habrán hecho una idea de ella. Mirada en conjunto, supongo que no es peor que yo. En los primeros tiempos de nuestro matrimonio, sentí deseos de estrangularla, pero después ya fui dejando de pensar en ella. Y

después engordé y senté la cabeza. Creo que fue en 1930 cuando engordé. Ocurrió tan bruscamente que tuve la impresión de que me había alcanzado una bala de cañón y se me había quedado dentro. Ya saben cómo son estas cosas. Una noche, uno se acuesta sintiéndose aún más o menos joven, con ganas de mirar a las chicas y todo eso. Y a la mañana siguiente se levanta con la plena conciencia de no ser más que un pobre gordo, sin ninguna perspectiva en la vida más que echar el bofe para comprarles zapatos a los niños.

Y ahora estamos en 1938, y en cada astillero del mundo están acabando de remachar los barcos para otra guerra. Y un hombre que vi casualmente en un letrero despertó en mí toda una cantidad de recuerdos que tendrían que estar enterrados hace yo qué sé cuántos años.

III

1

Cuando volví a casa aquella tarde, aún no estaba seguro de lo que haría con las diecisiete libras.

Hilda dijo que iba a una conferencia del Club de Préstamo de Libros. Parece que venía a hablar un individuo de Londres, aunque ni que decir tiene que Hilda no sabía cuál era el tema. Le dije que iría con ella. En general, no me interesan mucho las conferencias, pero las visiones de guerra que había tenido aquella mañana, suscitadas por el bombardero que volaba por encima del tren, me habían predispuesto a la reflexión. Con las acostumbradas dificultades, acostamos pronto a los chicos y salimos con el tiempo justo. La conferencia estaba anunciada para las ocho.

Había niebla en las calles, y en la sala, no muy bien iluminada, hacía frío. Era una sala pequeña, de madera, con el techo de hierro ondulado, propiedad de no sé qué secta no conformista, que alquilan por diez chelines. Allí estaba el habitual grupito de quince o dieciséis personas. Delante del estrado había un letrero amarillo en el que se anunciaba que la conferencia llevaba por título «La amenaza del fascismo». No me sorprendió en absoluto. El señor Witchett, que actúa como presidente en estas reuniones y que en la vida privada trabaja en el estudio de un arquitecto, estaba haciendo los honores al conferenciante, y lo presentaba a todo el mundo como el señor Fulano (he olvidado el nombre), «el conocido antifascista», casi de la misma manera que se llamaría a alguien «el conocido pianista». El conferenciante era un hombre de baja estatura, de unos cuarenta años, que llevaba un traje marrón y trataba en

vano de ocultar su calva cubriéndola con pequeños mechones de pelo.

Este tipo de conferencias nunca empiezan a la hora. Siempre hay un rato de demora con el pretexto de que quizá vendrán algunas personas más. Eran las ocho y veinticinco cuando Witchett dio unos golpes en la mesa y soltó su parrafada. Witchett es un hombre de aspecto tranquilo, con una cara sonrosada de culo de niño, que aparece siempre sonriente. Creo que es secretario de la sección local del Partido Liberal y consejero del ayuntamiento, y hace de maestro de ceremonias en los pases de diapositivas de la Agrupación de Madres. Es lo que podríamos llamar un presidente nato. Cuando nos dice lo satisfechos que estamos todos de tener al señor Fulano entre nosotros, se nota que se lo cree. Cada vez que lo veo, me viene a la cabeza la idea de que debe de ser virgen. El conferenciante sacó un fajo de notas, principalmente recortes de periódicos, y las puso encima de la mesa, con el vaso de agua como pisapapeles. Se pasó la lengua por los labios y comenzó a hablar.

¿Van ustedes alguna vez a conferencias, mítines y reuniones de este tipo?

Cuando yo voy a alguno, siempre hay un momento en que me encuentro pensando lo mismo. ¿Por qué demonios hacemos esto? ¿Por qué la gente sale de su casa una noche de invierno para asistir a este tipo de cosa? Eché una mirada a la sala. Yo estaba sentado en la última fila. No recuerdo haber ido nunca a una reunión pública en que no me haya sentado en la última fila, siempre que he podido. Hilda y las otras dos se habían colocado delante, como de costumbre. La sala era pequeña y bastante lúgubre. Ya conocen ustedes estos sitios. Paredes de madera de pino, techo de hierro ondulado y la suficiente corriente de aire para dejarse el abrigo puesto. Los pocos asistentes estábamos sentados en la zona iluminada alrededor

del estrado, con unas treinta filas de sillas vacías detrás de nosotros. Y los asientos de todas las sillas estaban llenos de polvo. En el estrado, detrás del conferenciante, había una gran cosa cuadrada, envuelta en un paño, que podía haber sido un enorme ataúd bajo un paño mortuorio, y que en realidad era un piano.

Al principio, yo no escuchaba con mucha atención. El conferenciante parecía un don nadie, pero era un buen orador. Tenía la cara pálida, los labios móviles y la voz cascada de las personas que hablan mucho. Como es lógico, hablaba de Hitler y de los nazis. Yo no tenía demasiadas ganas de escucharlo —el *News Chronicle* traía las mismas cosas cada mañana—, pero su voz me llegaba como una especie de br-br-br, y de vez en cuando una frase aislada captaba mi atención.

—... bestiales atrocidades... odiosas manifestaciones de sadismo... porras de goma... campos de concentración... vergonzosa persecución de los judíos... oscurantismo... civilización europea... actuar antes de que sea demasiado tarde... indignación de todos los pueblos civilizados... alianza de las naciones democráticas... actitud firme... defensa de la democracia... democracia... fascismo... democracia... fascismo... democracia...

Ya conocen ustedes el disco. Estos tipos pueden hacerlo durar horas y horas. Es igual que un gramófono. Se da vuelta a la manivela, se aprieta el botón y se pone en marcha: democracia, fascismo, democracia... Pero en cierta manera me interesaba observarlo. Un hombrecito de aspecto insignificante, de cara pálida y cabeza calva, sentado en un estrado soltando consignas. ¿Qué está haciendo? De manera totalmente abierta y deliberada, está suscitando odio. Está haciendo todo lo que puede para hacernos odiar a unos extranjeros llamados fascistas. Qué raro, pensé, ser conocido como «el señor Fulano, el conocido antifascista». Extraña profesión, el antifascismo. Me

imagino que este hombre se gana la vida escribiendo libros contra Hitler. Pero ¿qué hacía antes de que Hitler subiese al poder? ¿Y qué hará si Hitler desaparece algún día? Claro que la misma pregunta se puede hacer hablando de los médicos, los detectives, los cazarratas, etcétera. La voz cascada seguía sonando, y me di cuenta de una cosa. Hablaba con convencimiento. No estaba fingiendo en absoluto; sentía cada una de las palabras que pronunciaba. Estaba tratando de despertar odio en el auditorio, pero aquello no era nada comparado con el odio que sentía él mismo. Cada consigna era el evangelio para él. Si se le abría en canal, todo lo que se le encontraría dentro sería democracia-fascismo-democracia. Debe de ser interesante conocer a un individuo así en la vida privada. Pero ¿tiene vida privada? ¿O se dedica solo a ir de estrado en estrado levantando odio? Quizá incluso sueña con consignas.

Tan bien como pude desde mi última fila, eché una ojeada al auditorio. Ahora que lo pienso, me imagino que nosotros, los que salimos las noches de invierno para acudir a salas frías a oír las conferencias del club (y me considero autorizado a usar el «nosotros», dado que yo lo hice en aquella ocasión) tenemos cierta importancia. Somos los revolucionarios de West Bletchley. A primera vista, la cosa no parece muy esperanzadora. Al mirar a los presentes, me di cuenta de que solo una media docena de ellos habían comprendido realmente de qué estaba hablando el conferenciante, aunque para entonces este ya llevaba más de media hora dándole vueltas a Hitler y a los nazis. Siempre pasa lo mismo en estos actos. Invariablemente, la mitad de la gente se va sin tener idea de lo que se ha tratado. Witchett, que estaba sentado junto a la mesa, miraba al conferenciante con una sonrisa beatífica, y su cara se parecía un poco a un geranio rosa. Se podían oír por adelantado las palabras que pronunciaría tan pronto como el

orador se sentase, las mismas que pronuncia al acabar los pases de diapositivas propantalones para los melanesios: «Expresamos nuestro agradecimiento... ha reflejado la opinión de todos nosotros... interesantísimo... nos ha dado abundante tema de reflexión... una velada muy provechosa». En primera fila, la señorita Minns estaba sentada muy tiesa, con la cabeza algo inclinada a un lado, como un pájaro. El conferenciante había cogido una hoja de papel de debajo del vaso y estaba leyendo estadísticas de suicidios en Alemania. Por la expresión del largo y delgado cuello de la señorita Minns, se podía ver que no estaba nada tranquila. ¿Estaba cultivándose o no? ¡Si pudiese averiguar qué significaba todo aquello! Las otras dos estaban tan tranquilas. Junto a ellas, una mujer bajita de pelo rojo estaba haciendo media. Uno del derecho, dos del revés, dejar uno y hacer dos juntos. El conferenciante explicaba cómo los nazis decapitan a la gente por traición, y cómo a veces el verdugo falla el golpe. Había otra mujer en la sala, una chica de pelo oscuro, una de las maestras de la escuela municipal. A diferencia de las otras, estaba escuchando de verdad. Con el cuerpo echado hacia delante, los grandes ojos redondos fijos en el orador y los labios entreabiertos, bebía cada palabra.

Detrás de ella estaban dos viejos del Partido Laborista del barrio. Uno tenía el pelo gris, muy corto, y el otro era calvo y llevaba bigote. Los dos llevaban el abrigo puesto. Ya saben cómo son este tipo de hombres. Pertenecen a la vieja guardia del partido. Han dado su vida al movimiento obrero. Durante veinte años, han estado en las listas negras de las empresas, y se han pasado otros diez pinchando al ayuntamiento para que tome medidas en favor de los barrios pobres. Y, de repente, todo ha cambiado. Los hábitos adquiridos en el viejo Partido Laborista ya no les sirven; se ven enfrentados a cuestiones de política internacional: Hitler, Stalin, bombas, ametralladoras, porras de goma, Eje Roma-Berlín, Frente Popular, Pacto

Antikomintern... Y se sienten perdidos. Inmediatamente delante de mí estaba la sección local del Partido Comunista. Los tres muy jóvenes. Uno de ellos tiene dinero; ocupa algún cargo en la dirección de la urbanización Hespérides; creo que es sobrino del viejo Crum. El otro trabaja en un banco; a veces me hace efectivo algún cheque. Es un buen muchacho; tiene la cara redonda de expresión viva y animada, los ojos azules y el pelo tan rubio que parece oxigenado. Aparenta solo unos diecisiete años, aunque debe de tener veinte. Llevaba un traje azul, barato, y una corbata azul brillante que iba bien con el color de su pelo. Junto a estos tres, estaba otro comunista, pero este, según parece, es un comunista diferente, lo que ellos llaman un trotskista. Los otros lo miran mal. Es aún más joven que los demás, muy delgado, muy moreno, de aspecto nervioso y expresión inteligente. Judío, claro. Los cuatro atendían a la conferencia de una manera muy diferente a la de los demás. Se notaba que pedirían la palabra apenas comenzase el coloquio; se les veía ya inquietos. Y el joven trotskista no dejaba de removerse en el asiento, en su ansiedad por adelantarse a los otros.

Yo había dejado de escuchar las palabras del conferenciante. Pero hay varias maneras de escuchar. Cerré los ojos un momento. Lo que me ocurrió fue curioso. Me parecía verle mucho mejor cuando solo percibía su voz.

Era una voz que parecía capaz de seguir sin detenerse durante quince días. Realmente, es horrible tener delante una especie de organillo humano que le lanza a uno un interminable chorro de propaganda. Las mismas cosas una y otra vez. Odio, odio, odio. Unámonos todos y odiemos a fondo. Una y otra vez. Le da a uno la sensación de que tiene dentro del cráneo algo que le está martilleando el cerebro. Pero, por un momento, mientras tenía los ojos cerrados, conseguí invertir la situación. Me metí yo dentro de su cráneo. Fue una

sensación muy curiosa. Durante un segundo, más o menos, estuve dentro de él, casi se puede decir que «fui» él. Como mínimo, sentí como él.

Vi las cosas que él veía. Y no eran en absoluto cosas agradables de contar. Lo que decía era simplemente que Hitler venía a por nosotros y que teníamos que unirnos y odiar bien a fondo todos juntos. No entraba en detalles. La cosa quedaba respetable. Pero lo que veía era algo muy diferente. Era una imagen de sí mismo aplastando caras de gente con una llave inglesa. Caras de fascistas, claro. Yo sabía que era aquello lo que estaba viendo. Era lo que yo mismo vi durante los dos segundos que estuve dentro de él. ¡Plaf! ¡En plena cara! Los huesos ceden como una cáscara de huevo, y lo que hace un momento era una cara ya no es más que una masa de confitura de fresa. ¡Plaf! ¡Otro! Esto es lo que tenía en la cabeza, despierto y dormido. Y, cuanto más pensaba en ello, más le gustaba. Y no pasaba nada, porque las caras aplastadas eran caras de fascistas. Esto era lo que expresaba su voz.

Pero ¿por qué? La explicación más probable es porque tiene miedo. Hoy en día, toda persona sensata está muerta de miedo. Este tipo es, sencillamente, uno que tiene la suficiente capacidad de previsión para estar más asustado que los demás. ¡Hitler viene a por nosotros! ¡Rápido! Cojamos todos una llave inglesa y unámonos. Y quizá, si aplastamos muchas caras, ellos no nos aplastarán las nuestras. Unámonos, escojamos a nuestro líder. Hitler es negro y Stalin es blanco. Pero igual podría ser al revés, porque, en la cabeza del conferenciante, Hitler y Stalin son lo mismo. Ambos significan llaves inglesas y caras aplastadas.

¡La guerra! Me puse a pensar en ella otra vez. Pronto llegará, eso es seguro. Pero ¿quién tiene miedo de la guerra? Es decir, ¿quién tiene miedo de las bombas y de las ametralladoras? «Usted, por ejemplo», dirán ustedes. Sí, yo las temo, y las teme

todo aquel que las haya vivido. Pero no es la guerra lo peor, sino la posguerra. Este mundo en el que nos estamos hundiendo, este mundo de odio, de consignas. Las camisas de colores, el alambre de espino, las porras de goma. Las celdas secretas donde la luz eléctrica brilla día y noche y donde los policías le vigilan a uno mientras duerme. Los desfiles y las pancartas con enormes retratos, y las multitudes de un millón de personas aplaudiendo a su líder hasta llegar a ensordecerse a sí mismas y llegar a creer que realmente lo adoran, mientras que interiormente lo odian hasta vomitar. Todo esto sucederá. ¿O no? Algunos días sé que es imposible, otros sé que es inevitable. Aquella noche, por ejemplo, sabía que sucedería. Lo sabía por la manera en que sonaba la voz del conferenciante.

Así que, después de todo, quizá sí tenía alguna importancia aquel pobre grupito de gente que había salido de sus casas una noche de invierno para oír una conferencia como aquella. O, al menos, quizá tenían alguna importancia las cinco o seis personas que comprendían de qué se trataba. Eran la vanguardia de un enorme ejército. Eran los previsores, las primeras ratas que veían que el barco iba a hundirse. ¡Rápido, rápido! ¡Que vienen los fascistas! ¡Preparad las llaves inglesas, muchachos! ¡Aplastad a los demás si no queréis que os aplasten a vosotros! Estamos tan aterrorizados ante el futuro que nos precipitamos en él como un conejo que se hunde en la garganta de una boa constrictor.

¿Y qué nos pasará a los tipos como yo cuando tengamos fascismo en Inglaterra? La verdad es que probablemente no notaremos la menor diferencia. Para el conferenciante y para los cuatro comunistas del público, sí que habrá mucha diferencia. Ellos aplastarán caras de gente o les aplastarán la suya, según quien gane. Pero los tipos vulgares y corrientes como yo seguiremos igual que de costumbre. No obstante, la cosa me asusta, les digo que me asusta. Comenzaba a

preguntarme por qué, cuando el conferenciante terminó de hablar y se sentó.

Hubo el habitual sonido de palmas, débil y hueco, que se produce cuando aplauden solo unas quince personas. El viejo Witchett dijo sus palabritas, y, finalmente, los cuatro comunistas se pusieron en pie a la vez. Mantuvieron una buena discusión, que duró unos diez minutos, plagada de expresiones y referencias que nadie entendía, como materialismo dialéctico, el destino del proletariado y lo que dijo Lenin en 1918. Después, el conferenciante, que había bebido un poco de agua, se levantó de nuevo e hizo un resumen que hizo revolverse al trotskista en su silla y satisfizo a los otros tres. La discusión entre los cuatro continuó, de manera no oficial, durante un rato más. Nadie más dijo nada. Hilda y las otras se habían ido en el momento de acabar la conferencia. Debían de temer que se efectuase una colecta para pagar el alquiler de la sala. La mujercita pelirroja se había quedado para acabar la pasada. Se la podía oír contando los puntos en un susurro mientras los otros discutían. Witchett, en su silla, miraba complacido a todo el que decía algo, y se notaba que pensaba en lo interesante que era todo aquello y que tomaba notas mentalmente. La chica del pelo negro miraba, con los labios entreabiertos, a uno y a otro de los que hablaban, y el viejo laborista, que parecía una foca con su bigote caído y su abrigo subido hasta las orejas, los miraba también, preguntándose cómo demonios se comería todo aquello. Yo me levanté y comencé a ponerme el abrigo.

La discusión se había convertido en una disputa privada entre el joven trotskista y el muchacho rubio. Discutían si había que alistarse en el ejército en caso de que se declarase la guerra. Mientras me movía a lo largo de la fila de sillas, dirigiéndome a la salida, el muchacho rubio me llamó.

—¡Señor Bowling! Dígame usted: si estalla la guerra y

tenemos la ocasión de aplastar el fascismo de una vez para siempre, ¿no lucharía usted? Si fuese joven, quiero decir.

Supongo que se imaginaba que tenía sesenta años.

—De ninguna manera —dije—. Ya tuve bastante con la otra vez.

—Pero para destruir el fascismo...

—Ni fascistas ni nada. Ya ha habido bastante destrucción hasta ahora, para mi gusto.

El joven trotskista intervino hablando de socialpatriotismo y de traición a los obreros, pero el otro no le hizo caso y me replicó a mí:

—Pero usted piensa en 1914. Aquella no fue más que una guerra imperialista corriente. Pero ahora ¿no le hierve la sangre al oír lo que está pasando en Alemania, lo de los campos de concentración, cómo los nazis pegan a la gente con porras de goma y obligan a los judíos a escupirse en la cara unos a otros?

Siempre están hablando de que si le hierve a uno la sangre. La misma frase de cuando la última guerra.

—Yo me salí del fregado en 1916 —le dije—. Y lo mismo hará usted cuando sepa cómo huele una trinchera.

Entonces, súbitamente, me pareció ver a aquel muchacho tal como era. Fue como si no le hubiese visto bien hasta aquel momento.

Su cara era muy viva y juvenil, parecida a la de un colegial guapo, con ojos azules y pelo color de estopa. Me miraba al hablarme, y, por un momento, habían asomado lágrimas a sus ojos. ¡Tanto le conmovía aquello de los judíos alemanes! Pero yo sabía lo que le pasaba en realidad. Es un chico robusto; probablemente juega a rugby con el equipo del banco. Y aquí le tienen, haciendo de empleado de banca en un suburbio perdido, sentado detrás de la ventanilla esmerilada, anotando cifras en un libro, contando fajos de billetes y haciéndole la

pelota al director. Siente que se le pudre la juventud. Y entretanto, allá en Europa, están pasando cosas. Salta la metralla y la infantería carga entre nubes de humo. Probablemente, algunos de sus camaradas están luchando en España. Y él, como es lógico, está ansiando que haya una guerra. Y no se le puede censurar por ello. Por un momento, tuve la curiosa sensación de que era mi hijo, lo cual, por la edad, habría sido posible, y pensé en aquel bochornoso día de agosto en que el chico de los periódicos colgó el letrero que decía: INGLATERRA DECLARA LA GUERRA A ALEMANIA, y en que todos salimos a la calle con nuestros delantales blancos y nos pusimos a gritar y a aplaudir.

—Escuche, hijo —le dije—. Se equivoca usted. En 1914, nosotros también pensábamos que sería una empresa gloriosa. Y no lo fue. Fue una matanza abominable. Si vuelve a producirse, no se meta en ella. ¿Por qué dejar que le llenen el cuerpo de plomo? Guárdelo para alguna chica. Usted cree que en la guerra todo es heroísmo y medallas, pero yo le digo que no es así. Ahora ya no hay cargas con bayoneta y, cuando se hacen, no son como usted se las imagina. Uno no se siente héroe. Todo lo que uno siente es que lleva tres días sin dormir, que huele como un cerdo, que se está meando de miedo y que tiene las manos tan frías que no puede sostener el fusil. Pero esto no importa. Lo peor es todo lo que viene después.

Naturalmente, mis palabras no causaron la menor impresión. Los muchachos pensaron, simplemente, que yo estaba ya viejo. Era como hablarle a la pared.

La gente se marchaba. Witchett salió acompañando al conferenciante. Los tres comunistas y el joven judío subieron juntos por la calle y siguieron dándole a la solidaridad proletaria, a la dialéctica de la dialéctica y a lo que dijo Trotski en 1917. En realidad, los cuatro eran iguales.

Era una noche tranquila, húmeda, muy negra. Las luces de

las farolas parecían colgar en la oscuridad como estrellas, y no iluminaban la calle. En la distancia, se oían los tranvías arriba y abajo de la avenida principal. Tenía ganas de beber algo, pero eran casi las diez y el bar más próximo estaba a quinientos metros. Además, tenía ganas de hablar con alguien, de la manera que se habla en los bares. Es curioso cómo mi cerebro había estado funcionando todo el día. En parte se debía al hecho de no haber trabajado, claro, y en parte a la dentadura postiza nueva, que había tenido sobre mí cierto efecto estimulante. Durante todo el día le había estado dando vueltas al pasado y al futuro. Y ahora tenía ganas de hablar con alguien de los malos tiempos que se aproximaban, de las camisas de colores y de los ejércitos de la Europa oriental que se comerán cruda a la vieja Inglaterra. Y era inútil tratar de explicarle nada de aquello a Hilda. Entonces se me ocurrió hacerle una visita al viejo Porteous, que es amigo mío y se acuesta tarde.

Porteous era profesor en una escuela pública y ahora está retirado. Vive en una pensión que afortunadamente está en un piso bajo, en la parte vieja del barrio, cerca de la iglesia. Es soltero, claro. A este tipo de hombres es imposible imaginarlos casados. Vive solo con sus libros y su pipa, y viene una mujer a hacerle la limpieza. Es un tipo instruido, sabe mucho de poesía, de griego y latín y todas estas cosas. Si la delegación local del Club de Préstamo de Libros representa el progreso, el viejo Porteous simboliza la cultura. Hay que decir, desde luego, que ni uno ni otro tienen mucha influencia en West Bletchley.

Desde la calle se veía luz en la pequeña habitación donde el viejo Porteous se pasa las noches leyendo. Cuando golpeé la puerta de la calle, bajó a abrirme con su airoso andar de siempre, con la pipa entre los dientes y un libro en la mano, con un dedo entre las páginas para no perder el punto. Es un tipo de aspecto poco corriente, de cabello gris rizado y cara

pálida y delgada, de expresión soñadora, que casi podría ser la de un muchacho, aunque ya debe de rondar los sesenta. Es curioso cómo algunos de estos profesores de escuela pública y de universidad se las arreglan para parecer muchachos hasta que se mueren. Es la forma especial de moverse que tienen. Porteous anda con ligereza de aquí para allá, con la hermosa cabeza de rizos grises echada un poco hacia atrás, como si estuviese pensando constantemente en algún poema y no se diese cuenta de lo que ocurre a su alrededor. No es posible mirarle sin ver escrita en toda su persona la vida que ha llevado: escuela, Oxford y vuelta a la misma escuela en calidad de profesor. Toda la vida en una atmósfera de latín, griego y críquet. Ha adquirido todos los manierismos. Lleva siempre una vieja chaqueta de *tweed* y unos ajados pantalones de franela gris que le agrada que los califiquen de «horribles», fuma en pipa y mira con desprecio los cigarrillos, y, aunque está levantado hasta altas horas de la noche, juraría que toma un baño frío cada mañana. Supongo que, desde su punto de vista, yo soy un paleto. No he ido a la escuela pública, no sé latín y no tengo tampoco ningún interés por esa lengua. A veces me dice que es una lástima que yo sea «insensible a la belleza», lo cual, me imagino, es una forma elegante de decirme que no tengo educación. De todas maneras, me cae simpático. Es un hombre muy sociable, en el buen sentido de la palabra. Siempre le recibe bien a uno a cualquier hora, y siempre tiene algo que beber. Cuando se vive en una casa como la mía, más o menos invadida siempre por mujeres y niños, es agradable de vez en cuando salir de ella y penetrar en la atmósfera de una vivienda de soltero, esa atmósfera de libros, pipa y chimenea. Y ese refinado espíritu de Oxford, según el cual nada importa excepto los libros, la poesía y la escultura griega, y que nada de lo ocurrido después del saqueo de Roma por los godos merece atención alguna, a veces también reconforta.

Me hizo sentar en el viejo sillón de cuero junto a la chimenea y preparó whisky con agua. Siempre que he estado en su salita la he visto llena de humo de pipa. El techo está casi negro. Es una habitación más bien pequeña, y, aparte de la puerta, la ventana y el trozo de pared de encima de la chimenea, está tapizada de libros desde el techo hasta el suelo. En la repisa de la chimenea están las cosas que uno imagina que han de estar. Una colección de viejas pipas de madera de brezo, todas muy sucias, unas cuantas monedas griegas de plata, un bote de tabaco con las armas de su escuela y una lamparilla de barro cocido que, según me contó, encontró él mismo cuando hacía excavaciones en no sé qué montaña de Sicilia. En la pared, encima de la repisa, hay fotografías de esculturas griegas. En el centro, hay una grande que representa a una mujer con alas, sin cabeza, que se adelanta como para subir al autobús. Recuerdo cómo se escandalizó el viejo Porteous cuando, la primera vez que la vi, sin saber lo que era, le pregunté por qué no le ponían una cabeza.

Mi amigo se puso a llenar su pipa del bote de la repisa.

—Esa odiosa mujer de arriba se ha comprado una radio —declaró—. Yo que esperaba pasar el resto de mi vida libre del sonido de esos aparatos. Y supongo que no puedo hacer nada. ¿Tú no sabes lo que dice la ley acerca de eso?

Le dije que no había nada que hacer. Me gusta la oxfordiana manera que tiene de decir «esa odiosa mujer», y me hace gracia ver a alguien que, en 1938, se queja de tener una radio en la casa. Porteous se puso a pasear arriba y abajo de la habitación en su acostumbrada actitud ausente, con las manos en los bolsillos de la chaqueta y la pipa entre los dientes, y casi inmediatamente comenzó a hablarme de no sé qué ley contra los instrumentos musicales que se aprobó en Atenas en tiempos de Pericles. Siempre pasa lo mismo con él. Se aborde el tema que se aborde, él siempre va a parar a las estatuas, a la poesía,

a los griegos y a los romanos. Si se menciona el *Queen Mary*, él se pone a hablar de las trirremes fenicias. Nunca lee libros modernos, y se niega a conocer sus títulos. Nunca lee ningún periódico excepto *The Times*, y se jacta de no haber ido nunca al cine. Aparte de unos pocos poetas, como Keats y Wordsworth, cree que el mundo moderno —y para él el mundo moderno son los últimos dos mil años— no debería existir.

Yo formo parte del mundo moderno, pero me gusta oír hablar a Porteous. Acostumbra a recorrer los estantes con la mirada y a sacar un libro, y después otro, y de vez en cuando lee en voz alta algún fragmento, que generalmente traduce directamente del latín o de lo que sea, mientras de su boca se escapan pequeñas nubéculas de humo. Junto a él se respira un ambiente tranquilo, dulce. Es un poco como el ambiente de la escuela, pero tranquilizante. Al escucharle, se sale uno del mundo de los tranvías, de las facturas del gas y de las compañías de seguros. Todo son templos, olivos, pavos reales y elefantes. Y tipos en la arena con sus redes y tridentes, leones alados, eunucos, galeras, catapultas y generales con armaduras de bronce que galopan al frente de sus soldados. Es curioso que se relacione con un tipo como yo. Es una de las ventajas de estar gordo: que uno encaja bien en casi cualquier compañía. Además, Porteous y yo tenemos un terreno común: los chistes verdes. Son una de las pocas cosas del mundo moderno que le interesan, aunque, como siempre me está recordando, los chistes verdes no son ninguna cosa moderna. Se muestra muy púdico en lo referente a las palabras, y siempre los cuenta de manera velada. A veces coge algún poeta latino y traduce algunos versos obscenos, dejando una buena parte a la imaginación del oyente, o insinúa cosas de la vida privada de los emperadores romanos y de lo que ocurría en los templos de Astaroth. Parece que eran buenas piezas, estos griegos y romanos. Porteous tiene fotografías de unas pinturas murales

de no sé dónde en Italia que le ponen a uno los pelos de punta.

Muchas veces, cuando estaba harto del trabajo y de la vida doméstica, me ha ido muy bien hacerle una visita a Porteous. Pero aquella noche no parecía ocurrir así. Mi mente seguía discurriendo por los mismos caminos que durante todo el día. Exactamente igual como había hecho con el conferenciante del club, no escuché en detalle lo que decía mi amigo, sino solo el sonido de su voz. Pero, mientras que la voz del conferenciante había ganado mi atención en algunos momentos, la del viejo Porteous no lo hacía. Era demasiado tranquila, demasiado oxfordiana. Finalmente, cuando estaba a medio decir algo, le interrumpí para preguntarle:

—Dime, Porteous, ¿tú qué piensas de Hitler?

Mi amigo estaba apoyado en la repisa de la chimenea, con un pie en el guardafuego, en actitud graciosa y desmadejada. Se quedó tan sorprendido ante mi pregunta que estuvo a punto de quitarse la pipa de la boca.

—¡Hitler! ¿Ese alemán? ¡Mi querido amigo, yo no me preocupo de él!

—Lo malo es que el cabrón nos obligará a preocuparnos de él, nos guste o no, antes de morirse.

Porteous no dejó de advertir la palabra «cabrón», que no le gusta, aunque forma parte de su pose el no escandalizarse de nada. Comenzó a pasear arriba y abajo de la estancia, echando nubes de humo.

—No veo razón ninguna para prestarle atención. Es un vulgar aventurero. Estos hombres vienen y se van. Son efímeros, totalmente efímeros.

Yo no estaba seguro del significado de la palabra «efímero», pero insistí:

—Me parece que no lo entiendes. Hitler es diferente. Y Stalin también es diferente. No son como aquellos de la Antigüedad que crucificaban a la gente, la decapitaban y todo eso solo por

divertirse. Estos buscan algo completamente nuevo, algo de lo que nunca se ha oído hablar antes.

—¡Mi querido amigo! No hay nada nuevo bajo el sol.

Como es de suponer, esta es una de las frases predilectas de Porteous. No cree en la existencia de nada nuevo. Tan pronto como se le habla de lo que ocurre en la actualidad, dice que la misma cosa exactamente ocurría en el reino del rey Fulano. Aunque se le hable de cosas como los aviones, responde que probablemente en Creta, en Micenas o donde fuese ya los tenían. Traté de explicarle lo que había estado pensando mientras hablaba el conferenciante y de la especie de visión que había tenido de los malos tiempos que se avecinaban, pero no quiso escucharme. Se limitó a repetir que no hay nada nuevo bajo el sol. Finalmente sacó un libro de un estante y me leyó un pasaje que hablaba de un tirano griego de antes de Jesucristo que, realmente, podía haber sido primo hermano de Hitler.

La discusión continuó durante un rato. Durante todo el día, había estado deseando hablar con alguien de aquellas cosas. Es curioso, yo no soy tonto, pero tampoco soy un intelectual, y Dios sabe que en tiempos normales casi todas las cosas que me interesan son las mismas que interesan a cualquier asalariado con siete libras a la semana, de edad madura y con dos hijos. Y, sin embargo, tengo el suficiente sentido común para ver que la antigua vida a la que estábamos acostumbrados está siendo totalmente destruida. Lo noto. Puedo ver la guerra que se aproxima, y la posguerra, las colas para la comida, la policía secreta y los altavoces diciéndole a uno lo que tiene que pensar. Y no soy ninguna excepción en esto. Hay millones de personas como yo. Tipos corrientes que me encuentro en los bares, en todas partes, conductores de autobús y viajantes de ferretería, que tienen la sensación de que el mundo va por mal camino. Se dan cuenta de que las cosas se están pudriendo y de

que se nos hunde el suelo bajo los pies. Y aquí tienen ustedes a este tipo instruido, que se ha pasado la vida entre libros y se ha empapado de historia hasta salirle por las orejas, que ni siquiera se da cuenta de que las cosas están cambiando. No cree que Hitler tenga importancia. Se niega a creer que vaya a haber otra guerra. En cualquier caso, como él no luchó en la última, no tiene muy presente su recuerdo, y debe de creer que fue un numerito muy pobre comparado con el sitio de Troya. No ve por qué uno habría de preocuparse por las consignas, los altavoces y las camisas de color. ¿Qué persona inteligente prestaría atención a cosas así?, dice siempre. Hitler y Stalin pasarán, pero unas cosas que él llama «las verdades eternas» no pasarán. Esto, desde luego, no es más que otra forma de decir que las cosas siempre marcharán exactamente como él las ha conocido. Por los siglos de los siglos, los cultos exalumnos de Oxford pasearán arriba y abajo en sus estudios llenos de libros, citando sentencias latinas y fumando buen tabaco guardado en botes que llevarán el escudo de su escuela. Realmente, era inútil hablar con él. Habría sacado más provecho de una conversación con el muchacho rubio. Gradualmente, como ocurría siempre, la conversación se fue desviando hacia cosas que ocurrieron antes de Jesucristo, y de allí pasamos a la poesía. Finalmente, Porteous sacó otro libro de la estantería y se puso a leerme la *Oda a un ruiseñor* (o quizá era una alondra, no me acuerdo), de Keats.

No puedo decir que la poesía sea una cosa que me interese mucho. Pero me gusta oír a Porteous leyendo poemas en voz alta. Y no es por el hecho de que lo haga bien. Está acostumbrado a ello, naturalmente, por haber sido profesor. Con la pipa entre los dientes, echando nubéculas de humo, se apoya en algún punto, se relaja, y lee con voz solemne, que sube y baja según el texto. Se nota que le conmueve lo que lee. Yo no sé qué es la poesía ni lo que se supone que es. Me

imagino que tiene algún tipo de efecto sobre el sistema nervioso de algunas personas, como lo tiene la música sobre otras. Cuando Porteous lee, yo no escucho, es decir, no escucho las palabras una por una, pero a veces su sonido me infunde como una sensación de paz interior. En conjunto, me gusta oírle. Pero aquella noche tampoco aquello funcionaba. Era como si una fría corriente de aire soplase en la habitación. Lo único que sentía era que todo aquello eran palabras en el aire. ¡La poesía! ¿Qué es la poesía! Solo una voz, un ligero remolino en el aire. Y ¡qué coño! ¿De qué serviría la poesía contra las ametralladoras?

Miré a mi amigo apoyado en la estantería. Son curiosos estos tipos universitarios. Son colegiales hasta que se mueren. Se pasan la vida centrados en su vieja escuela y en sus fragmentos de poesía, de latín y de griego. Y en aquel momento recordé que, una de las primeras veces que había visitado a Porteous en su casa, me había leído aquel mismo poema. Lo había leído exactamente de la misma manera, y su voz había temblado en el mismo momento, cuando el poeta habla de ventanas mágicas o algo de este tipo. Y pensé una cosa extraña: «Está muerto. Es un fantasma. Toda la gente así está muerta».

Me impresionó pensar que quizá mucha de la gente que vemos por ahí está muerta. Nunca se dice que un hombre está muerto hasta que su corazón se para. Esto parece un poco arbitrario. Al fin y al cabo, hay partes del cuerpo que no dejan de funcionar; por ejemplo, el cabello sigue creciendo durante años. Quizá, cuando un hombre muere realmente es cuando su cerebro se detiene, cuando pierde la capacidad de adquirir una idea nueva. El viejo Porteous es así. Muy culto, muy refinado pero incapaz de cambiar. Dice exactamente las mismas cosas y se le ocurren exactamente las mismas ideas una y otra vez. Hay mucha gente así. Tienen el pensamiento muerto, están parados por dentro. Se limitan a continuar moviéndose de aquí para

allá según las pequeñas rutinas de siempre, volviéndose cada día más irreales, como fantasmas.

Pensé que la mente del viejo Porteous debió de pararse hacia la época de la guerra ruso-japonesa. Y es horrible que casi toda la gente decente, la gente que no tiene intención de ir aplastando caras con llaves inglesas sean así. Son decentes, pero se les ha parado la cabeza. No pueden defenderse contra lo que se les echa encima porque no pueden verlo, aun teniéndolo delante de la nariz. Creen que Inglaterra nunca cambiará, y que Inglaterra es el mundo entero. No comprenden que es solo un remanso en la corriente, un pequeño rincón al que las bombas todavía no han llegado. Pero ¿y ese nuevo tipo de hombres de la Europa oriental, los hombres que creen en las consignas y hablan con balas? Vienen a por nosotros. Y no tardaremos en tenerlos encima. Ellos sí que no hacen la guerra como caballeros. Y toda la gente decente está paralizada. Hombres muertos y gorilas vivos. No parece haber nada más en medio.

Al cabo de media hora me fui, habiendo fracasado totalmente en mi empeño de convencer a Porteous de que Hitler es importante. Pensaba aún en las mismas cosas mientras caminaba en dirección a casa por las frías calles. Ya no pasaban tranvías. La casa estaba toda oscura y Hilda se había dormido ya. Coloqué la dentadura postiza en el vaso de agua del cuarto de baño, me puse el pijama y empujé a Hilda hacia el otro lado de la cama. Ella se movió sin despertarse, y se quedó quieta otra vez con la joroba de cara a mí. Es curiosa la tremenda sensación de angustia que a veces se apodera de uno a altas horas de la noche. En aquel momento, el destino de Europa me parecía mucho más importante que el alquiler, las facturas de la escuela de los niños y el trabajo que tendría que hacer mañana. Para toda la gente que ha de ganarse la vida, estos pensamientos no son más que una pérdida de tiempo. Pero yo

no podía apartarlos de mi mente. Seguía viendo las camisas de colores y el fuego de las ametralladoras. La última cosa que recuerdo haber pensado antes de dormirme es por qué narices tenía que preocuparse por todo aquello un tipo como yo.

2

Florecían las primaveras. Creo que era un día de marzo.

Acababa de atravesar Westerham con el coche y me dirigía a Pudley. Tenía que hacer allí el peritaje de una quincallería, y también, si conseguía encontrarle, entrevistarme con un posible suscriptor de seguro de vida que no acababa de decidirse. Su nombre nos había sido enviado por el agente local, pero en el último momento se había echado atrás porque dudaba si podría pagar las cuotas. Yo sirvo bastante para convencer a la gente. Es otra de las ventajas del estar gordo; mi persona crea una atmósfera de confianza en la que firmar un cheque constituye casi un placer. Claro que hay diferentes maneras de abordar a los clientes. Con algunos es mejor destacar la cuantía de las primas, y a otros se les puede asustar de manera muy sutil, insinuando lo que sería de sus esposas si ellos muriesen sin estar asegurados.

Mi viejo coche subía y bajaba por la ondulante carretera de las colinas, como en unas montañas rusas. ¡Qué día tan espléndido hacía! Uno de esos días, que generalmente caen en el mes de marzo, en que parece que el invierno ha decidido de pronto batirse en retirada. Los días anteriores habíamos tenido ese horrible tiempo que la gente califica de «despejado y sano», en que el cielo es de un azul duro y frío y el viento le araña a uno como una hoja de afeitar gastada. Aquel día había cesado el viento y comenzaba a calentar el sol. Sus rayos eran de un amarillo pálido. No se movía una hoja, y en la lejanía había una ligera niebla y se podían ver los rebaños de ovejas esparcidos en las laderas de las colinas como grupos de piedras

blancas. Abajo, en los valles, había hogueras, y el humo ascendía lentamente, retorciéndose, hasta fundirse con la niebla. Tenía la carretera para mí solo. Hacía tanto calor que uno habría podido quitarse la ropa.

Llegué a un sitio donde la hierba junto a la carretera estaba llena de primaveras. Debía de ser un trozo de terreno arcilloso. Al cabo de veinte metros, reduje la velocidad y me detuve. Hacía un tiempo demasiado hermoso para no disfrutar de él un momento. Tenía ganas de salir del coche y respirar un poco el aire de la primavera, y quizá, incluso, coger unas cuantas flores si no venía nadie. Hasta se me pasó por la cabeza coger un ramo para llevárselas a Hilda.

Paré el motor y bajé del coche. No me gusta dejar el motor en marcha en punto muerto; siempre tengo miedo de que con la vibración se caigan los guardabarros o algo por el estilo. Es un modelo de 1927, y tiene muchos kilómetros. Al levantar la cubierta y echar una mirada al motor, uno piensa en el Imperio austríaco, en el que también todo parecía atado con trocitos de cordel, pero funcionaba la mar de bien. Resulta increíble que una máquina pueda vibrar en tantas direcciones a la vez. Es como la Tierra, que tiene veintidós movimientos diferentes, según creo haber leído en alguna parte. Si se mira el coche desde detrás cuando está en punto muerto, uno tiene la impresión de ver a una de esas chicas hawaianas que bailan el hula-hula.

Junto a la carretera, en el seto, había una puerta de madera. Fui hasta allí y miré al otro lado. No se veía un alma. Me eché el sombrero un poco hacia atrás para gozar de esa sensación tranquilizante que da el aire en la frente. La hierba junto al seto estaba llena de primaveras. Al otro lado de la puerta, un vagabundo o quienquiera que fuese había dejado los restos de una hoguera. Un montoncito de brasas blancas y un hilillo de humo que se escapaba aún de ellas. Más allá había un pequeño

estanque, cubierto de lentejas de agua. El campo estaba sembrado de trigo de invierno. A su extremo, el terreno hacía una brusca pendiente hacia arriba, después de la cual había un bosquecillo de hayas, cuyas ramas estaban cubiertas de hojitas recientes, que formaban como una neblina. El lugar estaba extraordinariamente tranquilo. No soplaba siquiera el viento suficiente para remover las cenizas del fuego. Aparte del canto de una alondra, no se oía ningún sonido, ni siquiera el de un avión.

Me quedé allí un rato, apoyado en la puerta. Estaba solo, completamente solo. Miraba el campo y el campo me miraba a mí. Sentía... no sé si lo entenderán.

Lo que sentía es algo tan desacostumbrado hoy en día que parece tonto decirlo. Me sentía feliz. Sentía que, aunque no viviría eternamente, ello no me habría importado. Si quieren pueden decir que aquello me ocurría simplemente porque era el primer día de primavera. Los efectos de la estación en las glándulas sexuales, o algo de este tipo. Pero era algo más que esto. Y, cosa curiosa, lo que me había dado de pronto la sensación de que la vida valía la pena de ser vivida, más que las primaveras o que los tiernos capullos del seto, fue aquella pequeña hoguera. Ya saben cómo es un fuego de leña en un día sin viento. Los troncos se han convertido totalmente en ceniza blanca, pero conservan su forma, y debajo de la ceniza el rojo de la brasa es extraordinariamente brillante. Es curioso que el rescoldo de una hoguera parezca más vivo y dé más sensación de vida que cualquier cosa viviente. Tiene algo, una especie de intensidad, una vibración... no encuentro las palabras exactas. Pero le hace sentir a uno que está vivo. Es el toque de color en el cuadro que hace resaltar todo lo demás.

Me incliné para coger una primavera. Pero no pude, a causa de la barriga. Me puse en cuclillas y cogí un pequeño ramo. Afortunadamente, no había por allí nadie que pudiera verme.

Las hojas eran como rizadas y tenían forma de orejas de conejo. Me puse en pie y dejé el ramo encima de la puerta. Y entonces, siguiendo un impulso, me quité de la boca la dentadura postiza y me puse a mirarla.

Si hubiera tenido un espejo, me habría mirado todo yo, aunque de sobra sabía ya cuál era mi aspecto. Un hombre gordo de cuarenta y cinco años, con un traje gris espiga algo gastado ya y sombrero hongo. Casado, dos hijos y casita en un barrio, proclamaban a gritos todos los detalles de mi persona. Cara colorada y ojos azul descolorido. No hace falta que me lo digan, ya lo sé. Pero lo que pensé inesperadamente al dar la última mirada a la dentadura antes de colocármela de nuevo en la boca fue que no importaba. No importaba ni siquiera la dentadura postiza. Estoy gordo, de acuerdo. Parezco el hermano fracasado de un corredor de apuestas, de acuerdo. Ninguna mujer se acostará nunca conmigo a menos que le pague. Todo esto ya lo sé. Pero les digo que no me importa. No quiero las mujeres, no quiero siquiera volver a ser joven. Solo quiero estar vivo. Y estaba vivo en aquel momento, mientras miraba las primaveras y las brasas rojas junto al seto. Era una sensación íntima, tranquila, pero era como una llama.

El pequeño estanque estaba lleno de lentejas de agua. Estas se parecían tanto a una alfombra que alguien que no supiese lo que eran habría podido creer que no había agua debajo y echar a andar por encima de ellas. Me pregunté por qué somos tan estúpidos. ¿Por qué la gente, en lugar de pasar el tiempo haciendo las estupideces que hace, no se dedica sencillamente a mirar las cosas? Este estanque, sin ir más lejos, con todo lo que contiene. Tritones, caracoles de agua, ditiscos, fríganos, sanguijuelas, y Dios sabe cuántos otros animalitos visibles solo a través del microscopio. El misterio de sus vidas, allí bajo el agua... Se podría pasar una vida entera observándolos, diez vidas y aún no se llegaría a conocer ni siquiera aquel estanque.

Y, todo el tiempo, se tendría aquella sensación de asombro, aquella llama dentro de uno. Es la única cosa que vale la pena tener, y no nos interesa.

Pero a mí sí me interesa. Al menos, así lo pensaba en aquel momento. No interpreten mal lo que les digo. En primer lugar, y a diferencia de muchos *cockneys*, no abrigo ningún sentimentalismo hacia el campo. He crecido demasiado cerca de él para eso. No pretendo que la gente deje de vivir en las ciudades, ni en los barrios; que vivan donde quieran. Y tampoco insinúo que la humanidad deba pasarse la vida paseando, cogiendo flores y todo eso. Sé perfectamente que hay que trabajar. Y sé que si alguien tiene tiempo alguna vez de coger una flor es solo porque hay tipos que se dejan los pulmones en las minas y chicas que se pasan el día encima de la máquina de escribir. Además, si uno no tuviese el estómago lleno y la casa caliente, pocas ganas tendría de coger flores. No es esto lo que quiero decir. Yo hablo de esa sensación que tengo a veces —no a menudo, lo reconozco, pero de vez en cuando— y que sé que es positiva. Y, lo que es más, todo el mundo la tiene, o casi todo el mundo. Nos acecha constantemente, y nosotros sabemos que está allí, muy cerca. ¡Dejen de disparar esas ametralladoras! ¡Dejen de perseguir lo que están persiguiendo! Cálmense, respiren, dejen penetrar en su interior un poco de paz. Pero es inútil. No lo hacemos. Seguimos con las mismas idioteces.

Y la próxima guerra asomando en el horizonte. Para 1941, dicen. Tres vueltas más del Sol, y la tenemos encima. Las bombas cayendo sobre nosotros como grandes puros negros y las ametralladoras Bren vomitando balas aerodinámicas. No es que la cosa me afecte a mí en particular. Soy demasiado mayor para ir al frente. Están los bombardeos, claro, pero estos no alcanzan a todo el mundo. Además, aunque este tipo de peligro existe, uno nunca lo tiene en cuenta anticipadamente. Y, como

he dicho ya varias veces, no me da miedo la guerra, sino solo la posguerra. E incluso es probable que esta no me afecte a mí personalmente. Porque ¿quién se molestará por un tipo como yo? Estoy demasiado gordo para ser un sospechoso político. Nadie me matará ni me dará con una porra de goma. Yo formo parte de la gente vulgar y corriente que circula cuando un policía se lo manda. En cuanto a Hilda y a los chicos, probablemente ni notarían la diferencia. Y, a pesar de todo, la cosa me asusta. El alambre de espino, las consignas, las caras enormes... Las celdas con paredes de corcho donde el verdugo le enchufa a uno por detrás. Y todo esto también asusta a otros tipos que son intelectualmente mucho más torpes que yo. Pero ¿por qué? Porque significa decir adiós a aquello de lo que les he hablado, a esa sensación interior especial. Llámenla paz, si quieren. Pero cuando digo paz no quiero decir ausencia de guerra. Quiero decir paz, paz en la mente de uno. Y esa sensación se habrá ido para siempre cuando tengamos encima a los chicos de la porra de goma.

Cogí el ramo de primaveras y aspiré su fragancia. Pensé en Lower Binfield. Era curioso cómo, desde hacía dos meses, su recuerdo había estado constantemente rondándome la cabeza, después de veinte años de tenerlo casi olvidado. Y en aquel momento se oyó el motor de un coche que se acercaba por la carretera.

Volví a la realidad con una especie de sobresalto. Me di cuenta de pronto de lo que estaba haciendo: pasear por el campo cogiendo primaveras, cuando debería estar haciendo el peritaje de aquella quincallería de Pudley. Y, lo que es más, me asustó de pronto lo que pensaría la gente del coche si me veía. ¡Un hombre gordo con sombrero hongo con un ramo de primaveras en la mano! Quedaría rarísimo. Los hombres gordos no cogen primaveras, al menos en público. Tuve el tiempo justo de tirarlas por encima del seto antes de que los del coche

pudieran verme. Y me salvé de una buena al hacerlo. El coche iba lleno de mocosos de veinte años. ¡Lo que se habrían reído si me hubieran visto!

Todos me miraban, de esa manera en que la gente le mira a uno desde un coche que se aproxima, y se me ocurrió que, a pesar de todo, podrían haber adivinado de alguna manera lo que estaba haciendo. Mejor hacerles pensar que era otra cosa. ¿Por qué se baja un hombre del coche junto a un desvío? Evidente. Cuando el coche hubo pasado, fingí abrocharme un botón de la bragueta.

Puse en marcha el motor con la manivela (el arranque automático ya no funciona) y me senté al volante. Me había ocurrido una cosa curiosa. En el mismo momento en que me estaba abrochando la bragueta, cuando mi mente estaba casi totalmente ocupada pensando en aquellos mocosos del coche, se me había ocurrido una idea magnífica.

¡Volver a Lower Binfield!

¿Por qué no?, pensé, mientras ponía el coche en directa. ¿Por qué no podía hacerlo? ¿Qué me lo impedía? ¿Y cómo demonios no se me había ocurrido antes? Era precisamente lo que necesitaba, unos días de tranquilidad en Lower Binfield.

No crean que se me ocurrió volver a Lower Binfield para quedarme a vivir allí. No tenía intención de abandonar a Hilda y a los niños y comenzar una nueva vida bajo un nombre falso. Estas cosas solo pasan en las novelas. Pero ¿quién me impedía hacer una escapada a Lower Binfield y pasar una semana allí, solo, sin decírselo a nadie?

Parecía que lo tuviese ya todo planeado. En lo tocante al dinero, no habría problema. En mi reserva secreta quedaban aún doce libras, y con doce libras se puede pasar una semana muy agradable. Tengo quince días de vacaciones al año, generalmente en agosto o septiembre. Pero si inventaba alguna historia adecuada —que se me estaba muriendo un pariente de

una enfermedad incurable o algo de este tipo— conseguiría probablemente que la empresa me diese las vacaciones en dos mitades separadas. Y, antes de decirle nada a Hilda, podría irme una semana yo solo. En mayo, por ejemplo, cuando floreciera el espino. Una semana en Lower Binfield lejos de Hilda, de los niños, de La Salamandra Volante, de la calle Ellesmere, sin escenas sobre el tema de los plazos, sin el ruido del tráfico volviéndome loco... ¡Una semana descansando, respirando tranquilidad!

Pero ¿por qué quería volver a Lower Binfield?, se preguntarán ustedes. ¿Por qué precisamente allí? ¿Qué pensaba hacer allí?

No tenía intención de hacer nada en particular. Aquello era parte de la gracia. Quería paz y tranquilidad. ¡Paz! En Lower Binfield había paz. Ya les he contado algo de mi antigua vida allí, antes de la guerra. No pretendo que fuera una existencia perfecta. Sé que era aburrida, indolente, vegetal. Pueden decir, si quieren, que vivíamos como las coles. Pero las coles no viven aterrorizadas por el jefe, no se despiertan por la noche pensando en la próxima crisis y en la próxima guerra. Teníamos paz en nuestro interior. Desde luego, yo sabía que incluso en Lower Binfield las cosas habrían cambiado. Pero el lugar en sí no habría cambiado. Estarían aún los hayales en torno a Binfield House, el camino de sirga junto a la presa de Burford y el abrevadero en la plaza del Mercado. Quería volver allí, aunque solo fuese una semana, y empaparme de su atmósfera. Era un poco como lo que hacen esos sabios orientales cuando se retiran al desierto. Y yo diría que, de la manera como van las cosas, habrá mucha gente que se retirará al desierto durante los próximos años. Será como aquella época de la antigua Roma que me describía Porteous, cuando los eremitas eran tan numerosos que había una lista de solicitudes para cada cueva.

Pero yo no quería retirarme a mirar las musarañas. Solo quería recuperar energías antes de que empezasen los malos tiempos. Porque ¿hay alguien un poco sensato que dude que se acercan malos tiempos? No sabemos aún en qué consistirán exactamente, pero sabemos que se acercan. Quizá una guerra, quizá una crisis; no se sabe, lo único seguro es que será algo malo. Vayamos a donde vayamos, iremos mal. A la muerte, a la miseria, no se sabe. Y este tipo de cosas no se pueden afrontar si no se está en el estado de ánimo adecuado. Hay algo que hemos perdido en estos veinte años de después de la guerra, una especie de fluido vital que se nos ha evaporado hasta no quedar nada. ¡Todo este correr de aquí para allá! La eterna lucha por un poco de dinero, el eterno rugir de los autobuses, las bombas, las radios, los teléfonos... Tenemos los nervios destrozados; nuestros huesos, donde debería estar la médula, están vacíos.

Pisé el acelerador. La sola idea de volver a Lower Binfield ya me hacía bien. Ya les he descrito esa sensación. ¡Subir a respirar! Como las grandes tortugas marinas cuando suben nadando a la superficie, sacan la nariz fuera y se llenan los pulmones de una gran bocanada antes de sumergirse otra vez entre las algas y los pulpos. Todos nos estamos asfixiando en el fondo de un cubo de basura, pero yo había encontrado el camino a la superficie. ¡Volver a Lower Binfield!

Seguí pisando el acelerador hasta que la vieja carraca se puso a la máxima velocidad, a más de setenta por hora. Hacía un ruido semejante al de una bandeja de latón llena de tazas de porcelana, y al amparo de aquel ruido casi me puse a cantar de contento que estaba.

Naturalmente el problema era Hilda. Aquel pensamiento moderó un poco mi entusiasmo. Y puse el coche a cuarenta para reflexionar.

Era casi seguro que, más pronto o más tarde, Hilda me

descubriría. Lo de tener solo una semana de vacaciones en agosto podía salvarlo sin dificultad. Podía explicarle que aquel año la compañía solo me daba una semana. Probablemente, no me haría muchas preguntas acerca de aquel punto, porque vería enseguida que representaba una reducción en los gastos de vacaciones. Y los niños, de todas maneras, siempre pasan un mes en la playa. El problema era encontrar una coartada para la semana de mayo. No podía irme sin decir nada. Lo mejor, pensé, sería decirle con mucha anticipación que me mandarían a hacer un trabajo especial a Nottingham, Derby o Bristol, o a algún otro lugar muy alejado. Si se lo decía dos meses antes, parecería que no tenía nada que ocultar.

Pero desde luego, más pronto o más tarde, lo descubriría. ¡Buena es Hilda para estas cosas! Al principio fingiría creerlo, y después, con ese disimulo y tenacidad suyas, descubriría que no había estado en Nottingham, Derby, Bristol o donde fuese. Es sorprendente la técnica que utiliza. Tiene una perseverancia extraordinaria. No dice nada hasta haber descubierto todos los puntos débiles de mi coartada, y entonces, inesperadamente, cuando hago referencia a alguno de ellos en una observación descuidada, me ataca de frente. Y entonces sale a la luz todo el dosier del caso.

—¿Dónde estuviste el sábado por la noche? ¡Eso es mentira! Saliste con una mujer. Encontré estos cabellos cepillando tu americana. ¡Míralos! ¡Mi pelo no es de este color!

Y entonces empieza el drama. Dios sabe cuántas veces ha sucedido así. A veces ha acertado en lo de la mujer, y a veces se ha equivocado, pero el resultado es siempre el mismo. Semanas y semanas de regañinas, discusiones en todas y cada una de las comidas, con los niños preguntándose qué pasa. Aquella vez, lo peor que podía hacer era decirle que había pasado una semana en Lower Binfield por tal y tal razón. Podría estar explicándoselo hasta el día del juicio, que nunca lo

entendería.

Pero qué demonios, pensé, ¿por qué preocuparse antes de hora? Faltaba aún mucho tiempo. Ya se sabe lo diferentes que parecen estas cosas antes y después de hacerlas. Volví a pisar el acelerador. Se me había ocurrido otra cosa, casi mejor que la primera. No iría en mayo. ¡Iría en la segunda quincena de junio, cuando hubiese comenzado la temporada de pesca, e iría a pescar!

¿Y por qué no? Yo quería paz, y pescar significa paz. Y entonces se me ocurrió lo más grande de todo, lo que casi me hizo salirme de la carretera.

¡Ir a pescar grandes carpas del estanque de Binfield House! Por segunda vez, ¿por qué no? ¿No es extraño cómo vamos por la vida, pensando siempre que las cosas que queremos hacer son las que no se pueden hacer? ¿Por qué no podía yo ir a pescar aquellas carpas? Y, sin embargo, tan pronto como menciono la cosa, ¿no les suena a imposible, a algo que sencillamente no puede suceder? Así me lo pareció a mí, incluso en aquel momento. Me pareció como una especie de sueño fantástico, como esos en que uno se acuesta con alguna estrella de cine o gana el campeonato de los pesos pesados. Y sin embargo no era en absoluto imposible, no era ni siquiera difícil. El derecho a pescar se puede comprar. Quienquiera que fuese el actual propietario de Binfield House me permitiría seguramente pescar en el estanque si le pagaba lo bastante bien. Dios mío, yo habría pagado de buena gana cinco libras por pescar un día en aquel estanque. Además, era muy posible que la casa estuviese aún deshabitada y que nadie supiese que el estanque existía.

Pensé en el estanque, en aquel lugar oscuro bajo los árboles que me había esperado durante todos aquellos años. Y en los enormes peces negros que estarían aún nadando en él. ¡Dios mío! Si eran tan grandes hace treinta años, ¿cómo serían

ahora?

3

Era un viernes, diecisiete de junio, el segundo día de la temporada de pesca. No había tenido ningún problema para arreglar la cosa con la empresa. En cuanto a Hilda, le había colocado una historia impecable y a prueba de preguntas. Había escogido Birmingham para la coartada, y en el último momento le había dicho incluso el nombre del hotel en el que iba a alojarme, el Rowbottom, «Familiar y Comercial». Conocía la dirección de este porque me había hospedado en él algunos años atrás. Pero no quería que ella me escribiese a Birmingham, cosa que era posible si estaba ausente una semana entera. Después de pensarlo bien, decidí confiarle parte de la cosa al joven Saunders, mi viajante de Pulimentos para Suelos Glisso, que me había dicho casualmente que pasaría por Birmingham el dieciocho de junio. Quedamos en que él haría un alto allí y enviaría una carta mía a Hilda, con remite del Rowbottom, en la que le diría que quizá tendría que desplazarme a otra ciudad y que era mejor que no me escribiese. Saunders comprendió, o creyó que comprendía. Me hizo un guiño y me dijo que yo era un tío estupendo para mi edad. Así quedó arreglado lo referente a Hilda. Ella no me había hecho ninguna pregunta, e incluso, si más adelante concebía sospechas, una coartada como aquella no sería fácil de desmontar.

Estaba, pues, atravesando Westerham. Era una espléndida mañana de junio. Soplaba una ligera brisa, y las copas de los olmos se balanceaban al sol. Nubéculas blancas corrían por el cielo como un rebaño de ovejas, y sus sombras se perseguían

unas a otras por los campos. Después de Westerham, me crucé con un repartidor de los Helados Walls, un chico de mejillas coloradas que iba como una exhalación en su bicicleta, silbando tan fuerte que el sonido se le metía a uno en la cabeza. Me hizo recordar, inesperadamente, la época en que yo también era repartidor (aunque en aquellos tiempos no teníamos bicicletas de piñón libre), y estuve a punto de hacerle parar para comprarle un helado. En los campos, habían segado ya el heno en algunas zonas, pero no estaba guardado aún; los montones se secaban al sol, formando largas filas brillantes, y su olor llegaba hasta la carretera y se mezclaba con el de la gasolina.

Yo iba tranquilamente a treinta y cinco por hora. La mañana era tranquila y soñolienta. Los patos nadaban en los estanques con aire de estar demasiado satisfechos para comer. En Nettlefield, el pueblo de después de Westerham, un hombrecillo con delantal blanco, de pelo gris y con un enorme bigote también gris, vino corriendo por el campo, se plantó en mitad de la carretera y comenzó a agitar los brazos para atraer mi atención. Como es natural, mi coche es conocido por toda aquella ruta. Me detuve. Era el señor Weaver, el dueño de la tienda grande del pueblo. No era que quisiese hacerse un seguro de vida, ni tampoco asegurar la tienda; simplemente, se le había acabado el cambio y quería saber si yo tenía un chelín «en plata». En Nettlefield nunca tienen cambio, ni siquiera en la taberna.

Seguí mi camino. El trigo era muy alto, llegaba a la cintura de una persona. Cubría las onduladas colinas como una gran alfombra verde, el viento lo inclinaba un poco y se veía espeso y sedoso. Es como una mujer, pensé; le vienen a uno ganas de echarse en él. Y un poco más adelante vi el letrero que indicaba la bifurcación de la carretera, a la derecha hacia Pudley y a la izquierda hacia Oxford.

Yo me encontraba aún en mi zona acostumbrada, dentro de los límites de mi «distrito», como lo llama la empresa. Lo natural, dado que iba hacia el oeste, habría sido salir de Londres por la carretera de Uxbridge. Pero, por una especie de instinto, había seguido mi ruta habitual. Lo que pasaba era que me sentía culpable, y quería alejarme bastante antes de tomar la dirección de Oxfordshire. Y a pesar de que había arreglado las cosas tan bien con Hilda y con la empresa, a pesar de las doce libras que llevaba en la cartera y de la maleta que descansaba en el maletero, cuando me acercaba a cada desvío sentía la tentación —a pesar de que sabía que no sucumbiría a ella— de abandonar mi plan. Tenía como la sensación de que mientras circulaba por mis rutas habituales estaba aún dentro de la ley. Aún no es demasiado tarde, pensaba. Aún hay tiempo de tomar el camino respetable. Podía ir a Pudley, por ejemplo, visitar al director del Banco Barclay (que es nuestro agente en la ciudad) y enterarme de si había alguna cosa en perspectiva. O incluso podía dar media vuelta, volver a casa y confesárselo todo a Hilda.

Al aproximarme al desvío, reduje la velocidad. ¿Lo hacía o no lo hacía? Por espacio de un segundo, me sentí realmente tentado de desistir. ¡Pero no! Hice sonar el claxon y torcí en dirección al oeste, hacia la carretera que se dirige a Oxford.

Bueno, ya estaba hecho. Ya estaba en terreno prohibido. Claro que cinco kilómetros más adelante podía torcer a la izquierda otra vez, si quería, y volver a Westerham. Pero, por el momento, ya iba hacia el oeste. En rigor, lo que estaba haciendo era huir. Y, cosa curiosa, apenas me vi en la carretera de Oxford, me asaltó el convencimiento de que ellos lo sabían todo. Al decir ellos me refiero a toda la gente que desaprobaría un viaje de este tipo y que, de haber podido, me habrían impedido continuar. O sea, prácticamente todo el mundo.

Y, lo que es más, tenía efectivamente la sensación de que ya

estaban sobre mi pista. ¡Todos ellos! Toda la gente que no entendía por qué un hombre de edad madura con dentadura postiza tenía que escaparse a pasar una semana de tranquilidad en el lugar donde había pasado su infancia. Y todos los cabrones que lo entendían demasiado bien y que habrían removido cielo y tierra para impedírmelo. Todos venían siguiéndome. Me parecía que un enorme ejército subía por la carretera tras de mí. Mentalmente, los veía ya. Hilda marchaba al frente, claro, con los niños trotando tras ella, y la señora Wheeler la azuzaba con expresión siniestra y vindicativa. La señorita Minns corría detrás, cayéndosele las gafas, con una expresión dolida, como la gallina que se queda fuera cuando las otras han cogido una corteza de tocino. Y sir Herbert Crum y los peces gordos de La Salamandra Volante con sus Rolls Royce e Hispano-Suiza.

Y todos los tipos de la oficina, y todos los infelices chupatintas de la calle Ellesmere y de todas las calles parecidas, algunos de ellos empujando cochecitos de niño, segadoras de césped y rodillos apisonadores, y otros en sus pequeños Austin Seven. Y todos los salvadores de almas y entrometidos, la gente a quien uno no ha visto nunca pero que rigen su destino, el ministro del Interior, Scotland Yard, la Liga de la Templanza, el Banco de Inglaterra, lord Beaverbrook, Hitler y Stalin en un tándem, el episcopado, Mussolini, el Papa... Todos venían a por mí. Casi podía oírlos gritar:

—¡Allá va un tipo que cree que va a escapar! ¡Allá va un tipo que dice que no quiere formar! ¡Se vuelve a Lower Binfield! ¡Seguidle! ¡Detenedle!

Es curioso. La impresión era tan fuerte que llegué a echar una ojeada por la ventanilla trasera para asegurarme de que no me seguían. La mala conciencia, supongo. Pero no se veía a nadie. Solo la blanca y polvorienta carretera y la larga hilera de olmos que se iban empequeñeciendo al quedar atrás.

Pisé el acelerador y mi vieja cafetera se puso a sesenta. Al cabo de pocos minutos había pasado de largo el desvío de Westerham. Ya estaba hecho. Había quemado las naves. Aquella era la idea que, de manera vaga, había comenzado a formarse en mi mente el día en que me colocaron la dentadura postiza nueva.

IV

1

Me dirigí a Lower Binfield por la colina de Chamford. Se puede entrar en el pueblo por cuatro carreteras, y habría sido más rápido ir por Walton. Pero había querido pasar por la colina, por el camino que tomábamos al volver a casa en bicicleta después de pescar en el Támesis. Inmediatamente después de la cima de la colina, los árboles se espacian y se puede ver el pueblo en el valle, a los pies de uno.

Es una extraña experiencia recorrer una zona de campo que no se ha visto en veinte años. Uno lo recuerda todo con gran detalle, pero lo recuerda mal. Todas las distancias han variado, y los puntos de referencia parecen haber cambiado de sitio. Uno piensa todo el rato que esta ladera era mucho más empinada, y que aquel recodo del camino estaba del otro lado. Y, por otra parte, uno conserva recuerdos que son exactos, pero que solo corresponden a un momento concreto. Uno recuerda, por ejemplo, un rincón de un campo en un día húmedo de invierno, con la hierba tan verde que era casi azul, la puerta de un cercado podrida y cubierta de liquen, y una vaca allí parada mirándole a uno. Y uno vuelve al cabo de veinte años y se sorprende de que la vaca no esté allí, en el mismo sitio, mirándole a uno con la misma expresión.

Cuando subía por la colina de Chamford, me di cuenta de que la imagen de aquel camino que tenía en la mente era casi totalmente imaginaria. Pero algunas cosas habían cambiado realmente. La carretera estaba pavimentada con alquitrán, mientras que en los viejos tiempos lo estaba con macadán (recuerdo la sensación de rugosidad que se tenía al ir en

bicicleta), y parecía mucho más ancha. Y había muchos menos árboles. Antes había allí enormes hayas entre los arbustos, y había puntos en que sus ramas se unían en lo alto, formando una especie de arco por encima de la carretera. Ahora no quedaba ninguna. Había llegado casi a la cumbre cuando me encontré con algo que sin duda era nuevo. A la derecha de la carretera había una colección de casas de aspecto falsamente pintoresco, con aleros salientes, pérgolas con rosas y cosas así. Ya conocen ustedes ese tipo de casas que tienen demasiada categoría para estar dispuestas en hilera, y están esparcidas formando una especie de colonia, con caminos privados entre ellas. Y a la entrada de uno de los caminos había un gran letrero blanco que decía:

LA PERRERA
CACHORROS DE SEALYHAM DE PURA RAZA
RESIDENCIA CANINA

¡Aquello sí que no estaba allí antes!

Reflexioné un momento. ¡Ah, sí! Donde estaban aquellas casas había antes una pequeña plantación de robles que habían crecido demasiado juntos, de modo que eran muy altos y finos. En primavera, el suelo estaba cubierto de anémonas. Y, desde luego, no había ninguna casa a tanta distancia del pueblo.

Llegué a la cima. Dentro de un momento vería Lower Binfield. ¡Lower Binfield! ¿Por qué pretender que no estaba emocionado? La sola idea de volver a verlo me causaba una extraordinaria impresión que me empezaba en las tripas y me llegaba al corazón. Cinco segundos más y lo vería. ¡Sí, allí estaba! Puse punto muerto, pisé el freno y... ¡Dios mío!

Sí, ya me imagino que ustedes sabían lo que iba a pasar. Pero yo no lo sabía. Pueden decir que había sido tonto por no esperarlo, y tienen razón. Pero ni siquiera se me había ocurrido.

Lo primero que pensé fue: ¿dónde está Lower Binfield?

No quiero decir que el pueblo hubiera sido demolido. Solo había sido tragado. Lo que tenía ante mis ojos era una ciudad industrial de considerable extensión. Yo recordaba —ya lo creo que lo recordaba, y en aquel punto no me fallaba la memoria— cómo era Lower Binfield visto desde la cumbre de la colina. Creo que la calle Mayor tenía unos quinientos metros de longitud, y, aparte de unas pocas casas dispersas, el pueblo tenía más o menos forma de cruz. Los principales puntos de referencia eran la torre de la iglesia y la chimenea de la fábrica de cerveza. Y en aquel momento no veía ni la una ni la otra. Todo lo que veía era un enorme río de casas nuevas que discurría por el valle y subía, por ambos lados, hasta media altura de las colinas. Hacia la derecha estaba lo que parecían dos o tres hectáreas de brillantes tejados rojos, todos exactamente iguales. Un gran núcleo de casas del ayuntamiento, al parecer.

Pero ¿dónde estaba Lower Binfield? ¿Dónde estaba el pueblo que yo conocía? Podía estar en cualquier parte. Todo lo que sabía era que estaba enterrado en algún sitio, en medio de aquel mar de ladrillo. De las cinco o seis chimeneas que se veían, no tenía idea de cuál era la de la fábrica. Hacia el extremo este de la ciudad había dos enormes fábricas, una de vidrio y la otra de cemento. Esto explica el crecimiento del pueblo, pensé, comenzando a hacerme a la idea. Se me ocurrió que la población del lugar, que era de unas dos mil personas en los viejos tiempos, debía de ser ahora de unas veinticinco mil o más. La única cosa que no había cambiado, al parecer, era Binfield House. Esta no era gran cosa más que un punto en la distancia, pero se la podía ver en la colina de enfrente, con las hayas a su alrededor, pues la ciudad no había subido hasta aquella altura. Mientras la miraba, una escuadrilla de bombarderos negros voló por encima de la colina y de la

ciudad.

Puse primera y comencé a bajar lentamente por la colina. Las casas habían trepado hasta la mitad de su altura. Eran esas casitas muy baratas que ascienden por la ladera de una colina formando una fila continua, con los techos uno por encima del otro como escalones, todos exactamente iguales. Pero poco antes de llegar a las casas me detuve otra vez. A la izquierda de la carretera había otra cosa completamente nueva: el cementerio. Me detuve junto a la puerta para echarle una ojeada.

Era enorme, de unas ocho hectáreas yo diría. Un cementerio nuevo tiene siempre un aspecto improvisado e inhóspito, con sus ásperos senderos de gravilla, su verde y descuidado césped y sus ángeles de mármol hechos en serie, que parecen sacados de un pastel de bodas. Pero lo que más me llamó la atención en aquel momento fue el hecho de que en mis tiempos aquel lugar no existía. Entonces no había cementerio separado, sino solo el adyacente a la iglesia. Recordaba vagamente al granjero a quien pertenecían entonces aquellos campos; se llamaba Blackett y tenía allí una vaquería. Y no sé cómo, el frío aspecto del lugar me hizo darme más cuenta de cómo habían cambiado las cosas. No era solo que el pueblo había crecido tanto que necesitaba ocho hectáreas de terreno para enterrar sus cadáveres. Era el hecho de emplazar el cementerio allí, al final del pueblo. ¿Se han fijado que hoy en día siempre se hace así? Todas las ciudades nuevas tienen el cementerio en las afueras. Lo echan fuera, lo apartan de la vista. No les gusta la idea de la muerte. Y las inscripciones de las lápidas dan la misma impresión. Nunca dicen que la persona de debajo «murió», sino que «falleció» o «se durmió en la paz del Señor». Antes no era así. Teníamos el cementerio en el mismísimo centro del pueblo. Pasábamos junto a él todos los días, y veíamos el lugar donde descansaban nuestros abuelos y donde algún día nosotros

descansaríamos también. No nos importaba la proximidad de los muertos. Claro que, cuando hacía calor, teníamos que olerlos también, pues algunos de los sepulcros familiares no estaban demasiado bien sellados.

Hice rodar el coche lentamente colina abajo. ¡Qué extraño! No pueden imaginarse lo extraño que me resultaba todo. Durante todo el camino de descenso estuve viendo fantasmas, sobre todo fantasmas de árboles, setos y vacas. Era como si estuviese viendo dos mundos a la vez, como una especie de sombra de las cosas de antes superpuesta a la evidencia de las de ahora. ¡Allí está el campo donde el toro embistió a Ginger! ¡Y allá está el lugar donde crecían las setas! Pero ya no había campos, toros ni setas. Solo había casas, casas por todas partes, casitas rojas de aspecto frío con sus cortinas sucias y sus trocitos de jardín posterior, que no tenían gran cosa más que un parche de césped o unas pocas espuelas de caballero esparcidas entre las hierbas. Había hombres andando arriba y abajo, mujeres sacudiendo esteras y niños mocosos jugando en las aceras. ¡Todos extraños! Todos habían llegado y se habían amontonado allí a espaldas mías. Y encima serían ellos los que me mirarían a mí como a un extraño, ellos que nunca habían oído hablar de Shooter y Wetherall, del señor Grimmett y del tío Ezequiel, que no sabían nada del viejo Lower Binfield y les importaba un bledo saberlo.

Es curioso lo rápidamente que uno se adapta a las cosas. Debían de haber pasado cinco minutos desde que me detuve en lo alto de la colina, un poco emocionado por la idea de volver a ver Lower Binfield, y ya me había hecho a la idea de que Lower Binfield había sido engullido y enterrado como las ciudades perdidas de Perú. Me armé de valor y afronté la situación. Después de todo, ¿qué otra cosa se podía esperar? Las ciudades tienen que crecer, la gente tiene que vivir en alguna parte. Además, el antiguo pueblo no había sido aniquilado. En alguna

parte u otra, todavía existía, aunque estuviese rodeado de casas en lugar de campos. Dentro de unos minutos volvería a verlo, con la iglesia, la chimenea de la fábrica, el escaparate de la tienda de mi padre y el abrevadero de la plaza. Bajé hasta el pie de la colina, donde la carretera se bifurca, y tomé el desvío de la derecha. Al cabo de un minuto ya me había perdido.

No me acordaba de nada. No conseguía recordar siquiera si era en aquel punto donde el pueblo comenzaba antes. Todo lo que sabía era que en mis tiempos aquella calle no existía. Era una calle bastante fea y de aspecto sucio; las casas daban directamente a la acera, y aquí y allá, en alguna esquina, había una tienda de comestibles o una pequeña y sórdida taberna. La recorrí por espacio de algunos centenares de metros, preguntándome dónde demonios iría a parar. Finalmente, me detuve junto a una mujer que iba por la acera, sin sombrero y con un delantal sucio, y asomé la cabeza por la ventanilla.

—Perdone, ¿podría decirme por dónde se va a la plaza del Mercado?

No lo sabía. Me contestó con un acento tan cerrado que se podía cortar con un cuchillo: el de Lancashire. Hay mucha gente de Lancashire en el sur de Inglaterra. Vinieron huyendo de las zonas devastadas. Vi a un hombre vestido con un mono que llevaba una caja de herramientas en la mano y le repetí la pregunta. Aquella vez, la respuesta vino en *cockney*, pero tuvo que pensarla durante un momento.

—¿La plaza del Mercado? ¿La plaza del Mercado? A ver, a ver... ¡Ah! ¿Usted quiere decir el Mercado Viejo?

Le dije que sí, que debía de querer decir el Mercado Viejo.

—Ah, bueno. Pues tuerza a la derecha...

Estaba muy lejos. A varios kilómetros, me pareció, aunque en realidad la distancia no llegaba a un kilómetro. Casas, tiendas, cines, capillas, campos de fútbol... todo nuevo. Otra vez me invadió aquella sensación de que, sin yo saberlo, se había

producido allí una invasión enemiga. Toda aquella gente había venido en masa de Lancashire y de los suburbios de Londres y se habían instalado allí en un horrible caos, sin preocuparse siquiera de conocer el nombre de los principales lugares del pueblo. Y entonces vi por qué la que llamaban plaza del Mercado era conocida ahora como el Mercado Viejo. Era una gran plaza, no cuadrada como antes, sino de una forma indefinida. Estaba en el centro de la nueva ciudad, y había en ella semáforos y una enorme estatua de bronce que representaba a un león con un águila entre sus garras, que debía de ser el monumento conmemorativo de la guerra. ¡Y todo tan nuevo! ¡Aquel aspecto crudo y barato! ¿Saben cómo son esas ciudades nuevas que se han hinchado rápidamente como globos en los últimos años, Hayes, Slough, Dagenham y otras? Esa especie de frialdad que tienen, el ladrillo color rojo vivo por todas partes, el aspecto provisional de los escaparates llenos de bombones rebajados y de piezas de radio. Pues Lower Binfield era así. Pero en un momento dado volví una esquina y me metí en una calle de casas viejas. ¡Por fin! ¡La calle Mayor!

La memoria no me había jugado ninguna mala pasada. Ahora recordaba cada palmo de aquella calle. Otros doscientos metros y estaría en la plaza. Nuestra antigua tienda estaba hacia el otro extremo de la calle. Iría allí después de comer (pensaba alojarme en el George). A cada paso había un recuerdo. Recordaba todas las tiendas, aunque todos los nombres habían cambiado y la mercancía que vendían era también otra en la mayoría de los casos. ¡Allí estaba la tienda de Lovegrove! ¡Y allá la de Todd! Y más allá otra grande y oscura con vigas y buhardillas, la que había sido Lilywhite's, la tienda de ropa donde trabajaba Elsie. ¡Y la de Grimmett! En ella se vendían todavía comestibles. Y de un momento a otro podría ver el abrevadero de la plaza. Tenía otro coche delante que me impedía verlo desde lejos.

Al entrar en la plaza, torcí a un lado. El abrevadero ya no estaba. En su lugar estaba un hombre de la Asociación de Automovilismo en funciones de agente de tráfico, que miró mi coche, vio que no llevaba el distintivo de la asociación y decidió que no hacía falta saludarme.

Volví la esquina y me dirigí al George. La desaparición del abrevadero me había dejado tan deprimido que ni siquiera miré si seguía en pie la chimenea de la fábrica de cerveza. En el George estaba todo cambiado excepto el nombre. La fachada había sido decorada hasta parecer la de uno de esos hoteles de orillas del río, y el rótulo era diferente. Fue curioso. Aunque hasta aquel momento no había pensado en aquel establecimiento ni una sola vez en veinte años, descubrí de pronto que recordaba todos los detalles del antiguo rótulo, que había visto allí desde pequeño. Era una pintura muy sencilla que representaba a san Jorge montado en un caballo muy flaco, pisoteando a un dragón muy gordo, y en la esquina, aunque la pintura estaba agrietada y descolorida, se leía, en pequeñas letras, la firma: «W. SANDFORD, PINTOR Y EBANISTA». El nuevo rótulo tenía un aspecto todo artístico. Se veía que había sido pintado por un artista de verdad. San Jorge tenía un aspecto bastante afeminado. El patio empedrado con guijarros, donde antes estaban los carros de los granjeros y donde iban a vomitar los borrachos los sábados por la noche, había sido ampliado hasta unas tres veces su extensión primitiva y cubierto con cemento, y estaba todo rodeado de cobertizos para aparcamiento. Dejé el coche en uno de ellos y me apeé.

Una cosa que he observado de la mente humana es que funciona a sacudidas. Ninguna emoción se mantiene durante mucho tiempo. En el último cuarto de hora, yo había tenido lo que puede muy bien describirse como un shock. Había sentido casi como un golpe en las tripas cuando me detuve en la cumbre de la colina y descubrí de pronto que Lower Binfield

había desaparecido, y había sentido otra pequeña puñalada cuando vi que el abrevadero ya no estaba. Recorrer aquellas calles me producía una especie de sensación triste. Pero, cuando bajé del coche y me eché un poco hacia atrás el sombrero, sentí de pronto que todo aquello me importaba un comino. Hacía un día hermoso y soleado, y el patio del hotel tenía cierto aspecto veraniego, con sus flores en las macetas de madera verde. Además, tenía hambre, y estaba impaciente por almorzar.

Penetré en el vestíbulo del hotel con aire altivo. El botones, que había salido ya afuera a recibirme, me seguía con la maleta. Me sentía hombre acomodado, y seguramente mi aspecto confirmaba aquella impresión. Se hubiera dicho que yo era un próspero hombre de negocios, al menos antes de ver el coche que traía. Me alegré de haberme puesto el traje nuevo, de franela azul con rayita blanca, que me favorece, pues tiene lo que el sastre llama «un efecto adelgazante». Creo que aquel día podía haber pasado por un corredor de bolsa. Dígase lo que se quiera, es una cosa muy agradable, en un día de junio en que el sol ilumina los geranios rosas de las macetas, entrar en un acogedor hotel de provincias con la perspectiva de un cordero asado con salsa de menta. No es que sea ninguna cosa de mi especial predilección el alojarme en un hotel. Sabe Dios que estoy hasta la coronilla de ellos, pero eso se debe a que, en el noventa y nueve por ciento de los casos, me hospedo en esos desangelados hoteles «familiares y comerciales», como el Rowbottom, donde teóricamente me alojaba en aquellos momentos, sitios que dan habitación y desayuno por cinco chelines, donde las sábanas están siempre húmedas y los grifos del baño no funcionan. En cambio, el George se había vuelto tan elegante que estaba irreconocible. En los viejos tiempos, casi no se podía decir que fuese un hotel, sino solo una taberna, aunque tenía un par de habitaciones de alquiler y los días de

mercado servía almuerzo a los granjeros (ternera asada y bizcocho de Yorkshire, empanadillas y queso de Stilton). Todo estaba diferente, excepto el bar, al que eché una mirada al pasar y me pareció el mismo de siempre. El pasillo por donde avanzaba ahora tenía una suave alfombra, y en las paredes se veían litografías sobre temas de caza, mundillos de cobre y otros objetos decorativos de este tipo. Y recordaba vagamente aquel pasillo tal como era antes, con las desgastadas losas del suelo y el olor a yeso mezclado con el de la cerveza. Una joven muy bien arreglada, vestida de negro y con el pelo rizado, que debía de ser la encargada o algo así, me atendió en la recepción.

—¿Desea una habitación? Muy bien, señor. ¿Su nombre, por favor?

Vacilé unos instantes antes de responder. Aparte de todas mis decepciones, aquel era mi gran momento. Estaba seguro de que la chica conocería mi nombre. No es un apellido común, y hay muchos miembros de mi familia enterrados junto a la iglesia. Éramos una de las viejas familias del pueblo, los Bowling de Lower Binfield. Y, aunque por una parte es molesto ser reconocido, yo lo estaba deseando.

—Bowling —dije claramente—, George Bowling.

—Bowling. B, o, a... ¿Ah, no? B, o, w; sí, señor. ¿Viene de Londres, señor?

Nada. Ninguna reacción. Nunca había oído hablar de mí. Nunca había oído hablar de George Bowling, hijo de Samuel Bowling. De Samuel Bowling, que se había tomado su quinto de cerveza en aquel bar, cada sábado, durante más de veinte años.

2

El comedor también estaba cambiado.

Yo me acordaba de aquella estancia como era antes, aunque nunca había comido allí. Había una chimenea marrón y las paredes tenían un color amarillo de bronce. Nunca supe si aquel olor había sido siempre así o si era el resultado de los años y del humo. En la pared había una pintura al óleo, también de «W. SANDFORD, PINTOR Y EBANISTA», que representaba la batalla de Tel-el-Kebir. Ahora lo habían decorado en una especie de estilo medieval. Una chimenea de ladrillo con asientos, una gran viga atravesando el techo y paneles de roble en las paredes, de un roble cuya falsedad se veía a cincuenta metros. La viga sí que era de roble macizo, y procedía probablemente de algún viejo velero, pero no cumplía ninguna función. Los paneles despertaron mis sospechas apenas los vi. Cuando me senté a la mesa, mientras el joven y eficiente camarero venía hacia mí jugando con la servilleta, deslicé la mano hacia atrás y golpeé la pared disimuladamente. En efecto: tal como había supuesto, aquello no era ni siquiera madera. Era algún tipo de material sintético pintado para imitar la madera.

Pero la comida no era mala. Tomé cordero con salsa de menta y me bebí una botella de vino blanco con nombre francés que me hizo eructar un poco pero que me animó. Había otra persona almorzando en el comedor, una mujer rubia de unos treinta años, que tenía aspecto de viuda. Me pregunté si se hospedaría en el George, y se me ocurrió vagamente la idea de ligar con ella. Es curioso cómo se mezclan las sensaciones dentro de uno. Yo seguía viendo fantasmas constantemente. El

pasado y el presente se superponían. Veía los días de mercado, los altos y fuertes granjeros sentados a la larga mesa, alborotando, golpeando el suelo de piedra con los clavos de sus botas y engullendo una cantidad de ternera con pasta que parecía imposible que pudiera caber en un cuerpo humano. Y veía las mesitas de ahora, con sus flamantes manteles blancos, con sus copas para el vino y sus servilletas plegadas, la decoración falsificada y el aire de prosperidad que se desprendía del conjunto, que borraban mis recuerdos una y otra vez. Y pensaba: «Tengo doce libras y llevo un traje nuevo. Soy el pequeño Georgie Bowling; ¿quién habría creído que volvería un día a Lower Binfield en mi propio coche?». Y el vino que había bebido hacía que me invadiese, partiendo del estómago, una cálida sensación, miraba de reojo a la mujer rubia y la desnudaba mentalmente.

Lo mismo me ocurrió por la tarde, cuando me senté un rato en el salón a tomarme una copa de coñac y fumarme un puro. También allí la decoración era de estilo medieval, pero había sillones de cuero de líneas aerodinámicas y mesas cubiertas de vidrio. Seguía viendo fantasmas, pero ello no me resultaba desagradable, sino al contrario. El caso es que estaba un poquito alegre, y esperaba que viniese por allí la señora rubia para entablar una conversación con ella. Pero no apareció. Estuve por allí hasta casi la hora del té, y entonces salí a la calle.

Fui paseando hacia la plaza y torcí a la izquierda. ¡La tienda! Qué curioso. Hacía veintiún años, el día del entierro de mi madre, había pasado por delante de ella en el coche de la estación, la había visto toda cerrada y polvorienta, con el rótulo borrado por un soplete, y me había importado un comino. Y ahora, después de tanto tiempo, cuando ya ni siquiera recordaba algunos detalles del interior de la casa, la idea de volver a verla me conmovía el corazón y las tripas.

Pasé por delante de la barbería. Era aún una barbería, aunque había cambiado de nombre. De su interior se escapaba un cálido olor a jabón y a almendras. Pero no era tan bueno como el antiguo olor de ron, de laurel y de tabaco de Latakia. La tienda —nuestra tienda— estaba veinte metros más abajo. ¡Ah!

Había un rótulo todo artístico —seguramente pintado por el mismo pintor que había hecho el del George—, suspendido perpendicularmente a la pared.

SALÓN DE TÉ WENDY
DESAYUNOS
PASTELES CASEROS

¡Un salón de té!

Supongo que si hubiese sido una carnicería, una quincallería o cualquier cosa excepto una tienda de granos y semillas, el cambio me habría causado el mismo sobresalto. Es absurdo que, por el hecho de haber nacido en una casa, uno sienta que tiene derechos sobre ella durante toda su vida, pero ocurre así. El lugar hacía honor a su nombre. En el escaparate, decorado con cortinas azules, se veían un par de pasteles de esos que están todos cubiertos de chocolate y tienen solo una nuez encima. Entré. No tenía ninguna gana especial de tomar el té, pero quería ver el interior.

Vi que habían convertido la tienda y lo que había sido la sala en salones con mesitas. El patio, donde teníamos el cubo de basura y donde mi padre cultivaba su huertecito de hierbas, estaba todo pavimentado y lleno de mesitas rústicas y macetas con hortensias. Pasé directamente a la antigua sala. ¡Más fantasmas! ¡El piano y los textos bíblicos enmarcados en las paredes, y los dos ajados sillones rojos donde mi padre y mi madre se sentaban, uno a cada lado de la chimenea, leyendo el *People* y el *News of the World* los domingos por la tarde!

La sala estaba decorada en un estilo aún más antiguo que el

del George, con mesas de patas de hierro forjado y una araña de hierro forjado, platos de peltre colgando de la pared y no sé cuántos trastos más. ¿Se han fijado en lo oscuros que están siempre estos salones de té tan sofisticados? Supongo que ello forma parte del clima de antigüedad. Y, en lugar de una camarera normal, había allí una mujer joven envuelta en una especie de bata estampada que me recibió con expresión agria. Le pedí un té y tardó diez minutos en traérmelo. Ya saben ustedes el té que dan en estos sitios, té chino, tan flojo que parece agua antes de mezclarlo con la leche. Yo estaba sentado casi exactamente donde estaba antes el sillón de mi padre. Casi podía oír su voz leyendo un «trozo», como él decía, del *People*, que trataba de las nuevas máquinas de volar o del tipo que fue tragado por una ballena. Tenía la curiosa sensación de que había entrado en aquel lugar bajo un pretexto, y de que, en cuanto descubriesen quién era, podían echarme de él. Pero al mismo tiempo sentí la necesidad de decirle a alguien que yo había nacido allí, que yo era de aquella casa, o mejor, tal como lo sentía realmente, que aquella casa era mía. No había nadie más que yo en el salón. La chica de la bata estampada estaba de pie, sin hacer nada, junto al escaparate, y se notaba que, de no haber estado yo allí, se habría puesto a limpiarse los dientes con un palillo. Mordí una de las rebanadas de pastel que me había servido. ¡Pasteles caseros! Sí, hechos en casa con margarina y aroma de huevo. Finalmente, cedí a la necesidad de hablar y le dije a la chica:

—¿Hace mucho que vive usted en Lower Binfield?

Ella se sobresaltó, puso cara de sorpresa y no respondió. Volví a intentarlo.

—Yo había vivido aquí, hace mucho tiempo.

De nuevo no hubo respuesta, o solo algo que no oí bien. Me dirigió una mirada helada y se puso otra vez a observar la calle. Me di cuenta de lo que pasaba. Era demasiado fina para

entablar conversación con los clientes. Además, debía de pensar que estaba tratando de ligar con ella. ¿De qué serviría decirle que yo había nacido en aquella casa? Aunque se lo creyese, no le interesaría. Ella nunca había oído hablar de Samuel Bowling, vendedor de granos y semillas. Pagué y me fui.

Paseando, me encaminé a la iglesia. Una cosa que en parte temía y en parte deseaba era ser reconocido. Pero no había peligro: no vi por las calles ni una sola cara conocida. Parecía como si la ciudad entera hubiese cambiado de población.

Cuando llegué a la iglesia, me di cuenta de por qué se había hecho necesario un cementerio nuevo. El que había allí estaba abarrotado. En muchas tumbas había nombres que yo no conocía, pero los conocidos no fueron difíciles de encontrar. Paseé por entre las tumbas. Hacía poco que el sacristán había segado la hierba, y también allí olía a verano. Toda la gente mayor que yo había conocido había muerto ya. Gravitt, el carnicero, Winkle, el otro vendedor de granos, Trew, el antiguo dueño del George, la señora Wheeler de la tienda de dulces, todos yacían allí. Shooter y Wetherall estaban uno frente al otro a ambos lados del sendero, como si aún estuviesen cantando el uno contra el otro desde ángulos opuestos de la iglesia. Por fin, Wetherall no había llegado a los cien. Había nacido en 1843 y había «abandonado esta vida» en 1928. Pero había ganado a Shooter, como de costumbre. Shooter había muerto en 1926. ¡Lo bien que debió de pasarlo el viejo Wetherall durante aquellos últimos dos años, cantando sin competencia! También estaba allí el viejo Grimmett, en una enorme tumba de mármol cuya forma recordaba bastante la de un pastel de ternera, con una barandilla de hierro alrededor; y en un rincón había toda una tribu de Simmons bajo pequeñas cruces baratas. Todos convertidos en polvo. El viejo Hodges, con sus dientes color de tabaco, y Lovegrove, con su frondosa

barba castaña, lady Rampling, el cochero y el lacayo, la tía de Harry Barnes, la que llevaba un ojo de cristal, Brewer, el del molino, con su perfil de cascanueces y su expresión malévola... De ninguno de ellos quedaba nada excepto una losa de piedra y Dios sabe qué debajo.

Vi la tumba de mi madre, y junto a ella la de mi padre. Las dos estaban bastante bien cuidadas. El sacristán debía de cortar la hierba regularmente. Un poco más allá estaba la del tío Ezequiel. Buena parte de las tumbas más antiguas habían sido reformadas y arregladas todas por un igual, y habían desaparecido las viejas lápidas de madera, que parecían cabeceras de cama. ¿Qué se siente al ver la tumba de los padres al cabo de veinte años? No sé lo que se debería sentir, pero les diré lo que yo sentí. Nada absolutamente. Porque mi padre y mi madre nunca se han borrado de mi memoria. Es como si existiesen en algún lugar, en una especie de eternidad, mi madre detrás de la tetera marrón y mi padre con la cabeza calva y enharinada, sus gafas y su bigote gris, inmóviles para siempre como en una fotografía, pero vivos en cierta manera. Aquellas cajas llenas de huesos enterradas en el cementerio no me parecían tener relación alguna con ellos. Al encontrarme allí, me puse a pensar, sencillamente, qué siente uno cuando está bajo tierra, si a uno le preocupa mucho la cosa y cuánto tarda en dejar de preocuparse. Súbitamente, cayó sobre mí una gran sombra y me asusté un poco. Miré por encima del hombro. Era solo un bombardero que se había interpuesto entre el sol y yo. La ciudad parecía estar plagada de aquellos aviones.

Entré en la iglesia. Creo que fue la primera vez, desde que llegué a la ciudad, que dejé de tener aquella sensación fantasmal de encontrarme en un lugar distinto, o, mejor dicho, la tuve pero de manera diferente. Porque allí no había cambiado nada. Nada, excepto que la gente de antes ya no

estaba. Hasta los cojines de arrodillarse parecían los mismos. Y se respiraba aquel mismo olor a cadáver, polvoriento y dulzón. Y allí estaba el mismísimo agujero del ventanal de hacía veinticinco años, aunque, como era por la tarde y el sol estaba del otro lado, no se veía la mancha de luz subiendo por el suelo. Aún tenían bancos; no los habían cambiado por sillas. Allí estaba nuestro banco, y allá estaba el de delante de todos, donde Wetherall bramaba contra Shooter. ¡Sijón rey de los Amorreos, y Og, rey de Basán! Y allá estaban también las desgastadas losas del suelo, donde aún se podían leer a trozos los epitafios de las personas enterradas debajo. Me puse en cuclillas para mirar el que estaba al lado de nuestro banco. Aún me sabía de memoria los trozos legibles. Hasta el aspecto general de la inscripción parecía grabada en mi memoria. Sabe Dios cuántas veces la había leído durante el sermón.

> «Aquí..... hijo de ..... de esta parroquia .... su justa y ejemplar A sus ..... numerosas cualidades añadió una diligente .... amada esposa Amelia, con ..... siete hijas.....

Recordé cómo me intrigaban de niño las S. Me preguntaba si en aquellos tiempos pronunciarían aquella S como F, y, si era así, por qué.

Oí pasos detrás de mí y levanté la mirada. A mi lado estaba un hombre con sotana. Era el vicario.

Era el vicario, el que yo había conocido siendo muchacho, el viejo Betterton. No podía decir que le recordase desde mi más tierna infancia, pero había sido vicario desde 1904 o algo así. Lo reconocí enseguida, aunque tenía el pelo completamente blanco.

Él no me reconoció a mí. Yo era solo un visitante gordo con un traje azul que hacía un poco de turismo por allí. Me saludó y entabló enseguida la conversación habitual. Que si yo estaba interesado en la arquitectura, que si aquel era un edificio muy antiguo, cuyos cimientos se remontaban a la época sajona, etcétera, etcétera. Y pronto se puso a pasear de aquí para allá enseñándome las cosas notables: un arco normando a la entrada de la sacristía, una efigie de bronce de sir Roderick Bone, que murió en la batalla de Newbury, etcétera, etcétera. Yo le seguí con ese aire de perro apaleado que tienen siempre los hombres de negocios de edad madura cuando se les muestra una iglesia o una exposición de pintura. Claro que yo podía haberle dicho que ya conocía todo aquello. Podía haberle dicho que yo era Georgie Bowling, hijo de Samuel Bowling —aunque no se hubiese acordado de mí, ciertamente habría recordado a mi padre—, y que no solo había escuchado sus sermones durante diez años y recibido de él la preparación para la confirmación, sino que incluso había pertenecido al Círculo de Lecturas de Lower Binfield y había leído trozos de *Sésamo y Lirios* solo para darle gusto. Pero no lo hice. Me limité a seguirle de un sitio para otro, murmurando esas cosas que uno murmura cuando le explican que esto o aquello tiene quinientos años de antigüedad y a uno no se le ocurre qué demonios decir, excepto «pues nadie lo diría». Desde el momento en que lo vi, tenía decidido dejarle creer que yo era un extraño. Y, tan pronto como pude hacerlo sin resultar grosero, eché seis peniques en el cepillo de gastos de la iglesia y me fui. Pero ¿por qué? ¿Por qué no establecer contacto, ahora que por fin había encontrado a alguien que conocía?

Porque el cambio que observé en el vicario al cabo de veinte años me había asustado. Ustedes pensarán que lo había encontrado muy envejecido. Pues no. ¡Lo encontré más joven!

Aquello, inesperadamente, me hizo darme cuenta de una

cosa que no sabía acerca del paso del tiempo.

Supongo que por entonces el viejo Betterton tendría unos sesenta y cinco años, así que, cuando yo dejé de verle, debía de tener cuarenta y cinco, la edad que yo tenía ahora. Cuando enterró a mi madre, su cabello era gris a mechones, como una brocha de afeitar, y ahora era completamente blanco. Y, sin embargo, tan pronto como le vi, lo primero que noté fue que parecía más joven. Yo le recordaba como un hombre viejísimo, y en realidad no lo era tanto. En aquel momento me di cuenta de que, cuando era niño, todas las personas de más de cuarenta años me parecían ancianos decrépitos, tanto que apenas había diferencias entre ellos. Y un hombre de cuarenta y cinco años me parecía entonces más viejo de lo que me parecía ahora aquel dinámico sesentón. Y yo tenía cuarenta y cinco años ahora. ¡Dios mío! Estaba asustado.

Así que esto es lo que les parezco yo a los chavales de veinte años, pensé, mientras me alejaba por entre las tumbas. Un pobre viejo. Un hombre acabado. Qué curioso. Hasta aquel momento, no me había preocupado en absoluto por mi edad. ¿Por qué había de hacerlo? Estoy gordo, pero soy fuerte y sano. Puedo hacer todo lo que me apetece hacer. Una rosa tiene para mí el mismo perfume que cuando tenía veinte años. Ah, pero ¿le parezco yo el mismo a la rosa? Como una respuesta, una chica de unos dieciocho años se acercaba por el sendero. Tenía que pasar a un metro o dos de mí. Vi la mirada que me dirigió, una mirada fugaz, de un segundo de duración. No había en ella rastro de temor u hostilidad; era impersonal, remota, como la de un animal salvaje cuando se cruza casualmente con la de uno. Aquella chica había nacido y crecido en aquellos veinte años que yo llevaba ausente de Lower Binfield. Todos mis recuerdos habrían carecido de sentido para ella. Vivía en un mundo diferente del mío, como un animal.

Volví al George. Quería beber algo, pero el bar no abría

hasta dentro de media hora. Me entretuve en el salón un rato, leyendo un número de *Sporting and Dramatic* del año pasado, y entonces apareció la señora rubia, la que me había parecido que era viuda. Sentí una súbita y desesperada ansiedad por entablar relación con ella. Quería demostrarme a mí mismo que aún era joven, a pesar de la dentadura postiza. Al fin y al cabo, pensé, si ella tiene treinta años y yo cuarenta y cinco, la cosa no es tan desproporcionada. Yo estaba de pie junto a la chimenea apagada, en posición de calentarme el trasero, como se hace en un día de verano. Con el traje azul, no estaba mal del todo. Un poco gordo, pero distinguido. Un hombre de mundo. Podía pasar por un corredor de bolsa. En el tono más fino que encontré, le dije, como quien no quiere la cosa:

—Hace un tiempo magnífico para junio...

Era una frase bien inofensiva, ¿no creen? No era aquello de «¿No nos hemos visto en alguna parte?».

Pues no dio resultado. Ella no respondió. Se limitó a bajar un poco el periódico que estaba leyendo y a dirigirme una mirada capaz de romper una ventana. Fue terrible. Tenía aquella clase de ojos azules que le atraviesan a uno como una bala. En aquella fracción de segundo me di cuenta de que me había hecho una idea equivocada de ella. No era de esas viudas que se tiñen el pelo y les gusta que las lleven a bailar. Pertenecía a la alta clase media; debía de ser hija de un almirante o algo así, y habría ido a una de esas escuelas buenas en las que las chicas juegan a hockey. Y me había hecho también una idea equivocada de mí mismo. Con traje nuevo o sin él, yo no podía pasar por un corredor de bolsa. Parecía solo un viajante de comercio con un poco de dinero. Emprendí la retirada y me fui al bar privado del hotel a tomarme una mediana o dos antes de cenar.

La cerveza no era la misma de antes. Me acuerdo de la antigua y excelente cerveza del valle del Támesis, que tenía

cierto regusto porque la hacían con agua calcárea. Le pregunté a la camarera:

—¿Todavía son los Bessemer los dueños de la cervecería?

—¿Los Bessemer? Uy, no, señor, ya no están. Ya hace años que se fueron, antes de venir nosotros aquí.

Era una chica amable, el tipo de camarera que yo llamo «tipo hermana mayor». Rayaba en los treinta y cinco, tenía una expresión amable y los brazos musculosos que se les hacen a todas de tanto manejar la bomba de la cerveza. Me dijo el nombre del monopolio al que pertenecía ahora la cervecería. De hecho, ya podía habérmelo imaginado por el sabor. Los tres mostradores formaban un círculo, con tabiques de separación entre ellos. Enfrente, en el bar abierto al público, había dos hombres que jugaban a los dados, y en el otro mostrador había un tipo, al que yo no veía, que de cuando en cuando hacía algún comentario con voz sepulcral. La camarera apoyó sus gruesos codos en el mostrador y se puso a charlar conmigo. Yo le mencioné los nombres de toda la gente que conocía, pero a ella no le sonaba ninguno. Me dijo que solo llevaba cinco años en Lower Binfield. Ni siquiera había oído hablar del viejo Trew, el antiguo propietario del George.

—Yo he vivido aquí muchos años —le dije—. Hace ya mucho tiempo, antes de la guerra.

—¿Antes de la guerra? ¡Vaya! No parece tan mayor...

—Habrá notado muchos cambios, ¿no? —dijo el hombre del mostrador.

—Sí, el pueblo ha crecido mucho —respondí—. Son las fábricas, supongo.

—Sí, claro, casi todo el mundo trabaja en las fábricas. Está la fábrica de gramófonos y la de las medias Truefitt. Pero ahora en esta fabrican bombas, claro.

Yo no veía en absoluto lo claro de la cosa, pero la camarera me contó de un chico que trabajaba en la fábrica Truefitt y que

a veces venía al George, y que le había dicho que fabricaban las dos cosas, medias y bombas, porque eran, por alguna razón que no comprendí, fáciles de combinar. Y me habló también del gran aeródromo militar que había cerca de Walton —lo cual explicaba la presencia constante de los grandes bombarderos—, y al cabo de un momento ya estábamos hablando de la guerra, como no podía ser menos. Qué ironía. Yo que había ido allí precisamente para escapar de la guerra. Pero ¿cómo se puede escapar de la guerra, si está en el aire que respiramos?

Yo dije que sería en 1941. El tipo del mostrador declaró que, si le preguntaban a él, sería un mal asunto. La chica dijo que solo de pensarlo se le ponía la carne de gallina.

—Pero ya no parece que haya remedio, ¿verdad?, con todo lo que ha pasado y todo lo que dicen... A veces no puedo dormir por la noche y oigo pasar uno de estos aviones tan grandes y me digo: «¿Y si este tirase una bomba ahora, justo encima de mí?». Y todo esto de la Defensa Pasiva, y la señorita Todgers, que es la jefe, que dice que no pasará nada si la gente no pierde la cabeza y tapan las ventanas con papel de periódico. Y dicen que van a hacer un refugio debajo del ayuntamiento. Pero yo lo que digo es ¿cómo se le va a poner una careta antigás a un niño pequeño?

El tipo del mostrador dijo que había leído en el periódico que había que meterse en una bañera llena de agua caliente hasta que pasase todo. Los tipos del bar público le oyeron y se pusieron a discutir, en broma, sobre cuántas personas cabían en una bañera, y los dos le preguntaron a la chica si les dejaría meterse en la suya con ella. Ella les dijo que no se pusieran impertinentes, fue al otro extremo del bar y les llenó otras dos jarras. Bebí un sorbo de la mía. La cerveza era mala. Amarga, la llaman, y ya lo creo que era amarga; tenía incluso una especie de sabor a azufre. Son los procesos químicos de fabricación. Dicen que el lúpulo inglés no se usa ya para hacer

cerveza, sino que se emplea todo para fabricar productos químicos, y que después elaboran la cerveza a base de estos productos. Me encontré pensando en el tío Ezequiel, en lo que habría dicho él de una cerveza como aquella, en lo que habría dicho de la Defensa Pasiva y de los que explicaban la manera de apagar las bombas termitas con cubos de arena. Cuando la camarera volvió a mi lado de mostrador, le pregunté:

—Por cierto, ¿quién vive en el palacio ahora?

Siempre la habíamos llamado «el palacio», aunque su nombre era Binfield House. Por un momento, no pareció entender.

—¿El palacio, señor?

—Se refiere a Binfield House —dijo el tipo del mostrador.

—¡Ah, Binfield House! Nunca la había oído llamar así. Pues ahora es propiedad del doctor Merrall.

—¿Del doctor Merrall?

—Sí, señor. Dicen que hay más de sesenta enfermos allí arriba.

—¿Enfermos? ¿Lo han convertido en hospital o algo así?

—Pues no es exactamente un hospital. Es un sanatorio, más bien. Son enfermos mentales. Es lo que llaman un sanatorio mental.

¡Un manicomio!

Pero, después de todo, ¿qué otra cosa se podía esperar?

3

Al día siguiente me levanté muy mal. Tenía mal sabor de boca y me crujían los huesos. El caso era que, entre la botella de vino del almuerzo, la de la cena y varias medianas por la tarde, además de uno o dos coñacs, el día anterior había bebido demasiado. Me quedé unos minutos plantado en medio de la habitación, con la mirada perdida y demasiado atontado para moverme. Ya saben ustedes ese horrible estado de ánimo con el que uno se levanta algunos días. Consiste sobre todo en una sensación especial en las piernas, y además en algo que le dice a uno, mucho más claro que cualquier voz: «¿Por qué demonios sigues adelante? Déjalo, hombre. Pégate un tiro».

Me puse la dentadura y me asomé a la ventana. Era otro hermoso día de junio. El sol comenzaba a caer oblicuamente en los tejados y a iluminar las fachadas del otro lado de la calle. Los geranios rosas de las ventanas causaban un bonito efecto. Aunque eran solo las ocho y media aproximadamente, y aquella calle era solo una travesía de la plaza del Mercado, había mucha gente yendo y viniendo. Se veían muchos hombres con aspecto de oficinistas, con trajes oscuros y carteras de documentos, que andaban apresuradamente, todos en la misma dirección, exactamente como si aquello fuese un suburbio de Londres y se apresurasen para no perder el tren. Los colegiales iban hacia la plaza en grupos de dos o tres. Me asaltó el mismo sentimiento del día anterior, cuando vi la jungla de casitas rojas que había inundado la colina de Chamford. ¡Malditos intrusos! Veinte mil forasteros que ni siquiera conocían mi nombre. Allí estaba toda aquella vida

nueva agitándose de aquí para allá, y allí estaba yo, un pobre gordito ya mayor con dentadura postiza, mirándolos desde una ventana y rumiando historias que a nadie interesaban sobre cosas que pasaron hacía treinta o cuarenta años.

¡Señor! Pensé que no era que yo viese fantasmas, sino que el fantasma era yo. Ellos eran los que estaban vivos, y yo el muerto.

Pero después del desayuno —merluza, riñones al horno, tostadas con mermelada y café— me sentí mejor. La digna señora no estaba. El aire era ya agradablemente estival, y no podía evitar pensar que con el traje azul tenía aspecto distinguido. Qué demonio, pensé, si soy un fantasma pues soy un fantasma. Me pasearé, rondaré los antiguos lugares. Y quizá pueda echarle el mal de ojo a alguno de esos cabrones que me han robado el pueblo donde nací.

Me puse en camino, pero apenas me acercaba a la plaza me detuve por algo que no había esperado ver. Bajaba por la calle un grupo de unos cincuenta colegiales, en formación de cuatro en fondo, con aire marcial, siguiendo a una mujer de expresión adusta que los dirigía como un sargento. Los cuatro de delante llevaban una pancarta ribeteada de rojo, blanco y azul, con la inscripción ESTAD PREPARADOS en grandes letras. El barbero de la esquina había salido a la puerta a verlos. Era un tipo de pelo negro y brillante y cara inexpresiva. Le pregunté:

—¿Qué hacen estos chavales?

—Son las prácticas para la alarma aérea —me explicó vagamente—. La Defensa Pasiva. Hacen no sé qué ensayos. Esa es la señorita Todgers.

Podría haber adivinado que era la señorita Todgers. Lo llevaba escrito en la cara. Pertenecía a ese tipo de solteronas avinagradas de pelo gris y cara apergaminada que mandan siempre los grupos de Chicas Guías, dirigen los albergues de la YWCA y otras cosas de este estilo. Llevaba una falda y una

blusa que, sin serlo, tenían todo el aspecto de un uniforme y le daban a uno la fuerte sensación de que llevaba correajes. Yo me había encontrado con mujeres como aquella. Habían estado en el Cuerpo Auxiliar Femenino cuando la guerra, y en su vida lo habían pasado tan bien. Aquello de la Defensa Pasiva era una golosina para ellas. Mientras los niños desfilaban, la oí gritar, en el mismo tono que lo haría un sargento de verdad, «¡Mónica! ¡Levanta los pies!». Y vi que los cuatro niños de la cola llevaban otra pancarta ribeteada de rojo, blanco y azul con la inscripción:

NOSOTROS ESTAMOS PREPARADOS
¿Y VOSOTROS?

—¿Por qué les hacen pasear así? —le pregunté al barbero.

—No lo sé. Es como una propaganda.

Yo sí lo sabía. Hay que acostumbrar a los niños a la idea de la guerra. Hay que dar a todo el mundo la impresión de que no hay escapatoria, de que los bombarderos vendrán a la cita sin falta, así que a bajar al sótano todos y nada de hacer preguntas. Dos de los grandes aviones negros de Walton volaban por encima de la zona este de la ciudad. ¡Madre mía, pensé, cuando la cosa empiece no nos sorprenderá más que si se pusiese a llover! Todos estamos ya esperando la primera bomba. El barbero me dijo entonces que gracias a los esfuerzos de la señorita Todgers los niños de la escuela habían recibido ya sus caretas antigás.

Me puse a explorar la ciudad. Pasé dos días recorriendo uno a uno los viejos lugares, todos los que pude identificar. Y en todo aquel tiempo no me encontré con ningún conocido. Yo era un fantasma, y, aunque no fuese efectivamente invisible, me sentía como si lo fuese.

La impresión era muy extraña, demasiado extraña para ser

descrita. ¿Han leído ustedes un cuento de H. G. Wells que habla de un tipo que estaba en dos sitios a la vez? Es decir, en realidad estaba en su casa, pero tenía una especie de alucinación y creía estar al mismo tiempo en el fondo del mar. Daba vueltas por su habitación, pero en lugar de las mesas y sillas veía las ondulantes algas, los grandes cangrejos y las gibias que le salían al paso. Pues lo que me ocurría era algo así. Me pasé horas y horas recorriendo un mundo que no estaba allí. Bajaba por una acera contando los pasos y pensaba: «Sí, aquí es donde empezaba el campo de fulanito. El seto cruza la calle y atraviesa aquella casa. Este puesto de gasolina es un olmo, y aquí se acababan los huertos. Y esta calle (recuerdo que era una pequeña y triste hilera de casas semiseparadas llamada calle Cumberledge) es el camino por el que íbamos siempre con Katie Simmons, el que tenía seto a los dos lados». No hay duda de que calculaba mal las distancias, pero en general la reconstrucción era correcta. No creo que nadie que no haya nacido en Lower Binfield se creyese que aquellas calles eran campos hacía solamente veinte años. Era como si el campo hubiese sido sepultado por una especie de erupción volcánica surgida de los barrios extremos. La casi totalidad de lo que fueron las tierras del viejo Brewer habían sido absorbidas por el grupo de casas del ayuntamiento. El molino y la casa habían desaparecido. El estanque donde pesqué mi primer pez había sido drenado y rellenado, y habían construido encima, así que no pude siquiera recordar con exactitud dónde estaba. Todo eran casas, casas, casitas todas iguales como dados rojos, con setos de ligustro y caminos asfaltados hasta la puerta de cada una. Más allá de las casas del ayuntamiento, la ciudad se hacía menos densa, pero las excavadoras trabajaban ya intensamente. Y había pequeños núcleos de casas esparcidas aquí y allá, dondequiera que alguien había podido comprar un trozo de tierra, calles de aspecto provisional, solares vacíos con

letreros de las constructoras y campos abandonados llenos de maleza y de latas de conserva.

En cambio, el centro del antiguo pueblo no había cambiado mucho en lo referente a las casas. Muchas de las tiendas vendían aún las mismas cosas, aunque los nombres eran otros. Lilywhite's era aún una tienda de ropas, pero ya no tenía un aspecto tan próspero. Lo que había sido la carnicería de Gravitt era ahora una tienda de artículos de radio y electricidad. El pequeño escaparate de la señora Wheeler había sido tapiado. La tienda de Grimmett era aún de comestibles, pero ahora pertenecía a la Internacional. Le da a uno una idea del poder de estos grandes monopolios pensar que pudieron incluso tragarse a un viejo avaro tan listo como Grimmett. Pero, por lo que sabía de él —por no hablar de su llamativa sepultura—, me imagino que murió en plena prosperidad y con diez o quince mil libras que llevarse a la tumba. La única tienda que seguía en las mismas manos era Sarazins, los que arruinaron a mi padre. Esta cadena se había desarrollado mucho, y tenía otra importante sucursal al otro extremo de la ciudad. Vendía, además de granos y artículos para jardinería, muebles, medicinas y cuchillería.

Durante dos días, casi no hice más que pasear por aquí y por allá, sin llegar al extremo de gemir y arrastrar cadenas, pero sintiendo a veces el deseo de hacerlo. Además, bebía bastante. Apenas llegué a Lower Binfield, había comenzado a beber en exceso, y en los días siguientes siempre me parecía que los bares nunca abrían lo bastante pronto. Media hora antes de que lo hiciesen, yo ya estaba esperando con la lengua fuera.

Pero debo señalar que no estaba siempre del mismo humor. A veces me parecía que me importaba un comino el hecho de que Lower Binfield hubiese sido devorado. Al fin y al cabo, ¿para qué había ido allí excepto para escapar de la familia? No había ninguna razón para no hacer todas las cosas que tenía

intención de hacer, incluso ir a pescar si tenía ganas. Y el sábado por la tarde fui a la tienda de aparejos de pesca de la calle Mayor y me compré una caña de bambú (que había sido uno de los sueños de mi infancia; eran más caras que las de caña americana), anzuelos, tripa y todo lo demás. La atmósfera de la tienda me animó. Por mucho que cambie todo, los aparejos de pesca no cambian, porque, como es natural, los peces no cambian, y el vendedor no vio nada de extraño en el hecho de que un hombre maduro y gordo se comprase una caña de pescar. Al contrario, charlamos un rato sobre la pesca en el Támesis y sobre aquel cacho tan enorme que un tipo había pescado hacía dos años con una pasta hecha de pan moreno, miel y picadillo de conejo cocido. Hasta me compré —aunque no le dije al hombre para qué lo quería y apenas me lo confesé a mí mismo— el sedal para salmón más fuerte que tenían, y anzuelos del número 5, para pescar quizá aquellas grandes carpas de Binfield House, caso de que existiesen aún.

Me pasé casi toda la mañana del domingo dándole vueltas a la cosa. ¿Iba a pescar o no iba? En algunos momentos pensaba que por qué demonios no podía ir, y al momento siguiente me parecía que era solo una de aquellas cosas que uno sueña, pero no hace. Pero por la tarde cogí el coche y me dirigí a la presa de Burford, con la intención, simplemente, de echar una ojeada al río. Al día siguiente, si hacía buen tiempo, quizá cogería mis aparejos nuevos, me pondría la chaqueta vieja y los pantalones de franela gris y me iría todo el día de pesca. O tres o cuatro días, si tenía ganas.

Atravesé la colina de Chamford. Al pie de esta, la carretera hace un ángulo y sigue paralelamente el camino de sirga. Dejé el coche allí y seguí a pie. ¡Ah! Junto a la carretera había surgido un grupo de pequeños bungalows rojos y blancos. Podía habérmelo imaginado, desde luego. Y se veían muchos coches por el lugar. A medida que me aproximaba al río, oía

cada vez más claramente el inconfundible plonk-tidel-tidel-plonk, el sonido de varios tocadiscos.

Después de la curva, cogí el camino de sirga. ¡Dios mío! Otro sobresalto. El lugar estaba atestado de gente. Y donde antes estaban los prados había bares, máquinas tragaperras, puestos de dulces y helados... Aquello parecía Margate. Recuerdo cómo era antes aquel lugar. Uno podía andar por el camino durante kilómetros, y, aparte de los guardas de las fincas y de algún barquero que caminaba tranquilamente detrás de su caballo, nunca se veía un alma. Cuando íbamos a pescar allí, siempre teníamos la presa para nosotros solos. Muchas veces, cuando yo pasaba allí toda una tarde, veía una garza a la orilla del agua, a cincuenta metros de mí, y transcurrían a veces tres o cuatro horas sin que ninguna presencia humana la espantase. ¿Y de dónde había sacado yo la idea de que los hombres mayores no van a pescar? En las dos orillas, tan lejos como me alcanzaba la vista en ambas direcciones, había una hilera ininterrumpida de hombres que pescaban, uno cada cinco metros. Me pregunté por qué demonios habían venido todos allí, hasta que se me ocurrió que debían de pertenecer a algún club de pesca. Y el río estaba lleno de embarcaciones —barcas de remos, canoas, bateas, lanchas motoras— tripuladas por jovencitos semidesnudos, que gritaban todos a la vez y llevaban además, en muchos casos, un tocadiscos a bordo. Los flotadores de los pobres desgraciados que trataban de pescar se balanceaban arriba y abajo en las estelas que dejaban las embarcaciones.

Anduve un poco por allí. A pesar del hermoso día, el agua estaba sucia y agitada. Nadie pescaba nada, ni siquiera un ciprino. Me extrañaba que alguien esperase coger algo. Una multitud como aquella bastaba para espantar a todos los peces de la tierra. Además, al ver los flotadores balancearse arriba y abajo entre los envases de helados y las bolsas de papel, me pregunté si habría por allí algún pez que pescar. ¿Quedan aún

peces en el Támesis? Supongo que sí, pero estoy seguro de que el agua ya no es la misma de antes. Tiene un color completamente diferente. Claro, ustedes pensarán que es cosa de mi imaginación, pero les digo que no. Sé que no es la misma. Yo me acuerdo de cómo era antes el agua del Támesis, de un verde luminoso y muy transparente; se veían los bancos de albures nadando entre las cañas. Ahora no se ve el interior del agua a cuatro dedos de profundidad. Está toda marrón y sucia, cubierta de una película de gasolina procedente de los motores de los barcos, por no hablar de las colillas y de los papeles.

Al poco rato, me volví. No podía aguantar más el ruido de los tocadiscos. Claro que es domingo, pensé. En un día de cada día la cosa no sería tan terrible. Pero, de cualquier modo, sabía que no volvería allí. Que se queden con su maldito río y que se vayan a la mierda, pensaba. Vaya donde vaya a pescar, no será en el Támesis.

La multitud pasaba junto a mí; grupos de odiosos desconocidos, casi todos jóvenes, paseaban y reían. Había alegres parejas y un grupo de chicas con pantalones de pata de elefante y gorritos blancos como los que llevan los marinos americanos, con frases impresas. Una de las chicas que debía de tener unos diecisiete años llevaba escrito en el gorro BÉSAME, cosa que yo habría hecho con gusto. Siguiendo un impulso, fui a pesarme en una de las máquinas tragaperras, una de esas que le dicen a uno el futuro además del peso. Se oyó un ruido metálico en el interior y salió de la máquina una tarjeta.

> Está usted dotado de cualidades excepcionales, pero, debido a una excesiva modestia, no ha recibido el premio merecido. Sus subordinados no aprecian su capacidad en lo que vale. Tiene demasiada tendencia a quedarse en segundo término y a dejar que otros adquieran el prestigio que le correspondería a usted. Es usted

sensible, cordial y siempre fiel a sus amigos. Es extremadamente atractivo para el sexo opuesto. Su peor defecto es la generosidad. Persevere y llegará lejos. Peso: 88 kilos, 900 gramos.

En aquellos tres días, había aumentado un kilo y medio. Debió de ser la bebida.

4

Volví al George, dejé el coche en el aparcamiento y me tomé una segunda taza de té. Como era domingo, el bar no abriría hasta dentro de una hora o dos. Después, salí otra vez y me puse a pasear en dirección a la iglesia, gozando del frescor de la tarde.

Al cruzar la plaza del Mercado, me fijé en una mujer que caminaba pocos metros delante de mí. Tan pronto como la vi, tuve la seguridad de que la conocía de algo. Ya deben de conocer esa curiosa sensación. No le veía la cara, naturalmente, y no identificaba su figura de espaldas, pero podía jurar que la conocía.

La mujer subió por la calle Mayor y torció por una calle a la derecha, donde estaba en tiempos la tienda del tío Ezequiel. Me puse a seguirla. No sé exactamente por qué; en parte por curiosidad, y en parte por precaución. Al verla, lo primero que había pensado era que por fin me encontraba con una persona conocida de los viejos tiempos de Lower Binfield, pero casi al mismo tiempo se me ocurrió que era igualmente posible que fuese alguien de West Bletchley, en cuyo caso tenía que andarme con cuidado, porque si ella descubría que estaba allí probablemente se lo diría a Hilda. Así que la seguí con cuidado, manteniéndome a una distancia prudente y fijándome en ella tanto como podía. Su figura no tenía nada de especial. Era una mujer alta, más bien gruesa, de unos cuarenta o cincuenta años, que llevaba un vestido negro bastante ajado. No llevaba sombrero, como si solo hubiese salido un momento de casa, y por su forma de andar se notaba que llevaba los tacones muy

gastados. En conjunto, tenía un aspecto arrabalero. Seguía sin reconocer ningún rasgo de su figura, pero persistía la sensación de haberla visto antes. Era la forma de moverse, quizá. Se detuvo junto a una pequeña tienda de dulces y periódicos, de esas que siempre están abiertas los domingos. Su propietaria estaba de pie en el umbral, arreglando un soporte de postales. Se pusieron a charlar las dos.

Yo me detuve también, tan pronto como encontré un escaparate que me sirviese de coartada. Era una tienda de artículos de lampistería y decoración, y el escaparate estaba lleno de muestras de papel pintado, objetos para cuarto de baño y cosas de este tipo. En aquel momento yo estaba a menos de quince metros de las dos mujeres. Oía el murmullo de sus voces en una de esas insulsas conversaciones que tienen las mujeres cuando hablan solo para matar el rato.

—Sí, señora, sí. Ya lo creo. Y yo ya se lo dije, digo «¿pues qué te creías?». No hay derecho, ¿verdad que no? Pero es inútil. Es como hablar con la pared. ¡Tiene una caradura!

Y así durante un rato. Yo estaba cada vez más cerca de adivinar quién era. Era evidente que aquella mujer era la esposa de un pequeño tendero, lo mismo que la otra. Me preguntaba si sería por fin alguien que había conocido en Lower Binfield, cuando se volvió hasta quedar de cara a mí y la vi casi de frente. ¡Dios mío de mi vida! ¡Era Elsie!

Sí, era Elsie. No habría podido equivocarme. ¡Elsie! ¡Aquella gorda!

La cosa me causó una impresión tan enorme —no el hecho en sí de ver a Elsie, sino el ver en qué se había convertido— que por un momento se borraron de mi vista las cosas que tenía delante. Los grifos de bronce, los tapones automáticos y los lavabos de porcelana parecieron esfumarse en la distancia, de modo que los veía sin verlos. Por un momento, sentí pánico al pensar que ella podía reconocerme. Pero me había mirado de

frente y su expresión y actitud no se habían alterado. Al cabo de un momento, se despidió de la otra y siguió su camino. Continué siguiéndola. Era peligroso, porque podía darse cuenta y ponerse a pensar quién era yo, pero necesitaba volver a mirarla. Ejercía una especie de fascinación sobre mí. Claro que ya la había estado mirando durante un rato, pero entonces lo hacía con ojos muy diferentes de los de ahora.

Aquella visión era horrible, pero sentí como una especie de interés científico por observar aquella figura de espaldas. Es espantoso ver las cosas que le pueden pasar a una mujer en veinticuatro años. Solo veinticuatro años y la chica que yo había conocido, de piel blanca como la leche, labios rojos y cabellos de color oro pálido, se había convertido en aquella mujeruca alta y de hombros caídos que se bamboleaba sobre sus tacones torcidos. Me hizo sentir muy satisfecho de ser un hombre. Ningún hombre queda nunca tan totalmente destruido. Yo estoy gordo, lo admito; mi figura no es hermosa, si ustedes quieren, pero al menos tengo una figura. Elsie no estaba siquiera especialmente gorda; estaba simplemente informe. Sus caderas se habían deformado horrorosamente y su cintura había desaparecido. Su cuerpo era una especie de cilindro irregular y blando, como un saco de harina.

La seguí durante un buen rato, mientras salía del casco antiguo y se metía por un buen número de feas callecitas que yo no conocía. Finalmente, entró en otra tienda. Por su actitud, era evidente que esa tienda era la suya. Me detuve un momento delante del escaparate. «G. Cookson, Tabacos y Dulces», decía el rótulo. Así que Elsie era la señora Cookson. Era una tiendecita mugrienta, parecida a la otra donde se había detenido antes, pero más pequeña y bastante más siniestra. Parecía que vendían solo tabaco y los dulces más baratos. Pensé qué podría comprar como pretexto para entrar. Y tardé en decidirme. Por fin vi en el escaparate una hilera de pipas

baratas. Hube de hacer acopio de valor antes de decidirme, porque, si por alguna casualidad ella me reconocía, tendría que improvisar una buena serie de mentiras. Ella había desaparecido en la trastienda, pero salió cuando golpeé el mostrador. Estábamos frente a frente. ¡Ah! Ni un gesto. No me reconoció. Se limitó a mirarme de la forma habitual en estos casos, de la manera que los pequeños tenderos miran a sus clientes: con absoluta indiferencia.

Era la primera vez que le veía bien la cara, y, aunque ya estaba preparado para lo que vi, la impresión fue casi tan fuerte como en aquel primer momento en que la reconocí. Me imagino que observando la cara de una persona joven, incluso de un niño, se debe de poder prever cómo será de mayor. Es cuestión de tener en cuenta la forma de los huesos. Pero, aun suponiendo que se me hubiera ocurrido, cuando yo tenía veinte años y Elsie veintidós, preguntarme cómo sería ella a los cuarenta y siete, no habría imaginado siquiera que pudiese nunca volverse así. Tenía toda la cara como caída, como estirada hacia abajo. ¿Saben ustedes ese tipo de mujer de mediana edad que tiene exactamente cara de bulldog? Tenía la mandíbula fuerte y prominente, los extremos de la boca curvados hacia abajo, los ojos hundidos, con bolsas debajo, exactamente como un bulldog. Y sin embargo era la misma cara de antes, la habría reconocido entre un millón. Su cabello no era completamente gris, sino de una especie de color sucio, y era mucho menos abundante de lo que había sido. Ella no me reconoció en absoluto. Yo era un cliente cualquiera, un extraño, un hombre gordo sin ningún interés. Es curioso lo que hace un dedo o dos de grasa. Me pregunté si yo había cambiado aún más que ella o si era simplemente que ella no esperaba verme, o si —como era muy probable, lo más probable— había olvidado totalmente mi existencia.

—... tardes —dijo, con la desgana propia del caso.

—Quisiera una pipa —dije con voz neutra—. Una pipa de brezo.

—Una pipa. A ver, a ver. Sí que tenemos unas pipas por aquí. A ver dónde... Ah, aquí están.

Sacó de debajo del mostrador una caja de cartón llena de pipas. ¡Qué forma de hablar tan vulgar tenía ahora! ¿O era solo imaginación mía, porque me movía en un ambiente superior? Pero no, ella antes era una chica muy fina, como todas las dependientas de Lilywhite's, y había sido miembro del Círculo de Lecturas del vicario. Antes no hablaba en aquel tono, estaba seguro. Parece mentira cómo se echan a perder estas mujeres al casarse. Revolví en la caja de pipas un momento, fingiendo mirarlas. Finalmente dije que me gustaría ver una con boquilla de ámbar.

—¿De ámbar? No sé si tenemos ninguna.

Se volvió hacia la trastienda y gritó:

—¡Geor-ge!

Así que el otro tipo también se llamaba George. De la trastienda llegó un «¿Mmm?».

—¡Geor-ge! ¿Dónde pusiste la otra caja de pipas?

George salió a la tienda. Era un hombre bajo y algo grueso, de cabeza calva, con un bigote grande y caído, de color naranja. Iba en mangas de camisa. Movía la mandíbula inferior con un movimiento rumiante; era evidente que le habíamos cogido a medio tomar el té. Los dos se pusieron a buscar por la tienda la otra caja de pipas. Pasaron unos cinco minutos antes de que la encontrasen, detrás de unos frascos de dulces. Es increíble lo desordenadas que llegan a estar estas pobres tiendecitas en que todas las existencias no valen más allá de cincuenta libras.

Yo observaba a la buena de Elsie mientras revolvía trastos murmurando cosas entre dientes. ¿Se han fijado en los gestos de una mujer mayor cuando va de aquí para allá buscando algo

que ha perdido, toda encorvada? Es inútil que intente explicarles lo que sentía. Una especie de desolación, de frío mortal. No pueden comprenderlo a menos que lo hayan vivido. Todo lo que les puedo decir es que, si hay alguna chica a la que quisieron hace veinte años, vayan a ver cómo es ahora, y entonces quizá sabrán lo que yo sentí.

Pero, aparte de esta sensación, pensaba también en cómo las cosas acaban de manera diferente de lo que uno esperaba. Yo lo había pasado tan bien con Elsie... Aquellas noches de julio bajo los castaños... ¿No era para pensar que aquello dejara algún tipo de huella? ¿Quién habría dicho que llegaría un día en que no sentiríamos absolutamente nada el uno por el otro? Allí estábamos los dos, a un metro de distancia, y éramos tan extraños el uno para el otro como si nunca nos hubiésemos conocido. Ella ni siquiera me había reconocido. Si le hubiera dicho quién era, es probable que no me hubiese recordado tampoco. Y, si me hubiera recordado, ¿qué habría sentido? Nada. Probablemente, ni siquiera sentiría ya rencor porque la había dejado. Era como si todo lo pasado no hubiese ocurrido nunca. Y, además, ¿quién habría dicho que Elsie acabaría así? Antes parecía más bien el tipo de chica que acabaría mal. Sé que hubo al menos un hombre antes que yo, y es de suponer que hubo otros varios entre yo y el segundo George. No me sorprendería que hubiesen sido una docena en total. Yo me porté mal con ella, eso estaba fuera de toda duda, y muchas veces he tenido remordimientos. Elsie acabará en la calle, pensaba, o se matará con el gas. A veces pensaba que me había portado como un cerdo, pero otras veces me decía (y era cierto) que si no hubiese sido yo habría sido algún otro. Pero ya saben lo que son las cosas, cómo ocurren de manera tonta y sin sentido. ¿Cuántas mujeres acaban efectivamente en la calle? La mayoría acaban, sencillamente, echadas a perder. Ella no había acabado mal, ni bien tampoco. Había acabado como todo

el mundo, convertida en una mujer mayor y gorda que atendía una tiendecita descuidada, con un marido de bigote pelirrojo llamado George. Probablemente tenía también una sarta de niños. La señora Cookson. Vivía de forma respetable, y cuando muriese alguien la lloraría. Con un poco de suerte, hasta moriría sin conocer la ruina.

Encontraron la otra caja de pipas. Como era de esperar, no había ninguna con boquilla de ámbar.

—Me parece que no tenemos ninguna de ámbar en este momento. Pero tenemos unas de vulcanita que están muy bien.

—Es que quería una de ámbar —dije.

—Aquí hay unas muy bonitas —dijo ella, enseñándome una —. Esta está muy bien. Vale media corona.

La cogí. Nuestros dedos se rozaron. Nada, ninguna reacción. Los cuerpos no tienen memoria. Ustedes creerán que acabé comprando aquella pipa en recuerdo de los viejos tiempos, para poner media corona en el bolsillo de Elsie. Pero no. No me interesaba la pipa. No tengo costumbre de fumar en pipa; había sido solo una excusa para entrar en la tienda. La examiné un momento y la dejé sobre el mostrador.

—Es igual, no se preocupe —dije—. Deme una cajetilla pequeña de Players.

Tenía que comprar algo, después de marearles tanto. George segundo —o quizá fuese el tercero o el cuarto— extrajo con brusquedad un paquete de Players del estante, masticando aún bajo el bigote, evidentemente malhumorado porque le había hecho dejar el té para nada. Pero me pareció que no tenía sentido ninguno tirar media corona. Salí de la tienda, y esa fue la última vez que vi a Elsie.

Volví al George y cené allí. Después salí, con la vaga intención de ir al cine en caso de que hubiese alguno abierto, pero en lugar de eso entré en uno de los grandes y ruidosos bares de la parte nueva de la ciudad. Allí me encontré con dos

tipos de Staffordshire que viajaban para una casa de cuchillería, y nos pusimos a hablar del negocio, a jugar a los dardos y a beber Guinness. A la hora de cerrar, estaban los dos tan borrachos que tuve que acompañarlos a casa en un taxi. Yo estaba también bastante trompa, y a la mañana siguiente me levanté con la cabeza más cargada que nunca.

5

Pero tenía que ir al estanque de Binfield House.

Me encontraba realmente mal aquella mañana. Lo cierto era que, desde que llegué a Lower Binfield, había estado bebiendo casi continuamente, durante todas las horas que estaban abiertos los bares. La razón, aunque no se me ocurrió hasta entonces, era que en realidad no había tenido nada más que hacer. Hasta el momento, el balance de mi viaje eran tres días de borrachera. Al igual que la otra mañana, me arrastré hacia la ventana y contemplé los sombreros hongos y las gorritas escolares que se afanaban de aquí para allá. Mis enemigos, pensé. El ejército invasor que había saqueado el pueblo y cubierto las ruinas de colillas y papelotes. Me pregunté por qué me preocupaba tanto. Me imagino que ustedes pensarán que si me había disgustado encontrar Lower Binfield hinchado y convertido en una especie de Dagenham era solo porque me molestaba ver la tierra cada vez más poblada y el campo convertido en ciudad. Pero no es esto en absoluto. A mí no me preocupa que las ciudades crezcan, mientras lo que hagan sea crecer y no simplemente extenderse, como manchas de salsa en un mantel. Sé que la gente tiene que vivir en alguna parte, y que si una fábrica no está en un sitio estará en otro. En cuanto al pintoresquismo, lo falsamente rústico, los paneles de roble, los platos de peltre, los mundillos de cobre y las historias de este tipo sencillamente me ponen enfermo. Fueran lo que fuesen las cosas de antes, no eran pintorescas. A mi madre no le habrían hecho ninguna gracia los muebles con que Wendy había llenado nuestra casa. No le gustaban las mesas con patas

de hierro, decía que «uno se pillaba las piernas todo el rato». En cuanto al peltre, no quería en casa nada de «esa cosa grasienta». Y, sin embargo, digan ustedes lo que quieran, hay algo que sí teníamos en aquellos tiempos y que no tenemos ahora, algo que probablemente no se puede encontrar en un *snack bar* de líneas aerodinámicas con la radio a todo gas. Yo había vuelto a Lower Binfield a buscarlo y no lo había encontrado. Pero aún no había perdido del todo la esperanza, ni siquiera en aquellos momentos, en que no me había puesto aún la dentadura y el estómago me pedía a gritos una taza de té y una aspirina.

Y así me puse a pensar otra vez en el estanque de Binfield House. Después de ver lo que habían hecho con el pueblo, tenía una sensación que solo puede definirse como miedo ante la idea de ir a ver si el estanque aún existía. Pero era posible que existiese, no había ninguna razón clara para que hubiese desaparecido. La ciudad estaba ahogada bajo una capa de ladrillo rojo, nuestra casa estaba llena de Wendy y sus cacharros, el Támesis estaba envenenado con gasolina y basura, pero quizá el estanque estaba aún allí, con los grandes peces negros nadando en sus aguas. Quizá, incluso, estaba aún escondido en el bosque sin que nadie lo hubiese descubierto. Era perfectamente posible, porque el bosque que lo ocultaba era muy espeso, y estaba lleno de frambuesos y de maleza podrida (en aquel lugar las hayas dejaban paso a los olmos, con lo cual la maleza era aún más espesa), y era un lugar que parecía interesante. Cosas más raras se han visto.

No me puse en camino hasta bastante tarde. Debían de ser las cuatro y media cuando cogí el coche y subí con él por la carretera de Upper Binfield. A media altura de la colina, las casas se espaciaban y se hacían más abundantes las hayas. Allí, la carretera se bifurca. Yo tomé el desvío de la derecha, con la intención de dar un rodeo y volver después a la carretera de

Binfield House. Pero al cabo de un momento me detuve para contemplar el bosquecillo que estaba atravesando. Las hayas parecían exactamente las mismas de antes. ¡Ya lo creo que eran las mismas! Dejé el coche en la hierba, junto a unas piedras, y di una vuelta por el lugar. Todo estaba igual. La misma tranquilidad, las mismas alfombras de hojas secas que crujían bajo los pies de uno y parecían pasar de un año al otro sin pudrirse. Nada se movía, excepto los pájaros de las cimas de los árboles, que no se veían. Era difícil creer que aquella grande, ruidosa y confusa ciudad estaba apenas a tres kilómetros. Comencé a atravesar el bosquecillo en dirección a Binfield House. Recordaba vagamente los senderos. ¡Dios mío! ¡Allí estaba! El mismo vallecito al que fui con la Mano Negra, donde tiramos con hondas a los pájaros y donde Sid Lovegrove nos explicó cómo nacían los niños, el día que cogí mi primer pez, hace ya casi cuarenta años.

Al acabar el bosquecillo, se veía la otra carretera y el muro que rodeaba Binfield House. La antigua valla de madera medio podrida ya no estaba, naturalmente, y en su lugar había una pared alta de ladrillo con pinchos de hierro en la parte superior, tal como era de esperar en un manicomio. Durante un rato había estado pensando en cómo presentarme en Binfield House, hasta que finalmente se me ocurrió que solo tenía que decirles que mi mujer estaba loca y que buscaba un lugar donde internarla. Así, no había duda de que me enseñarían los alrededores. Con mi traje nuevo, probablemente parecía lo bastante acomodado para tener a mi esposa en un sanatorio privado. Hasta que estuve en la misma verja no se me ocurrió que quizá el estanque no estaba ya incluido en las tierras de Binfield House.

La antigua finca tenía una extensión de unas veinte hectáreas, me imagino. Y las tierras del manicomio no debían de tener más de tres o cuatro. Y no les interesaría tener en ellas

un estanque grande, en el que los locos podrían ahogarse. La casa del guarda, donde vivía el viejo Hodges, era la misma de siempre, pero el muro de ladrillo amarillo y las grandes puertas de hierro eran nuevas. Por la imagen que vi a través de la puerta, no habría reconocido el lugar. Había senderos cubiertos de gravilla, parterres con flores y extensiones de césped. Paseaban por allí unos cuantos tipos de mirada perdida, los locos, supuse. Subí un trecho más por la carretera, por la derecha. El estanque —el grande, aquel al que yo iba a pescar cuando niño— estaba a unos doscientos metros detrás de la casa. Anduve cosa de unos cien metros, al cabo de los cuales llegué a la esquina del muro. Deduje, pues, que el estanque quedaba fuera de las tierras del sanatorio. En aquel lugar, el bosque parecía mucho más claro que antes. Oí voces de niños. ¡Allí estaba el estanque! Me detuve un momento, preguntándome qué le había pasado. Y lo vi: habían cortado todos los árboles de la orilla. Parecía desnudo y diferente. De hecho, se parecía extraordinariamente al estanque de los jardines de Kensington. A su alrededor jugaban los niños, haciendo flotar barquitos o navegando ellos mismos en patines o pedales. Y algunos chicos mayores se deslizaban sobre el agua en esas pequeñas canoas que funcionan haciendo girar una manivela. A la izquierda, donde estaba antes la vieja casilla de botes medio podrida entre las cañas, había una especie de pabellón donde vendían dulces, y un gran letrero blanco que decía: CLUB DE MODELISMO NÁUTICO DE UPPER BINFIELD.

Miré a la derecha. Todo eran casas, casas, casas. Otra vez me pareció estar en un suburbio de la ciudad. Todos los árboles que había antes al otro lado del estanque, que crecían tan juntos que formaban como una especie de jungla tropical, habían sido cortados. Solo quedaban unos pocos grupos de árboles alrededor de las casas. Estas eran sofisticadas; formaban otra de esas colonias imitación Tudor, como la que

había visto el otro día en la cumbre de la colina de Chamford, solo que más ridícula todavía. ¡Qué estúpido había sido creyendo que aquellos bosques serían los mismos de antes! Me di cuenta de por qué me había engañado. Del antiguo bosque quedaba solo un trocito, como dos hectáreas y media, el que yo, por pura casualidad, había atravesado al venir hacia allí. Upper Binfield, que no era más que un nombre en los viejos tiempos, se había convertido en una población de verdad. De hecho, era como un barrio extremo de Lower Binfield.

Fui paseando hasta la orilla del estanque. Los niños chapoteaban en el agua y hacían un ruido de mil demonios. Daba la impresión de que había cientos de ellos. El agua parecía como muerta; no quedaban peces en ella. Había por allí un tipo mirando a los niños. Era un hombre viejo de cabeza calva, con unos pocos mechones de pelo blanco, con gafas y una cara muy tostada por el sol. Había en su apariencia algo vagamente extraño. Llevaba pantalones cortos, sandalias y una de esas camisas de seda artificial de cuello abierto. Pero lo que más me llamó la atención fue su mirada. Tenía los ojos muy azules y brillantes que le miraban a uno con expresión vivaz a través de las gafas. Me di cuenta de que era uno de esos ancianos que nunca se han hecho mayores, que o bien son fanáticos de la dietética o bien tienen algo que ver con los Boy Scouts, y en ambos casos son grandes amigos de la naturaleza y de la vida al aire libre. Me miraba como si tuviese ganas de hablarme.

—Upper Binfield ha crecido mucho —dije.

Me miró vivamente.

—¿Que ha crecido? Mi querido señor, nosotros nunca permitiremos que Upper Binfield crezca. Aquí nos preciamos de ser gente bastante excepcional, ¿sabe usted? Nosotros solos formamos una pequeña colonia. Sin intrusos, ji ji...

—Yo quería decir en comparación con antes de la guerra —

expliqué—. Yo viví aquí de muchacho.

—Ah, ah, claro. Eso fue antes de que yo viniese, naturalmente. Pero la empresa promotora de Upper Binfield es muy especial en su manera de construir, ¿sabe usted? Esto es como un pequeño mundo aparte. Todo ha sido proyectado por Edward Watkin, el joven arquitecto. Ya habrá oído hablar de él. Aquí vivimos en plena naturaleza. No nos relacionamos con la ciudad —declaró, haciendo un gesto con la mano en dirección a Lower Binfield—; estamos decididos a no contaminarnos, ji ji...

Tenía una risita bonachona de viejo y una forma especial de arrugar la cara, como un conejo. A continuación, como si yo le hubiese preguntado, comenzó a contarme todo lo referente a la urbanización de Upper Binfield y al joven Edward Watkin, el arquitecto, que tenía tanta gracia con el Tudor, y que se las ingeniaba de forma tan extraordinaria para encontrar vigas isabelinas auténticas en las viejas casas de campo y para comprarlas a precios irrisorios. Y que era un joven muy interesante, el alma de las reuniones de nudismo. Repitió varias veces que la gente de Upper Binfield era excepcional, muy diferente de la de Lower Binfield, y que ellos estaban decididos a enriquecer el paisaje en lugar de corromperlo (por usar sus propias palabras), y que en toda la urbanización no había un solo bar.

—Ahora se habla mucho de las ciudades jardín; pues nosotros llamamos a Upper Binfield la ciudad bosque, ji ji... ¡La naturaleza! —exclamó, agitando una mano en dirección a lo que quedaba de los árboles—. El bosque virgen palpitando a nuestro alrededor... Nuestros jóvenes crecen en un escenario de belleza natural. Casi todos nosotros somos gente culta, claro. ¿Se creería usted que las tres cuartas partes de los que vivimos aquí somos vegetarianos? Los carniceros del pueblo no nos aprecian demasiado, ji ji... Y aquí viven también algunas

personalidades ilustres. Helena Thurloe, la novelista, ya habrá oído hablar de ella. Y el profesor Woad, el investigador de la metapsíquica. ¡Ah, este caballero es un personaje tan poético! Se pasa horas y horas paseando por el bosque, y su familia está desesperada porque siempre llega tarde a las comidas. Él dice que pasea con las hadas. ¿Usted cree en las hadas? Yo confieso, ji ji, que soy un poco escéptico, pero sus fotografías son de lo más convincente.

Comencé a preguntarme si aquel hombre no se habría escapado de Binfield House. Pero no, a su manera estaba bien cuerdo. Yo conocía el paño. Vegetarianismo, vida sencilla, poesía, contacto con la naturaleza, paseos al amanecer antes del desayuno. Años atrás, en Ealing, había conocido a unos cuantos tipos como aquel. El viejo echó a andar y se puso a enseñarme la urbanización. De los bosques no quedaba nada. Todo eran casas, casas, ¡y qué casas! ¿Saben ustedes esas residencias de estilo Tudor con tejados ondulados, contrafuertes que no sirven para nada, jardines de roca con diminutos estanques de cemento y esos enanitos de yeso que se venden en las floristerías? Uno se hacía una idea de la horrible pandilla de higienistas, cazadores de fantasmas y amantes de la vida sencilla con mil libras al año que vivían allí. Hasta las aceras estaban hechas de losas irregulares, para imitar la Antigüedad. No le dejé al hombre que me llevara muy lejos. Algunas de aquellas casas me hacían desear llevar una granada de mano en el bolsillo. Traté de atajarle preguntándole si a la gente no le importaba vivir tan cerca de un sanatorio mental, pero no dio mucho resultado. Finalmente, me detuve y le pregunté:

—Aquí había otro estanque, al lado del grande. No puede estar lejos.

—¿Otro estanque? No, creo que no. Me parece que nunca ha habido otro estanque aquí.

—Quizá lo hayan drenado —dije—. Era un estanque muy profundo; debió de dejar un buen agujero.

Por primera vez, pareció un poco incómodo. Se frotó la nariz.

—Ah, ah. Bueno, comprenderá usted que nuestra vida aquí arriba es, en algunos aspectos, muy primitiva. Nos gusta vivir sencillamente, sabe usted. Pero, claro, el estar tan lejos de la ciudad también tiene sus inconvenientes. La organización sanitaria no es totalmente satisfactoria. El camión de la basura, por ejemplo, creo que solo pasa una vez al mes...

—¿Quiere usted decir que han convertido el estanque en un vertedero de basuras?

—Pues... sí que lo usamos como una especie de...

Evitó pronunciar el nombre concreto.

—Como es natural —prosiguió—, en alguna parte hemos de tirar las latas y todas estas cosas. Está allí, detrás de aquellos árboles.

Fuimos allí. Habían dejado unos cuantos árboles para taparlo. Efectivamente, allí estaba mi estanque. Habían drenado el agua. Quedaba un gran agujero redondo, como un pozo enorme, de siete u ocho metros de profundidad. Estaba ya lleno hasta la mitad de latas oxidadas.

—Es una lástima que lo hayan drenado —dije—. En ese estanque había unos peces muy grandes.

—¿Peces? Ah, pues no tenía idea. Bueno, como es lógico, no podríamos tener un estanque aquí, en medio de las casas. Por los mosquitos, sabe usted. De todas maneras, lo vaciaron antes de que yo viniera aquí.

—Estas casas llevarán bastante tiempo aquí, ¿verdad? —pregunté.

—Ah, pues unos diez o quince años, creo.

—Yo conocí este lugar antes de la guerra. Entonces todo era bosque. No había ninguna casa excepto Binfield House. Pero aquel bosquecillo de allí no ha cambiado. Lo he atravesado

viniendo para aquí.

—¡Ah, el bosquecillo! El bosquecillo es sagrado. Hemos decidido no construir allí nunca. Es muy apreciado por los jóvenes. La naturaleza, ya sabe usted.

Y explicó, lanzándome una mirada maliciosa, como si me estuviese confiando un secretillo:

—Lo llamamos el Valle de los Duendes...

El Valle de los Duendes. Me saqué de encima al viejo, volví al coche y puse rumbo a Lower Binfield. El Valle de los Duendes. Y habían llenado mi estanque de basura. La madre que los parió. Digan ustedes lo que quieran, llámenlo tonto, infantil, lo que quieran, pero ¿no les entran ganas de vomitar a veces de ver lo que están haciendo con Inglaterra, con sus estanques de cemento y sus enanitos de yeso, con sus duendes y sus basuras en los lugares donde antes estaban los hayales?

¿Que esto es sentimentalismo, dicen? ¿Que es antisocial? ¿Que no debería preferir los árboles a los hombres? Pues depende de qué árboles y qué hombres. Claro que la cosa no tiene remedio, y no se puede hacer otra cosa que maldecirles los huesos a los responsables.

Desde luego, pensé mientras bajaba por la colina, se acabó esta tontería de volver al pasado. ¿De qué sirve empeñarse en visitar los lugares de la infancia, si estos ya no existen? ¡Subir a respirar! Si no hay aire… El cubo de basura en que estamos metidos llega hasta la estratosfera. De todas maneras, la cosa no me preocupaba especialmente. Después de todo, pensé, me quedaban aún tres días. Gozaría de un poco de paz y tranquilidad y dejaría de preocuparme por lo que le habían hecho a Lower Binfield. En cuanto a mi propósito de ir a pescar, estaba descartado, naturalmente. ¡Pescar! ¡A mi edad! Realmente Hilda tenía razón.

Metí el coche en el aparcamiento del George y fui al salón. Eran las seis. Alguien había puesto la radio; estaba empezando

el programa de noticias. Crucé el umbral justo a tiempo de oír las últimas palabras de un SOS. Y he de reconocer que me llevé un susto. Porque las palabras que oí fueron:

—«... pues su esposa, Hilda Bowling, está gravemente enferma».

Y la untuosa voz continuó diciendo:

—«Y aquí tenemos otros SOS. El señor Percival Chute, a quien se vio por última vez...».

Pero yo no me detuve a oír más. Seguí caminando como si nada. Lo que me hizo sentir bastante orgulloso de mí mismo al pensarlo después fue que cuando oí aquellas palabras ni un solo músculo de mi cara se alteró. Ni la más mínima pausa en mi andar permitió sospechar a nadie que yo era George Bowling, cuya esposa, Hilda Bowling, estaba gravemente enferma. La mujer del propietario se hallaba en el salón, y ella sabía que yo me llamaba Bowling, o al menos lo había visto en el registro. Aparte de ella, no había nadie allí, salvo dos hombres que se alojaban en el George y que no me conocían en absoluto. No perdí la cabeza. No le di ningún indicio a nadie. Seguí andando hasta el bar, que acababa de abrir, y pedí una mediana, como de costumbre.

Tenía que reflexionar. Cuando andaba por la mitad de la cerveza, comencé a hacerme cargo de la situación. En primer lugar, Hilda no estaba enferma, ni gravemente ni nada. Cuando yo me fui estaba perfectamente, y no era época de gripe ni nada de este tipo. De modo que estaba fingiendo. ¿Por qué?

Era evidente que se trataba de otro de sus trucos. Me di cuenta de lo que había sucedido. Por alguna razón, se había olido —buena es Hilda para estas cosas— que yo no estaba en Birmingham, y había ideado aquello para hacerme volver a casa. No podía soportar la idea de que estuviese tantos días con aquella otra mujer. Porque, naturalmente, había dado por supuesto que estaba con una mujer. Es incapaz de imaginar

cualquier otra cosa. Y, naturalmente, supuso que volvería corriendo a casa cuando me enterase de que estaba enferma. Y aquí es precisamente donde se equivoca, me dije, mientras me terminaba la cerveza. Soy demasiado inteligente para dejarme atrapar así. Recordé los trucos que había inventado antes, y las extraordinarias molestias que es capaz de tomarse para desenmascararme. Yo la he visto incluso, una vez que tenía que hacer un viaje que ella consideró sospechoso, consultar una guía de ferrocarriles y un mapa de carreteras para ver si decía la verdad acerca de mi itinerario. Y una vez me siguió hasta Colchester, y me salió al paso inesperadamente en el hotel Temperance. Y ahora, para desgracia mía, sus sospechas eran fundadas, es decir, no lo eran, pero había circunstancias que las hacían parecer fundadas. Yo no me creía en absoluto que estuviese enferma. De hecho, estaba seguro de que no lo estaba.

Me bebí otra mediana y las cosas parecieron tomar mejor cara. Desde luego, al llegar a casa me esperaba una bronca, pero con la bronca ya había contado desde siempre. Y pensé que aún tenía tres días por delante. Cosa curiosa, ahora que todo lo que había venido a ver resultaba que no existía, la idea de tomarme unas pequeñas vacaciones me atraía mucho más. Lo principal era estar fuera de casa. Paz, paz y tranquilidad lejos de los seres queridos, como dice la canción. Y súbitamente decidí que me iría con una mujer si tenía ganas. Le estaría bien a Hilda por ser tan mal pensada. Y, además, ¿qué sentido tiene levantar sospechas si no son ciertas?

A medida que me hacía efecto la segunda mediana, la cosa empezó a parecerme divertida. No me había dejado engañar, pero no por ello el truco dejaba de ser muy ingenioso. Me pregunté cómo se las habría arreglado para mandar el SOS. No tengo idea de los pasos que hay que dar. ¿Hay que presentar un certificado médico o bien simplemente dar el mensaje? Me

daba la impresión de que había sido la Wheeler la que le dio la idea. Me parecía que la cosa llevaba su sello. Pero, de cualquier forma, la cosa requería cara dura. ¡A los extremos que llegan las mujeres! A veces no se puede evitar sentir por ellas cierta admiración.

6

Después del desayuno, fui paseando hasta la plaza del Mercado. Hacía una hermosa mañana, fresca y tranquila, y el sol tenía un pálido resplandor amarillo, como vino blanco, que iluminaba las casas y las calles. El fresco olor de la mañana se mezclaba con el aroma de mi habano. Pero de repente oí un zumbido detrás de las casas, y enseguida vi aproximarse una flota de grandes bombarderos negros. Los miré. Se acercaron hasta estar justo encima de mí. Al cabo de un momento, oí un ruido. Y, en el mismo instante, si hubieran estado ustedes allí, habrían presenciado un interesante ejemplo de lo que creo que se llama reflejo condicionado. Porque lo que oí —sin posibilidad de error— era el silbido de una bomba. Hacía veinte años que no oía aquel sonido, pero no hubo necesidad de que nadie me dijese lo que era. Y, sin pensar nada en absoluto, hice lo que debía hacer. Me tiré al suelo boca abajo. Lo cierto es que me alegro de que no me viese nadie. Supongo que mi posición no era muy digna. Estaba aplastado contra el suelo como una rata pasando por debajo de una puerta. Nadie más había reaccionado tan deprisa. Yo lo había hecho tan rápidamente que, en la fracción de segundo que transcurrió antes de la caída de la bomba, tuve tiempo incluso de preguntarme si no me habría equivocado y me habría puesto en ridículo sin motivo.

Pero inmediatamente se produjo el ¡Buum-Brrrrr!, un ruido infernal. Y después un estrépito como el que produciría una tonelada de carbón cayendo sobre una plancha de hojalata. Eran ladrillos que caían. Tuve la impresión de fundirme con el suelo.

«Ya ha empezado —pensé—. Lo sabía. El amigo Hitler no ha esperado. Nos ha enviado sus bombarderos sin avisar.»

Y me ocurrió una cosa extraña. Cuando aún resonaba el eco de aquel horrible y ensordecedor ruido que pareció dejarme helado de la cabeza a los pies, tuve tiempo de pensar que hay algo imponente en la explosión de un gran proyectil. ¿Cómo es el sonido? Es difícil de decir, porque, cuando uno lo oye, se mezcla siempre con el miedo que siente. Lo que resulta impactante es sobre todo la visión del metal que explota. A uno le parece ver las grandes tiras de acero abriéndose. Pero lo realmente notable es la sensación que le da a uno de ser bruscamente enfrentado con la realidad. Es como ser despertado por un cubo de agua. Uno se ve súbitamente arrancado de sus sueños por un estrépito de metal que estalla, y ello es terrible, pero real.

Se oyó una serie de gritos y chillidos, y ruido de coches frenando bruscamente. La segunda bomba que yo esperaba no caía. Levanté un poco la cabeza. Por todas partes, la gente corría y gritaba. Un coche avanzaba en diagonal por la calle. Oí una voz de mujer que gemía:

—¡Los alemanes! ¡Los alemanes!

A la derecha, vi fugazmente la cara de un hombre, blanca y redonda, parecida a una bola de papel arrugada, que me miraba. Todo tembloroso, me preguntó:

—¿Qué pasa? ¿Qué ha pasado? ¿Qué es eso?

—Ha empezado la guerra —le dije—. Ha sido una bomba. Échese al suelo.

Pero la segunda bomba seguía sin caer. Al cabo de unos veinte segundos, volví a levantar la cabeza. Alguna gente corría aún por las calles, y otros estaban quietos como si se hubiesen quedado pegados al suelo. De algún punto de detrás de las casas surgía una enorme nube de polvo que se elevaba hacia el cielo. Y a través de ella se veía ascender también una negra

humareda. Y entonces vi una cosa extraordinaria.

Al otro lado de la plaza, la calle Mayor hace una ligera pendiente. Y por aquella pendiente bajaba trotando una manada de cerdos, una especie de oleada de caras de cerdo. Al cabo de un instante, naturalmente, vi de qué se trataba. No eran cerdos, sino los niños de la escuela con sus caretas antigás. Supongo que corrían hacia algún sótano donde les habían dicho que se refugiasen en caso de bombardeo. Detrás de ellos descubrí incluso a un cerdo más grande, probablemente la señorita Todgers. Les aseguro que por un momento me parecieron realmente una manada de cerdos. Me puse en pie y atravesé la plaza. La gente comenzaba ya a calmarse, y una pequeña multitud empezaba a acudir al lugar donde había caído la bomba.

Oh, sí, tienen razón, claro. No era un avión alemán. No había estallado la guerra. Había sido solo un accidente. Aquellos aviones estaban haciendo prácticas de bombardeo —o, en cualquier caso, transportaban bombas— y alguien había accionado la palanca por error. Me imagino que a ese alguien le caería una buena. Para cuando el administrador de correos hubo llamado a Londres para preguntar si había guerra y le hubieron respondido que no, todo el mundo había comprendido que había sido un accidente. Pero durante cierto espacio de tiempo, entre uno y cinco minutos quizá, varios miles de personas creyeron que estábamos en guerra. Suerte que la cosa no duró más. Un cuarto de hora más y habríamos linchado a nuestro primer espía.

Seguí a la gente. La bomba había caído en una pequeña travesía de la calle Mayor, aquella donde había estado la tienda del tío Ezequiel, a cincuenta metros de esta. Al volver la esquina, oí voces que exclamaban «¡Ooh, ooh!», una especie de rumor aterrorizado, como si estuviesen asustados, pero al mismo tiempo fascinados por lo que veían. Por suerte, llegué al

lugar pocos minutos antes que la ambulancia y los bomberos, y a pesar de las cincuenta personas, más o menos, que se habían reunido ya, lo vi todo.

A primera vista parecía como si hubiesen llovido ladrillos y verduras del cielo. Había hojas de col por todas partes. La bomba había caído en una tienda de comestibles. A la casa de la derecha se le había llevado parte del tejado, y las vigas de este estaban ardiendo, y todas las casas de alrededor habían sido más o menos dañadas y tenían rotas las ventanas. Pero lo que todo el mundo miraba era la casa de la izquierda. La pared, la que daba a la tienda de comestibles, había sido arrancada tan limpiamente como si alguien la hubiese quitado con un cuchillo, y lo extraordinario era que en las habitaciones del piso superior todo estaba intacto. Era como mirar una casa de muñecas. Dos cómodas, sillas, el papel de la pared descolorido, una cama aún sin hacer, con un orinal debajo, todo estaba exactamente como antes, excepto que faltaba la pared. Pero el piso de abajo había recibido el impacto de la explosión. Había allí una horrible confusión de objetos deshechos: ladrillos, yeso, patas de silla, fragmentos de un armario barnizado, trozos de un mantel, montones de platos rotos y los restos de un fregadero. Un bote de mermelada había rodado por el suelo, dejando tras sí un largo reguero de mermelada, y junto a él corría un reguero de sangre. Y entre la vajilla rota había una pierna. Solo una pierna, cubierta todavía con el pantalón y calzado el pie con una bota negra, con tacón de goma. Esto era lo que causaba los oohs y aahs de la gente.

Miré aquello durante un rato, fijándome bien. La sangre empezaba a mezclarse con la mermelada. Cuando llegaron los bomberos, me volví al George para hacer el equipaje.

Después de aquello, ya tenía bastante de Lower Binfield. Me iba a casa. Pero no me fui inmediatamente sacudiéndome el polvo de las sandalias. Estas cosas nunca se hacen así. Uno

siempre se queda un rato dándole vueltas. Aquel día no se trabajó mucho en la parte vieja de Lower Binfield, porque todo el mundo estaba muy ocupado hablando de la bomba, del ruido que había hecho y de lo que había pensado al oírla. La camarera del George dijo que aún tenía la carne de gallina. Dijo que nunca podría volver a dormir tranquila, y que qué nos creíamos, que aquello demostraba que con las bombas nunca se sabía lo que iba a pasar. Una mujer se había mordido y arrancado parte de la lengua debido al sobresalto que le causó la explosión. Resultó que, mientras en aquella zona de la ciudad todo el mundo había creído que se trataba de un bombardeo alemán, en la otra punta todos estaban convencidos de que había sido una explosión en la fábrica de medias. Después (como supe por el periódico) el Ministerio del Aire envió a un delegado a inspeccionar los daños, y publicó una nota diciendo que los efectos de la bomba habían sido «lamentables». Al fin y al cabo, solo había matado a tres personas: el dueño de la tienda, llamado Perrott, y a un matrimonio anciano que vivía al lado. La mujer no quedó muy desfigurada, y al marido le identificaron por las botas, pero de Perrott no encontraron ni rastro. Ni un botón de su ropa para enterrar con su nombre.

Por la tarde, pagué la cuenta y me marché. Después de pagar el hotel, no me quedaba mucho más de tres libras. Saben estrujarle a uno en estos hoteles de provincias tan finos. Y entre bebidas y unas cosas y otras había estado gastando bastante dinero. Dejé la caña de pescar nueva y el resto de los aparejos en la habitación. Podían quedarse con ellos. A mí no me servían de nada. Era solo una libra que tiraba a la basura para darme a mí mismo una lección. Y la había aprovechado. Los hombres gordos de cuarenta y cinco años no pueden ir a pescar. Estas cosas ya no pasan, son solo un sueño; nunca en la vida volveré a ir de pesca.

Es curioso cómo las cosas van calando en uno gradualmente. ¿Qué había sentido realmente cuando la bomba hizo explosión? En el momento mismo, naturalmente, me asusté muchísimo, y cuando vi la casa destrozada y la pierna del viejo sentí esa especie de moderada impresión que le causa a uno el presenciar un accidente de tráfico. Fue desagradable, desde luego. Suficiente para que me sintiese harto de aquella especie de vacaciones. Pero en realidad no me había causado mucha impresión.

Pero, mientras me alejaba de Lower Binfield en dirección al este, volví a pensar en todo. Ya saben lo que pasa cuando se conduce solo. Hay algo en el rápido pasar de los setos o en la vibración del motor que imprime cierto ritmo a los pensamientos. Es la misma sensación que se tiene a veces yendo en tren, la sensación de ser capaz de ver las cosas con mejor perspectiva que de costumbre. Ahora veía claras una serie de cosas acerca de las que había estado dudando. Por ejemplo, yo había venido a Lower Binfield con una pregunta: ¿qué nos espera?, ¿está ya decidido el juego?, ¿podemos volver a la vida de antes o esta se ha terminado para siempre? Pues bien, ahora tenía la respuesta. La vida de antes ha terminado, y el andar buscándola es sencillamente perder el tiempo. No hay regreso a Lower Binfield. No se puede meter a Jonás otra vez dentro de la ballena. Estaba seguro. No me pidan que se lo explique con detalle, pero estaba seguro. Y había hecho una cosa rara yendo a Lower Binfield. Durante todos aquellos años, Lower Binfield había estado guardado en mi mente como un rincón tranquilo al que podía ir a refugiarme cuando quisiera, y ahora, por fin, había ido a refugiarme en él y había descubierto que no existía. Yo mismo había arrojado una granada sobre mis sueños, y, por si quedara aún alguna duda, la RAF había echado encima doscientos kilos de TNT.

La guerra se acerca. Para 1941, dicen. Y habrá cantidades de

vajilla rota y casitas abiertas por las bombas como cajas de cartón, y los sesos del oficinista se aplastarán contra el piano que está pagando a plazos hasta la eternidad. Pero ¿qué importancia tienen estas cosas después de todo? Les diré lo que me enseñó mi estancia en Lower Binfield. Me enseñó que todo ocurrirá. Ocurrirán todas las cosas que usted sospecha, las cosas que le causan terror, las que se dice a sí mismo que solo son una pesadilla o que solo pasan en otros países. Las bombas, las colas para la comida, las porras de goma, el alambre de espino, las camisas de color, los eslóganes, las caras enormes, las ametralladoras disparando desde las ventanas de los dormitorios... Todo esto sucederá. Lo sé, o al menos lo sabía en aquel momento. No hay escapatoria. Luchen contra ello, si quieren, o miren a otra parte fingiendo no enterarse, o cojan su llave inglesa y salgan a la calle a aplastar unas cuantas caras junto con los demás. Pero no hay salida. Ocurrirá con toda seguridad.

Pisé el acelerador, y mi viejo coche subió y bajó rápidamente por las pequeñas colinas. A ambos lados, las vacas, los olmos y los campos de trigo pasaron a toda velocidad, hasta que el motor estuvo casi al rojo vivo. Me sentía de un humor muy parecido al de aquel día de enero, cuando bajaba por el Strand, el día que me pusieron la dentadura postiza nueva. Era como si poseyera el don de la profecía. Me parecía que podía ver toda Inglaterra, y toda la gente que vivía en ella, y las cosas que les pasarán a todos. A veces, desde luego, incluso en aquel momento, tenía alguna duda. El mundo es muy grande, es una cosa que se nota al ir en coche, y en cierta manera eso es tranquilizador. Piensen en las enormes extensiones de tierra que se atraviesan cuando se cruza un rincón de un solo condado inglés. Parece grande como Siberia. Hay campos, bosquecillos, casas de campo, e iglesias, y los pueblos, con sus pequeñas tiendas de comestibles, el ayuntamiento, los patos

paseándose por la hierba. Parece demasiado grande para ser cambiado. Parece que haya de quedarse siempre más o menos igual. En aquel momento, llegaba ya a las afueras de Londres. Seguí la carretera de Uxbridge hasta Southall. Kilómetros y kilómetros de casitas feas, con la gente dentro viviendo sus aburridas y respetables vidas. Y después Londres, tan extenso que parece que no se acaba nunca, con sus calles, plazas, callejones, solares, bloques de pisos, bares, tiendas de pescado frito, cines, sin interrupción durante cuarenta kilómetros, y los ocho millones de personas con sus pequeñas vidas privadas que no quieren alterar. Parece que no haya de haber bombas suficientes para aniquilarlas completamente. ¡Y el caos, la intimidad de esas vidas! John Smith lee los comentarios del fútbol; Bill Williams cuenta chistes en la barbería; la señora Jones sube a casa con la cerveza para la cena. ¡Son ocho millones! ¿No parece que hayan de arreglárselas de alguna manera, con bombas o sin ellas, para seguir llevando la vida que han llevado hasta ahora?

Ilusión, palabras... Da lo mismo cuántos sean, todos están en el bote. Se acercan los malos tiempos, y se acercan también los ejércitos. Lo que pasará después no lo sé, casi ni me interesa. Solo sé que si hay algo a lo que tengan algún apego, más vale que se despidan de ello, porque todo lo que han conocido hasta ahora se irá al agua, se irá al demonio para siempre cuando vengan las ametralladoras.

7

Pero cuando me encontré de nuevo en el barrio, dejé bruscamente de pensar en todo aquello.

Se me ocurrió de pronto algo en lo que no había pensado ni remotamente: que después de todo Hilda podía estar enferma de verdad.

Es el efecto del ambiente, ven ustedes. En Lower Binfield había dado por absolutamente seguro que no estaba enferma, que el aviso era una simple comedia para hacerme volver a casa. En aquel momento, me había parecido lo más lógico, no sé por qué. Pero cuando entré en West Bletchley y la urbanización Hespérides se cerró en torno a mí como una prisión de ladrillo rojo, porque no es otra cosa, mi pensamiento volvió a los cauces habituales. Me invadió aquella sensación de los lunes por la mañana, cuando todas las cosas parecen prosaicas y sensatas. Me di cuenta de lo absurda que había sido aquella idea que me llevó a desperdiciar los cinco días pasados. ¡Escapar a Lower Binfield para tratar de recuperar el pasado y después, en el camino de vuelta, hacer una serie de estúpidas profecías sobre el futuro! ¡El futuro! ¿Qué les importa el futuro a los tipos como usted o como yo? Lo que hemos de hacer es trabajar y ver que no nos despidan; este es nuestro futuro. En cuanto a Hilda, ya pueden caer bombas, que ella seguirá preocupándose por el precio de la mantequilla.

Y de pronto me di cuenta de lo estúpido que había sido al pensar que ella había hecho una cosa como aquella. ¡Claro que el SOS no era una comedia! ¡Como si tuviese suficiente imaginación para una cosa así! No era más que la pura y triste

verdad. No estaba en absoluto haciendo comedia, estaba enferma de verdad. Y, Dios mío, en aquel mismo momento podía estar en cama retorciéndose de dolor, o incluso podía haber muerto. Aquella idea me causó un horrible estremecimiento de miedo, una especie de tremenda sensación de frío en el cerebro. Bajé por la calle Ellesmere a más de setenta, y, en lugar de dejar el coche en el garaje como de costumbre, paré delante de la casa y bajé inmediatamente.

Así que, después de todo, yo quiero a Hilda, dirán ustedes. Pues según lo que se entienda por querer. ¿Quieren ustedes a su propia cara? Probablemente no, pero no pueden imaginarse a sí mismos sin ella. Forma parte de ustedes. Pues esto es lo que yo siento por Hilda. Cuando las cosas van bien, no puedo soportarla, pero la idea de que podía estar muerta o simplemente enferma me asustaba.

Abrí la puerta nerviosamente con la llave y percibí de nuevo el familiar olor a impermeables viejos.

—¡Hilda! —grité—. ¡Hilda!

No hubo respuesta. Durante un momento, estuve gritando «¡Hilda! ¡Hilda!» en medio del más absoluto silencio. Comencé a sentir en la espalda un sudor frío que partía de la columna vertebral. Quizá se la habían llevado ya al hospital, o quizá estaba ya muerta en la habitación, allí arriba, en la casa vacía. Comencé a subir las escaleras a toda velocidad, pero en el mismo momento los dos niños, en pijama, salieron de sus cuartos, uno a cada lado del rellano. Eran las ocho o las nueve, creo; el caso es que no había ya mucha luz. Lorna se asomó por encima de la balaustrada.

—¡Oh, es papá! ¡Es papá! ¿Por qué has vuelto hoy? Mamá dijo que no volverías hasta el viernes.

—¿Dónde está tu madre? —le pregunté.

—Ha salido. Ha salido con la señora Wheeler. ¿Por qué has vuelto hoy, papá?

—¿Así que tu madre no está enferma?

—No. ¿Quién te ha dicho que estaba enferma? ¡Papá! ¿Has estado en Birmingham?

—Sí. Pero ahora, a la cama. Vais a coger frío.

—¿Y dónde están las cosas que nos has traído, papá?

—¿Qué cosas?

—Las cosas que nos has traído de Birmingham.

—Ya las veréis mañana por la mañana —respondí.

—¡Oh, papá! ¿No las podemos ver ahora?

—No. Y ahora basta. Volved a la cama los dos o subiré a explicaros unas cuantas cosas.

Así que finalmente no estaba enferma. Había sido en efecto una comedia. Y casi no sabía si alegrarme o no. Volví a la puerta de la calle, que había dejado abierta, y entonces vi a Hilda que venía por el sendero del jardín.

La miré mientras venía hacia mí, a la última luz de la tarde. Era extraño pensar que hacía menos de tres minutos había estado aterrorizado, hasta el punto de sentir sudores fríos en la espalda, pensando que podía haber muerto. No había muerto, estaba exactamente como de costumbre. La Hilda de siempre, con sus hombros delgados y su expresión ansiosa, la factura del gas y la de la escuela, el olor a impermeables y los lunes en la oficina, todas las cosas sólidas e inmutables a las que uno vuelve invariablemente, las verdades eternas, como dice Porteous. Me di cuenta de que Hilda no estaba de muy buen humor. Me dirigió una mirada rápida, como hace a veces cuando tiene algo entre ceja y ceja, la mirada que le dirigiría a uno un animal pequeño, una comadreja por ejemplo. Pero no parecía sorprendida de verme de vuelta tan pronto.

—¿Ah, ya estás aquí otra vez? —dijo.

Era evidente que estaba allí otra vez, y no le respondí. Ella no hizo ademán alguno de besarme.

—Pues no tienes nada para cenar —prosiguió

inmediatamente, con esa gracia tan suya para encontrar siempre algo desagradable que decir cuando uno llega a casa—. No te esperaba tan pronto. Tendrás que comer pan y queso... pero no sé si queda queso.

Entré con ella en la casa, en medio del olor a impermeables. Fuimos a la sala. Cerré la puerta y encendí la luz. Tenía intención de hablar yo primero, pues sabía que la cosa iría mejor si tomaba una actitud firme desde el principio.

—Bueno —dije—. ¿Quieres explicarme por qué demonios has hecho esta estúpida comedia?

Ella acababa de dejar el bolso encima de la radio, y por un momento pareció auténticamente sorprendida.

—¿Qué comedia? ¿Qué dices?

—¡Eso de enviar aquel SOS!

—¿Qué SOS? ¿De qué estás hablando, George?

—¿Pretendes negar que me enviaste un SOS por radio diciendo que estabas gravemente enferma?

—¡Pues claro que lo niego! ¿Por qué iba a hacerlo? No estoy enferma. ¿Por qué habría de hacer una cosa así?

Me puse a explicárselo, pero casi antes de empezar me di cuenta de lo que había pasado. Todo había sido un error. Yo había oído solo las últimas palabras del SOS, y era evidente que se trataba de alguna otra Hilda Bowling. En el listín telefónico debe de haber cantidades de mujeres con ese nombre. Era uno de esos estúpidos errores que se cometen constantemente. Hilda no había mostrado siquiera aquel poquito de imaginación que yo le había atribuido. El único interés de todo aquel asunto habían sido los cinco minutos durante los cuales pensé que podía haber muerto, y descubrí que a pesar de todo la quería. Pero eso era ya agua pasada. Mientras se lo explicaba, ella me observaba, y yo podía ver en su mirada que se avecinaba algún tipo de tormenta.

Y después empezó a interrogarme en lo que yo llamo «la voz

del tercer grado», que no es, como se podría pensar, colérica y aguda, sino tranquila y reflexiva.

—¿Así que oíste aquel SOS en el hotel de Birmingham?

—Sí. Ayer por la noche. Por la Radio Nacional.

—Así, ¿cuándo te fuiste de Birmingham?

—Esta mañana, naturalmente.

(Tenía ya preparada la explicación del viaje de vuelta, por si había necesidad de darla. Según esta, había salido a las diez, había comido en Coventry y había tomado el té en Bedford. La había preparado con el mapa delante.)

—¿Así que ayer pensaste que yo estaba gravemente enferma y no has salido hasta esta mañana?

—Te digo que no me creí que estuvieses enferma. ¿No te lo acabo de explicar? Pensé que era simplemente otro de tus trucos. Me pareció lo más probable.

—Siendo así, me sorprende incluso que hayas venido hoy —me dijo, con tanto vinagre en la voz que me di cuenta de que había algo más.

Pero continuó en un tono algo más pacífico.

—¿Así que has salido esta mañana?

—Sí. Hacia las diez. He comido en Coventry...

—Así pues, ¿cómo explicas esto? —me espetó.

En el mismo instante, abrió el bolso, sacó de él un papel y me lo tendió, como si se tratase de un cheque falsificado o algo de este tipo.

Sentí como si me hubieran dado un golpe en la nuca. ¡Debería habérmelo imaginado! Me había atrapado otra vez.

Y allí estaba la prueba, el dosier del caso. No sabía aún de qué se trataba, solo sabía que era la prueba de que había estado con una mujer. Perdí todo mi aplomo. Hacía un momento, la había estado acusando, fingiendo estar enojado porque me había hecho volver de Birmingham para nada, y ahora, de pronto, se cambiaban las tornas. Y sé muy bien cuál era la

expresión de mi cara en aquel momento. Sé que parecía tan culpable como si lo llevase escrito en la frente con letras grandes. Cierto que no era culpable de nada. Pero es una cuestión de hábito. Estoy acostumbrado a estar siempre en falta. Y le respondí, sintiendo el tono de culpa que fatalmente tomaban mis palabras:

—¿Qué quieres decir? ¿Qué es este papel?

—Léelo y verás lo que es.

Lo cogí. Era una carta de lo que parecía ser un bufete de abogados, y vi que la dirección era un número de la misma calle que el hotel Rowbottom.

«Muy señora nuestra —leí—, con referencia a su carta del 18 del cte., creemos que debe de tratarse de un error. El hotel Rowbottom cerró hace dos años, y el edificio ha sido convertido en un bloque de oficinas. No ha estado aquí nadie que respondiera a la descripción de su marido. Seguramente...»

No leí más. Naturalmente, vi enseguida lo que había ocurrido. Me había pasado de listo y había metido la pata. Quedaba solo un débil rayo de esperanza: que el joven Saunders se hubiese olvidado de echar la carta que yo fingí enviar desde el Rowbottom, en cuyo caso aún podía intentar defender mi coartada, pero enseguida Hilda me hizo despedirme de la idea.

—¿Qué, George, ya has visto lo que dice la carta? El día que te fuiste escribí al hotel Rowbottom; una simple nota preguntándoles cuándo habías llegado allí. ¡Y ya ves la respuesta que recibí! El hotel Rowbottom ya no existe. Y el mismo día, con el mismo correo, recibí tu carta diciéndome que estabas allí. Supongo que le pediste a alguien que la enviase. ¡Eso era lo que tenías que hacer en Birmingham!

—¡Pero óyeme, Hilda! Estás equivocada. No es nada de todo esto. No lo has entendido.

—Oh, sí que lo he entendido, George. Lo he entendido

perfectamente.

—Pero, escucha, Hilda...

Fue inútil, naturalmente. Me había atrapado. No me sentía capaz ni de mirarla a la cara. Di media vuelta y traté de dirigirme a la puerta.

—Voy a meter el coche en el garaje —dije.

—¡Ah, no, George! No te escaparás así. Te quedarás aquí y escucharás lo que tengo que decirte.

—Pero, demonios, tengo que encender las luces... Ya ha pasado la hora. No querrás que me pongan una multa.

Ante aquel argumento, me dejó ir, y yo salí y encendí las luces, pero cuando volví ella estaba aún allí, de pie, como un fiscal, con las dos cartas, la mía y la de los abogados, en la mesa delante de ella. Yo me había recuperado un poco e hice otro intento.

—Escucha, Hilda. Tú sola te has hecho un lío con este asunto. Puedo explicártelo todo.

—Ya me imagino que puedes explicarme cualquier cosa, George. La cuestión es si yo te creeré.

—¡Es que estás sacando unas conclusiones absurdas! Además, ¿por qué escribiste al hotel?

—Fue idea de la señora Wheeler. Una idea muy buena, como se ha demostrado.

—¿Ah, con que ha sido la señora Wheeler? ¿Así que no has dudado en meter a esa maldita mujer en nuestros asuntos privados?

—No necesitó que la metiese yo. Fue ella misma quien me advirtió lo que pensabas hacer esta semana. Dijo que tenía una corazonada. Y ya ves que tenía razón. Lo sabe todo de ti, George. Su marido era exactamente igual que tú.

—Pero, Hilda...

La miré. Se le había puesto la cara como blanca debajo de la piel, como le ocurre cuando piensa que he estado con otra

mujer. ¡Una mujer! ¡Ojalá hubiese sido verdad!

¡Qué perspectiva se me presentaba! Ya deben de saber cómo son estas cosas. Las semanas enteras de regañina continua y de malas caras, las observaciones insidiosas cuando uno cree que ya se ha firmado la paz, las comidas retrasadas, los niños preguntando qué pasa. Pero lo que realmente me atemorizaba era aquella estrechez mental, aquella atmósfera mental en la cual la verdadera razón por la que había vuelto a Lower Binfield no sería nunca imaginable. Aquello era lo que me impresionaba más de todo en aquel momento. Aunque me pasase una semana explicándole a Hilda por qué había ido a Lower Binfield, no lo entendería. ¿Y quién lo entendería aquí en la calle Ellesmere? Dios mío, ¿acaso lo entendía yo mismo? La cosa parecía ya borrarse de mi cabeza. ¿Por qué había ido a Lower Binfield? ¿Había estado realmente allí? En aquella atmósfera, parecía sencillamente absurdo. En la calle Ellesmere nada es real excepto los recibos del gas, las facturas de la escuela, la verdura hervida y los lunes en la oficina.

Lo intenté otra vez:

—¡Pero escúchame, Hilda! Ya sé lo que estás pensando. Pero te equivocas de medio a medio. Te juro que estás equivocada.

—Oh, no, George. Si estoy equivocada, ¿por qué me has contado todas esas mentiras?

Naturalmente, no podía responder a aquello.

Di unos pasos arriba y abajo de la habitación. El olor a impermeables viejos era muy intenso. ¿Por qué me había escapado de aquella manera? ¿Por qué me había preocupado por el futuro y por el pasado, sabiendo que el futuro y el pasado no importan? Fueran cuales fuesen los motivos que tenía, ahora apenas los recordaba. La vida de antes en Lower Binfield, la guerra y la posguerra, Hitler, Stalin, las bombas, las ametralladoras, las colas para la comida, las porras de goma, todo se desvanecía. No quedaba nada excepto una vulgar y

sórdida discusión en el olor a impermeables.

Hice una última tentativa:

—¡Hilda! Escúchame un minuto. Tú no sabes dónde he estado esta semana, ¿verdad?

—No quiero saber dónde has estado. Sé lo que has estado haciendo. Con eso me basta.

—Pero, maldita sea...

No había nada que hacer. Había decidido que yo era culpable y ahora iba a decirme lo que pensaba de mí. Eso podía llevarle un par de horas. Y, después de aquello, aparecerían aún más problemas. Porque en un momento u otro se le ocurriría preguntarme de dónde había sacado el dinero para aquel viaje, y entonces descubriría que le había ocultado lo de las diecisiete libras. Realmente, no había ninguna razón para creer que la discusión terminaría antes de las tres de la mañana. Era inútil seguir haciendo el número de la inocencia ofendida. Todo lo que quería era seguir la línea de menor resistencia. Y pasé revista mentalmente a mis tres posibilidades, que eran las siguientes:

A. Decirle lo que había hecho realmente y hacer que me creyese, como fuera.

B. Recurrir al clásico cuento del ataque de amnesia.

C. Dejar que siguiera pensando que había estado con una mujer y aguantar mecha.

¡Ay! Pero ya sabía cuál tendría que escoger.

La novela de George Orwell que predijo la Segunda Guerra Mundial y sentó las bases imaginativas de *Rebelión en la granja* y *1984*

Un día como cualquier otro, el cuarentón George Bowling siente un arranque de nostalgia y decide salir en busca del tiempo perdido. Gracias al dinero ganado en una apuesta, puede marcharse unos días a un hotelito de las afueras de Londres, resuelto a visitar los lugares de su infancia. Pero el idilio de la memoria enseguida contrasta con el aspecto irreconocible del presente. Y entre las impresiones del protagonista no tarda en asomar el presentimiento de un conflicto que puede cambiarlo todo aún más. Redactada en 1938 y publicada en el 1939, esta estupenda novela de George Orwell, en la que destaca su veta menos conocida de escritor humorístico, funde admirablemente la comedia de costumbres con la anticipación política.

La crítica ha dicho:

«Muy divertida, así como enérgicamente realista [...] Aquí está el embrión de 1984. También el de Rebelión en la granja [...] No muchas novelas albergan las semillas de dos clásicos y ofrecen una lectura tan rica por derecho propio.»
John Carey, *The Sunday Times*

«Parte de la excelencia de Subir a respirar, que algunos consideran su mejor novela, reside en el argumento sutil e implícito de que la gente común puede tener esperanza [...] Era una novela que hacía una advertencia, sin caer en el pesimismo total.»
Bernard Crick, autor de *George Orwell: La biografía*

«Subir a respirar se compone a partes iguales de nostalgia y terror, y cada una de las emociones agudiza el sabor de la otra.»
Dorian Lynksey, autor de *The Ministry of Truth: A Biography of George Orwell's 1984.*

George Orwell (Motihari, India, 1903 - Londres, 1950), cuyo nombre real era Eric Blair, fue novelista, ensayista y periodista. Su corta vida resume muchos de los sueños y pesadillas del mundo occidental en el siglo xx, que también quedaron reflejados en su extensa obra. Nació en la India británica en el seno de una familia de clase media; estudió con una beca en el exclusivo colegio de Eton; sirvió en la Policía Imperial en ultramar (*Los días de Birmania*, 1934); volvió a Europa, donde vivió a salto de mata (*Sin blanca en París y Londres*, 1933); se trasladó a la Inglaterra rural y se dedicó brevemente a la docencia (*La hija del clérigo*, 1935); trabajó en una librería de lance (*Que no muera la aspidistra*, 1936); trabó conocimiento directo de la clase obrera inglesa y la explotación (*El camino a Wigan Pier*, 1937); luchó contra el fascismo en la guerra civil española (*Homenaje a Cataluña*, 1938); vislumbró el derrumbe del viejo mundo (*Subir a respirar*, 1939); colaboró en la BBC durante la Segunda Guerra Mundial; se consagró en el *Tribune* y el *Observer* como uno de los mejores prosistas de la lengua inglesa (entre su producción ensayística cabe destacar *El león y el unicornio y otros ensayos*, 1941); fabuló las perversiones del estalinismo (*Rebelión en la granja*, 1945) y advirtió sobre los nuevos tipos de sociedad hiperpolítica (*1984*, 1949). A pesar de su temprana muerte, llegó a ser la conciencia de una generación y una de las mentes más lúcidas que se han opuesto al totalitarismo.

Título original: *Coming Up for Air*

Edición en formato digital: marzo de 2021

© 1939, Eric Blair
© 1986, Herederos de Sonia Orwell
© 2021, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona
© Esther Donato, por la traducción

Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial / Sergi Bautista
© Miquel Tejedo, por las imágenes de portada

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-6635-754-8

Composición digital: Newcomlab S.L.L.

Facebook: PenguinEbooks

Facebook: PenguinLibros
Twitter: PenguinLibros
Instagram: penguinlibros
Youtube: PenguinLibros
Spotify: PenguinLibros

[1] El *cockney* es el acento popular de Londres. La palabra también se utiliza, como se ve más adelante, para referirse a los propios londinenses, en particular de baja extracción. *(N. del E.)*

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro.»
EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **Penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

Penguinlibros.club

Penguin Random House Grupo Editorial

Penguinlibros

Índice

Subir a respirar

Parte I

- Capítulo 1
- Capítulo 2
- Capítulo 3
- Capítulo 4

Parte II

- Capítulo 1
- Capítulo 2
- Capítulo 3
- Capítulo 4
- Capítulo 5
- Capítulo 6
- Capítulo 7
- Capítulo 8
- Capítulo 9
- Capítulo 10

Parte III

- Capítulo 1

Capítulo 2
Capítulo 3
Parte IV
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7

Sobre este libro
Sobre George Orwell
Créditos
Notas